LIBRO dot.com

EL CABALLO DE HIERRO

ZANE GREY



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

DEDICATORIA A RIPLEY HITCHCOCK

Querido crítico y amigo : Citando a Stevenson quizá se me tache de presuntuoso al pretender narrar la historia del tendido del ferrocarril «Union Pacific».

Pero en más de una ocasión, a la luz de la hoguera de mi campamento, bajo el estrellado cielo desértico, he escuchado de labios de mi viejo guía Al Doyle sus experiencias como carretero... y luchador, durante los trabajos de construcción de la magna obra. Y fue como si viviese yo mismo aquel período épico, de sangre, de concupiscencias y de muerte; de indecible labor titánica, de heroísmo y sacrificio insuperados en el Oeste.

Es usted un enamorado de ese Oeste, y sus viajes y sus estudios sobre los históricos episodios de sus fronteras han sido factores importantes en este libro mío, porque, al igual que las nobles palabras de Stevenson, me han hecho ver la maravilla, la dignidad, la importancia del tema.

Para el romance, para la inspiración, he recurrido a mi propio amor por el selvático desierto y las praderas y las montañas ; con ellas, con las historias de Doyle de muertes súbitas, de terribles vesanías, y del magnético poder del oro, es como si aquellos tiempos, su labor y sus violencias se hubiesen amalgamado en mi imaginación.

Le entrego, pues, mi libro-para el que he escrito todos los demás-con esperanza y con temor no exentos de alegría.

Fielmente.

Z. GREY.
Lackawaxen, Pa.

...Cuando pienso cómo se ha tendido el ferrocarril por esta selvatiquez, refugio de feroces tribus; cómo, con cada periodo de su construcción, se alzaron improvisados puetríos que fueron centros de oro y de muerte hasta desaparecer al poco tiempo o convertirse en plácidas estaciones del desierto; cómo en estos bárbaros lugares, piratas chinos trabajaban mano a mano con salteadores de caminos y con fracasados de todo genero, procedentes de Europa, jugando, bebiendo, peleando y asesinando como lobos, y cuando luego pienso que tan épica empresa estaba regida por «caballeros de levita» sin más aspiración ni más anhelo que procurarse con ella una fortuna y un viaje a París, me parece como si este ferrocarril fuese típica representación de la época en que vivimos; como si hubiese reunido en uno solo todos los grados de la escala social para ofrecer a algún gran escritor el más activo, el más complejo y el más variado tema para una imperecedera labor literaria. Si es romance, si es contraste, si es heroísmo lo que anhelamos, ¿que fue Troya comparada con esto?

R. L. STEVENSON en A través de las Praderas.

I

A mediados del siglo pasado arrancaba del amplio Missouri, turbulento y ocre entre sus verdeantes márgenes, un camino que, siguiendo sus meandros, se internaba por millas y más millas en las hermosas praderas de Nebraska, desviándose luego hacia el Oeste por las ondulantes llanuras con sus cañadas, sus lomas, sus interminables hileras de álamos hasta una vasta región de más accidentado suelo, Wyoming, donde las manadas de búfalos se apacentaban, el lobo reinaba supremo y la fogata del trampero alzaba su azulina espiral de humo cabe algún riachuelo. Y más allá, cruzando baldíos y yermos de indecible monotonía, gríseos y vastos, solemnes y silenciosos bajo el cielo siempre azul; y aún más lejos, por los áridos riscos negruzcos, las estériles barrancas y roquizos desfiladeros, refugio del anta y apostadero del salvaje al acecho. Luego, buscando lentamente el paso entre los enhiestos picachos y cruzando las ventosas altiplanicies hasta Utah con sus valles verdes como esmeraldas, sus cañones llenos de calina, sus maravillosos acantilados en los que el viento dibujaba magníficas tracerías, y sus salinos lagos sombreados por desnudos y altísimos montes; hasta California, donde los cursos de agua corrían entre pinos de majestuosa alzada y, una vez allí, emprendía el grande y postrer descenso acabado el caos montañoso donde, allende las ubérrimas llanuras, se extendía ilimitado y vago bajo el sol poniente el Océano Pacífico.

II

Recóndito entre los cerros de Wyoming existía un valle regado por un río que tenía sus fuentes en el Cheyenne Pass y en el que una banda de indios asentaba su campamento. La escena, vista desde la cresta de las herbosas lomas, estaba llena de colorido, sosiego y quietud en perfecta armonía con el bellísimo valle. Álamos y sauces destacábanse por su vívido verdor; el álveo del río acusábase oscuro allí donde corría agua y blancuzco en los trechos arenosos; diseminados por el valle percibíamos puntos movedizos que eran caballos pastando. Las tiendas de campaña albeaban al sol, tachonadas de rojo, y lánguidas columnas de humo alzábanse perezosas por el espacio.

Las montañas de Wyoming abundaban en valles semejantes y en desnudas o hermosas lomadas faldeándolas. En la ladera de una de ellas, de la más alta, veíase un solitario mustang apeado con un lazo. Era una bestia tosca, salvaje, hirsuta, sin silla ni más arreos que la cabezada y el ronzal. A pesar de que la hierba crecía exuberante a su alrededor, no pastaba. Fijos los ojos en la ladera, en dirección opuesta a la de sus amusgadas orejas, atisbaba un movimiento entre la hierba.

La extraña ondulación, más extraña aún en aquel sitio zafo de cuanto no fuese hierba, tenía una indecible selvatiquez en su calidad. No podía achacarse a animal alguno, por sigilosos que fuesen sus movimientos. Era como un temblor, una vibración que se iba transmitiendo a oleadas hasta la cresta de la loma.

¡Que vasta y maravillosa perspectiva se abría a la vista desde aquel enhiesto paraje! Loma tras loma iban sucediéndose, ganando en altura hasta llegar a los cerros de Wyoming, que a su vez alzaban sus hoscas y oscuras crestas hacia las montañas pálidas o grises coronadas de nieve, en la lejanía, allende las lomas; y poco definido, por la violenta

reverberación, extendíase un espacio ilimitado, gris y monótono, la región de las praderas. Un águila, soberana de cuanto dominaba, surcaba lentamente los aires.

En la falda de la herbosa loma abríase un valle estrecho y largo, perdiéndose, a fuerza de sinuosidad, de Este a Oeste, por el que corría una tenue tira blanquecina que era el viejo camino de St. Vrain y Laramie.

Llegó un momento en que la peculiar ondulación de la talluda hierba cesó en el borde extremo de la ladera, y por entre los tallos asomó su horripilante rostro un indio sioux con sus pintarrajos bélicos. Sus ojuelos oscuros, malvados y penetrantes, estaban fijos en el camino de St. Vrain y Laramie. El semidesnudo cuerpo descansaba, relajados todos sus músculos; su mano derecha empuñaba un rifle.

Pasaron las horas sin que variara su alertada vigilancia. El sol, siguiendo su órbita, comenzó a teñir de rosa los picachos. En el fondo del valle aparecieron objetos blancos y negros en movimiento doblando un recodo. El indio tuvo un casi imperceptible sobresalto, sin que por ello su expresión sufriese cambio alguno. Siguió atisbando.

Los movedizos objetos resultaron ser bueyes y carretas de toldo con las que los primeros colonizadores americanos cruzaron los baldíos y los desiertos buscando nuevas tierras en las que establecerse. Era una pequeña caravana con rumbo al Este. Se extendió por el camino, formando luego círculo en la margen del río.

El indio escucha retrocedió, ocultándole la talluda hierba su vista. Así fue arrastrándose hasta la cresta de la loma. Y montando de un salto en su mustang, salió a galope desenfrenado por la vertiente.

III

Bill Horn, que capitaneaba la caravana, llevaba consigo gran cantidad de oro que se proponía depositar en el Este. Y nadie, salvo una muchacha entre cuantos formaban la partida, sabía que fuese portador de tal fortuna.

Horn había ido al Oeste al iniciarse los descubrimientos auríferos, pero hasta 1853 no logró ver coronados por el éxito sus afanes. Después halló filón, y en 1865, en cuanto se licuaron las nieves que cerraban los pasos de las montañas, reunió una partida de hombres y varias mujeres y abandonó Sacramento. Era un fornido minero barbudo y tosco, de rudos modales, taciturno por naturaleza y de un arrojo sin límites.

En Ogden (Utah) habían hecho lo posible por disuadirle de su intento de atravesar los cerros de Wyoming con tan escasa compañía, porque, según rumores, los indios sioux estaban en pie de guerra.

Horn era conductor de su propia caravana, buscándose por sí mismo el camino que conducía, serpenteando, hacia el Este. No llevaba exploradores ni cazador profesional consigo. Por lo general, las caravanas que se dirigían al Este eran pequeñas y pobremente equipadas, porque tan sólo los fracasados, los errabundos, los que añoraban su patria o los que por su conducta se habían puesto fuera de la ley, volvían la espalda al aurífero Estado de California. Horn emprendió la marcha con once hombres, tres mujeres y una muchacha. Por el camino tuvo que matar a uno de los hombres, y otro, con su mujer, cedieron a la persuasión de amigos en Ogden, separándose de la partida. De modo que al detenerse para acampar en el bellísimo valle de los cerros de Wyoming, solamente le acompañaban nueve hombres.

Durante una larga jornada por comarcas salvajes, los extraños se juntan por fortísimos lazos o se separan por infranqueables abismos. Bill Hom no tenía en particular estimación a

los que habían aceptado el albur que él les ofreció correr y se distanciaba de ellos por días. No formaban armónico conjunto en el desempeño más o menos espontáneo de las faenas anejas a todo campamento. Personalmente, él tenía que suministrar la caza para el sustento de la partida, hallar aguadas y mantener una constante vigilancia. Al entrar en la región de los cerros de Wyoming, Horn evidenció un acrecentado desasosiego y una prisa y ansiedad mayores que no afectaron en modo alguno a los demás. Continuaron apáticos y desmazalados, como seres sin porvenir especial que contemplar.

El valle ofrecía cuanto para lugar de acampamento es deseable, excepto protección o resguardos naturales, en caso de agresión. Pero Horn tenía que correr el riesgo. Los bueyes estaban cansados, habían de engrasarse las carretas y era perentorio hallar caza. Allí tenían hierba en abundancia, agua cristalina, leña para las hogueras y, a juzgar por los rastros, caza por doquier.

-¡Formad un círculo!-ordenó a los boyeros.

Era la primera vez que daba orden semejante, y los hombres soltaron la carcajada o cambiaron guiños entre sí mientras colocaban los ponderosos y lentos armatostes en la forma requerida. Se desuncieron los bueyes, amontonando los enseres de campamento. El martilleo de las hachas resonó en el ambiente ; se encendieron las hogueras.

Horn, armado de su rifle, siguió el curso del río, desapareciendo entre la espesura de una cañada.

Era temprano. El sol no se había ocultado aún tras el alto cerro cuya vertiente formaba el valle. En su cúspide la talluda hierba, blanqueada por sus rayos, relucía. Los hombres charlaban trabajando.

-Oye, camarada, ¿viniste por este mismo camino de Laramie para entrar en el Oeste?-preguntó uno.

-Nopi. Por el de Santa Fe.

-¿Y tú, Jones?

-Lo mismo digo.

-Pues yo-intervino otro-llegué a California por mar y... ojalá me hubiese ahogado por el camino.

-¡Para volver como volvemos, más pobres de lo que vinimos!... -comentó un tercero.

-Tú lo has dicho, amigo.

-En fin..., si no lo he hallado... cuando menos he visto un montón de oro.

-Oye, Jones, ¿trae ese Bill Horn oro consigo?

-A juzgar por sus humos creo que sí-contestó Jones -, y... según he oído decir, encontró filón.

Las opiniones parecían estar divididas respecto a Bill Horn. La charla tomó otros derroteros, de posibles incursiones de indios, desechándose entre chanzas la idea; se preguntaron si el famoso Pony Express seguía aquel camino de Laramie y, finalmente, aludieron al rumor que corría de un ferrocarril en proyecto que atravesaría el continente de Este a Oeste.

-No hay quien tienda un ferrocarril por este camino -dijo rotundamente Jones.

-¡Claro que no! Pero... ¿no podría allanarse el terreno? -preguntó otro.

-¿Allanarse? ¿A través de los desiertos de Utah y de esas montañas? ¡Condenación! Seguramente hay más sentido común por el mundo -exclamó el tercero.

Y así hablaban, continuando sus faenas.

Las mujeres, en cambio, tenían poco que decirse. Una de ellas, la esposa del locuaz Jones, vivía sumida en perpetuos recuerdos de pretéritos años felices que no volverían..., mujer de adusto semblante y mediana edad. La otra, más joven, conservaba en sus melancólicas facciones indicios de una pasada belleza. Se llamaba mistress Durade. La

muchacha, Allie, era su hija. Aparentaba tener unos quince años y era menuda de formas, con un rostro pálido y cuya tez no parecía tomar el curtido del sol. Cansada de aspecto, era tímida y modosa y como perpetuamente cohibida o azorada. Llevaba la abundante cabellera castaña formando gruesa trenza y sus ojos, singularmente grandes, tenían a veces curiosos destellos violeta.

-¡Que lejos estamos de nuestros hogares! - suspiró mistress Jones.

-¿Llamáis vuestro hogar al Este?-pregunto acerbamente mistress Durade.

-¡Válgame Dios ! ¡Claro que sí! -exclamo la otra-. Si en esa maldita California había lo que se dice un hogar... no lo he visto. ¡Tiendas y cabañas de troncos y barracas de barro! ¡Oh! ¡Como aborrezco California! Llena de hombres enloquecidos, desatinados por el oro. Oro que solo unos pocos lograron encontrar y que ninguno supo conservar... Cada noche le pido al cielo que me de vida para volver a ver el Este.

Mistress Durade no contestó, mirando hacia las montañas con una sombra de obsesión en las pupilas.

En aquel momento, hacia la cañada, se oyó el estampido de un rifle. Los hombres pausaron en sus tareas, mirándose unos a otros. Y tranquilizados por el cambio de miradas, reanudaron la labor. Pero las mujeres volvieron aprensivamente los ojos en torno suyo. No había a la vista más seres vivientes que los boyeros. Poco después compareció Hom con un ciervo sobre los hombros.

Allie corrió a su encuentro. Ella y Horn habían trabado gran amistad y solamente con la joven se mostraba afable y cariñoso. Le vio detenerse junto al manantial soltando el ciervo e inclinándose hacia el suelo como buscando o examinando algo. Cuando Allie llego a su lado, estaba de rodillas estudiando la impronta de un mocasín en la arena.

-¡Una huella india! -exclamó Allie.

-A fe que no puede ser otra cosa, Alije -replicó el-; eso es lo que estaba buscando... y... no tiene más de un día.

-¿Hay algún peligro, tío Bill?

-Muchacha..., estamos en los cerros de Wyoming y ojalá estuviésemos en cualquier otra parte-contesto el.

Volvió a cargarse el venado, echándoselo, con las patas por delante, al cuello.

Déjame llevar tu rifle, tío Bill -dijo Allie.

Se dirigieron al campamento.

-Óyeme bien, muchacha - comenzó seriamente Horn -, quizá no haya nada que temer, pero... con los rumores que corren... no me gusta ver huellas de indios en estos tiempos. Voy a meterle el miedo en el cuerpo a esa tropa. Tal vez así se despabile. Tú no te asustes por lo que oigas.

La llegada de la carne fresca fue acogida con gran regocijo.

-Me apuesto cualquier cosa a que el disparo que tumbó a este ciervo llegó a oídos indios-dijo Horn dejando el animal sobre el césped y desenvainando su cuchillo de monte. Luego recorrió con la vista aquel grupo de hombres, a los que menospreciaba.

-Me parece, Horn, que te preocupan más que de costumbre los indios-observo Jones.

-En el manantial he visto huellas recientes de sioux.

-¡No!

-¡Sioux! -exclamó otro.

-Si lo dudáis, podéis ir a verlo.

Nadie se movió. Horn soltó un bufido de desprecio, y, sin más, empezó a desollar el ciervo.

Entre tanto habíase puesto el sol y caía el crepúsculo. Horn interrumpió súbita e inopinadamente la vespertina preparación de la comida, poniéndose de pronto en pie y

empuñando el rifle.

-No es ningún indio, pero... no me gusta su forma de acercarse.

Todos volvieron la vista en dirección a donde señalaba Horn. Por el Oeste venía un jinete a galope tendido. Antes de que los sorprendidos espectadores pudiesen recobrarse de su pasmo, estaba ya en el campamento.

Refrenando violentamente a su montura, la obligo a pararse en seco, pero no echo pie a tierra.

-¡Hola! -dijo a guisa de saludo.

Era un individuo de cierta edad y penetrante mirada. Llevaba el cabello a usanza de entonces, muy largo, formando melena que le caía hasta los hombros. Su traje era de piel de ante curtida e iba armado de un largo y pesado rifle de antiguo modelo que se cargaba por la boca.

-Soy Slingerland..., trampero por estos parajes -declaró estudiando con la vista al grupo -. ¿Quien capitanea esta caravana?

-Yo, Bill Hora- replicó el aludido.

-Una banda de sioux viene siguiendo vuestras huellas.

Horn levantó los brazos al cielo. Los otros lanzaron diversas exclamaciones de consternación y de sorpresa. Las mujeres callaron.

-¿Los has visto?-preguntó Horn.

-Sí; desde unos riscales, a menos de diez millas de aquí. Iban escurriéndose por las veredas y su actitud me hizo suponer que algo tramaban. He tenido que venir por los cerros o habrían llegado antes.

-¿Cuántos son?

-Yo conté quince. Iban despacio. Lo probable es que hayan mandado aviso a su tribu y les esperen. Al otro lado del valle hay un campamento sioux.

-¿Están en pie de guerra?

-Hace pocos días vi blancos muertos y sin pericráneos - contestó Slingerland.

El semblante de Horn se ensombreció, desatándose en imprecaciones y denuestos contra el grupo, demudado y pálido, de sus acompañantes,

-¡Tendréis que pelear! - terminó brutalmente -. Y... por lo menos, así me habréis servido para algo.

-Horn, no lejos de aquí hay un destacamento de soldados-dijo Slingerland-. ¿Quieres que vaya en su busca?

-¿Soldados? -exclamó Horn.

-Sí; la escolta de unos ingenieros que estudian el trazado del ferrocarril. Entiendo que podría traerlos a tiempo y salvaros si los sioux continúan avanzando lentamente. Me es igual ir que quedarme con vosotros; como queráis.

-Ve, amigo, ve y... haz galopar a ese jamelgo.

-Sea. Volved a uncir y levantad el campo. No os detengáis por el camino y, entre tanto, yo traeré la tropa y sacudiremos el polvo a los pieles rojas.

-¿Vale la pena de internamos en los cerros?-preguntó vivamente Horn.

-Opino que no. No tenéis caballos. Os seguirán fácilmente. Lo mejor es daros prisa, y... veo que te acompaña una muchacha. Me la llevare a grupas conmigo.

-Allie, monta detrás de él -dijo Hora a la joven.

-Me quedo con madre-replicó ella.

-Vete, hija mía, vete- insistió mistress Durade.

Otros la apremiaron también, aunque inútilmente. Ella, sacudiendo el cabello, se negó a marchar. La ruda y callosa mano de Hora temblaba cuando, al tendérsela, dijo sin rastro de hosquedad en sus facciones

-Allie, no tuve nunca una hija... ¡Vete con él! Te pondrá a salvo y podrías llevarte también mi...

-No - interrumpió la joven.

Slingerland lanzó una mirada de sorprendida admiración y luego, volviéndose hacia Horn, dijo:

-¿Puedo hacerme cargo de algo?.

Horn titubeó.

-No -dijo-. Era simplemente... una cosa que deseaba dar a la muchacha.

Slingerland espoleó su montura y gritando por encima del hombro : « ¡ Daos toda la prisa posible ! », salió a galope, dejando mudos y atónitos a los viajeros.

Sucedió a su marcha una escena de confusión. Al poco rato, las carretas traqueteaban ya por el camino, valle abajo. Al emprender la marcha caía la noche. Fue preciso aguijonear a los cansados bueyes para que acelerasen el paso, pero eran por naturaleza lentos y las cargas grandes. Al cerrar la noche, el camino se hizo más difícil de seguir. Los enormes carromatos se tambaleaban con ruidosos traquidos, saltando baches y rodadas, sembrando el suelo de enseres y útiles domésticos que las violentas sacudidas desalojaban. Uno de ellos sufrió irreparable avería y sus ocupantes recogieron con benéfica celeridad sus posesiones. Se trasladaron con ellas a la capitana.

Hora marcó un paso cruel para los hombres y las bestias. Las mujeres padecían de más señalado modo con el traqueteo. Pasaron las horas, ganándose algunas millas. El valle desembocó en otro de muy acentuada pendiente, roquizo y traicionero; Honi se apeó, ordenando al resto de los hombres que le imitasen. La noche se fue ensombreciendo hasta el punto de imposibilitar el avance, porque los bueyes se negaron a seguir y una selvática barrera de árboles caídos y rocas les cortó el paso.

Sentados, temblando de frío, los fugitivos esperaron el amanecer. Nadie pensó en dormir, atentos todos al menor ruido, que en la quietud de la noche acrecentaba sus temores. Hora iba de acá para allá, rifle en mano..., figura torva, sombría, alertada. Cuando aullaba un lobo, chillaba un gato montes, o un pájaro nictálope lanzaba su peculiar pitido, los fugitivos se sobresaltaban, esperando de un momento a otro oír el estridente alarido guerrero de los sioux. Para sostener su valor hablaban en voz baja. Y el fornido Horn continuaba haciendo su centinela, como si estuviese planeando algo, y siempre escuchando.

Allie sentábase junto a su madre en una de las carretas. Estaba despierta y no muy asustada. Ya durante todo el terrible viaje habíale parecido a Allie que su madre no estaba «natural» y la impresión se iba acrecentando y confirmando cuanto más se acercaban al Este. Aquella noche, durante el éxodo, había sollozado, sacudida por violentos escalofríos, abrazándose a ella, aunque al detenerse forzosamente en la huida cesaron sus lamentos.

Allie era joven y esperanzada. Llena de confianza, repetía una y otra vez a su madre que los soldados llegarían a tiempo.

-Ese valiente trampero nos salvará-decía.

-Presiento que no volveré a ver nuestro hogar, hija -acabó por confesar mistress Durade.

-¡Madre!

-Allie..., he de decírtelo..., es mi obligación decirte... -gritó mistress Durade con reprimido acento, abrazándose a su hija.

-¿Decirme... que?

-¡La verdad! ... ¡La verdad! ... ¡Oh! ... ¡Te vengo engañando toda tu vida!

-¿Engañarme...? ¡Oh madre... ! Dime..., dime lo que sea...

-¿Me perdonarás?... ¿No me aborrecerás al saberlo?...

-¿Cómo puedes suponer tal cosa, madre?... Sabes que te adoro -exclamó Allie estrechando entre sus brazos la temblorosa figura. Siguió un silencio, durante el que mistress

Durade se rehizo.

-Allie..., antes de que tú vinieses al mundo me escape con Durade -comenzó la madre apresuradamente, como si quisiera descargarse cuanto antes de su secreto -. Durade no es tu padre... Tu apellido es Lee... Tu padre es Allison Lee... Según he oído decir, es hoy día hombre acaudalado... ¡Oh!... Mi anhelo era volver al Este para confiarte a él..., para implorar su perdón... Nos casamos en Nueva Orleáns en 1847... Mi padre me obligó a ello.

Yo no amaba ni ame jamás a Allison Lee... No era afectuoso.... no era la clase de hombre que yo admiraba... Luego conocí a Durade..., un español..., un aventurero de sangre azul... Me escape con el..., nos unimos a los buscadores de oro de California... Tú naciste allí, en 1850... La vida fue muy dura... para mi... Mas aun así, te eduque..., te enseñe cuanto yo sabia..., hice todo lo que en mi mano estuvo..., sin revelar el secreto... Pero últimamente no pude más y... abandonando a Durade... huí.

-¡Oh madre! Me figuraba que íbamos huyendo de el -exclamó Allie-, y... se que vendrá en nuestro seguimiento.

-¡Mucho lo temo! -replicó la madre-. Y, en tal caso..., ¡Dios nos ampare y nos libre de su venganza!

-¡Madre! Es terrible..., no es mi padre..., no le he amado nunca..., me era imposible... Pero tú, madre..., tú debiste de amarle... en algún momento...

- ¡Hija! Fui siempre esclava de Durade - replicó tristemente.

-Entonces... ¿por que huiste de el? Era afectuoso..., era bueno para nosotras...

-Escucha, Allie. Durade era un tahur.... un jugador de oficio..., un hombre desatinado, dispuesto a jugárselo todo a una carta. No tenia el menor aprecio al oro, pero le fascinaban los juegos de azar. Constituían en el una pasión terrible. En cierta ocasión pretendió jugarse mi honor, pero su contrincante fue demasiado caballero para aceptar la apuesta. Porque... hay tahures que son caballeros... Creo que entonces empece a odiar a Durade... Era jugador de ventaja... Me hacia cooperar en sus fullerías y en sus artimañas, valiéndose de mi belleza para atraer a sus garitos a los mineros... ¡Mi belleza!... Porque yo era bella... ¡Oh..., que bajo he caído! ... Mas el me obligó... A Dios gracias, le abandoné antes de que fuese demasiado tarde..., ¡demasiado tarde para ti!

-¡Madre! ... Nos seguirá...

-Aun así... no se apoderará jamás de ti... Le matare... si es preciso, antes de que logre su intento...

-Sea como sea, nunca se atrevería a inferirme daño alguno a mi-murmuró Allie.

-¡Criatura¡ Haría contigo lo mismo que hizo de mi. Ya hubo ocasión en que se atrevió a pedirme que te de-

jara con el. Quería educarte..., adiestrarte, diciendo que prometías ser una beldad.

-¡Madre! ¿Era eso lo que quería decir entonces?zollipó Allie.

-Olvídale, hija mía... No le pido a Dios sino que me permita llevarte sin tropiezo a casa de Allison Lee. A casa del padre que jamás conociste.

Una hora antes del amanecer se hizo más intensa la oscuridad. Un absoluto silencio parecía aprisionado entre los cerros de ébano. No turbaba grito ni aullido alguno la quietud. Las estrellas comenzaron a palidecer; el lobrego Este cambio, albeando. Se acercaba la aurora. Una opaca tonalidad oscura y grisácea pareció envolver el mundo; todo fue transformándose, excepto aquel opresivo y vasto silencio.

Aquel silencio, que de repente rasgo el discordante y horrible alarido de guerra de los sioux.

Ocasionalmente, aquellos sanguinarios salvajes atacaban sin previo aviso y en un silencio de muerte; otras veces lo hacían clamoreando, lanzando sus escalofriantes alaridos bélicos, de una estridencia capaz de helar la sangre en las venas del más esforzado. Acaso reservaban este

segundo y más incauto modo para cuando estaban seguros de su presa.

Comprendiéndolo así, Horn acepto sin rechistar su sino. Agrupo en torno suyo a los fugitivos, y eligiendo el lugar mejor atrincherado, entre las rocas y los carros, situó en su centro a las mujeres.

-Si ha llegado el momento de afrontar lo inevitable... Luchemos con denuedo. Quizá consigamos aguantar hasta que llegue la tropa.

A la escasa claridad matutina comenzó a excavar un hoyo, teniendo especial cuidado en descuajar con la pala un pan de tierra y césped que puso aparte. Después continuo febrilmente su tarea hasta tener una cavidad del tamaño deseado. Mientras trabajaba tendía el oído, esperando la repetición del bélico clamor; pero no oyó ni vio nada. De uno de los carros saco una brazada de saquillos de cuero, muy pesados al parecer, depositándolos en el hoyo, y después otra. Finalmente, relleno el hueco restante con la tierra antes extraída, apisonándola con los pies y colocando encima el pan de césped que había apartado, a fin de que se notase lo menos posible la operación. Sus compañeros, lívidos como el alba, le contemplaban en silencio.

Por un instante, permaneció con los ojos clavados en el suelo, como si acabase de enterrar allí lo mejor de su vida. Luego soltó una carcajada breve y acerba.

-¡Ahí está mi oro! Si alguien sale de aquí con vida, que venga a buscarlo; suyo es.

Bill Horn presentía que no sería el quien disfrutase de aquella fortuna. Él, que por el oro se había esclavizado; el, que lo arriesgo todo, la vida incluso, por conseguirlo, perdía interés en su posesión. Lo que pudiese acontecer le era indiferente. Empuñando el rifle, se apresto a afrontar lo inevitable.

Sucedieron momentos de horrenda incertidumbre. Los fugitivos no oían sino los latidos de sus propios corazones, no obstante lo alertado de sus oídos, que intentaban en vano percibir en su sigiloso avance al rojo enemigo o la bien venida música de los cascos de los caballos de sus libertadores... Pero sólo silencio; un silencio más terrible para los nervios en tensión que el más estruendoso fragor de desesperada contienda.

Rasgo la penumbra una lengua de fuego; crepitaron los rifles y resonó en el ambiente un horrísono clamor. Los hombres empezaron a disparar sobre imprecisas formas, y cada disparo provocaba una descarga en respuesta. El humo hizo más densa la oscuridad. En los breves intervalos entre disparos oíanse rápidos cambios de posición en la alta hierba y el agudo silbar de las flechas. Luego el clamoreo de la lucha se hizo continuo y cada vez más próximo, cerrando sobre la condenada caravana. Tuvo un instante de horrendo apogeo y después fue decreciendo, decreciendo. Luego... silencio...

IV

En 1865, una brigada de ingenieros realizaba en los cerros de Wyoming, una labor tan azarosa como problemática. Su misión era estudiar el trazado del ferrocarril "Union Pacific".

La brigada, bajo la escolta de una compañía de soldados de los Estados Unidos, al mando del coronel Dillon, había hallado dificultades punto menos que insuperables, y ahora, luego de penetrar en los selváticos cerros hasta la vertiente oriental de las Montañas Rocosas, les detenía una barrera, al parecer infranqueable..., un desfiladero o garganta demasiado profundo para cegarse y demasiado amplio para ser salvado por un puente.

El general Lodge, ingeniero jefe de la expedición, dio una orden a uno de sus ayudantes.

-Encargad al joven Neale del asunto. Si logramos las coordenadas de este maldito lugar, a él se lo deberemos.

El ayudante, Baxter, transmitió la orden a un irlandés que tenia al lado, fumando una pipa negra y corta, diciéndole que buscase a Neale y se lo comunicase. El irlandés Casey era un sujeto duro de facciones, bermejo el rostro, curtido a todos los incidentes de una vida ruda y violenta, pero con una expresión de perpetuo buen humor, como si, por accidente, sus rasgos fisonómicos hubiesen quedado inmovilizados en un instante de hilaridad. Quitándose la pipa de entre los dientes, dijo con manifiesto acento irlandés

-General, el banderín que vengo sosteniendo para ese condenado topógrafo está equivocado de color; debería ser verde[1].

Baxter le indicó con impaciente ademán que cumpliese su encargo, pero el general Lodge, levantando los ojos de los mapas y planos que estudiaba, le miró sonriendo. Era hombre de adusto semblante y marcial continente.

-Casey, elige el color que más te guste -dijo-. Tal vez el verde cambie nuestra suerte.

-General..., aquí no se asentará ferrocarril alguno, pero si se asienta lo habrán asentado los irlandeses - replicó Casey antes de ir a cumplir la orden recibida.

Efectivamente, les quedaba una sola esperanza, la de que el ágil y audaz Neale, con su alertada pupila de hombre montaraz y su habilidad para calcular distancias y pendientes, lograse las coordenadas de la garganta.

Mientras le esperaban, los ingenieros continuaron estudiando los planos y los mapas con el ahínco de hombres que no quieren darse por vencidos.

Lodge había sido teniente general en la guerra civil entre los estados del Norte y del Sur, recién concluída. Con antelación había recorrido varias veces aquella parte del Oeste, con el magno proyecto de un ferrocarril siempre presente en su ánimo. Fueron precisos años para la evolución del plan de un camino de hierro transcontinental, y si llegó a tomar cuerpo fue pasando por muchas mentes, por muy tortuosos caminos y por incontables cábalas, conjuras y contraconjuras. La grandiosa idea de enlazar el Este y el Oeste por un ferrocarril nació en el cerebro de un hombre, que vivió por su idea y que por ella dio la vida. Pero la simiente así sembrada germinó. Uno a uno, otros hombres vinieron, adivinaron y creyeron, sobreponiéndose a las dudas y a los temores, hasta llegar el día en que el Congreso puso el Gobierno de los Estados Unidos, su ejercito, un grupo de «directores de levita» e ilimitada cantidad de oro a disposición del general Lodge, ordenándole, a cambio, que construyera el ferrocarril.

Excepción hecha del ingeniero en jefe y de sus ayudantes, no había en toda la extensión del país quien conocíese-las dificultades y el riesgo de la empresa. El mundo estaba interesado; la nación aguardaba, en su mayoría incrédula, pero Lodge y sus ingenieros, imbuidos por el espíritu de algo muy grande en perspectiva y en cuya realización había aventura, fortuna, fama y la extraña llamada de la vida, que representa una- herencia para las generaciones futuras, laboraban torvos, pero indomables.

Warren Neale llegó apresuradamente. Era un new englander de pobre familia, educado a copia de esfuerzos, ávido de aventuras, ansioso de destacarse, despierto, ardiente, de tez bronceada y sagaces pupilas. De estatura rayana en los seis pies, parecía, por su estructura, una cuña, aunque no era ponderoso. Un adolescente de veintitrés años, con recias posibilidades latentes de carácter.

El general Lodge en persona explicó al joven topógrafo la situación y lo que de él esperaba. El semblante de Neale reveló la ufanía; sus pupilas relampagueaban de orgullo y sus labios formaron una recta linea decisiva. Pero mientras los ingenieros le llevaban a la escena

[1] La bandera verde es el emblema simbólico de los sinnfeiners o separatistas irlandeses.

de la última barrera, no hizo apenas comentario alguno. Era una garganta rugosa, vetusta, amarillenta y desmoronadiza, coronada de cedros en su cumbre y desnuda y blan-

cuzca en su base. Se llegaba a ella por una quebrada de las vertientes, de forma que, en realidad, la garganta se extendía por encima y por debajo de aquel punto.

-Éste es el único paso de estos cerros - dijo el ingeniero Henney, veterano del cuerpo de Lodge.

El pasadizo terminaba donde la quebrada de las vertientes enfrentaba abruptamente la garganta. Era un salvaje panorama. Sólo hombres de tan recio e irreductible temple podían alimentar esperanzas de tender una línea por semejante lugar. La embocadura de la quebrada era angosta; a la derecha, un enorme estribo de roca formaba saliente sobre la garganta; al otro lado veíanse las agrietadas y veteadas escarpas, y en el fondo abríase la sima; tan solo por aproximación cabía calcular la más cercana cara.

Neale, arrastrándose, fue hasta el borde del precipicio, intentando ver lo que había debajo. Evidentemente no vio gran cosa, porque, al incorporarse, sacudió la cabeza. Luego miro al estribo.

-Eso puede volarse - murmuro.

-Pero... ¿que hay al otro lado? Si son millas de pared rocosa lisa, estamos aviados - dijo otro de los 'ayudantes, Boone.

-La contraescarpa es eso exactamente -añadió Henney -. Una pared de piedra lisa.

El general Lodge miró hacia la desconcertante gar

ganta. Su semblante pareció más adusto y más torvo. -Parece imposible seguir adelante, pero... hemos de seguir adelante - dijo.

Reinó un silencio. Los ingenieros se miraron como hombres a quienes confronta un definitivo y postrer impedimento. Neale se echo a reír. Aparentemente no había perdido la confianza.

-Parece peor de lo que debe ser -dijo-. Escalaremos la cumbre y me haré descolgar por la pared con una cuerda.

En varias ocasiones, Neale se había descolgado ya por despeñaderos similares en aquellos cerros. Entre todos los seleccionados para misiones arriesgadas era el más afortunado, el más audaz y también el que más éxitos había tenido. A nadie se le ocurría mencionar los accidentes acaecidos ni la fatal caída sufrida por uno de sus compañeros pocas semanas antes. Cada milla de terreno estudiado acrecentaba su resolución de llevar a buen fin la empresa empezada.

La subida a la escarpadura fue para la brigada entera de ingenieros y los soldados que le acompañaban, dura v penosa.

-Necesitare una cuerda larga -había dicho Neal a King, su portamira.

Esta orden fue la que motivo que King tardase tanto en escalar la escarpada. Era, además, un cowboy acostumbrado a cabalgar, pero no a escalar montañas a pie.

-He... recogido... cuanta cuerda... hay por acá - jadeo, soltando a los pies de Neale lazos, reatas y adujas de cuerda.

Neale examinó algunas ya muy desgastadas, con aire dubitativo.

-¿Eso es todo lo que había? - pregunto.

-Todo. Incluído lo que Casey pispó a los soldados.

-Ayúdame a anudarlos - prosiguió Neale.

-Opino que esta vez bajare yo primero - rezongo King.

Neale se echo a reír mirando a su portamira. Allá en Nebraska aquel cowboy, oriundo de Texas, se había apegado a él. Trabajaban juntos y no tardo en reinar entre ellos una franca amistad. Larry King no se recataba de decir que se le había hecho imposible la vida en Texas. Para su desgracia, había nacido con una deplorable flaqueza : la de recurrir, a la menor

provocación y a veces sin ella, a su revolver para zanjar los argumentos. Neale estimaba que King concedía desmedida importancia a un servicio prestado... un simple caso de tender la mano en momento oportuno, si bien era innegable que había habido un cierto peligro.

-¡Bajar tú primero! - exclamó Neale.

-Opino.

-No lo verán tus ojos - replicó bruscamente el otro-. Es posible que no te necesite para nada. ¿A que correr un riesgo innecesario?

-...o bajo yo primero o renuncio a mi empleo.

-¡Condenación! - vocifero Neale apretando un nudo y mirando a su portamira con algo más que curiosidad.

Larry King era alto, esbelto, duro como el acero -pero indiscutiblemente apuesto-; un cowboy de singulares atractivos, con el cabello de un rojo llameante, encendido

rostro y ojos azules. En el, cinto y pendiente de un biricú llevaba un revólver de grueso calibre.

-Adelante -concedió Neale-, y no te deseo más sino que quedes harto de tu empleo.

Uno a uno fueron regresando los ingenieros de los diferentes puntos que habían ido a examinar, uniéndose al grupo Neale y King.

-Aseguraos de esas cuerdas - ordenó el general Lodge.

La larga cuerda así formada parecía ofrecer todas las garantías necesarias de solidez. Cuando King se pasó un extremo bajo los brazos, surgió entre los presentes, como antes con Neale, la cuestión de si era o no preciso bajar al portamira antes que al topógrafo. Henney, que por lo general dirigía esta clase de trabajo, opinó que no.

-Opino que bajaré primero - insistió Larry, que, como todos los tejanos de su tipo, era calmoso, imperturbable, sosegado, al parecer indiferente. Empero daba una marcada impresión de nervio latente, de salvajismo y de violencia.

Parecía inminente un conflicto cuando el general Lodge se adelantó, dirigiéndose a Neale.

-Larry cree que se romperá la cuerda; por eso quiere ir delante.

Entre los oyentes se cambiaron algunas sonrisas, pero nadie creyó prudente reír. Era uno de los incontables incidentes humanos que en el curso del ferrocarril acaecían. Podía ser humorístico, pero era, en todo caso grande.

El adusto semblante de Lodge se relajó, aunque dijo con firmeza a King:

-¡Obedezca usted órdenes

Se transfirió el lazo, aprontándose todo para bajar al topógrafo con su eclímetro por la pared rocosa.

Neale echó una postrer ojeada al escabroso frente del cantil. Cuando se enderezó, su semblante había perdido su rojizo bronceado.

-Un saliente de roca me impide ver lo que hay debajo -dijo-. Es inútil hacer señales. Bajaré cuanto me dé de sí la cuerda y mucho será que no encuentre donde tomar pie. Resultaría imposible izarme hasta aquí luego.

Todos lo reconocieron así en silencio.

Neale se sentó al borde de la sima, con las piernas col

gando; asió firmemente el eclímetro y dijo a los soldados que aguantaban la cuerda:

-¡Adelante!

Le fueron bajando palmo a palmo.

El día era ventoso y una nube se alzó de la pared. Vencejos negros levantaron el vuelo ruidosamente, piando asustados. Los ingenieros se asomaron para seguir los progresos de Neale. Larry King se abstuvo, clavados los ojos en la tendida cuerda al pasar nudo a nudo por el borde. Parecía fascinarle.

-Ya ha llegado al estribo - anunció Baxter.

-Ya pasa por debajo... se le pierde de vista... -exclamó Henney.

Casey se abalanzaba más que nadie.

-¡Bonita manera de plantear una línea! - observó.

La garganta, silenciosa bajo el sol poniente, estaba llena de azulada calina. Vista desde aquella altura, muy por encima de la quebrada que en un principio detuvo a los ingenieros, tenía la dignidad y las dimensiones de un cañón. Con la luz crepuscular, sus paredes comenzaban a cambiar de colorido.

Palmo a palmo, los soldados fueron largando cuerda hasta haber pasado unos doscientos y no quedar más de cien. Pero entonces toda la parte formada por lazos anudados estaba fuera; el resto eran trozos de cuerdas de diferentes clases, bastante usadas algunas y llenas de nudos. Los ingenieros las miraron con recelo.

-No me gusta - dijo Henney nerviosamente -. A estas alturas Neale debería haber encontrado ya alguna repisa o banco, o cuando menos, ladería en que tomar pie.

Los soldados se mostraban instintivamente reacios a seguir largando, haciéndolo con reluctancia centímetro a centímetro. Pero por muy atentas que estuviesen sus pupilas, no podían rivalizar con las de King.

- ¡Alto! - gritó súbitamente, señalando adonde la desatada cuerda doblaba sobre el borde de la pared.

Los soldados aguantaron firme. La cuerda cesó de correr pareciendo aumentar su tensión. Larry King señalaba con una cenceña mano

-¡ Va a partirse!

Su voz ronca y angustiada contuvo el movimiento de avance de los ingenieros. É1 cayó de rodillas junto a la

cuerda, tendiendo los brazos como si quisiera asirse a ella y no se atreviese.

-¡Las cuerdas eran de mi incumbencia...! ¡Viejas y podridas...! Y se están partiendo.

Aún no había acabado la frase cuando así ocurrió. Los soldados, perdiendo el equilibrio al faltarles el contrapeso, cayeron hacia atrás. Baxter lanzo una especie de gemido. Boone y Henney, un franco grito de horror. El general Lodge quedo como paralizado, aturdido. Todos, en rígidas posiciones, alarmados.

De la sima subió un sordo ruido; luego, un apagado baque y, por fin, el característico estruendo, lento en un principio y acelerado después, del desprendimiento de rocas y de tierra. Fue decreciendo hasta morir con el chasquido de piedra sobre piedra.

Casey rompió el silencio con una imprecación. Larry Red King se incorporo con el cabo de la rota cuerda en la mano. Mirándolo, lo arrojo lejos de sí violentamente. Después, con no menos violencia, se desciño el cinturón para volvérselo a ceñir aún más. Sus pupilas lanzaban azulados destellos ; parecían acusar a los desconcertados ingenieros de deliberado homicidio. Sin pronunciar palabra d -«o media vuelta, echando a andar por el borde de la garganta, evidentemente buscando lugar apropiado para el descenso.

El general Lodge dio orden a los soldados de seguirle y de procurar por todos los medios recoger el cuerpo de Neale.

-¡El muchacho tenía porvenir! -dijo Henney-. Le echaremos de menos.

El semblante de Roone reflejaba su horror y su disgusto. Baxter zollipaba:

-¡Que lástima ! ¡Que lástima ! Pero, ¿que podemos hacer?

El ingeniero en jefe miro hacia la umbría garganta cuyos contrafuertes teñía de rojo el sol. ¡Que duro era tener que mandar en ciertos casos ! La muerte parecía estar al acecho de sus ordenes. Pensaba que la construcción de aquel ferrocarril sería como la reciente guerra, en la que a tantos adolescentes, a tantos hombres hechos, había enviado a tumbas prematuras.

Los ingenieros descendieron la larga pendiente, de represo al campamento, a una milla de

distancia del estrecho

valle. Ardían las fogatas; columnas de humo desarrollábanse en larga espiral por la tranquila atmósfera; los cantos y las risas de los soldados parecían más audibles en la quietud. Los caballos relinchaban pateando.

El coronel Dillon comunico al general Lodge que uno de los exploradores al servicio de la expedición había atisbado una nutrida banda de sioux en un cercano valle. La tribu estaba en pie de guerra y no deseaba hostigar a los ingenieros. El trágico sino de Neale quedo relegado a segundo término ante la aprensión de lo que podía acaecer cuando los indios se diesen cuenta de las verdaderas razones que motivaban aquella supuesta expedición topográfica.

-Los sioux pueden hacer imposible el tendido de U. P.[2] - dijo Henney, siempre receloso y pesimista.

-Ni los indios, ni... quien quiera que sea, podrán detenernos - declaro su jefe.

Los soldados que habían recibido la orden de seguir a Larry King regresaron confesando haber perdido su rastro, sin hallar tampoco punto alguno por el que se pudiese bajar a la garganta.

Al día siguiente por la mañana, Larry King no había vuelto.

Se enviaron destacamentos de tropa en distintas direcciones para intentar de nuevo la busca de Neale, y los ingenieros prosiguieron el estudio de su problema. No corono el éxito los esfuerzos de unos ni de otros y, al atardecer, cuando rendidos todos se fueron congregando en el campamento, Larry King aún no se había presentado y se le empezó a dar por perdido.

Pero, antes de caer la noche, el cowboy compareció con el trípode y su instrumento al hombro, renqueando, polvoriento y astroso. Aparentemente había sufrido una o más caídas sin serias consecuencias. King no dio a los soldados explicación alguna. Cojeando se llego a la tienda de los técnicos y, dejando su carga, dio una voz. El primero en salir fue Boone y su grito de sorpresa atrajo a Henney, Baxter y los más jóvenes de la brigada. El general Lodge, sentado a cierta distancia junto a su fogata y absorto en los planos, no se dio cuenta de su llegada.

Nadie fue capaz de percibir diferencia alguna de actitud en el cowboy; excepto su cojera, estaba calmoso, tranquilo, indiferente como siempre y, sin embargo, vital e impulsivo.

-Bueno... ya están las coordenadas... a seis kilómetros garganta arriba es fácil cruzarla y... con unos quince metros de rasante por kilómetro.

Los ingenieros le miraron como si hubiese perdido el juicio.

-Pero... ¿Y Neale...? Cayó... ¡ha muerto! - exclamo Henney.

-¿Muerto...? Psh... no... que yo sepa; Neale no ha muerto -rezongó Larry.

-Entonces, ¿donde está?

-Opino que viene camino del campamento.

-¿Herido?

-¡Vaya!, y hambriento... igual que yo -replicó Larry dando media vuelta y alejándose cojeando.

Algunos de los reunidos se precipitaron al encuentro de Neale mientras otros iban a dar la pasmosa nueva al general Lodge.

El jefe recibió la noticia con profundo interés.

-En cuanto hayan satisfecho sus necesidades... enviadme a Neale y a King -dijo, y añadió a Baxter-:

¿Quince metros de rasante han calculado? -Eso nos dijo King.

-¡Que prodigio! - exclamo el jefe como si la noticia le hubiera descargado de un enorme

[2] Las iniciales del nombre del ferrocarril transcontinental: Union Pacific.

peso -. Que vengan cuanto antes los muchachos.

Un grupo de soldados encontró a Neale por el camino, ayudándole a llegar al campamento. Estaba derrengado y casi exhausto. Y aunque pretendió quitarle importancia a su condición, no pudo reprimir un gruñido de dolor al dejarse caer sobre un asiento junto al fuego.

Alguien le dijo a Larry que el general quería verle.

-Tengo hambre... y no es mi jefe - replico el cowboy sin interrumpir su refacción. Era ya sabida la dificultad de desliar la lengua al sudeño.

Pero, en cambio, Neale hablo por los dos, deshaciéndose en calurosos elogios de su portamira. Al poco tiempo todo el campamento sabía que el joven topógrafo le debía la vida a su ayudante. El locuaz Casey, pretendiendo quebrantar la reserva del taciturno Larry, se vio rotundamente denostado.

-¡ Vaya...! Si no quieres que se te pregunte nada, vete con los sioux y que te hagan héroe fiambre - replicó Casey, muy amoscado. Y al ver que su replica no le atraía nuevos denuestos, se volvió hacia su camarada, el hachero McDermott -. Escucha, Mac, ¿qué opinas tú de los cowboys?

-Opino, Pat, considerando a este cowboy y su armamento, que si sigues par ese camino acabarás con más agujeros que un colador antes de que pite el primer tren por aquí.

-Entonces, ¡por San Patricio!, que aún me queda un rato largo para echarme whisky en el pellejo sin que se salga - replico Casey.

Apresuradamente el general Lodge visito a Neale, quien le entrego cálculos y perfiles que representaban la solución del, al parecer, formidable problema.

-Una vez rebasado el estribo fue tarea fácil - dijo-. Hay un declive de unos cuarenta y cinco grados que no es todo roca. Y a seis kilómetros termina la garganta. Podemos cruzar. Llegue hasta donde pude percibir la divisoria y... y allí es donde pasaremos las mayores fatigas. Aún nos falta lo peor.

-Usted lo ha dicho -asintió el jefe-. No podremos seguir el camino manteniendo esta rasante. Tendremos que buscar un paso.

-Lo hallaremos - aseguro Neale.

-Neale, es usted ambicioso y tiene la clase de temple que impulsa a no darse nunca por vencido. Desde los comienzos vengo observando su valía. Logrará usted alcanzar preeminente puesto en este ferrocarril... si sale de su construcción con vida.

- ¡ Oh ! ¡ Saldré, general, no lo dude 1 - replico riendo Neale -. Soy como los gatos; caigo siempre de pie y tengo siete vidas.

-Así debe de ser a juzgar por lo de hoy. ¿Adonde fue usted a parar esta vez?

-No caí muy lejos. Me detuvo un árbol en el que se engancho mi aparato. Mi peso desgajo la rama y me di un porrazo en la cabeza. Cuando me encontró Larry, estaba sin conocimiento y, según dice, a punto de resbalar a otro precipicio.

-Ese tejano parece estar muy unido a usted.

-Si no lo estaba, lo estará de hoy en adelante -dijo Neale -. Larry es un pelirrojo sudeño, pintoresco y cachazudo, que los hombres creen poder tomar a broma. Pero... no le entienden. Y no pueden ver lo peligroso que es... No quiero decir eso..., quiero decir que es firme y templado como el acero.

-En efecto; lo ha demostrado. Cuando se partió la cuerda creí por un momento que nos iba a fusilar a todos... Ojalá hubiese tenido hombres como Larry y como usted durante la guerra, Neale.

-Gracias, general..., pero me gusta más lo de ahora.

-¿Siente usted inclinación por la vida selvática?

-Sí - contestó sencillamente Neale.

-Lo mismo me ocurría a mí cuando tenía su edad. Y... ¿le gusta nuestra expectativa...? Neale... la construcción del U. P. será... ¡infernal!

-Me lo figuro, general. Por eso me atrae; por dos motivos. Por' su salvajismo y por el anhelo de contribuir a llevar a cabo algo grande.

-Espero, muchacho, que pueda usted realizar su de seo sin dejarse afectar por ese salvajismo.

-¿Cree usted que puedo llegar a perder la cabeza?

- preguntó Neale.

-Es usted vehemente, vivo de genio... ¿Bebe?

-Sí, un poco -contestó el joven -, pero no siento inclinación por el alcohol.

-No beba usted, Neale -dijo seriamente el jefe-. Claro que ahora, mientras seamos cuatro gatos en este desierto, carece de importancia. Mas cuando hayamos concluído nuestra labor allende la divisoria, tendremos que retroceder siguiendo el trazado. Como usted sabe, al oeste de Omaha ya ha comenzado a tenderse la línea. Se trabaja de firme. Según he oído, Omaha es una colmena. Millares de hombres ociosos se congregan en el Oeste. Se militarizará el trabajo. El ejercito tendrá que protegernos y aceptaremos a cuantos quieran alistarse. Pero habrá hordas de otra clase... Las heces de la sociedad y de la pasada guerra civil y todos los indeseables de la frontera acudirán a los campamentos de construcción. Esto supone un gasto de millones de dólares. ¡Oro... ¡ No tengo ni idea de dónde ha de salir... ! El Gobierno nos apoya con su ejercito... y nada más. Pero... se hallará el oro... Estoy seguro y... piense usted, Neale, lo que será dentro de un par de años. Diez mil soldados en un solo campamento, aquí, en esta selvatiquez. Y millares más... mercaderes honrados y venales; traficantes de whisky, tahures, desperados, bandidos y malas mujeres, negros, mestizos, indios... todo revuelto y huyendo de un campamento a otro, sin ley posible que aplicarles.

-¡Será grandioso! -exclamó Neale.

-Será horrible -murmuró el otro gravemente. Al levantarse para dar las buenas noches a su ayudante, sus facciones recobraron su adustez y el peso invisible pareció volver a caer sobre sus hombros. Tenía una noción exacta del alcance de sus responsabilidades y de la naturaleza de su tarea y presentía la próxima llegada de eventos ignorados aún e indefinidos.

Henney fue la siguiente visita de Neale. El viejo ingeniero parecía excitado, pero de momento lo olvidó todo en su solicitud por el joven.

Luego de tranquilizarse respecto a su estado, dijo sonriendo:

-El jefe le ha ascendido a usted.

-¿Cómo? - exclamó Neale con un respingo.

-De veras. Acaba de conferenciar con Baxter y conmigo. Esa última hazaña le ha complacido sobremanera. Y de ahí el ascenso.

-¿Ascenso a que...?

-Psh... Supongo que eso fue lo que quiso consultarnos -replicó Henney-. La verdad es que, de momento, era preciso inventar algo a que ascenderle.

-¡Ah! ¡Comprendo! Me preguntaba yo de que podía tratarse -repuso Neale riendo-. ¿Que dijo el jefe?

-Muchas cosas. Calculó que le veríamos a usted en la cumbre del U. P. si llega a construirse... Ingeniero en jefe... o superintendente de Vía y Obras.

-¡Santo cielo ! -respingó Neale -. ¿Habla usted en serio?

-¡Vaya! ¡Y tanto! -replicó Henney-. Escuche, Neale -prosiguió con seriedad-. En pocas palabras, ése es el caso. Usted quedará encargado de los estudios y replanteos difíciles y especiales, como el de ayer, pero sin la rutina del trabajo. Además, irá de un lado a otro inspeccionando, calculando. Podrá establecer sus cuarteles con nosotros o en los campamentos de construcción, como prefiera y más le convenga. Naturalmente, todo esto más

adelante, cuando hayamos avanzado. En cierto modo gozará de mayor libertad y será usted su propio jefe, capacitándose para el futuro cargo en Vía y Obras. A serle franco, el general lo dijo así, le llamó a usted «Vía y Obras Neale». Enhorabuena y... mi consejo es que siga por donde ha empezado, sin quitarle ojo a su selvatiquez y a su viveza de genio. Nada más, buenas noches.

Y salió, dejando a Neale boquiabierto.

Aquella noche, el joven topógrafo tuvo muchos visitantes, siendo el último de ellos Larry King. Al entrar en la tienda, el cowboy se detuvo.

-Bueno, ¿cómo estás? - pregunto.

-Podría estar mejor sin lamentarme -contesto Neale -. Me duele la cabeza que me rabia, y me abrasa la frente. No me extrañaría empezar a decir tonterías de un momento a otro. ¿Te molestaría mucho traerte aquí tus mantas y hacerme compañía?

-Encantado - dijo King poniendo solícito la mano sobre la frente de Neale -. De fijo, tienes fiebre. - Salió, regresando al poco rato con un rollo de mantas y una cantimplora con cuyo contenido baño la frente y el rostro de su amigo. La fogata iluminaba con intermitencias la tienda. A su luz, vio Neale que el cowboy llevaba vendada la mano izquierda, de la que se valía con dificultad.

-¿Que te pasa en la mano? - preguntó.

-Opino que nada.

-Entonces, ¿por que la llevas entrapajada?

-Porque un hijo de alcornoque me azuzo al médico militar y dice que tengo dos dedos rotos.

-¿Sí? ¡No se me ocurrió ni por asomo que pudieses estar herido! ¡No dijiste palabra y... nos llevaste a cuestas a mí y a mis instrumentos todo el día... con una mano rota!

-¡Bah ! No estoy muy seguro de que lo este.

Neale abrumo a denuestos a su compañero, hasta quedarse dormido. King comenzó su vigilancia, renovando de vez en cuando las húmedas compresas de su frente.

La fogata se consumió y la quietud de la noche cayo, suprema. A intervalos, ululaba el viento; algún caballo pateaba inquieto; se oían los mesurados pasos de los centinelas y el salvaje chillido de las aves nocturnas.

V

No se equivocaba Neale al decir a los ingenieros que una vez tomadas las coordenadas de la garganta y afrontados los empinados declives del lado opuesto empezarían sus mayores fatigas.

Se encontraron más adentrados en los cerros de Wyoming, cadena montañosa que ya había ofrecido grandes dificultades para el general Lodge en anteriores viajes de exploración y en la que aún no se había descubierto paso alguno.

El antiguo «camino de St. Vrain y Laramie» serpenteaba por la falda de esas laderas y por los valles. Pero era impracticable para un ferrocarril. Habría que hallar un paso con una rasante a lo sumo de quince metros por kilómetro y aquéllas eran montañas de breves cotarros, pero muy altas.

Resultó que hubo que abandonar el primer trazado, ya estudiado, por barrancos y a través de la garganta, y estudiar otro que pasara por los cerros. A este fin se trasladó el campamento hacia el Este, a las primeras estribaciones de los cerros de Wyoming. Desde allí, los

ingenieros empezaron a ascender hasta alcanzar su enlace con las montañas, donde pareció que quedaban definitivamente detenidos por la Naturaleza.

El segundo trazado seguía, hasta cierto punto, la línea del antiguo «camino de St. Vrain y Laramie», prueba evidente de que éste había sido desarrollado por pupilas tan astutas y sagaces como las de los actuales técnicos.

Con una numerosa banda de sioux hostiles atisbando sus movimientos, la brigada expedicionaria halló preciso tener las tropas a mano continuamente. Los topógrafos escalaban los riscales mientras los soldados, desde abajo, les seguían con la vista. Día tras día, la infructuosa búsqueda del paso continuó. Muchos de los lugares estudiados parecían prometedores para terminar en infranqueables cantiles o quebradas demasiado hondas o rampas demasiado iguales a la vista. El jefe y sus ayudantes estaban desesperados. ¿Fracasaría el magno proyecto por unos metros de empinada pendiente? No se resignaban a renunciar.

La proximidad de Cheyenne Pass ofrecíales algo de esperanza. Acamparon en el valle, en una torrentera, empezando las observaciones desde allí. Una mañana, el jefe, sus subordinados y un explorador ascendieron la torrentera y luego, por el paso, hasta la cima. Nuevamente apareció ante sus ojos el antiguo «camino de St. Vrain y Laramie». y nuevamente las tropas lo recorrieron con los ingenieros a la vista.

El jefe y el séquito prolongaron la expedición más que de costumbre y, desde luego, más allá de lo que deberían haberlo hecho sin escolta. De pronto, el explorador se detuvo, mirando atentamente al otro lado del valle.

-Señales de humo hacia allá -dijo.

Los ingenieros miraron con toda detención, sin conseguir ver nada. Prosiguieron su camino, pero el explorador les llamó.

-Esa escuadrilla de pieles rojas nos ha visto y quiere envolvemos. Cuando menos lo pensemos los tendremos encima.

Fueron las pupilas de lince de Neale las que primero percibieron a los indios.

-¡Mirad! ¡Mirad! - grito muy excitado, señalando con temblona mano.

Por una herbosa ladera galopaba una hilera de indios con evidentes designios de interponerse entre los ingenieros y los soldados.

-Bueno, ya no tiene remedio -declaró el explorador-. No podemos retroceder por donde hemos venido.

El jefe contemplo sosegadamente a los indios, mirando luego hacia la prolongada loma que arrancaba de la cúspide. No era la primera vez que se veía en apurado trance.

-¡A galope ! - fue su orden.

-¡Hagámosles frente! -gritó Neale.

Eran ocho hombres bien armados y bien montados. En caso inevitable podían haber detenido el avance indio temporalmente. Pero el general Lodge y el explorador se dirigieron a través de un pequeño valle hacia una más alta loma desde la que confiaban ver y ser vistos por la tropa. Galopaban largo y tendido; mas, aun así, les fue preciso un cuarto de hora para ganar la cresta. En efecto, la fuerza de escolta estaba a la vista, pero muy distante, y los sioux les entretallaban el paso para situarse entre ambos.

La ocasión requería rápido y seguro discernimiento. El explorador declaro la imposibilidad de efectuar un contacto con la tropa descendiendo directamente de la loma, y el jefe decidió seguir a su largo. El camino se hizo trabajoso y duro. Uno a uno tuvieron que ir desmontando para llevar de la brida a sus caballos. Neale, jinete en un nerviosa bayo, apenas podía conservarse a la altura de los demás.

-Cambia conmigo -dijo Larry.

-No, Red. O puedo con este maldito jamelgo o...

-Bueno, pero como no puedes... -interrumpió Larry-. Además, los caballos son de mi

especialidad.

Cogió la brida del inquieto animal, que al punto se dio cuenta de estar bajo una mano maestra.

-¡Por Judas! ¡Tendremos que damos prisa! -exclamó Neale.

Los sioux cuarteaban la otra loma, corriéndola como si fuesen por terreno llano. El caballo de Baxter dio de manos y quedo cojo de la derecha. La cincha de la silla de Henney se aflojo, obligándole a perder más precioso tiempo. Los hombres aprontaron sus rifles; a cada ondulación del terreno esperaban llegar a alguna quebrada que hiciese inevitable la defensiva.

Desde uno de los puntos del camino pudieron contemplar claramente la tropa.

-¡Hacedles señales! - ordeno el jefe.

Empezaron a gritar, disparando al aire, agitando sombreros y pañuelos. En vano. Los soldados continuaron su marcha a paso lento.

-¡Adelante... cerro abajo! - fue la siguiente orden.

-General... me da mala espina - objeto el explorador.

Red King interpuso su mano entre ambos. En sus azules pupilas fulgía una acerada llama al recorrer con ellas el declive.

-El apreciar terreno es de mi incumbencia -dijo-. Bajaremos por aquí... o no bajaremos.

Neale estaba rendido, cojo y furioso.

-Detengámonos a pelear -jadeo- Podremos con ellos fácilmente.

-Quizás hayamos de hacerlo -replicó el jefe-. Pero... no ahora. Adelante.

Continuaron avanzando por terreno pedregoso, subiendo y bajando declives y rampas. Acá y acullá aparecían trechos en los que les era factible montar y los aprovechaban para ganar tiempo. Los indios se perdieron de vista y el hecho los inquieto porque era imposible prever cuándo y por donde reaparecerían. La idea los espoleo a más decididos esfuerzos por alejarse.

Entre tanto poníase el sol, y el apuro en que los ingenieros se hallaban se hacía más serio. Un grito de Neale, que iba a retaguardia, los previno de que los indios habían escalado la altura que ellos acababan de abandonar y, por ende, que la persecución era ya declarada y cercana. El general Lodge dio orden a sus hombres de afrontarla pie a tierra y rifle en mano. La acción contuvo a los sioux, que se detuvieron fuera de su alcance.

-Esperan a que caiga la noche - dijo el explorador.

-Sigamos -dijo el jefe-. Aún tenemos probabilidades de escapar.

Continuaron avanzando, envueltos por la oscuridad que acrecentaba las dificultades y el peligro, aunque, por otra parte, les permitió atraer la atención de las tropas con togatas. Uno de ellos se adelantaba para disponer la noguera, mientras los restantes le guardaban las espaldas contra posibles agresiones de los indios. Por fin, los soldados se percataron y contestaron a sus llamadas. Más animado al saberse sostenido, el pequeño grupo se resolvió a emprender el descenso de la loma. Y cuando la noche cerraba -momento fatal en el que el ataque indio habría cristalizado-, la escolta efectuó contacto con la brigada. Sin disparar un tiro, los pieles rojas desaparecieron como por ensalmo, entre el general regocijo. Empero, Neale siguió lamentándose de no haber podido «vérselas con ellos cara a cara».

-A decir verdad, yo también lo estaba deseando - concurrió su fiel aliado King.

Casey se quito la pipa de entre los dientes el tiempo preciso para observar:

-¡Subir toda esta cuesta para luego no peleamos con nadie

Las primeras palabras del general Lodge al coronel Dillon parecieron inspiradas en la observación de Casey.

-¿Les costo a ustedes mucho reunirse con nosotros, coronel?

-A fe que sí; cuesta arriba en derechura para salir del valle.

El general no volvió al campamento por el atajo. Fue siguiendo la loma que se

desarrollaba gradualmente en una extensión de varias millas hasta morir en la llanura. Luego, iluminado el rostro por la pálida luz de las estrellas, se dirigió a sus ayudantes con singular animación y fuego:

-Amigos míos, hemos sufrido un susto y pasado un mal rato, pero en cambio... va tenemos la salida de los cerros de Wyoming. Mañana haremos la nivelación de esa loma. Y se llamará Sherman Pass en honor a mi compañero en la última guerra. ¡Gracias sean dadas por una vez a esos condenados pieles rojas !

A la mañana siguiente, una violenta puñada en las costillas saco a Neale de su profundo y pesado sueño.

-¡Neale... ! ¿Te has muerto? -gritaba Larry-. Despierta y escucha.

Neale oyó las vibrantes y argentinas notas del cornetín de orden.

-¿Que ocurre, Red? - preguntó empezando a vestirse.

-Opino que son indios - dijo tranquilamente el otro.

Estaba amaneciendo. El campamento parecía agitado por inusitada conmoción... Soldados que corrían de un lado a otro, llevando caballos, sillas, municiones...

-Apronta nuestros jacos y entérate de lo que pasa, Red.

El cowboy salió ciñéndose el biricú. Neale, ya vestido, se encontró al salir con el teniente Leslie, amigo suyo, que le dijo que uno de los escuchas se había presentado con noticias de una amenaza de incursión. El coronel Dillon ordenaba en consecuencia que un destacamento de tropas se pusiese en plan de marcha.

-Voy con ellos -vocifero Neale-. ¿Dónde está ese explorador?

No tardo en distinguir una figura ataviada con trate de piel de ante y se dirigió hacia ella. El desconocido, cazador o trampero por las trazas, llevaba un rifle largo, de antigua manufactura, al cinto un cuerno de pólvora y un cuchillo de monte, y al hombro la cacerina con las halas. Neale le interpelo sin vacilar:

-Me llamo Neale -dijo- ¿Puedo ser de alguna utilidad?

Un par de penetrantes ojos grises se clavaron en él.

-Mi apellido es Slingerland -replicó el otro tendiéndole la mano-. ¿Es usted militar?

-No; soy topógrafo. Pero puedo montar y manejar un arma tan bien como otro cualquiera. Y conmigo viene un cowboy... un tejano. ¿Que ha ocurrido?

-Aún no estoy cierto de que haya ocurrido, pero... temo lo peor. Tuve noticias de que una banda de sioux iba rastreando a unas carretas por los cerros. Previne al que las capitaneaba aconsejándole que levantasen el campo cuanto antes y vine en busca de refuerzos, pero las tropas habían cambiado de campamento y hasta ahora no he dado con ellas y... entiendo que será tarde.

-¿Era una caravana? - preguntó muy interesado Neale.

-Seis carretas. Un puñado de hombres, dos mujeres y una muchacha.

-¿Una muchacha?

-Sí. No debe de tener más de dieciséis años. Una chica muy agraciada, de ojos grandes. Me ofrecí a traerla a grupas y todos la instaron para que aceptase, pero no quiso. Y me da grima pensar...

Slingerland no termino su pensamiento en alta voz. En aquel instante llego Larry, llevando de la brida el caballo de Neale. Slingerland miró atentamente al cowboy.

-¡Hola! -rezongo Larry. No parecía ni curioso ni excitado y su sosegado aire de indiferencia contrastaba notablemente con la fogosidad de Neale.

-Veo que traes ya los rifles -dijo el topógrafo.

-Sí, y algunas provisiones afanadas.

Momentos después la fuerza estaba en disposición de emprender la marcha. Slingerland se puso a su cabeza, llevándolos valle arriba, al trote por espacio de una milla, y luego,

cruzando al lado opuesto, entro en otro valle. Fueron salvando loma tras loma hasta llegar a un punto desde el cual el «camino de St. Vrain v Laramie» se discernía en el valle, a sus plantas. De allí siguieron la cresta de una loma y cuando el sol apuntaba sobre el horizonte pudo enseñarles el lugar donde la caravana había acampado. Descendieron a aquel valle, en cuyo suelo se vetan las huellas recientes de caballos sin herrar.

-No nos llevan mucha delantera - dijo Slingerland-, pero... la bastante para que lleguemos tarde.

Al entrar en el llano puso la expedición a galope, con las tropas siguiéndolos estruendosamente, hasta que el terreno, más quebrado, volvió a dificultar la marcha.

En tal momento, Slingerland diviso algo que le hizo sobresaltarse. Era la quemada armazón de una carreta. Los bueyes no se veían por parte alguna.

Después percibieron a lo largo del camino gran copia de mantas y utensilios de campamento, desperdigados. Más lejos, las rodadas abandonaban el camino, como si los boyeros hubiesen perdido la dirección, desorientados por la oscuridad o la premura. Era un paraje abierto, onduloso, sembrado de rocas sueltas y cubierto de maleza. Un saliente rocoso, algunos árboles canijos y multitud de ennegrecidos y carbonizados restos de carros marcaban la escena final de la tragedia.

Neale fue el primero en echar pie a tierra, seguido de Larry King. Se habían adelantado a los soldados, más cautos.

- ¡Santo Dios ! - exclamó Larry.

Neale, empuñando el rifle furiosamente, se adentro entre los incendiados carros. Cuerpos desnudos, mutilados, sanguinolentos y horribles yacían en horrenda confusión. Todos sin pericráneo.

Slingerland llego con la fuerza. Desmontaron entre imprecaciones, denuestos y exclamaciones de horror.

El coronel Dillon dio órdenes de buscar cuanto pudiese conducir a la identificación de las víctimas. No se halló nada. Lo que el fuego no había consumido debieron de llevárselo los salvajes. De todo el material de campamento solo quedaban dos palas, una de ellas con el astil quemado, que utilizaron los soldados para excavar las fosas.

El macabro espectáculo había desmoralizado momentáneamente a Neale. Apartándose de los demás, se sentó sobre una roca. Un sudor frío cubríale el semblante y experimentaba una extraña sensación desconocida, como de vacío, en la boca del estómago. Era su primera experiencia de la diabólica crueldad de los salvajes... Su mente parecía un torbellino.

De pronto creyó oír un apagado gemido. Tuvo un violento sobresalto.

-Debo de estar soñando -murmuró.

Tal nerviosidad le causó la idea que, poniéndose en pie, fue adonde los soldados cavaban las fosas, en el momento en que bajaban a una de ellas un cuerpo de mujer. El espectáculo le recordó las palabras de Slingerland, y viendo al explorador rebuscando por los alrededores, fue hacia él.

-¿Se ha encontrado a la muchacha? -le preguntó.

-Aún no. En mi opinión se la llevaron esos malditos.

Si vivía, lo más probable es que se la llevaran. -¡Dios! Ojalá haya muerto.

-Si de consuelo le sirve el saberlo, amigo, lo misma opina Al Slingerland.

Una más intensa búsqueda fue infructuosa. No se hallo el cuerpo de la joven, acabando por considerársela perdida.

-Yo averiguaré si la tienen prisionera - dijo Slingerland-; esa banda de sioux mantiene amistosas relaciones conmigo.

-Pero... ¡están en pie de guerra! -observó Dillon.

-He traficado con esos mismos sioux en pie de guerra... No es preciso decir que esa

matanza es horrible y que será menester exterminarlos. Pero... no dejan de tener sus agravios. Y_ un indio es siempre un indio.

Sobre las tumbas colocaron rudas losas de roca y los soldados emprendieron el regreso.

Neale, el trampero y Larry King fueron los últimos en montar. Y a la sazón, Neale recordó o quizá volvió a oír el gemido que tanto le sobresaltara. Refrenando su caballo

-Yo vuelvo allí-dijo.

-¿Por qué? -preguntó Slingerland.

Larry King dio media vuelta a su cabalgadura, trotando hacia Neale.

-No estoy convencido, Red -dijo Neale explicando a su amigo lo que creía haber oído.

-¡Muchacho, desvarías ! -protesto King.

-Acaso. Pero... vuelvo a verlo. ¿Vienes?

-Naturalmente.

Slingerland, a caballo, atisbaba, esperándolos. La polvareda que marcaba la tropa se iba alejando.

Neale desmonto, trabando con la brida a su caballo, y miro escrutadoramente a su alrededor. Pero Larry, siempre más a gusto en la silla que en la tierra, siguió montado. De pronto, el topógrafo se sintió irresistiblemente atraído hacia determinado lugar... hacia el saliente rocoso. Empero no logro oír nada excepto el viento silbando entre los canijos árboles. Era inútil volver a examinar el teatro de la matanza. Neale no tenía nada tangible en que basar su extraño presentimiento, pero, absurdo o no, se negaba a achacarlo a su imaginación o a su fantasía. Una voz le había llamado. Estaba dispuesto a jurarlo. Si no se cercioraba de la exactitud de su impresión, le agobiaría perpetuamente. En consecuencia, examino con deliberada calma la cena. Y luego fue al saliente rocoso.

En su base crecían matas de salvia. Se interno entre ellas. La superficie de la roca era desigual... y en su parte baja veíase una grieta. En aquel momento, una lenta y sollozante aspiración petrifico a Neale.

-¡Red!... ¡Ven aquí! - grito con voz que hizo dar un brinco al cowboy.

Cayendo de rodillas, aparto las matas de salvia. La grieta se dilataba al llegar a tierra. En el interior de la especie de covacha que formaba vio una masa de cabello castaño. Su primera idea fue que, cuando menos, los salvajes no se habían apoderado de aquel pericráneo.

King, arrodillado junto a el, se inclino hacia delante.

- ¡Es una muchacha! -exclamó.

-Sí; debe de ser la que Slingerland me dijo..., la de los ojos grandes-replicó Neale. Alargando la mano la puso sobre la cabeza. Estaba caliente. El contacto con el cabello, sedoso y fino, le causo un estremecimiento. Lo más probable era que estuviere moribunda.

Slingerland se les acerco al trote.

-¡Eh, muchachos! ¿Qué habéis encontrado? -preguntó.

-A esa muchacha -replicó Neale.

La respuesta hizo echar pie a tierra a Slingerland presurosamente.

Neale, tras un segundo de vacilación, paso los brazos por la abertura y antecogiendo a la joven por los brazos la saco fuera, sobre el césped. Estaba boca abajo, con el cabello enmarañado y el cuerpo inerte. Neale busco huellas de sangre sin hallarlas.

-Recuerdo el cabello - dijo Slingerland-. Volvedla de cara.

-Así podremos ver qué herida tiene - corroboro King.

Evidentemente, Neale no pensaba lo mismo, porque estaba a todas luces reacio a cambiarla de posición.

-Slingerland, no es tan criatura - dijo, fuera de tono por completo. Y le pasó otra vez los brazos por las axilas, notando algo húmedo, caliente y pegajoso. Retiró una mano. Estaba ensangrentada.

-¡Condenación! -exclamó el cowboy.

-¿Qué esperabais, hijitos? -preguntó Slingerland-. Está herida de bala o de flecha y, huyendo despavorida, se arrastró hasta aquí. Ea, cambiadla de posición y veamos de qué se trata. Quizá pueda salvarse.

La sugerencia influyó poderosamente en Neale, que volvió de cara a la muchacha en forma que su cabeza descansaba sobre sus rodillas. El semblante, así expuesto, apareció pálido como la muerte y con las facciones fijas en un espasmo de horror. La pechera de su traje estaba cubierta de sangre, lo mismo que sus manos.

-¡Una puñalada en el pecho! -exclamó King.

-No -replicó Slingerland-. Si así fuese la habrían despojado también de la cabellera. Acaso esa sangre proviene de un flechazo y ella pudo arrancarse el astil.

Neale se inclinó hacia ella, examinándola rápidamente.

-En el vestido no se ve corte ni agujero alguno -dijo.

-Muchachos, no tiene señales de violencia alguna, salvo la sangre-añadió esperanzado Slingerland.

Neale desabrochó la blusa, poniendo la mano sobre el pecho. Sacudió la cabeza.

-Esos gemidos que oí debieron de ser los de su agonía -murmuró.

-Es posible. Pero a mí no me parece que esté muerta -objetó Larry King-. Y he visto más de uno. Pon la mano sobre el corazón.

Neale había estado buscando señales de vida en el lado derecho. Cambió de posición la mano y al punto notó un lento pero rítmico latido.

-¡Santo Dios, qué simple soy! -gritó- ¡Vive! ¡Le late el corazón! ¡Y no está herida!

-Por lo menos no vemos que lo esté - corrigió Slingerland.

-Así y todo, puede haber recibido alguna injuria fatal - sugirió King.

-¡No! - exclamó Neale -. Esa sangre no es suya.... es de otra persona..., de su madre tal vez... Red, trae agua..., recógela en tu sombrero. Slingerland..., vaya usted a alcanzar a la tropa.

Slingerland volvió a montar.

-Tengo una idea. Llevemos a la muchacha a mi cabaña. Está cerca de aquí. El campamento dista demasiado. Y si necesita de los cuidados del médico militar podemos traerle.

-Pero... ¿y los sioux?

-Conmigo estará segura. Los indios y yo somos amigos.

-Conforme. Mas así y todo, procure usted alcanzar a la tropa y dígale a Dillon lo que ocurre y que vamos a su cabaña.

Slingerland partió al galope en dirección a la polvareda que marcaba la situación de los soldados.

Neale miró con detenimiento el semblante de la joven que acababa de rescatar a la muerte. De los labios ligeramente entreabiertos escapó otra vez un gemido. ¡Entonces era cierto lo que creyó oír! Pero... no, no le había atraído solamente aquel casi inaudible sollozo. Algo más, algo intangible, era lo que le impulsó a abandonar la brigada, a volver allí. Un impulso indescriptible, inexplicable. Neale tenía fe en sus impulsos..., en aquellas extrañas corazonadas que a veces le asaltaban. Hasta entonces las mujeres habían ejercido en su vida influencia negativa. Pero aquélla o el hecho de haberla salvado, o ambas cosas juntas, le impresionaron hondamente; para Warren Neale, la vida ya no sería en lo sucesivo la misma.

Red King acudió a grandes zancadas con el sombrero lleno de agua.

-Quítate el pañuelo del cuello y lávale la sangre de las manos antes de que vuelva en sí y se las vea -dijo Neale.

El cowboy realizó la operación torpemente, pero con infinita dulzura.

-¡Pobrecilla! Apuesto cualquier cosa a que ha quedado sola en el mundo.

Neale mojó su pañuelo, humedeciendo el rostro a la joven.

-Si no está más que desmayada debería empezar ya a recobrar el conocimiento, pero... mucho temo...

De pronto, ella abrió los ojos. Eran grandes, de tonalidades violáceas, pero cubiertos de un velo como si aún la embargase el sueño ; y, no obstante su expresión de horror, parecían mirar sin ver. Sacudió su pecho un violento sollozo; sus manos tantearon buscando asidero; su cuerpo se estremeció temblando. Súbitamente se incorporó, sentándose. No estaba débil; sus movimientos eran firmes. Las aturdidas, horrorizadas pupilas miraron en derredor sin fijarse en nada.

-¡Oh! ¡Ha perdido la razón! -murmuro compasivamente King.

Así lo parecía, en efecto. Se llevo las manos a los oídos como para protegerlos de algún horrible ruido. Y lanzo un penetrante grito. Neale, cogiéndola por los brazos, la volvió de cara, obligándola a que sus pupilas se encontrasen con las suyas.

- ¡Está usted salvada! -dijo vivamente-. ¡Los indios han huído! ¡Yo soy blanco!

Fue como si la voz despertase su razón. Se le quedó mirando. Vario la expresión de su rostro. Entreabrió los labios y se llevo a ellos una temblorosa mano, mientras agitaba la otra ante sí, como apartando algún indecible horror.

Neale sostuvo la mirada con toda la energía de su virilidad dominadora. Y repitió sus palabras.

Fue un espectáculo maravilloso y terrible el verla ; el adivinar el sombrío y caótico estado de su mente. Las lí- neas, la tensión, la edad misma se borraron de su rostro; el fruncido ceño se aliso, rejuveneciendo su frente. Neale vio los desencajados ojos fijos en los suyos, comprendió la intensidad del horror, del inaudito espanto que debería dejar para siempre huellas en su espíritu. Después, aquel velo, sombra del sueño o de la muerte, pareció disiparse de sus pupilas, convirtiéndolas en animados pozos de sombra violeta, surcados por destellos maravillosos de vida.

-Soy blanco -repitió -. Está usted salvada. Los indios han huído.

Ella comprendió el significado de sus palabras. Luego, con un apagado grito, cerro fuertemente los párpados, extendiendo ambas manos. El horror y el miedo volvieron a apoderarse de ella. Se asió a Neale con dedos de acero e inesperada violencia.

-¿Has visto, Red, has visto? Por un instante recobro el juicio -exclamó Neale.

- ¡ Vaya si lo he visto ! No tiene más que pánico -replicó el cowboy -. Ha debido de ser un infierno para ella.

En tal coyuntura llego Slingerland,

-¿Ha vuelto en sí? -preguntó mirando curiosamente a la joven aferrada a Neale.

-Por un momento, sí.

-Mejor que mejor. He alcanzado a Dillon y se lo he dicho. Naturalmente, se alegro mucho. Dice que justificará vuestra ausencia y que nos enviará lo que necesitemos.

-Vámonos, pues-dijo Neale. Intentó aflojar los dedos de la joven, sin conseguirlo. Cogiéndola en brazos, fue hacia su caballo. King tuvo que ayudarle a montar con su carga. Aunque estaba seguro de no olvidar jamás aquel lugar, miro a su alrededor como para grabarlo en su memoria. Las quemadas carretas, las tumbas, las rocas contra las que los desnudos cuerpos habían sido arrojados; los tres canijos árboles creciendo juntos y el saliente y su lóbrega abertura en su base..., lo grabo todo en su mente y emprendió la marcha, siguiendo a Slingerland.

VI

A unos diez kilómetros del teatro de la tragedia y quince del paraje que las brigadas estudiaban, alzábase la vivienda de Slingerland, en un salvaje valle del corazón de los cerros de Wyoming.

La jornada fue laboriosa y larga, pero Neale apenas se entero de ello, no obstante prestar la debida atención a las marcas y detalles del camino para poder hallarlo en ocasiones sucesivas. Empero, lo que más preocupaba su mente era la muchacha.

Por dos veces - que él supiera - abrió los ojos durante la marcha, aunque, como antes, sin ver, limitándose a estrechar aún más, si cabía, su asidero. Neale empezó a creer que había concebido demasiadas esperanzas. El cuerpo era en sus brazos un peso inerte y frío. ¿Que haría al volver en sí? Estaría probablemente desatinada, loca de terror y de pena, y él... no podría aportarle consuelo alguno. Llego a pensar que acaso le hubiese valido más correr la suerte del resto de la caravana.

El último trecho de recorrido para llegar a la cabaña de Slingerland era atravesado por un bellísimo valle de verdor, formado por empinadas vertientes casi de cañón, muy frondosas y con un cristalino arroyo serpenteando por un álveo de roca lisa. El sendero seguía la margen del curso de agua hasta su nacimiento en el horcajo formado por las dos vertientes que constituían el valle; lugar arbolado y verdeante, sobre el que se alzaba la masa gris de las rocas. Una tosca edificación de troncos con los intersticios llenos de arcilla roja, repleta a rebosar de pieles, cueros y aparejos de caza, era la vivienda del trampero.

-Ya hemos llegado a casa-anunció Slingerland en un tono de voz que decía, en efecto, lo que aquello era para él.

-No está mal como instalación -aprobó el cowboy-. Y la cabaña lleva tiempo ya de existencia.

-Mi compañero y yo fuimos los primeros blancos en estos cerros -contestó el trampero-; él ya se ha ido. Y dirigiéndose a Neale

-Debe usted de estar rendido, llevando así a la muchacha como una muerta... ¡Que pálida está! ¡Dejémela a mí!

La mano de la joven relajo su presión. Slingerland, cogiéndola, busco un lugar sombreado en el que depositarla. Los tres hombres la miraron dubitativa y seriamente.

-Opino que lo único factible es esperar -dijo el trampero.

Red King sacudió la cabeza como si el problema fuese superior a sus fuerzas.

Neale no expresó su pensamiento en palabras, aunque deseaba ser la primera persona en quien se posasen sus ojos al recobrar el conocimiento.

-Bueno ; voy a poner en orden un sitio para ella -anuncio Slingerland.

-Nosotros le ayudaremos - dijo Neale -. Red, echa una ojeada a los caballos.

-Lo mejor será desensillarlos y quitarles las bridas, dejándolos sueltos -propuso el cowboy -. No se escaparán por aquí.

La vivienda de Slingerland estaba en realidad formada por dos cabañas juntas, mayor y más reciente la una que la otra y comunicándose por una puerta interior. Era evidente que utilizaba la más antigua como almacén o depósito de sus pieles. Cuando la hubieron desalojado, resulto ser un aposento pequeño con dos ventanas, una mesa y algunos toscos artículos de moblaje, de construcción casera. Los tres hombres limpiaron la estancia, tendiéndole en el suelo una alfombra de pieles de ciervo con el pelo hacia fuera. Con otras de búfalo improvisaron una yacija, recubriéndola con mantas indias. Terminadas estas tareas, el trampero, quitándose el gorro de piel y rascándose la cabeza, apelo a Neale y a King.

-Supongo que podrán ustedes procurarse algunas cosas... necesarias para la muchacha - sugirió.

Red King lanzó una de sus francas y sonoras carcajadas.

-¡Vaya! Nos haremos con un espejo y un cepillo y cosas de esas que son indispensables a una mujer. En nuestro campamento abundan.

Pero Neale no vio nada de humorístico en la perplejidad del trampero ni en el buen humor del cowboy. Le preocupaba más lo serio de la condición actual de la muchacha que sus comodidades futuras.

-¡Allá! ¡Vivo! - grito Slingerland de pronto.

Neale, que era el más próximo a la puerta, salió de un brinco afuera a tiempo de ver a la muchacha sentada en el suelo, con el cabello en desorden y un aspecto general de desvarío. Al verle lanzó un grito, dando un violento respingo. Cuando Neale llegó junto a ella la encontró temblando de pies a cabeza. Era imposible una más vívida demostración de terror, si bien el joven estaba convencido de que ella veía en él un blanco y, por lo tanto, un amigo. Pero el pánico predominaba aún en su mente.

-¿Quién es usted?-preguntó ella.

-Me llamo Neale, Warren Neale -contestó sentándose a su lado y cogiendo entre las suyas una de las trémulas manos, gozoso al oírla hablar sensatamente.

-¿Donde estoy?

-Está en la vivienda de un trampero. La hemos traído a usted aquí. Era... lo mejor..., a decir verdad..., lo único posible.

-¿Me salvaron.., ustedes... de aquellas... fieras? -preguntó roncamente, volviendo el terrible velo a nublar sus pupilas.

-Sí, sí, pero... no piense usted en ellos... Han huido...

- replicó apresuradamente Neale, asustado por su apariencia.

-¡Mi... madre!... - zopilló estremecida-. ¡La... asesinaron! ¡Oh, que terribles alaridos...! Yo... vi cómo mataban... a todos... a los hombres..., a mistress Jones... Mi madre... cayó, sin un grito..., cubriéndome con su sangre. Yo..., arrastrándome..., me escondí... Los indios..., lo arrasaron todo..., cortaron las cabelleras..., incendiaron los carros... Yo lo vi... ¡Oh, oh, oh...!

Siguió murmurando inconexas palabras. Slingerland v King se acercaron, mirándola.

-Tiene vida -dijo el trampero-. Si algo sé, es conocer cuándo una criatura tiene vida. Lo demás... pasará. No podemos hacer por ella más que vigilarla y evitar que pueda causarse algún daño a sí misma. Más valdría acostarla.

Durante dos días y dos noches, Neale la veló sin interrupción, excepto cuando dormía, compartiendo su vigilia con King. La muchacha tenía momentos de lucidez, en los cuales conocía a Neale, pero, por lo general, desvariaba u yacía inmóvil como muerta. Al tercer día, el se sintió más esperanzado viéndola despertar débil y abatida, pero sosegada y cuerda. Neale habló con ella lo más sensatamente que pudo, aludiendo en pocas palabras a la tragedia, para rogarle que procurase apartarla de su mente, interesándose en cuanto la rodeaba. Ella le escuchó sin que al parecer le hiciesen impresión sus palabras. Fue ardua tarea conseguir que se alimentase. No experimentaba deseo alguno de moverse. Finalmente, Neale le dijo que tenía que regresar al campamento de los ingenieros, donde su obligación le reclamaba, prometiendo volver pronto y con frecuencia. Al despedirse, ni habló ni levantó los ojos.

Afuera, cuando King trajo los caballos, Slingerland dijo a Neale:

-No se preocupe usted demasiado : se restablecerá completamente.

-Claro que sí-corroboró el cowboy-. La curará el tiempo. Yo soy oriundo de Texas, donde la muerte repentina y violenta es achaque de todas las familias y...

Neale sacudió la cabeza.

-No estoy tan seguro -dijo-. Esa muchacha es más sensitiva y más delicada de lo que

Librodot

parece. Dudo que pue

da restablecerse de la conmoción sufrida. Sería preciso una muy poderosa influencia... Pero, en fin..., esperemos lo mejor. Slingerland, cuide usted de ella lo mejor posible y... cuando se vaya, déjela encerrada. Yo vendré con cuanta frecuencia mi ocupación me lo permita. Si llega a mejorar hasta el punto de podernos decir quién es y que familia tiene, veremos de conseguir que se reúna con ella, si no... haré lo que buenamente pueda.

-Me gusta su actitud asumiendo la responsabilidad por esta muchacha -replicó el trampero-. Yo no he tenido nunca mujer ni hijos, pero... pienso lo que debe de ser para una persona... sensitiva y delicada como usted dice, ver asesinar a cuantos seres queridos tiene, ante sus propios ojos.

-¡Infernal! - asintió King -. Y eso es lo que está viendo continuamente.

-¿Correremos algún riesgo de encontrar indios, Slingerland? -preguntóle Neale.

-Creo que no; después de esa hazaña, los sioux pondrán tierra por medio. Pero así y todo..., ojo avizor, y si encuentran alguno... ábranse paso a tiros. Llevan ustedes los mejores caballos que he visto. ¿De dónde proceden?

-Son de mi amigo. Es un cowboy.

-Los caballos eran mi oficio. Y con estos... podemos escapar de cualquier indio nacido- replicó King.

-Pues... buena suerte y hasta la vista.

Así se separaron. El cowboy llevaba la delantera, a ese trote largo que sin cansar al caballo cubre asombrosas distancias. A las tres horas los saludó un centinela avanzado y no tardaron en entrar en el campamento.

Poco después empezaron a regresar los miembros de la brigada, cansados, polvorientos, pero de inusitado buen humor. Habían hecho el replanteo del «Sherman Pass» y al comenzar el descenso desde la cumbre de la divisoria, las dificultades habían parecido aminorarse. La ausencia de Neale fue muy sentida, porque sus servicios estaban siempre en gran demanda, pero todos le felicitaron por el rescate de la muchacha, demostrando sincero interés y afectuosa solicitud en sus preguntas. Neale tuvo la impresión de que su jefe le miraba con peculiar fijeza, como si en la breve ausencia hubiese sufrido algún cambio su fisonomía. Personalmente, el joven topógrafo se daba cuenta de una transformación en su fuero interno; le era imposible olvidar a la muchacha, su desvalimiento y su patética situación.

-Es curioso... - soliloquió -, y bien pensado... no lo es. Lo siento por ella.

Recordaba el extraño cambio de expresión de sus pupilas cuando la contemplaba, al desvanecerse la sombra de horror y de muerte ante las naturales emociones de la juventud y de la vida.

Al siguiente día, Neale tuvo ocasión de poner de relieve su valía, mereciendo nuevamente palabras elogiosas de su jefe. Estimaba en mucho el aplauso de sus superiores. Empezó a sentir una fe ciega en la grandeza venidera de aquel ferrocarril. Y aquella intensa semana llevó a su fiel portamira King a insólitas lamentaciones.

Larry tiraba de sus botas gruñendo hasta sacárselas de un tirón. Estaban llenas de agujeros, que contempló melancólicamente.

-¡Cuando se acaben-dijo-, acabo yo con mi empleo!

-¿Por que te empeñas en trabajar con botas de tacón alto? -preguntó Neale-. No puedes ni andar, ni trepar. ¿Que de extraño tiene que se te agujereen?

-¡Me sería imposible llevar calzado como el tuyo! -declaró Red.

-¿Qué remedio te quedará? Un día más y... estarás sin botas y sin pies.

Red miró a su jefe con interés.

-Hoy me pusiste verde por mi lentitud -se lamentó.

-Salvo con un caballo o con un revólver, siempre has sido lento y últimamente... pareces

haber echado raíces Llevado de su deseo de «hacer rabiar» a su amigo, Neale exageraba con frecuencia. Era el único que se atrevía a bromear con Larry.

-¡Psch! ... No recuerdo haber firmado contrato alguno para correr cerros arriba todo el día -replicó Red.

-Lo mejor será una cosa. Tomaré a Casey como portamira. Y si no..., a uno de los negros.

Red King se pasó los pulgares por el cinturón, mirando a Neale con un acerado fulgor en las pupilas.

-Adelante - dijo -, y... por la noche enterrarán a un negro.

Neale se echó a reír. Sabía el odio de Larry hacia los negros -sospechaba que el tejano había pasado al otro mundo a más de uno -, y sabía, por cierta, que habría un negro menos en el campamento al día siguiente si efectuaba el cambio.

-Bien está, Red. Por mí, que no corra la sangre -dijo alegremente-. Me sacrificaré; seré un mártir... Y a propósito, ¿que te parecería si nos tomásemos un día de asueto? Podríamos ir a ver a Slingerland.

El encendido rostro del cowboy se iluminó con una sonrisa.

-¡Ya extrañaba yo tanta actividad recientemente! Por mi parte, me va al pelo. También tengo interés en ver que ha sido de la pequeña.

-Vamos a explorar el campamento. Quizás encontraremos algo que llevarle.

-¿Quiere decir hurtar lo que se presente?-preguntó Larry, sorprendido.

-¡Dios me libre! Se lo pediremos a su dueño. Ahora bien..., si así no lo conseguimos... habrá que discurrir el modo de hacernos con ello-replicó Neale -. ¡Slingerland no tiene ni una toalla en su cabaña! ¡Piensa lo que debe ser para esa muchacha! Habituada a la comodidad, si no al lujo... Veamos. Yo tengo un espejo y un cepillo sobrantes... Vamos, Red.

Pasaron revista a sus menguadas pertenencias, renunciando ambos generosamente a cuanto podía servir a una infortunada muchacha en una región salvaje y desértica. Luego la emprendieron con el campamento. Todos y cada uno de sus componentes contribuyeron en la medida de sus fuerzas. El jefe estudió el acalorado semblante de Neale y una sonrisa ablandó por un momento la austeridad del suyo, una sonrisa triste de sapiencia.

-Supongo que acabará usted casándose con ella -dijo.

Neale se ruborizó como una mujer.

-No... no se me había ocurrido, general - balbució.

Lodge se echó a reír, pero su mirada era afable.

-Claro que se casará con ella -repitió-. Salvó usted su vida y algún día llegará a ser alguien en el U. P., muchacho. Ingeniero en jefe o Superintendente de Vía y Obras o cosa parecida; ¿que mejor? Romance, muchacho. La huérfana de la caravana... La enviará usted a Omaha al colegio y se convertirá en una bellísima mujer con una hueste de admiradores... entre los cuales usted será el preferido. Es infalible.

Neale salió de la tienda encarnado hasta las orejas. Estaba acostumbrado a las chanzas de sus camaradas, teniendo siempre para ellas una respuesta adecuada y a punto. Pero aquella semihumorística, semipaternal arenga, había tocado la parte más secreta de su naturaleza..., la sentimental y romántica, la que en más estima tenía aquellas fantasías.

Al día siguiente por la mañana temprano salieron él y King del campamento, camino de la cabaña del trampero.

Cuando llegaron al valle, por el que discurría el arroyuelo que llevaba a la vivienda, el sol calentaba ya. La primavera perfumaba el ambiente; las hojas de los álamos y de los sauces añadían su clara esmeralda al más oscuro verdor de las pinochas. Entre el césped de la vereda, las campanillas azules destacaban entre el espliego y otras flores amarillas desconocidas para Neale. Las truchas saltaban a la superficie en los remansos y el gorjeo de los pájaros y el zumbido de las abejas llenaban de melodía el camino. Slingerland los vio venir y salió a su

encuentro con amistosa salutación en los labios.

-¿Está sin novedad? - preguntó Neale de pronto.

-No -replicó el trampero sacudiendo la cabeza -. No quiere comer, ni moverse, ni hablar. Y se está consumiendo. Se pasa horas y horas inmóvil, con esa horrible expresión suya en las pupilas.

-¿No logra usted hacerla hablar?

-¡Psch! A casi todo dice que no. Preguntó tres veces cuándo volvería usted y luego no ha vuelto a preguntarlo más. Quizá se haya olvidado. Pero lo que no olvida es aquella sanguinaria matanza; se le ve en los ojos.

Neale desmonto, y desatando el fardo de su silla, lo dejó caer en el suelo, desenjaezando al animal y poniendole en libertad. Fue una operación automática mientras su mente estaba en otra parte.

-¿Donde la encontraré? -preguntó.

-Allí, en ese macizo de pinos donde el manantial vacía en el arroyo. Es el único lugar al que quiere ir; le debe gustar oír el correr el agua y... está siempre despavorida.

-He traído unas cuantas cosas para ella -dijo Neale -. Vamos, Red.

-Ve tú solo - replicó el cowboy remoloneando -. Las mujeres no han sido nunca mi especialidad.

Neale se le acerco, pues, solo. El paraje era fragante, umbroso, sembrado de flores, animado por la música del agua corriente. Distinguió en seguida la abatida figurilla, experimentando, al verla, tristeza y alegría simultáneas. Al oír sus pasos, ella tuvo un sobresalto, volviéndose en su dirección.

Neale reconoció sus ojos, pero apenas su rostro. Estaba más delgado, más blanco que el que tenía él presente.

-¡Santo Dios...! ¡Se está muriendo! -murmuro-. ¿Qué puedo hacer? ¿Qué puedo decirle?

Fue hacia ella directa pero lentamente, noticioso de sus dilatadas pupilas y confuso por su mirada.

-¡Hola! Le he traído algunas cosillas-dijo procurando hablar animadamente.

-¡Oh...! ¿Es usted?

-Sí, soy Neale. ¿Puedo suponer que no me habrá olvidado?

Le pareció observar un fugaz cambio en ella, aunque no en su semblante, porque no movió ni un músculo v su tez continuo marfilina. Debió de ser en sus ojos, pensó. Inclinándose, al momento abrió el fardo.

-Traigo muchas cosas - replicó-. Ojalá las encuentre útiles. Traigo...

Ni miro al fardo ni prestó la menor atención a sus palabras. Había vuelto a su abrumada postura y la fija contemplación del manantial. Neale adivino que únicamente a fuerza de infinita paciencia, de magnetismo y de fuerza de voluntad, se conseguiría sacarla de aquel estado de abstracción, cuando menos el tiempo preciso para que la naturaleza pudiese hacer lo demás. Reconoció lo poco idóneo que él era para la tarea. Mas lo imposible o lo inalcanzable tenía especial atractivo para él. Le irritaba declararse vencido. Aquella muchacha tenía vida: no estaba físicamente enferma. Abrigaba la convicción de que era factible llegar a hacerle olvidar aquella trágica noche de sangre y de muerte. Apretando los dientes, se juró des plegar un tacto de mujer, una paciencia de santo, una habilidad de medico y un amor de padre, con tal de arrancarla a la tumba que se abría a sus plantas. Alargando la mano, la tocó.

-¿Me comprende usted?-dijo.

-Sí - murmuró.

Su voz era débil, lejana; evidentemente le costaba un esfuerzo el hablar.

-Yo le salvé la vida.

-¿Por que no me dejó morir?

La respuesta, cargada de sentimiento, estremeció a Neale al demostrarle que era posible estimular o deprimir sin espíritu.

-Pero... la salvé. Y... me debe usted algo.

-¿El qué?

-Gratitud. Lo bastante para desear vivir, para intentar ayudarse.

-No, no-murmuró recayendo en su sombría apatía.

Neale apenas pudo obtener de ella otra palabra. Por, vía de cambio le enseñó los diversos artículos que traía pañuelos, un chal, un espejo..., obligándola a mirarlos. Su propio semblante, reflejado en el espejo, no la interesó. Quiso apelar a la femenil vanidad. Carecía por completo de ella.

-Tiene usted el cabello enmarañado -dijo alargándole cepillo y peine -. Arrégleselo.

-No, no, no -profirió.

-Bien; se lo arreglaré yo-replicó él. Sorprendido al' no hallar la resistencia que esperaba, empezó a alisar y; desenredar las trenzas. En su buen deseo no se dio cuenta de lo insólita que podía parecer su acción a un extraño) espectador. La muchacha poseía abundante mata, que; pronto tuvo otro aspecto en sus manos. Tan absorto estaba en su tarea que no se percató de la presencia de; Larry King.

El cowboy se quedó boquiabierto de sorpresa y luego sonrió maliciosamente. Por lo visto, la muchacha mejo- taba y no habría nada que temer.

-¡Así da gusto! -exclamó-. Siempre te tuve por un perfecto cortesano-dijo sentándose a su lado.

La muchacha tenía el rostro semioculto por la mata de cabello, y la cabeza baja. Neale echó una ojeada a Red, previniéndole contra posibles bromas inoportunas.

-Éste es mi amigo, el cowboy Larry Red King -dijo-. Estaba conmigo cuando... la encontramos.

-Larry... Red... King... - murmuró la muchacha-. Yo me llamo Allie.

De nuevo había logrado penetrar en la cerrada mente. Las palabras le asombraron de tal modo, que dejó escapar el cepillo mirando a Larry. Y Larry perdió su sonrisa ; entrevió el pálido semblante y el suyo propio se ensombreció.

-Allie... me alegro mucho de conocerla -dijo con una afectuosidad en su acento, de la que Neale no le habría creído capaz.

Larry no era lento de comprensión. Empezó a hablar con su habitual chanza. Oyéndole, Neale no pudo reprimir una sonrisa, aunque su afecto por el cowboy se acentuó aún más. Aquel perdonavidas tenía corazón.

No obstante sus buenos deseos, no consiguió hacer hablar a la muchacha. Y tras una postrera mirada al trágico y macilento semblante, se puso en pie alejándose cabizbajo.

-De modo que se llama Allie - dijo Neale -. Bien, Allie... Allie... ¿qué?

Ella contestaba, por lo general, a una de cada cien preguntas que se le hacían y aquélla fue de las que no hallaron eco en su mente.

-¿Quiere usted ahora trenzarse el cabello? -insistió el.

La contestación fue negativa; mas, no obstante, sus manos buscaron el cabello, y partiéndolo por en medio, empezó a trenzárselo mecánicamente. Neale derivó no poco descargo de la acción, que revelaba la existencia de costumbres a las que podría: volver a encauzarla. Finalmente, logró que caminase con él a lo largo del arroyuelo y que se alimentase y bebiese un poco.

Al finalizar el día estaba más cansado que tras una ruda jornada de labor profesional, pero le animaba la idea de que le era dable obtener de ella una especie de inconsciente obediencia pasiva.

-Opino que deberían quedarse hasta mañana -sugirió el trampero. De ser su propia hija no

habría sentido mayor interés por la muchacha-. ¿Allie, dice usted que se llama...? Es bonito el nombre y fácil.

Al día siguiente, Allie evidenció una casi imperceptible mejoría. Tal vez fuese la imaginación de Neale la que le impulsó a creer que había mayores motivos de esperanza. El trampero y el cowboy eran incapaces de obtener de ella respuesta alguna, pero indudablemente él lo conseguía. Y el convencimiento le causo honda emoción.

Una hora antes de la puesta del sol decidieron emprender el regreso y encargo a Larry que ensillase los caballos. Luego fue a Allie sin saber que decir, temeroso de haberla estado torturando todo el día con su insistencia. Aunque la posibilidad de despertar en ella interés por cuanto la rodeaba era muy vaga, le sostenía su deseo de intentarlo.

-Allie -tuvo que repetir el nombre para que le oyera; entonces le miro-. Allie, me voy. Volveré pronto.

Ella hizo un rápido movimiento asiéndose a su brazo. Neale recordó la fuerte presión de sus manos.

-No se vaya - imploró con pupilas dilatadas por el terror.

El joven quedo petrificado por la súbita violencia de sus palabras y por su intensidad, sintiendo una inusitada clase de alegría. Empezó a explicar que le era forzoso atender a su obligación y que pronto volvería a verla, pero, antes de que concluyese, ella había recaído en su apatía.

Neale se llevo de la visita una sola convicción : la de que estaría desasosegado e inquieto hasta volverla a ver. Algo grande y conmovedor-algo tan fuerte como su ambición por descollar a fuerza de trabajo en el magno ferrocarril-se alzaba en su pecho y exigía reconocimiento.

VII

Durante la quincena siguiente, Neale fue por dos veces a la cabaña de Slingerland sin poder apreciar mejora alguna en la actitud o en la condición de Allie. Empero el cazador le aseguro que iba gradualmente ganando y demostrando interés, aunque pasajero, por las cosas, ara diendo que si Neale pudiese dedicarle su tiempo durante un más largo plazo, la muchacha llegaría a restablecerse por completo.

El general Lodge y su séquito decidieron distribuir varios ingenieros a lo largo de la proyectada línea con objeto de estudiar los movimientos de la nieve durante el invierno. Era de la mayor importancia el recoger toda la información posible antes de comenzar el tendido que, naturalmente, podía estar afectado. El trabajo llevaba aneja toda clase de penalidades, pero Neale se ofreció voluntario para desempeñarlo. Lodge elogió calurosamente su acción, encargándole del estudio de' los ventisqueros y aludes en el «Sherman Pass».

Al efectuar su siguiente visita a Slingerland, Neale tenía un proyecto en la mente y estaba decidido a abordarlo a la primera oportunidad.

Cuando King y él llegaron a la cabaña, Allie no apareció como en ocasiones previas había hecho. El joven notó su ausencia.

-¿Donde está Allie? - preguntó a Slingerland, que los acogía con su habitual agrado.

-Acaba de entrar. Los vio a ustedes venir y corrió a esconderse, presumo. Las muchachas son bichos raros.

-¿Vio que venía... que veníamos... Y echo a correr? -preguntó curiosamente Neale.

-Desde que se fueron no ha hecho otra cosa que aguardarlos y... muchacho, ha revelado otra habilidad, la de correr. Corre como un gamo asustado.

-¿Que puede significar? -se preguntó Neale. Fuera lo que fuese sintió un estremecimiento de gozo.

-Quiero echar un párrafo con Slingerland, Red - anunció pensativo.

-Excelente idea -aprobó el sudeño desenjaezando-. Entre tanto yo daré una vuelta por los alrededores con el rifle.

Neale se llevo al trampero a un umbroso lugar bajo los pinos, exponiéndole su plan para el invierno.

-¡Muchacho! Se pelará usted de frío -exclamó el veterano.

-Tendré que levantar una cabaña y tomar precauciones en previsión de un invierno crudo, naturalmente.

Slingerland sacudió la cabeza.

-No conoce usted los inviernos de por acá, como yo. Pero... esa loma que ustedes llaman « Sherman Pass » ... no está tan lejos que no podamos ganarla con raquetas, excepto cuando haya temporal. Lo mejor sería que se quedase usted aquí, conmigo.

-¡Bravo! - exclamó Neale -, y ahora... respecto a Allie...

-¿Qué?

-¿La dejo aquí o la envío a Omaha con la primera caravana, o a Fort Fetterman con las tropas?

-Amigo, usted es su guardián, pero... yo diría que se quedase aquí, especialmente ahora que usted estará con nosotros. Si la manda a otra parte, acabará perdiendo la razón o la vida. Ni siquiera quiere decir si tiene familia, aunque yo opino que no. Mejor estará aquí. Yo le he cobrado afecto... Es... extraña, es... como un espíritu..., si bien ahora se va humanizando.

-Me alegro mucho de que piense usted así, Slingerland, porque su porvenir me preocupaba y de este modo puede resolverse sobre la marcha. La dejaré aquí con usted y ¡ojalá sea lo que más le convenga!

-En todo caso, no está en condiciones ahora de realizar un viaje largo y eso... no lo habíamos tenido presente.

-Razón de más -repuso Neale con descargo-. Cuando se haya restablecido, tiempo tendremos para decidir... Cuénteme usted de ella.

-No hay nada que contar, muchacho. Excepto el haberle dado por atisbar su llegada, es la misma de siempre, aunque... ya dice bastante.

-¿El qué?

-¡Psch...! No entiendo a las mujeres tan bien como a otras criaturas-dijo reflexivamente Slingerland-, pero, así y todo, me atrevo a afirmar que Allie experimenta interés por usted.

-¡Slingerland! ¿Quiere acaso decir que... que me ama...? -preguntó Neale.

-No lo se. Tal vez no. Tal vez es incapaz de amar. Lo que sí creo es que usted y ese sangriento recuerdo son las dos únicas cosas en que piensa.

-Entonces, ¿será una lucha entre ese recuerdo y yo?

-Así lo creo. Pero piense que no soy ducho en la materia. Sencillamente, opino que si usted se lo propone, puede llegar a hacerle olvidar aquello.

-Por mí... no quedará. Su estado me llega al alma. Habiéndole salvado la vida, ¿no habré de hacer cuanto sea posible por salvar su razón?

-Está sola.

-No... Allie tiene amigos... Usted, King y yo. Ya somos tres.

-No me entiende usted. Escuche : usted es un hombre apuesto y bien parecido; más aún... tiene alguna cualidad... alguna cualidad que yo llamaría india... y no se ofenda por ello, porque conozco a indios que dejan chiquitos, en cuanto a nobleza, a muchos blancos... En

todo caso... es usted atractivo. Y si se vale de ello... de usted mismo, para hacerle olvidar a Allie el asesinato de cuantos amaba... tarde o temprano volverá a respirar y a vivir gracias a usted... como una flor vive gracias al sol. Eso es todo.

El bronceado semblante de Neale había palidecido.

-Si eso es todo... será fácil -replicó sonriendo-. Si eso es todo... puede contar conmigo. Yo no tengo lazo alguno, Slingerland. Cuando murió mi madre, se rompió el último... Estoy solo... Haría eso por cualquier criatura... cuanto más por Allie... a quien salvé la vida.

Slingerland le tendió una callosa mano, procurando expresar con su apretón lo que no podía expresar con palabras.

Al volver a la cabaña, Allie no estaba en su cuarto. Por las apariencias, Neale dedujo que había utilizado muy poco cuanto en ocasiones anteriores le llevara. Experimentó algo muy parecido a la impaciencia, aunque le hubiera sido difícil precisar que era. Desde su soliloquio con Slingerland, la situación había sufrido un sutil cambio. Lentamente se fue hacia el horcajo donde nacía el arroyo y donde confiaba hallarla. De pronto se le ocurrió pensar que si durante toda la semana le había estado aguardando para echar a correr al verle llegar, era que deseaba verle, pero lo rehuía por timidez, por temor o por obstinación. ¡Que femenil! Posible sería que durante la semana se hubiese inhibido hasta cierto punto de su agobio.

-Probaré otro procedimiento contigo, Allie -murmuró.

Allie sentábase a la sombra bajo los pinos que crecían en las márgenes del arroyo, como siempre abatida e indiferente a cuanto la rodeaba. Un rayo de sol tocando su cabello lo hacía refulgir. Neale observó que había hecho desaparecer la mancha de sangre de la pechera de su traje y se alegró del detalle. ¿Que esperanza podía haber para ella mientras se pasase las horas con las manos crispadas sobre aquel negruzco símbolo de la tragedia? El joven comenzó a silbar y sacando su cuchillo entro en el matorral con idea de cortar una rama a propósito para caña de pescar. Las truchas de los remansos habían tentado desde un principio su codicia de pescador y, a todo evento, traía esta vez consigo los necesarios aparejos. A beneficio de Allie hizo exceso de innecesario ruido y, emergiendo de la espesura, comenzó a descortezar la vara a veinte pasos escasos de ella, silbando e incluso tarareando mientras anudaba el sedal. Después le fue preciso buscar cebo de alguna clase y se dedico a ello complacido, tanto porque la tarea le gustaba, cuanto porque por, el rabillo del ojo atisbo que Allie le observaba. En consecuencia, redoblo sus esfuerzos en aparentar no enterarse de su presencia y, en cambio, que ella se percatase continuamente de la suya. Hallo saltamontes, gusanos y larvas bajo los caídos troncos, y con tan variado cebo se dispuso a pescar.

Su primera intentona le proporciono una magnífica trucha que dio al traste con sus pretensiones de indiferencia. Neale sentía pasión por la pesca, sin haber tenido desde que estaba en el Oeste ocasión de ejercitarla. Olvido a Allie, olvido su proyecto de averiguar si sería sensible a un poco de descuido... El arroyo estaba lleno de truchas, voraces y mansas. Era la primera vez que entre ellas caía un anzuelo. En pocos momentos cogió tres.

Cuando su postrer gusano, particularmente rollizo y apetitoso, cayo al agua, le siguió un remolino, un chapoteo y un tirón. Neale comprendió que había atrapado un veterano de las aguas. El salvaje brinco, el frenético aletea v, sobre todo, el tamaño del pez, excitaron el pueril anhelo de capturarlo a toda costa, y olvidándose de cuanto arte poseyera, dio un violento estironazo.

La «tañan se combo y por un instante el pez salió a la superficie, refulgente y lleno de combatividad. Le paree ció a Neale oír a sus espaldas un grito. Estaba en una postura difícil y violenta, pero siguió tirando. El sedal se partió, cayendo el pez sobre el césped, debatiéndose. Se abalanzo a retenerle, ansioso por no perder la trucha más grande que había visto en su vida. Ante sus ojos paso una ráfaga oscura..., luego una conmoción... y se quedo mirando boquiabierto a Allie con la escurridiza trucha cogida por las agallas.

-¡No sabe usted pescar! - exclamó ella con gran severidad.

-¿No?-contesto, azorado, Neale.

-Una trucha tan grande hay que cansarla. Y usted la saco de un tirón. Así se partió el sedal. A no ser... por mí... se habría escapado.

Callo, un poco jadeante por el esfuerzo y la viveza de su expresión. En las mejillas le aparecieron dos rosetas. Sus pupilas relampagueaban. Neale pensó que era la primera vez que veía coloreado su semblante y expresiones usuales de la vida en su fisonomía. Vista así era muy agraciada. Sin saberlo, había hecho un descubrimiento..., acaso contaba con otro medio de distraer su atención de sí misma. La trucha reclamo la suya y se la quito de las manos.

-¡Qué fiera! ¿Verdad que es enorme, Allie? Le daría un abra..., le estoy muy agradecido por haberla sujetado...

Allie se arrodillo, restregándose las manos en la hierba, mientras Neale remataba el pez y lo ensartaba en una lercha con los otros que había cogido. Volviéndose a Allie, iba a decirle cuánto se alegraba de verla, pero, mirándola, resolvió no distraer su mente del momento. Estaba... distinta y la diferencia le agrado, temiendo que se desvaneciese.

-¿Quiere usted ayudarme a buscar más cebo? -preguntó.

Allie asintió con la cabeza poniéndose en pie. Neale observo que iba descalza. ¡Pobre criatura l No tenía calzado y él no sabía como procurarle algo conveniente en aquella selvatiquez.

-¿Ha pescado usted truchas alguna vez?-preguntó.

-Sí. En California -contesto ella con súbito ensombrecimiento de las pupilas.

-Vamos al arroyo-dijo Neale apresuradamente, temeroso de haber cometido una falta de tacto- Hay algunos remansos aceptables.

Ella caminaba a su lado, procurando evitar los guijos del sendero. A poco llegaron a un lugar que parecía prometedor.

-Si engancha otra grande, no intente sacarla de un tirón -amonestó Allie.

Neale podía a duras penas disimular su alegría y, en su deseo de parecer natural, estuvo muy poco afortunado, perdiendo dos peces y ahuyentando otros.

-¿Quiere usted probar, Allie? -ofreció.

-Prefiero mirarle. Se ve que le gusta a usted mucho.

-¿Cómo lo conoce? -preguntó más por oírla que por curiosidad.

-Por lo que se excita.

Con interior gratitud tomó nota de que después de tantas semanas de silencio era posible hacerla hablar. Pero... tendría que ser sumamente cauto. Una palabra, un gesto desafortunado, eran capaces de volverla a sumir en su apatía

Siguieron explorando con resultado vario los diversos remansos que encontraron, logrando truchas en algunos, perdiéndolas en otros. Cerca del lugar donde se asentaba la cabaña y empezaba propiamente el arroyo, el terreno se abría como una pradera, con césped y flores hasta el borde mismo del álveo. Los remansos eran más profundos, pero la inferior calidad de su aparejo imposibilitó a Neale de aprovecharlos, aunque no le importó. Había una fragancia, una belleza en la corriente que parecía acrecentarse cuanto más lejos iban. Llegaron con el tiempo a un punto en que el agua corría sobre un cauce rocoso, que Neale quiso atravesar. Empezó a vadearlo, curioso de ver lo que haría Allie.

-No puedo vadear eso -dijo. El joven volvió a su lado.

-Yo la llevaré. Encárguese de la caña. Dejaremos los peces aquí.

Y la tomó en brazos. ¡Que poco pesaba! ¡Cuánto más ligera que aquella otra vez que la llevó! A medio camino resbaló, estando a punto de caer ambos. Allie lanzó un chillido, cuyo sonido, por lo distinto, llenó a Neale de alborozo. Al fin y al cabo, no obstante todo lo pasado, era femenil. Repitió a poco la suerte, haciendo un heroico esfuerzo por recobrar el equilibrio.

Ella se abrazó convulsivamente a su cuello con el brazo libre y, al incorporarse el, se entrechocaron sus cabezas y su cabello le cegó. Se echó a reír. Pero... no podía atribuirse únicamente al ejercicio la violencia de los latidos de su corazón. Por fin ganaron la margen opuesta.

-Por poco se cae usted conmigo -observó Allie.

-¡Psch…!

- También yo me habría mojado -dijo preguntándose si sería posible hacerla sonreír. Si llegaba a conseguirlo aquel día, se afirmaría su convencimiento de que aún le era posible a la muchacha ser feliz.

Poco después encontraron a Larry doblegado bajo el peso de un ciervo que llevaba a cuestas. Soltando su carga, los saludó.

-¿Cómo estamos? -dijo dirigiéndose precipitadamente hacia ella.

-¿Cómo se llama usted? -fue su respuesta.

-Allie, es mi amigo y compañero -replicó Neale-. Larry King. Pero yo le llamo Red (rojo)... por razones obvias.

-Y añado, miss Allie, que no se ofendería nadie si usted también me llamase Red-rezongó Larry -. O mejor aún Reddy... Será la primera mujer que tiene ese honor.

Allie le miró fijamente, como si no le hubiese visto nunca, pero no contestó. Y Larry, fácilmente desconcertado, recogió su carga y marchó hacia el campamento.

-Buena suerte-dijo significativamente al alejarse.

Neale miró de soslayo a Allie por ver si se había dado cuenta del bienintencionado doble sentido del cowboy, mas al parecer no le había oído. Su aspecto era de cansancio. Tenía los labios entreabiertos y respiraba entrecortadamente.

-¿Está usted fatigada? ¿Quiere que volvamos? -preguntó.

-No..., me gusta... -contestó lentamente.

Siguieron paseando hasta llegar a un lugar amplio y despejado, de cauce rocoso y liso por el que atravesaba el sendero formando vado. Neale pasó delante, solo. A su juicio, el agua, en su parte honda, no pasaría de las rodillas de Allie.

-¡Venga! -gritó.

La muchacha titubeó; luego, recogiéndose la falda, entró en la corriente, deteniéndose incierta. Neale, viéndola, decidió que no experimentaba temor alguno ni tenía conciencia de la blancura de sus piernas contra el azul del agua.

-¿No quiere usted pasarme? - preguntó ella.

-¡Claro que no! -replicó Neale-. ¡Pasar a mía mujer hecha y derecha como usted!

Ella lo tomó en serio y avanzó otro poco.

-Resbalo mucho -dijo.

Le fascinaba verla, pero el entretenimiento del espectáculo de su inocente despreocupación ceso de pronto para Neale. Había algo más. Su intención era tan solo impacientarla; contaba llevarla en brazos de un lado a otro. Pero... al volver en su busca, se detuvo. En el semblante de Allie advirtió una extraña resolución, un deliberado propósito, por completo desproporcionado con el momento. Era como si se hubiese impuesto la obligación de atravesar el vado. Mas... sus titubeos persistieron.

-¡Adelante! -grito para animarla.

Y ella reanudo la marcha. A cada repetición del caso pareció compelida a proseguir. Al llegar a los rápidos y cubrir el agua sus rodillas habría sido natural la vacilación, pero no vacilo. Neale se dio repentina cuenta de que flaqueaba, le faltaban las fuerzas para concluir la jornada. Eso era lo que la hacía titubear y detenerse. Pero entonces, ¿que la movía a intentarlo tan denodadamente? En tales condiciones era extraño que lo intentase siquiera. Y más extraño aún su peculiar actitud, su insólito modo de afrontar la tarea... resuelto, grave, forzoso.

Asaltó a Neale súbita sensación de remordimiento y de sorpresa. Lo que actuaba sobre Allie era exclusivamente el sonido de su voz... la respuesta a su demanda. Se precipito a su encuentro, logrando antecogerla cuando ya iba a desplomarse, y la llevo al punto de partida. Tuvo que reprimirse para no estrecharla entre sus brazos. Fuera lo que fuese... huérfana o expósita, sola en el mundo por obra de las criminales manos de una banda de sioux asesinos, infortunada criatura entregada a la compasión ajena... eran consideraciones que en manera alguna podían justificar el cambio que por su ascendiente sobre ella había experimentado.

-Aún no está usted fuerte - dijo al dejarla en tierra.

-¿Fue esa la razón? -preguntó ella con un dejo d° sorpresa-. Antes solía vadear... lo que se presentase.

De regreso hablo Neale muy poco, porque temía el momento de anunciarle su marcha que importantes trabajos hacían imperativa, y hasta estar ya casi llegando a la cabaña no se lo dijo. Ella recibió la noticia en silencio y al entrar se fue directamente a su aposento.

El joven ayudo a Larry y a Slingerland a preparar una refacción que los tres se prometían compartir con Allie.

Empero, cuando Slingerland fue a llamarla, no obtuvo respuesta.

Neale la hallo sumida en su antigua y desesperanzada actitud de abrumado decaimiento. Sin el menor éxito puso a contribución su paciencia y su afabilidad. Ella se negó a seguirle y hubieron de comer prescindiendo de su presencia. Después, el joven quiso obligarla a tomar algún alimento. Sentíase nuevamente descorazonado. El tiempo había transcurrido con asombrosa celeridad; caía la tarde y Larry aprontaba ya las caballerías. Habían de pasar semanas, meses quizás, antes de poder volverla a ver.

-Allie... ¿No se animará usted nunca? -preguntó.

-No, no -suspiró.

Cogiéndola por el mentón, la obligó a levantar la cabeza, estudiando detenidamente su semblante, demudado, marfilino, exangüe, demacrado, con abatidos labios y trágicas pupilas. No era agraciada, ni siquiera linda, pero... podía muy fácilmente- serlo. Los ensombrecidos y velados ojos no rehuyeron los suyos; parecían mirarle honda y desesperadamente, con indefinible anhelo. ¡ Si acertase a decir o hacer algo que disipase su melancolía! Lo más urgente era infundirle el deseo de vivir. Tuvo el súbito impulso de besarla, pero lo refrenó. No podía hacerlo. Acaso con el tiempo llegase a cobrarle afecto..., lo natural sería que así fuese. Mas... hoy por hoy no era así y, por lo tanto, debía abstenerse de toda demostración impertinente.

-¿No quiere usted reanimarse?

-No... no.

-Pero hace poco... en el arroyo, estaba usted distinta.

No obtuvo respuesta. El velo se acrecentó, haciéndose más denso, más sombrío. Neale adivino que llevaba la muerte en el alma.

-Me voy -dijo vivamente.

-Sí.

-¿Le importa? -preguntó con mayor intensidad.

Ella se limito a mirarle.

-Le ha de importar-exclamó el.

-¿Por qué? -quiso saber hoscamente.

-¡Como...! Porque... porque -balbuceo irritado consigo mismo. En realidad, ¿por qué había de importarle?

-¡Ojalá... me hubiese usted... dejado morir! - gimió ella.

-¡Oh, Allie, Allie! - comenzó Neale, entristecido, pero inconscientemente se percato de un cambio en su metal de voz. Tenía sentimiento. La muchacha, por lo visto, pensaba. Se juro

llegar a dominar aquella especie de enfermedad moral a fuerza de sagacidad, de sutileza. La observo. Poniéndole las manos sobre los hombros la atrajo suavemente. Ella se dejo resbalar de la pila de pieles de búfalo que le servía de asiento, quedando de rodillas ante él. Entonces dio la única indicación de timidez que Neale pudo notar en ella. Quizá de temor. En todo caso, volvió la cara de forma que la cubrió el desmelenado cabello.

-¡Allie! ¡Allie! Escuche: ¿no tiene algo por qué vivir?

-No.

-¡Vaya! ¡Lo tiene!

-¿El qué?

-Pues... yo... El caso es... Allie... que... me tiene usted a mí-dijo con voz velada por la emoción. Luego se echo a reír. Y ¡que extraña sonaba en aquellos momentos su risa! Jamás olvidaría aquella escena, la tosca habitación llena de pieles, la joven arrodillada a sus plantas.

-¿A usted?

-Sí, a mí- replicó con voz vibrante al oírla por primera vez poner en su pregunta acento de sorpresa. ¡Por fin había sabido tocar la acertada fibra! Fue un gran momento. ¡Si supiese, cuando menos, compensarla por todo lo que había perdido

-Allie... ¿me comprende usted ahora...? Tiene... algo por que vivir. ¿Me oye?

Apenas llegó a sus oídos el imperceptible sí, pero bastó para que se sintiera fuerte, victorioso, dominador sobre su abatimiento y su desesperación.

-Escucha - dijo -. Ahora vuelvo a mi trabajo. Estaré ausente semanas. Tal vez meses, pero volveré. Pasaré aquí con vosotros todo el invierno. Mi obligación estará en el Paso... Y luego... luego... algún día seré alguien en el U. P. Ingeniero en jefe, Superintendente de Vía y Obras... o algo así. Tú estás sola ... ¿Quién sabe si también llegarás a cobrarme afecto...? Trabajaré de firme...

Ese ferrocarril es una gran idea... Cuando esté concluído y yo tenga el empleo que haya ganado con mi labor... ¿querrás casarte conmigo?

Neale oyó su violenta aspiración y la vio estremecerse. Se desasió de ella, apartándose por temor a ceder al impulso de tomarla entre sus brazos. Bastante efecto había causado ya con sus palabras. Experimentaba remordimiento, ansiedad, ternura; mas, a pesar de todo, un algo interior le decía no haber obrado mal imponiendo su voluntad. Estaba sola en el mundo; él le había salvado la vida.

-¡Adiós, Allie...! ¡Volveré...! ¡No me olvides!

Ella continuo inmóvil, de rodillas, con el rostro oculto por la mata de cabello suelto, sin hablar ni hacer el menor signo.

Neale salió. El aire fresco y tonificante azoto su rostro. Larry aguardaba con los caballos. Slingerland esperaba también, con aire conturbado. Ambos hombres le miraron. Neale se percato de ello y de su agitación, y, súbitamente, como ocurre siempre, llegado un apogeo emotivo, cambio de modo, serenándose.

-¡Red! ¡Viejo camarada! ¡Felicítame! ¡Me he comprometido a casarme con Allie! - dijo con una exultante sonrisa.

-¡Condenado me vea!-exclamó Larry tendiendo aquella mano que tan certera era con el lazo y con el revolver-. ¡Chócala! Si no lo hubieses hecho te habría... Y, Neale, si eso de camarada va de veras... ¡tuyo lo soy hasta la muerte!

-¡Camarada! - replicó Neale estrechando la ofrecida mano.

El preocupado rostro de Slingerland se esclareció.

-¡Cuánta ley le hemos tomado todos a esa muchacha! -observó-. Es raro... Bien pensado, no, no es raro. Es... como debía ser. Usted la salvo, ¡que sean muy felices, muchacho

Neale se quito del meñique una sortija de sello.

-Déle usted esto a Allie. Dígale que es mi fianza. Volvere por ella. Y... añada que no deje

de pensarlo ni un momento.

VIII

Durante el verano los ingenieros atravesaron los cerros de Wyoming, llevando el trazado hasta Utah, donde establecieron contacto con la brigada que venía a su encuentro desde el Pacífico.

El paso inicial de la inmensa obra de construcción estaba dado. A costa de no pocas vidas y de indecibles penalidades, los técnicos demostraban que un ferrocarril a través de las Montañas Rocosas era factible, mas aun así tenían escasa idea de la titánica labor que su construcción entrañaría.

Para Neale, los meses pasaron rápidos, duros, provechosos. Su amor por los abertales y por la selvatiquez se fundió con su ambición y su ansia creadora. Se preguntaba si habría experimentado el uno sin la otra. La vida de campamento y el diario escalar montañas hicieron de el un montaraz de segura planta y tremenda resistencia. Incluso llegaron a convertir en un buen expedicionario al cowboy, si bien Neale aseguraba que no habría montaña capaz de corregir el estevado de las piernas del caballista.

Sólo dos incidentes o accidentes perturbaron el trabajo y el contentamiento de aquellas fructíferas semanas.

El primero acaeció en el campamento. Había entre el personal un remachador llamado Shurd, hombre zafio y haragán, mal mirado por todos en aquella agrupación de verdaderos trabajadores. Neale habíale reprendido severamente y desde entonces abrigaba contra el un resentimiento que solo aguardaba ocasión para exteriorizarse. Irritado o furioso, Neale era vio de genio y muy- propenso a usar lenguaje en extremo gráfico. Shurd, pasando por el campamento, más borracho o más agresivo que de costumbre, había tropezado con un aparato de Neale, apartándole de un puntapié de su camino, razón por la cual el topógrafo fue en su busca, con Larry King - siempre siguiéndole como su sombra detrás. Hallaron a Shurd en el campamento de los carreteros y peones. Neale no malgasto tiempo en palabras: atizo a Shurd un puñetazo que le hizo tambalearse, y le habrían seguido

otros de no abalanzarse el enfurecido sujeto a recoger una estaca del suelo con evidente intención de descargarla sobre el topógrafo.

Neale no podía rehuir el golpe. Por ver si le atemorizaba, interpelo con un fuerte grito a Shurd.

Simultáneamente sonó un disparo. La bala rompió el brazo del remachador, que soltó la estaca, desatándose en imprecaciones y denuestos.

-¡Lárgate de aquí! -dijo Larry avanzando lentamente.

El enloquecido Shurd intentó valerse del fracturado brazo quizá para tirar sobre King. A1 verlo, el cowcboy, con el arma baja y aparentemente sin apuntar, volvió a hacer fuego, casi arrancándole del segundo disparo el brazo. Luego le dio un empellón, con el arma amartillada. El individuo se puso lívido. Hasta entonces no pareció haberse hecho cargo de la naturaleza del colérico sudeño.

-No debes de estar bien de entendederas -dijo Larry-. Lárgate de aquí. Vete ahora, une aún ruedes, a buscar al médico, porque si no... acabarás por no necesitarle.

Shurd dio algunos pasos atrás, descompuesto y tembloroso, y echó a correr.

-¡Red...! -protesto Neale -. ¡ Aviado le has puesto...! ¡Por poco le matas!

-¿Por que condenación no llevas nunca armas'-dijo Larry con soma.

-Red... eres... eres... no se qué llamarte... Con estaca o sin ella le habría dado una paliza.

-Es posible-acepto el cowboy enfundando el revólver- Neale, yo estor acostumbrado a lo une tú ignoras. Y se ver la muere en los ojos de un hombre. En fin... este equipo se está poniendo cada día más cerril. No falta sino un poco de whisky para desatar el infierno a lo largo del U. P.

Larry marchó en la misma dirección tomada por Shurd. Neale reflexiono un momento, perplejo y agradecido a su camarada. Entre los espectadores del incidente ovo comentarios y vio que Casey se quitaba la pipa de entre los dientes, ocurrencia, cuando menos, inusitada.

-¡Mac! Ahora pienso que ese cowboy pelirrojo me apunto un día con su revolver- exclamo.

-¿Viste cómo disparaba? -replicó Mac con pasmada expresión-. Sin apuntar, pero acertando.

Mike Shane, el tercero del grupo de peones irlandeses de la brigada de Neale, era un hombrecillo encanijado, de cabello pajizo y arrugado semblante.

-¡Begorra! -dijo-. Es uno de esos tejanos... Le tendría sin cuidado matarte, Pat Casey, y si alguna vez te apunta con ese cañón que lleva... por mucho que corras, llegarás tarde.

-Yo no corro nunca -declaró Casey.

Neale siguió su camino. Se pudo observar que desde aquel día llevó siempre un arma ; de preferencia un rifle, cuando era posible. Si bien tenía considerable habilidad en el manejo del arma larga, en cambio, en las de tipo de la usada por King, necesitaba práctica. Larry podía sacar su revólver y hacer dos disparos mientras Neale estaba aún llevándose la mano al suyo.

Fue precisamente esa costumbre de Neale de ir con rifle a sus trabajos topográficos la que originó el segundo incidente.

Un día de principios de verano aguardaba cerca de un manantial a que viniese Larry con los caballos. El cowboy tardó más de lo que suponía y Neale quedóse dormido a la sombra de unas matas, no despertando hasta oír los pasos de los animales. Se incorporó, restregándose los ojos, a tiempo de ver a Larry en cuclillas junto al riachuelo, disponiendose a beber. Y simultáneamente una oscura figura movediza en un plano superior al del cowboy atrajo su atención. Era un indio, rastreando, revólver en mano, a punto de hacer fuego. Rápido como una centella, se echó a la cara el rifle y disparó. El indio se desplomó, quedando inmóvil.

Los asustados caballos, con sus violentas corvetas, hicieron imposible que Larry saciase su sed. Cuando los hubo aquietado, se dirigió hacia Neale.

-¡Estabas tú aquí! ¡Buen susto me has dado! ¿Contra que tirabas?

Neale, mirándole sorprendido, señaló con una mano que temblaba. Sentíase escalofriado y con náuseas, pero duro, y seguía con el arma a punto de volver a disparar. Larry soltó las bridas y sacando su pistola trepó al ribazo con desusada celeridad. Neale le vió inclinarse sobre el indio.

-¡Buen blanco! -le oyó decir con una nueva nota de su habitual indolencia-. ¡Ven acá!

-No - gritó Neale -. ¿Está muerto?

-,Muerto? ¡Ya lo creo!... Pero... ¡quizá no iba solo!

El cowboy bajó corriendo a coger su caballo y Neale le imitó. Ascendieron de nuevo a la loma para explorarla, sin ver objeto alguno movedizo.

-Ese maldito piel roja se proponía hacerme un agujero en el pellejo -dijo Larry cuando iban hacia el campamento.

-No te quepa la menor duda-aseguró Neale.

El cowboy puso la nervuda mano sobre el hombro de su amigo. Le debía la vida. Pero no hizo mención de ello. En su lugar, le miró sagazmente, echándose a reír.

-Sientes algo así como un escarabajeo en la boca del estómago, ¿eh? -dijo -. Lo mismo me pasaba a mí ... antes... Camarada, si alguna vez te enfadas de veras... serás de muchísimo cuidado.

Para Neale, el haber disparado sobre un indio era, en la realidad, en extremo diferente de lo

que en sus juegos o ensueños juveniles había imaginado. Tan rápida fue su acción, que debía de creerla instintiva. Mas, pensándolo sosegadamente, comprendiendo poco a poco la naturaleza de la repulsiva sensación que experimentaba, recordó la súbita oleada de sangre, el felino deseo de saltar, de abalanzarse..., la serena, fría y alertada reflexión subsiguiente... En conjunto, el episodio había sido en extremo desagradable.

Llegados al campamento, dieron cuenta oficial del incidente y supieron que en varios puntos de la línea se acusaba la presencia de indios que habían llegado a disparar sobre los soldados. Nuevamente circularon órdenes de no acometer trabajo alguno sin escolta, para evitar posibles emboscadas. Entre tanto, un destacamento de tropa saldría a dispersar la banda de sioux.

Los dos episodios venían a dar actualidad a lo que el jefe de Neale habíale dicho respecto a las condiciones en que se desarrollaría la vida en los campamentos. El tendido del U. P. no era cosa de juego, ni de romance, mas aun así, el ignorado porvenir le atraía con insólita fascinación. En sus momentos de ocio, junto a la fogata, por las noches, gustaba de ponderar, hacer proyectos y soñar.

Y casi siempre, sus cogitaciones acababan trayendo a su memoria a Allie.

La joven, cuya vida salvara, parecía estar tan remota en su espíritu como lo estaba en distancia. Intento recordar su rostro... verlo en el rojizo fulgor de las ascuas, pero sólo pudo representarse sus ojos. Eran inolvidables..., sombríos, obsesionantes imágenes de sus ideas de muerte. Empero recordaba haberlos visto también transformados en alguna ocasión, haber advertido en ellos un cambio que, al hermosearlos, era una promesa de mayor belleza.

Parecíale increíble haberse comprometido. Pero... no lo deploraba. El tiempo no había aportado diferencia alguna a su impulso, aunque demostrándole, eso sí, que compasión y misericordia no eran amor. Sin embargo, existía otra emoción relacionada con Allie..., una sensación demasiado sutil, demasiado fugaz para ser analizada, que desaparecía al separarse de ella. Pensó en el día que vadearon el arroyo, en la impresión de su contacto al llevarla en brazos, su última memoria de ella, de rodillas en su aposento, oculto el rostro, inmóvil como una estatua el flexible cuerpo. Se le había encogido el corazón. Pero... no era amor. A pesar de todo, bastábale saber que su propia acción habría sido loable en otro hombre cualquiera; que su compromiso le ensalzaba ante sí mismo; que esperaba con extraño y nuevo interés su próxima entrevista con Allie.

Mediaba ya el mes de septiembre cuando Neale, Larry y un ingeniero apellidado Service llegaron a la cabecera del « Sherman Pass con burros hateros y provisiones, prontos a dar comienzo a la larga tarea de estudiar y observar los ventisqueros y los aludes, su relación y su influencia sobre la línea durante el invierno.

Habían acordado repartirse el Paso. Service se encargaría de la mitad superior, y de la inferior, Neale. Vista la escasez de árboles en aquellos parajes y estimando los pocos existentes precisos para asegurarse abundante reserva de leña, resolvieron no erigir cabaña para Servicie y en su lugar acondicionarle un dug-out, o sea, una especie de cavidad cortada por dos de sus lados y el fondo en una ladera, y cubierta, como un alpende, de ramaje y de tierra.

No fue tarea fácil de construir un dog-out satisfactorio;

uno que no fuese conspicuo de lejos para los indios y que reuniera las debidas condiciones de abrigo, sequedad y seguridad. Antes de darse por satisfechos, dejaron varios sin terminar.

-Te sentirás más solo que yo... y más frío -observó Neale.

-No me importa-aseguro el otro.

-De fijo nos volveremos a ver antes de que empiecen las nevadas.

-Si tú no subes a verme, no. Yo no soy montaraz. Y, además, tengo una pierna endeble.

Librodot

-Vendré yo. Aún quedan algunas semanas de bonanza. Y pienso cazar.

-Buena suerte.

Así se separaron los compañeros de labor. Eran dos unidades de la intrépida banda seleccionada para afrontar los riesgos y las penalidades de aquella salvaje región en invierno, en pro de la gran causa.

Los áureos y purpúreos matices otoñales se mezclaban con el predominante verde del valle de Slingerland. En cierto lugar, el castor había represado la corriente formando un pequeño lago, en el que las grullas y otras aves acuáticas se congregaban.

Neale vio a los activos constructores trabajando, y a los ciervos en las laderas.

-¡Tres meses! -soliloquio deteniéndose en el vado que tan resueltamente había intentado cruzar Allie por complacerle-. ¡Tres meses! ¡Pueden haber ocurrido tantas cosas! Aunque... Slingerland está en buenas relaciones con los indios. ¡Ojalá..., ojalá la encuentre bien!

Sentíase agobiado por infinitos temores, y, sin embargo, no se apresuraba. Larry, que al cuidado de la reata de hateros iba delante, se perdió de vista en un meandro del arroyo. Por fin, Neale vio una columna de azulado humo elevarse por encima de los árboles y su vista le descargo. Si el trampero estaba allí, la muchacha no podía andar lejos.

A la sazón, su caballo amusgo las orejas, resoplando.

De entre el boscaje salió una forma gris, corriendo hacia el por el sendero..., la forma de una muchacha, ágil y esbelta, vestida de piel de ante.

-¡Una india ! - exclamo Neale.

Mas su rostro era blanco; su cabello, castaño. ¿Podía ser Allie? ¡Debía ser ella! Lo era.

-¡Neale! ¡Has venido! -gritó corriendo hacia él.

Aunque apenas reconocía su rostro o su voz, sus palabras proclamaban que era Allie. Allie, que le envolvía con sus brazos, estrechándole convulsivamente, elevando hacia el suyo el semblante blanco, animado, gozoso, extraño para él, pero que indudablemente se ofrecía a sus labios. Aturdido, la beso...

-¡Allie!... ¡Si casi no te he conocido! - fue su saludo

La abrazaba, y al ver cómo juntaba la cabeza contra su pecho, sintió la intensidad de lo que evidentemente era en ella un deseo de contacto físico que la asegurase (le la realidad de su presencia; poco a poco fue reconociendo la pequeña cabeza, la abundante mata de pelo... Sí.... era Allie, pero una nueva Allie, más alta, más esbelta, más mujer. Aquella no era la trémula y endeble criatura que había dejado.

-Creí... que... no vendrías nunca-murmuro, siempre abrazada a el.

-Muy larga fue la espera -replicó él con insegura voz-, pero... ya estoy aquí y... me alegro mucho de verte.

-No me reconociste -dijo ruborosa-, se te veía...

-No es extraño. Dejé una chiquilla pálida, toda ojos, y... ¡qué es lo que encuentro! ... ¡Déjame que te mire !

Ella dio un paso atrás, quedando ante el tímida y modesta, pero sin trazas de cortedad o cohibición. En su semblante hallo algunos rasgos vagamente familiares, quizá su aspecto, la forma de sus ojos... Lo demás, todo era nuevo... Un rostro blanco, veteado de azul, con un matiz rosáceo, prueba de sangre fuerte y rica. Labios bermejos y ojos magníficos como violetas salpicadas de rocío, sombreados, exquisitos, profundos y radiantes.

Neale reconoció su belleza y al comprender al instante el amor que ella evidenciaba, quedó tan sorprendido por la primera y tan abrumado por el segundo que no supo qué decir. En su interior nació una reacción tan potente que le ayudo a librarse de otras emociones.

-Viendo tu atavío, te tomé por una india-dijo.

-Traje, mocasines, polainas, todo es obra mía -declaró ella-. Y ¡no hay ni un solo botón! ¡

Oh! Fue muy pesada..., muy larga la labor, pero... resulta infinitamente más cómodo que cuantos vestidos he tenido.

-Entonces ¿no has estado del todo ociosa durante. . mi ausencia?

-Desde aquel día -se sonrojó adorablemente al decirlo-, he venido haciendo cuanto la ocasión pedía, excepto el pensar, que tanto te disgustaba. He guisado, he cosido, he pescado, escalando riscos, montando a caballo, cazando y... esperándote.

-Así se explica.

-¿El qué?

-Tu... transformación. Pareces feliz y... contenta.

-¿Qué es lo que explica? ¿Mi actividad o el esperarte? -preguntó maliciosa mirándole.

Era vivaracha, animada. Neale no tenía idea de las cualidades que pudo poseer antes de la terrible degollina, pero la hallaba diametralmente opuesta a la muchacha que, enfermiza de cuerpo y de espíritu, había procurado interesar y arrancar de su postración. Estaba tan sorprendido, tan deleitado con ella y tan aturdido por su propio estado de ánimo, que la naturalidad le era imposible. Luego cambio de modo y una ligera irritación por su propia estupidez vino a aclarar sus facultades.

-Allie, quiero darme cuenta de lo que ha ocurrido -dijo-. Sentémonos aquí. Si te acuerdas, no es la primera vez que lo hacemos. Slingerland podrá pasar un rato más sin verme.

El caballo de Neale pastaba por las verdes márgenes del arroyo; el agua corría con rápidos murmullos; las abejas zumbaban sobre las flores otoñales y una fragancia de humo de leña llegaba hasta ellos de la cabaña.

Allie se sentó sobre una roca y Neale, cambiando de idea, quedo de pie, a su lado. No se atrevía a mirarla. Seguía indeciso, desasosegado; todo aquello le parecía un sueño.

-¿De manera que esperabas mi regreso? -preguntó.

-Horas, días, semanas-suspiro ella.

-Es decir, ¿que... que te interesabas... un poco por mí?

Allie guardo silencio y él, anhelando intensamente mirarla, se abstuvo.

-Contéstame -insistió con algo de su antigua imperiosidad.

¿Recordaba el incidente del vado? ¿Podría dominar con tanta facilidad ahora a la joven?

-Naturalmente -replicó ella.

-Y... ¿como es ese interés?-añadió más apremiante. Le avergonzaba obrar así, pero no podía resistir la tentación.

-Es... que te amo.

Su voz era apagada, casi balbuciente, rica en tonalidad, llena de indecible ternura.

Neale experimento una conmoción. No habría podido decir jamás como le afecto, excepto provocando una repentina cólera contra sí mismo. La miro de soslayo. Allie tenía los párpados bajos, ocultando sus largas pestañas las pupilas ; su semblante era dulce, soñador, espiritual, singularmente puro; bajo el tosco vestido de piel de ante, su pecho se agitaba trémulo. Neale adivino que ella nunca había creído deberle nada, excepto el virginal amor que palpitaba en sus labios, y al comprenderlo así, su espíritu sufrió un magno e impelente cambio, una exaltación, una espléndida y maravillosa conciencia de su buena suerte. Pero ¿que podía decirle? ¡Si a lo menos hallase modo de salvar aquel momento a fin de tener tiempo en qué pensar, en qué examinarse! ... Otra ojeada le tranquilizo; ella no esperaba nada... ni una palabra. Lo daba todo por dicho. Estaba sumida en los ensueños de su alma.

Bajo los ojos para ver sus manos, fuertes, atezadas, y en el anular vio su sortija. ¡Se le había olvidado! Suavemente la tocó, atrayendo hacia sí su diestra.

-¡Oh Allie..., mi sortija! -murmuro.

Ella contestó con un maravilloso fulgor en las pupilas. Neale comprendió que aquella sortija era un símbolo tangible sobre el que había reconstruído su truncada vida.

Le beso la mano.

-Te queda todo el otoño y todo el invierno para prepararte a decirme tan adorables cosas -observo -. Quizá mañana recobre yo el uso de la palabra y pueda imitarte en algo.

-Dímelo ahora -pidió ella vivamente.

-Ante todo, que eres una beldad.

-¿De veras? -sonrió, y fue aquella la primera sonrisa que veía en sus labios-. Antes, así lo decían -prosiguió cándidamente -; pero..., si no recuerdo mal como era..., ya no lo soy.

Neale se echo a reír. Empezaba a sentirse menos cohibido, aceptando la incomparable situación con mayor compostura.

-Dime -añadió a media voz-, dime... tu apellido.

Allie... ¿qué?

-¿No lo sabes? -pregunto ella. -No. Dijiste Allie y nada más.

Por un instante temió haber despertado sus memorias; pero... quería someterla a una prueba. Sus pupilas se dilataron..., la brillantez se ensombreció..., se hicieron tristes, húmedas, insondables pozos de recuerdo. Pero el antiguo velo sombrío, la tan temida expresión de abatimiento, no reapareció.

-Allie... ¿qué?

Con las lenitivas lágrimas vino la respuesta.

-Allie Lee - dijo.

IX

Slingerland pareció a Neale rejuvenecido. Ya no pesaba sobre él la terrible carga de la soledad y había roto sus hábitos de silencio. Neale adivino la causa, experimentando positivos celos.

-Es superior a mis entendederas- dijo el trampero cuando se hubieron alejado, paseando juntos-. Está cambiada, y en paz. Al principio, aunque su sortija de usted la reanimo, no se le notaba tanto. Ha sido paulatino y, de pronto, un día..., la cabaña pareció llenarse de sol... Desde entonces la he visto crecer y revivir por momentos, trabajando, acosándome a preguntas y siempre al atisbo de su llegada. Recuerdo que en una ocasión me dijo que vivía para usted. Quizás ahí este el secreto y..., amigo, en mi opinión debe usted sentirse muy cerca del reino de los cielos.

Neale, ansioso de estar a solas con sus pensamientos, salió cuando caía ya el crepúsculo. Hacía una tarde bochornosa, llena de fragancia y ruidosa del canto de los grillos. Experimentaba una inexplicable premonición de catástrofe inminente. Algo muy grande empezaba a nacer en él, algo terrible y precioso. Le perturbaba su empeño de pensar en sí mismo cuando su mente parecía consagrada por entero a Allie.

En resumen, ¿qué había ocurrido? Tras prolongada ausencia había vuelto a la cabaña de Slingerland y a la muchacha que en ella dejara, enferma de espíritu, sombría, víctima de horrible memoria; al regresar habíala hallado, contrastando de sorprendente manera con la primitiva Allie, fuerte, activa, ágil y contenta. Adorable y bella como una rosa silvestre. No era sueño de su fantasía, sino realidad indiscutible, y, por colmo, la increíble, la conmovedora confesión de amor hacia él. Tan prodigioso era que parecía irreal. Cerca de ella, lo veía aún sin dar crédito a sus ojos. Pero a solas, lejos del influjo de su presencia, con las palabras de Slingerland resonando aún en sus oídos, comprendía la verdad. El amor había salvado la

razón de aquella muchacha, embelleciendo su rostro. Neale había oído ponderar el infinito poder de transformación del amor y en Allie veía confimada la teoría. No era cuestión de analizar si él se merecía o no tamaña ventura. Era suya y sentía indecible gratitud, jurándose hacer lo imposible por ser digno de ella.

Cuando Neale volvió a la cabaña del trampero, cerraba la noche. Los enormes leños que ardían en la chimenea iluminaban la pieza irregularmente.

Slingerland, atareado como siempre, quedaba en la penumbra, riendo una ocurrencia de Larry. El cowboy y Allie estaban en plena luz. Le bastó una ojeada a Neale para adivinar lo que aquejaba a su amigo. Allie parecía perpleja.

-No quiere que le llame míster King y ni siquiera Larry -dijo.

Larry se azaró visiblemente.

-Allie, ten mucho ojo; este cowboy es terrible con el lazo, con el revólver y mucho recelo que... también con las mujeres - replicó Neale severamente.

-Pues no lo parece -objetó ella- Os estáis burlando de mí... Quiere que le llame Reddy.

-¡Uh! -gruñó Neale echándose a reír, no obstante la punzada de los celos. Sabía lo que era de esperar si Larry o cualquier otro mortal tenía la maravillosa buena

suerte de ver de cerca a Allie Lee-. Bien está -dijo-. Llámale Reddy. Supongo que puedo permitir a mi futura esposa tal familiaridad con ni¡ camarada.

La declaración confundió a Allie, haciéndola ruborizarse.

-Es usted extraordinariamente amable -dijo, zumbón, Larry-, más de lo que podía esperarse de un sujeto que ha perdido la cabeza.

-He perdido más -replicó Neale-, pero casi me atrevo a apostar que cierto turbulento cowboy que conozco está en el mismo caso.

-Algo debe de tener este valle de Slingerland que atrae así a la gente -admitió resignado Larry.

Allie no se dejó desconcertar por sus vayas.

-Dime, Neale...

-Alto ahí, Allie; si me llama a mí Reddy y a él Neale a secas... habrá líos -interrumpió Larry con chispeantes pupilas-, y... cuando se enfada es una fiera.

-¿Neale a secas? ¿Qué quiere decir? -preguntó Allie.

-Sólo Dios lo sabe - contestó riendo el joven.

-¿No le ha dicho a usted acaso su nombre?

-Neale. siempre le llamo así.

-Mi nombre es Warren, Allie -dijo el aludido-. ¿No lo recuerdas?

-¡Oh! Bueno. ¡Pero Neale ha sido siempre para mí y... seguirá siéndolo!

Larry se puso en pie alargando el brazo para coger la pipa de la repisa de la chimenea de piedra.

-Slingerland- dijo socarrón-, este par de tórtolos está deseando decirse a solas cómo se llaman. Opino que nuestra misión es irnos afuera, a charlar fumando.

El trampero salió de la penumbra y mientras atascaba la pipa, sus pupilas iban y venían de su tarea a tus amigos.

-¡Qué placentero es verlos y oírlos! -dijo- Yo también he sido joven, perdí la ocasión, pero... no hace al caso. Aprovechaos de la vida ahora que podéis hacerlo... Larry, venga usted conmigo, tengo que montar un cepo.

Allie le miró vivamente.

-No es así. No lo hace usted nunca de noche.

-Muchacha, me has estropeado una excusa precios. Si este par de... vejestorios no nos quitamos de en medio, Neale no oirá nunca todo lo que está deseando oír de tus labios.

-Con mucha menos provocación he sacado yo a relucir mi revólver, Slingerland -rezongó

Larry-; pase eso de estorbar, pero lo de vejestorio... que conste que ayer cumplí los veinticinco y... que hoy no llego a los dieciséis.

Encendieron sus pipas en una ascua y, con profusión de guiños y saludos, dejaron sola a la pareja.

Las pupilas de Allie estaban fijas en Neale con elocuente intención y, en cuanto se hubieron marchado los otros, cambió su asiento por otro junto al joven, apoyando la cabeza en su hombro con la cara hacia el fuego.

-Han creído que estábamos deseando hacernos el amor, ¿verdad? -dijo ella, como absorta.

-Mucho temo que sí-replicó Neale.

Estaba hondamente fascinado. ¿Anhelaba, acaso, que le «hiciera el amor» como decía? Una simple ojeada a su semblante bastó para reprocharse a sí mismo semejante idea. Las sombras de la hoguera jugaban en sus facciones.

-Háblame de ti -dijo ella- y de tu ocupación.

Neale le dijo cuanto creyó que podía interesarle de su juventud en el Este con su madre viuda; el hogar deshecho a su muerte y de sus estudios de ingeniería civil.

-Cuando oí hablar por primera vez de este ferrocarril del U. P. tenía apenas veinte años -prosiguió-. Hace unos tres. Y decidió mi carrera. Resolví ser ingeniero y participar en su construcción. Nadie tenía fe en el proyecto. Las gentes se reían de mí, pero... yo me obstine y... mi trabajo me costó llegar hasta Omaha.

»De esto hace un año. Allí me quede... aguardando. No había nada seguro, salvo el crecimiento de la población. Estaba atiborrada de soldados... y de la peor gentuza que he visto en mi vida. Cuando finalmente logré obtener audiencia del general Lodge y sus ayudantes, puedes imaginarte si estaría emocionado. Tenía las oficinas en un inmenso almacén y lo hallé lleno de hombres..., soldados y vagabundos. Mi primera impresión fue lo hoscos y descorazonados que parecían aquellos ingenieros. Entonces no lo comprendí..., ahora me lo explico perfectamente. Bueno, solicité un empleo; no me hizo caso nadie. Era difícil hacerse oír en aquella algarabía.

Insistí... a grito pelado. Un ingeniero veterano, que hoy es mi amigo, Henney, me apartó con un ademán. ¡Como si el pedir un empleo fuese inaudito!

Neale se animaba a medida que iba hablando, noticioso de la mano que oprimía la suya y de un interés que habría hecho placentera cualquier narración para el narrador.

-Primero me sentí flaquear, luego monte en cólera. Y cuando me encolerizo... hago cosas. Encarándome con aquel grupo, empece a gritar

»-¡Eh! ¡Vosotros! ¡Para llegar hasta aquí he tenido que dar muchos pasos y viajar en !os topes de muchos trenes! Soy topógrafo. Vais a construir un ferrocarril. Quiero un empleo y estoy dispuesto a conseguirlo.

»Mi voz silenció el vocerío. El veterano Henney me miró de peculiar manera.

»-Joven -dijo-. No se construirá tal ferrocarril.

»Entonces yo replique a gritos que podía jugarse la ca beza a que se construiría, y una voz preguntó

»-¿Quién ha dicho eso? Que venga aquí.

»Y al momento me pusieron frente al general Lodge. Acababa de llegar de la guerra civil y se le notaba. Adusto, sombrío, con profundos surcos en el rostro y pupilas sagaces. Me miró de pies a cabeza.

»-¿Se construirá el ferrocarril? -preguntó vivamente.

»-¡Claro que sí! -repliqué sintiéndome chasqueado y cohibido.

»-Tiene usted razón -dijo, y no olvidaré nunca su mirada-. Para hombres como usted siempre habrá un empleo a mi lado.

»Y... así fue como conseguí el mío.

»Bien; lo primero que hicimos fijé el estudio de los baldíos y yermos del Oeste, porque de allí dependía el éxito o el fracaso. Y..., Allie..., ha sido una aventura estupenda. Tropas y caballos y campamentos y pistas..., la comarca india con su potencial y perenne amenaza..., los lugares selváticos poblados de ciervos, búfalos y panteras, habitados por tramperos como Slingerland, exploradores, desperados. Tomó tales raíces en mí, que pareció pegárseme la selvatiquez. A no ser por mi ocupación, habría podido perjudicarme, pero... salí con bien, Allie; levanté planos para el U. P. que no habría levantado ningún otro ingeniero.

Neale hizo una pausa, tanto por devolver la afectuosa caricia de Allie como para recobrar aliento.

-Quiero decir, no que yo valga más que otros, sino que corrí mayores riesgos, aventurándome por acantilados y por vertientes peligrosas -prosiguió, narrando luego cómo Larry King habíale salvado la vida. La reminis

cencia trajo a colación su similar servicio al cowboy, y, naturalmente, los dos episodios ya referidos del verano. Allie elevó hacia el su rostro pálido y anhelante.

-Neale, ¡estuviste en peligro!

-¡Oh, nada de particular! Pero Red así lo creyó y...

-Volvió a salvarte... ¡Yo... yo... no podré olvidarlo nunca!

-En todo caso, estamos en paz, porque a no ser por mí, aquel indio le habría dejado seco.

Allie se estremeció, estrechándose contra él, que prosiguió su relato

-Red y yo somos ahora íntimos amigos. Es muy parco de palabras, pero elocuente en sus actos. No me deja ni a sol ni a sombra; me sigue por doquier. Constituye motivo de chanza entre los hombres... En fin, Allie, te aseguro que parece increíble que hayamos podido salvar las montañas del desierto con una rasante de quince metros por kilómetro. El ferrocarril es factible y se hará. Quisiera poder hacerte comprender el tremendo efecto que causa en mí, en todos los ingenieros. La idea es grandiosa, pero ¿su ejecución? ¿Que calificativo habrá que sea adecuado? Si puedes, imagínate dominada por un espíritu que te hiciese ver en las dificultades, alegrías ; en las tareas más imposibles, acicates para espolear tu ingenio; en los peligros de muerte, incidentes de una audaz aventura... Pues algo así. El proyecto del U. P. se ha metido en mi sangre. Tengo una fe ciega en él. Lo veré realizado y habré vivido su realización.

Allie movió la cabeza sobre su hombro para mirarle con pupilas que le hicieron avergonzar de su egoísmo, y dijo

-Entonces, cuando este concluido, ¿serás ingeniero en jefe o superintendente de Vía y Obras?

Repetía sus propias palabras literalmente.

-Así lo espero, Allie -replicó, conmovido por su fe-. Si de mi trabajo depende... alcanzaré una elevada posición.

El siguiente día trajo a Neale un bien merecido descanso, que procedió a disfrutar del más completo modo posible. Otoño había sido siempre su estación favorita. Allí, como por doquier, era rica en áureas tonalidades, aunque diferente de cuanto hasta entonces conociera. El ensoñador silencio dominaba los cerros de Wyoming. Las salvias destacábanse, gríseas y purpúreas, en las lomas amarillas y doradas. Los valles aparecían verdes y ambarinos y rojizos. Sin polvo, sin calor, sin viento... Un cielo despejado, azul... Aromáticos efluvios en el ambiente... Era la estación maravillosa por excelencia.

Días y noches pasaron como volando. Cada minuto le acercaba más a la incomparable muchacha que había aparecido como una estrella en su horizonte. Neale comprendía que era inminente el tener que leer en su propio corazón, pero lo rehuía... recreándose en su ventura. Allie, en vez de Larry, era ahora su sombra; aunque el fiel cowboy estaba con frecuencia entre ellos, adaptándose a las nuevas condiciones, demasiado leal y generoso para sentir celos o

envidia. Pescaba en el arroyo y, siempre, al llegar al inolvidable vado, él cruzaba primero para contemplarla a ella vadear. Le resultaba incomprensible a la muchacha que Neale, siempre dispuesto a cogerla en brazos en los demás, hiciese tanto hincapié en que atravesase aquél por sí misma.

-¡Es tan molesto tener que quitarme los mocasines y las polainas cada vez! - se lamentaba.

Caballeaban por aquellos parajes que, a juicio de Slingerland, ofrecían absoluta seguridad, y fue el cowboy, Larry, quien le prestó su caballo y la enseñó a montar de varios modos, asegurando que sería una excelente amazona.

Por las tardes escalaban la más alta loma, sentándose en su cumbre, entre la blancuzca hierba, contemplando la inmensidad purpúrea de las planicies. Al oscurecer paseaban por los pinares, y por la noche, al refrescar la atmósfera, se acomodaban junto al chisporroteante fuego de la chimenea, viendo entre sus llamas el porvenir y sintiendo en sus rostros un calor que no todo procedía de la hoguera.

Neale halló difícil de comprender la razón de que su apego por Larry se trocase en verdadero afecto. Su ser espiritual estaba sufriendo radical y completa transformación, pero la causa no era ésa, era Allie. El cowboy de Tejas había heredado la admirable y caballerosa consideración por la mujer, típica de los sudeños. Neale no supo jamás si Larry tuvo hermanas o prometida o amiga. Pero desde el primer momento pasó a ser propiedad de Allie. No como hermano o amigo o prometido; algo más, más grande y más elevado. Bajo el influjo de sus sonrisas, de sus bromas, de su afecto, él pareció renovarse. Neale no experimentaba recelo alguno adivinando el amor de Larry por Allie. Vagabundo, cowboy, pistolero, homicida... Fuera cual fuese su pasado, la luz de las maravillosas pupilas de la muchacha, su voz, su contacto, habían realizado lo que es supremo milagro en un hombre.., el olvido de sí mismo... Y por eso se trocaba el apego de Neale en cariño.

El joven topógrafo se estremecía pensando en el cambio ocurrido en su propia persona. Y le hacía mucho más reflexivo. La vida encerraba infinidad de novedades para él. Habíale bastado tender el oído al escuchar un lamento, sentir la llamada de un ser desvalido, hallar una mata de cabello castaño, recabar la ayuda de otros dos hombres en pro de una infeliz huérfana enloquecida por el terror, y el mundo se había transformado, sus amigos hallaban una mayor felicidad en sus solitarias vidas; una extraña fuerza le invadía y, maravilla entre las maravillas, en el lugar de la desvalida y acongojada huérfana había aparecido una mujer espléndida de rostro y de formas, sin más que una sombra de tristeza que aún realzaba sus pupilas ; una mujer adorable con la magia de un inmenso amor en los labios.

Llegó octubre. En las primeras horas matutinas y al caer el día, un aire glacial se dejaba sentir. Slingerland lo consideraba excelente perspectiva para la caza. Aprontaba vastas cantidades de leña; Larry recorría los cerros con su rifle; Neale, las veredas y caminos con Allie.

Jamás había querido inducirla a hablar de su pasado, aunque en ocasiones las evidencias de refinamientos, educación y misterio que la rodeaban apelasen fuertemente a su fantasía. La dejaba en libertad de referir o no su historia, como y cuando quisiera. No tenía importancia para él.

Hasta que un día, con toda naturalidad, no exenta, em

pero, de sonrojo que no intentó disimular, le refirió la historia que su madre le había confesado en las trágicas horas que precedieron al ataque de los sioux.

Neale quedó boquiabierto y profundamente preocupado.

-¡Allie...! ¡Tu padre vive! - exclamó.

-Sí.

-Entonces... mi deber es buscarle... llevarte a su lado.. .

-Haz lo que más oportuno te parezca - replicó ella tristemente-. Yo no le conozco. No le

amo. Y él, por su parte, no sabe siquiera que yo exista.

-¡Es posible! ¡Que extraño...! ¡Si pudiera verte ahora...! ¿Te pareces a tu madre, Allie?

-Sí, mucho.

-¿Dónde está tu padre? - preguntó con curiosidad.

-¡Yo que sé! Mi madre huyó de su lado en Nueva Orleáns. Yo... desde que me dijo... lo que me dijo... no la censuro. ¿Y tú? ¿Hará esto alguna diferencia en ti?

-¡Gran Dios, no! Pero... ¡Estoy pasmado... ! Ese hombre... ese Durade... ¿que más sabes de él?

-Es un español de baja estofa, un aventurero, un tahur. Su locura era el juego. Llegó a obligar a mi madre a valerse de su belleza para atraer clientela a su garito... ¡Oh! ¡ Es terrible de recordar ! Según ella me dijo, su propósito era usarme de la misma forma. ¡Por eso le abandonó! Mas hasta cierto punto, era bueno para mí. Y eso que ahora... comprendo muchas cosas que ponen de relieve su maldad. Mi madre estaba cierta de que no, seguiría... de que nos buscaría hasta las mismas entrañas de la tierra...

- ¡ Allie ! ¡ Si llegase a encontrarte algún día! - exclamó roncamente Neale.

Ella le echó los brazos al cuello. Y el ademán, después de la angustiosa punzada de dolor que Neale acababa de sentir en su pecho ante la idea, fue demasiado para él Se desbordó la corriente. Hacía mucho tiempo que estaba enamorado sin demostrar sus sentimientos. Le bastaba ver a Allie feliz para serlo él. Se había habituado a respetarla.

-Pero... algún día... seré ya tu esposa -murmuró.

-¿Pronto? ¿Pronto?

Una oleada de sangre le enrojeció el rostro hasta las sienes.

-Eso... Tú lo has de decir.

Le ofreció sus labios trémulos y dulces.

Neale comprendió llegado el momento. Entre ellos no había mediado sino un beso... el de la reunión en septiembre.

-¡Allie! ¡Te adoro! - dijo con voz gutural.

-¡Y yo a ti!

-Eso que acabas de decir... ese Durarle... -prosiguió-. Es como si me hubieses abierto los ojos... como si despertase... ¡si llegara a perderte

-Amor mío, no me perderás nunca... nunca, ni en este mundo ni en el otro -replicó ella tiernamente.

-Mi trabajo, mi vida, mis esperanzas, todo recibe nuevo impulso y mayor aliciente por ti... ¡Allie... ! ¡Eres adorable... adorable...! ¡Eres única ! -exclamó apasionadamente.

La sorpresa y la emoción contuvieron por un momento la respuesta de su amada.

-¡Neale! ¡Nunca me habías... dicho tales cosas... Y tu apariencia...

-¿Mi apariencia? - preguntó él viendo la alegría de su sorpresa.

Ella se echó a reír y fue un sonido nuevo... un sonido grato... vibrante como una campana, lleno de resonancia y de juventud.

-¡Oh! Estás como Durade cuando se jugaba el alma... Tendrías que haberle visto.

-¿Cómo estaba?

-Pálido... terrible... penetrante...

Neale la estrechó contra su pecho.

-También yo me estoy jugando mi alma ahora -dijo-. Si te beso... la pierdo... y... no puedo evitarlo. -Evitar... ¿el qué?

-El besarte.

-Entonces... no pierdas tiempo. Sus labios se encontraron.

En la dulzura de su abrazo, en la sencillez y pasión del beso de ella, en la abrumadora idea de que en aquel momento le entregaba totalmente y para siempre su vida y su corazón, Neale

halló una fuerza, un dominio de al mismo, un doble ardor que llevaron la paz a su espíritu.

Antes de que el sol se pusiera aquel memorable día. Allie había de sorprender nuevamente a Neale,

-¡Se me había olvidado hablarte del oro! - exclamó palideciendo.

-¿Del oro? - repitió Neale.

-Sí. Lo enterró allí... al pie del mayor de los tres árboles... cerca de una roca... ¡Oh! ¡Me parece estar aún viéndole!

-¿A quién? Allie, ¿que estás diciendo?

Ella le estrechó la mano en demanda de silencio.

-Escucha : Horn llevaba oro. No sé en que cantidad, pero... debía de ser crecida. La caravana con que salió de California era suya. Horn me tomó gran apego, aunque aborrecía a los demás... La noche en que ocurrió... aquello... las carretas se atascaron... ¡oh...! ¡Aún lo tengo ante los ojos...! La semioscuridad del anochecer... la quietud... luego el terrible alarido de los indios... diciendo que si alguno de nosotros lograba salir con vida... suyo era. Él había perdido toda esperanza de disfrutarlo.

-Allie, eres una mina de sorpresas... ¡ Oro enterrado! ¿Que más?

-Neale... me pregunto si los sioux darían con él.

-No es probable. Estoy seguro de no haber visto hoyo alguno y eso que recorrí palmo a palmo el terreno balo aquellos árboles... Allie, mañana iré a buscarlo.

-Déjame ir contigo -imploró ella-. ¡Ah! ¡No recordaba... ! No... no. ¡Allí debe de estar la tumba de mi madre!

-Sí. ¡Allí está! Yo sé dónde. Señalé el lugar... ¡Allie! ¡Cómo me alegro de ver que puedes hablar de ella... del pasado... sin desfallecer! ¡Eres valerosa...! Pero así y todo... olvida. Si encuentro ese oro, Allie, será tuyo.

-No; tuyo.

-Yo no formaba parte de la caravana. Horn quiso dárselo a quien le acompañaba. Tú lograste escapar y, por tanto, te pertenece a ti.

-Y yo soy... tuya, querido.

Al día siguiente, sin revelar a Slingerland ni a Larry su propósito, Neale marchó por el sendero del valle.

Suponía que el camino cruzaba en alguna parte por el antiguo de «St. Vrain y Laramie», pero, aunque así era en erecto, no consiguió dar con el lugar. Resultaba muy fácil desorientarse en aquellos cerros. Tuvo que abandonar por aquel día la búsqueda y, volviendo sobre

sus pasos, mohino por su fracaso, decidió que lo mejor sería tomar a Slingerland y a Larry en su confianza. Allie le esperaba en el vado.

-¡Oh! ¡Ya no estaba ! - exclamo.

-No pude hallar el lugar, Allie. Monta tú a caballo y yo iré a tu lado... Embromaremos a Larry y a Slingerland antes de decírselo.

-Déjame que se lo diga yo.

-Conforme. Inventa algo gordo. Larry tiene flaqueza por los descubrimientos auríferos.

Aquella noche, después de cenar, cuando estaban ya confortablemente instalados en rededor de la chimenea, Allie miro con zalamería a Larry diciendo

-Reddy, si hubiese usted sabido que yo era heredera de una gran fortuna, ¿se me habría declarado?

Slingerland soltó una carcajada. Larry pareció estupefacto.

-¡Una gran fortuna! - repitió.

El regocijo del semblante de Slingerland se trocó en alertada curiosidad.

Larry pugnaba con su azoramiento.

-Opino que... igual lo habría hecho sin ese aliciente... a no haberse atravesado ese topógrafo del infierno.

Se cambiaron las tornas y la embromada fue Allie. Neale acudió en su socorro, refiriendo la historia del tesoro de Horn y su inútil búsqueda de aquel día.

-¡Yo lo encontraré ! -aseguro Larry -. Iremos mañana.

Slingerland se alisó la barba reflexivamente.

-Si ese oro se enterró, es seguro que allí estará todavía - dijo -, pero... lo que no es seguro es que lo hallemos mañana.

-Por qué no? ¡De fijo que Larry o usted darán con el lugar!

-Preste atención.

Neale tendió el oído mirando a Allie. Por entre los árboles y en la techumbre de la cabaña ululaba el viento.

-Eso anuncia nieve - dijo el trampero.

Neale salió afuera. Un cierzo glacial y cortante le azoto el rostro. En la neblinosa atmósfera, las estrellas parecían más pálidas v atenuadas. Indudablemente se avecinaba un temporal. El joven volvió junto al fuego tiritando y con las manos yertas.

-Hace un frío que pela y se está alzando viento - dijo-, pero ¿no podríamos ir aunque nevase, Slingerland?

-No es fácil. Cuando nieva por aquí... nieva de veras. Posiblemente quedaremos bloqueados. Además, ese valle es muy abierto y ¿como podríamos dar con él bajo una espesa capa de nieve? Lo mejor será aguardar a ver que pasa.

A la mañana siguiente la ventisca se había desencadenado y todo se veía tras el velo blancuzco y movedizo de los copos. Empezaba la estación de las nieves y la labor invernal de Neale.

Yendo por atajos, cinco millas separaban el extremo superior del inferior de la sección que Neale tenía bajo su vigilancia y estudio. Su más ardua tarea resultaba el recorrerlas con la nieve amontonada y blanca; el avance era muy laborioso.

Empero, salvo en los parajes resguardados, las primeras nieves no fueron de larga duración. Afortunadamente para Neale, casi todo el sector que abarcaba su cometido era terreno abierto y despejado. En cambio, la topografía del terreno auguraba serias dificultades para su tarea cuando comenzase a caer la nieve seca y pulverizada de mediados de invierno, que el viento barría ante sí, a sotavento del cerro.

Durante la primera semana de recorrido, estudio a fondo las particularidades del terreno y la configuración de aquella parte del «Sherman Pass». Y un día, saliendo temprano del campamento, se dirigió a hacer su primera visita a su compañero de estudios más cercano, el ingeniero Service. En las cumbres del Paso vio que la nieve no se había fundido y a mayor altura aún se extendía por cuanto la vista podía alcanzar. El aire era sutil en aquellos parajes. Neale pensó que la labor de Service, más breve y menos penosa, sería, sin embargo, mucho menos cómoda que la suya. Hallo al ingeniero en su confortable y caldeado dug-out, de excelente humor. Compararon notas de sus observaciones, conviniendo, no obstante lo temprano de la estación, en que el cuerno de ingenieros daba pruebas de su sabiduría al querer estudiar con minucioso cuidado los movimientos de la nieve y sus problemas.

Neale almorzó con Service y después, al empezar la tarde, emprendió su larga caminata de regreso. De su visita sacó la impresión de que su compañero no sentía la soledad, pero sí el frío mucho más de lo previsto. Service no era por naturaleza activo y Neale experimentó cierta aprensión. A juzgar por lo dicho por el trampero, los inviernos de Wyoming eran de temer.

Librodot

Noviembre trajo temporales serios, temporales de grandes nubarrones bajos y plomizos, lluvia, granizo y nieve, ventiscas de extrema violencia. Neale reconoció no haber afrontado hasta entonces un vendaval de veras, confirmándose en su creencia el día que en la cresta de una loma se le llevó en volandas el viento. Hubo ocasiones en las que no pudo salir, y otras en las que no le era imperativo hacerlo, ya que sus observaciones y estudios debían llevarse a cabo durante los temporales de nieve y después de ellos. Aprendió a andar sobre «raquetas», y quince kilómetros de jornada con tales adminículos, cerros arriba y abajo, resultaron la más penosa faena que había conocido.

Después de expediciones tales, solía llegar a la cabaña exhausto, demasiado cansado para comer, para hablar, incluso para apreciar las solícitas atenciones de sus amigos y el tierno y anheloso cuidado de Allie. Su juventud, su robustez y su entrenamiento le salvaron de doblegarse bajo el peso de su obligación. Gradualmente se fue habituando al extremo ejercicio, endureciéndose y acrecentando su resistencia.

A pesar de que detestaba el viento y el frío, hubo momentos en que una sorprendente exaltación le animaba. Por lo general, era hallándose en las alturas, oteando los nevados picachos, la planicie bajo su blanca sábana y la interminable continuidad de cerros y de lomas. Todo parecía yerto y estéril. Jamás halló criatura viviente alguna en sus correrías. Cuando lucía el sol la reverberación era tal, que estuvo temporalmente afectado de oftalmía.

Durante uno de los más apacibles días de diciembre, volvió a visitar a su compañero en la cumbre. Halló a Service en malas condiciones. Resbalando al bajar una pendiente había sufrido una lesión, quizá la fractura de la pierna ya endeble. Neale, seriamente impresionado, quiso cerciorarse de su importancia sin lograrlo. Aunque por fortuna no sufría grandes dolores, Service estaba prácticamente inválido. Decidieron ambos que si bien lo más

probable sería que no hubiese fractura, hacíase imperativo trasladarse a un lugar donde pudiera recibir la asistencia y el tratamiento necesarios o, de ser imposible el traslado, que subiese alguien a atenderle. Neale reflexionó un instante.

-Escucha una cosa -dijo-. Creo factible poderte bajar a la cabaña de Slingerland sin grandes molestias para ti. Vendré con el trampero y su trineo. Allí estarás mucho más cómodo y será la mejor solución para todos.

Así quedó convenido. Y Neale, luego de hacer por Service cuanto de momento pudo y de asegurarle que estaría de regreso dentro de veinticuatro horas, marchó hacia el valle.

Le sorprendió un crepúsculo singularmente pálido, amenazador y sombrío. Más tarde, cuando Slingerland anunció próxima tormenta, comprendió su significación. Antes ya de cerrar la noche, el viento empezó a silbar entre los árboles con plañideros aullidos. El trampero sacudió la cabeza ominosamente.

-Ventisca.

Neale se alarmó.

-Es inútil preocuparse por Service -arguyó Slingerland-. Si es realmente una ventisca no podríamos ir allá arriba. Quizá no lo sea, pero... no me apostaría algo.

Allie no consiguió sacar a Neale de su abstracción. Mucho después de haberse retirado los otros, continuaba junto al fuego atento al fragor del vendaval. Al consumirse la fogata, la cabaña se hizo desagradablemente fría, atestiguando así el rápido descenso de la temperatura exterior. Pero él continuó, a pesar de todo, esperando que no ocurriese lo ya inevitable, antes de resolverse a buscar finalmente el refugio de sus mantas.

Clareó el día, pero en la cabaña la oscuridad pareció ser la misma. Una violenta tempestad de nieve interceptaba su luz.

La ventisca duró cuarenta y ocho horas. Al cesar, fue en aumento el frío, calculando Neale que alcanzaba los cuarenta bajo cero. El trampero opinaba setenta. Hasta que abonanzase no podía pensarse en salir.

El quinto día, Slingerland se dejó persuadir para acompañarle en la jornada a buscar a Service. Larry quiso ser de la partida, mas el trampero le aconsejó que se quedase con Allie. Con cuantas defensas contra el frío pudieron imaginar los dos hombres, emprendieron la marcha en «raquetas» arrastrando el trineo. El viaje habría sido imposible de no haberse endurecido la capa superior de nieve y, aun así, cuando al tomar la ladera norteña, el viento les dio de lleno en la cara, Neale, no obstante la abundancia de ropa, creyó sentir helársele hasta el tuétano. Era un viento que parecía traspasar de parte a parte. En ciertos lugares requeríase la combinada fuerza de ellos para evitar que se llevara el trineo. En las alturas descubiertas no podían caminar erguidos. Por fin, tras largas horas de desesperado esfuerzo, doblaron la loma, en cuya vertiente más resguardada estaba el dug-out de Service.

El viento había barrido la nieve dejando parajes desnudos, negruzcos y desolados. De la chimenea del dug-out no salía humo alguno. El aspecto exterior de la tosca habitación era como si nadie la hubiese ocupado aquel invierno. Neale miró con desmayo al trampero.

-Prepárese para lo peor - dijo éste - y... piense que no tenemos tiempo que perder.

Empujaron el cuadro de lona de la puerta y, encorvándose, entraron. La primera mirada de Neale fue para el hogar, en el que era evidente que no se había encendido fuego en varios días. El viento había arremolinado la nieve en los rincones del dug-out. Las mantas del camastro cubrían a Service ocultando su rostro, pero, antes ya de descubrirle, ambos hombres sabían cuál había sido su suerte.

-¡Ha muerto de frío! - gritó Neale.

Service yacía lívido, rígido como el mármol, sin huella alguna en el semblante que denotase sufrimiento.

-Se debió de quedar dormido... para no despertar más - declaró Slingerland.

-¡Loado sea Dios, si así fue! -exclamo Neale - ¡Oh! ¿Por que no me quedé con él?

-Demasiado tarde... Antes de que ese maldito ferrocarril esté acabado, no serán pocos los hombres de provecho que encontrarán muertes semejantes.

Neale se hizo cargo de las notas, documentos y papeles particulares de Service para su entrega al Cuerpo de Ingenieros.

Slingerland busco un pico y una pala que recordaba haber dejado allí cuando construyeron el dug-out y ambos hombres abrieron una fosa. Fue como si excavasen en piedra. Finalmente, consiguieron su objeto y envolviendo a Service en las mantas le bajaron al congelado suelo, rellenando apresuradamente luego la cavidad.

Fue una tarea macabra y triste. ¡Otra tumba anónima Neale había visto nueve similares. Aquélla estaba a cien yardas escasas de la futura línea férrea.

-Slingerland -dijo-, la línea pasará por aquí; por aquí correrán trenes cuyos pasajeros se asomarán a las ventanillas... muchachos en busca de fortuna... recién casados en viaje de novios... millares de personas, yendo y viniendo, felices, preocupados con sus propios asuntos, embargados por sus propias vidas... pasarán junto a la tumba del pobre Service sin conocer siquiera su existencia

-Muchacho, si unos quieren ferrocarriles, han de pagar otros con sus vidas la construcción - replico el otro.

Neale concibió la idea de que Slingerland no veía con agrado la llegada de los rieles. Y le sobresalto. Aunque -pensó- es natural que el avance de la civilización no redunde en ventajas para un trampero.

Con el viento a la espalda, el viaje de regreso lo hicieron prácticamente sin tocar tierra. De común acuerdo decidieron ocultar a Allie lo ocurrido. Y así termino el día más frío, :más duro y más cruel que Neale había conocido.

Pasó el invierno, se licuaron las nieves, cayeron los vientos y comenzó la primavera.

Neale había resuelto de antiguo dejar a Allie con Slingerland durante el verano. Allí era

Librodot

feliz y ella misma prefería quedarse hasta que Neale estuviese en condiciones de llevársela consigo, lo que de momento quedaba descartado. Un campamento de construcción, lleno de soldados y de peones, no era lugar a propósito para ella. Neale pensaba con terror en llevarla a Omaha, teniendo siempre en la mente la idea del español Durade, causa de la ruina de su madre y del desconocido padre de Allie antes de que ocurriese. Ella contaba por entonces poco más de dieciséis años.

Hasta que se hubiera presentado a sus superiores, que lo mismo podían estar en Fort Fetterman que en North Platte e incluso a retaguardia, en Omaha, Neale no podía precisar cuáles serían sus planes para el verano, aunque lo probable fuera que le enviasen a trabajar a las avanzadas con los trenes y las tropas, ya que los ingenieros tenían que acompañar tanto a las brigadas de replanteo como a las de afirmado y tendido de línea.

En sus charlas con Slingerland y Larry, el joven topógrafo había conjeturado lo que sería la vida en los campamentos de construcción.

Para Larry, lo que pudiese ocurrir carecía de importancia. Vivía en el presente. Pero Neale era distinto. Tenía, por temperamento, que anticipar eventos; vivía en el porvenir; su mente estaba centrada en trabajos futuros, en su consecución y en lo que para alcanzar su fin tendría que pasar. Slingerland era un apreciativo oyente.

-Bueno - solía decir-, a pesar de todo, no puedo creer cuanto ese general Lodge dice que ha de ocurrir.

-Pero ¡ciudadano ! ¿Llega usted a imaginarse lo que será? -insistía Neale -. Ponga millares de soldados, maleados por la guerra... y millares de peones de todas clases, negros, mejicanos, irlandeses, chinos coletudos. Ponga millares de hombres que anhelan ganar honradamente un dólar traficando, siguiendo la línea, y millares más que anhelan ganar dólares también sin la cortapisa de la honradez; todos los tahures, ladrones, asesinos, aventureros de los Estados Unidos y tal vez de afuera, se congregarán aquí. Y piense en el dinero, en los millones que correrán por esta selvatiquez... y por último... y lo peor... ¡en las malas mujeres...!

Slingerland no oculto su asombro ante los cuadros que Neale conjuraba, especialmente el último .

-¡Bah... ! Eso son pamplinas - dijo -. ¿Que mal pueden hacer unas cuantas mujerzuelas? Supongamos, lo que no es probable, que las haya en abundancia. ¿Como saldrían de los campamentos?

-Slingerland... en los trenes. Los trenes seguirán el tendido de la línea.

-¡Oh! Y usted pretende que nacerán ciudades en una noche, ya pobladas de gente maleante que no trabajará por el ferrocarril, sino simplemente atraída por el olor de su dinero.

-Exacto. Y... escuche : teniendo todo eso presente... los millares de hombres... el oro... las mujeres... aquí... en un país salvaje... sin leyes... sin corrección... sin más temor que el de la muerte... y... garitos... y tabernas... y lupanares, ¿que ocurriría?

El trampero medito unos instantes pasándose la mano por la barba y dijo

-En todo caso, no hay dinero bastante para construir

ese ferrocarril... y si no lo hubiera, sería imposible construirlo.

-¡Ah! -exclamó Neale-. Es ante todo cuestión de oro. De ríos de oro. Entonces... ¡podrá hacerse!

Cierto día, cuando se acercaba ya el fijado para la partida de Neale, la plácida quietud del valle de Slingerland se vio perturbada por la llegada de cuatro hombres de tosca apariencia.

Se presentaron sin hatos ni fardería. Extraño Neale que, al verlos, prorrumpiera Larry en imprecaciones, colocándose luego, así como al desgaire, entre ellos y la puerta de la cabaña, donde estaba Allie, pintada la sorpresa en el bellísimo rostro. El tejano iba siempre armado y ciertamente no había entre los hombres del Oeste quien no supiese apreciar su calidad. Los

visitantes guardaron aparentemente las formas, pidiendo tabaco y no dieron señal alguna de malas intenciones.

-Esto está muy bien apartado -dijo uno.

-Sí. Soy trampero -contesto Slingerland-. ¿De donde venís?

-De Ogden. Hacia el Este.

-¿Mucha gente por los caminos?

-Bastante, para una comarca salvaje. Y todos yendo al Este. No hemos hallado equipo alguno que fuera al Oeste. ¿Habéis oído rumores de un ferrocarril en construcción que arranca de Omaha?

Larry metió baza.

-¡Váya! Y hemos tenido soldados acampados por aquí.

-¡Soldados! -exclamó uno de los desconocidos.

-Naturalmente; ¡son ellos quienes construyen el ferrocarril!

Los viandantes no hicieron comentario alguno, siguiendo su camino sin despedirse siquiera. Slingerland, cuando ya se alejaban, les aconsejo estar a la mira de los indios. -No me gustan las pintaos de esos tipos- declaró.

Neale había igualmente sacado desfavorable impresión de la visita, pero Larry refuto la idea de que hubiese peligro alguno en sujetos de esa calaña.

-Les da miedo un hombre -afirmó.

-¿Crees poder determinar si un sujeto es o no peligroso simplemente viéndole, Red? -pregunto Neale.

-¡Ya lo creo! Un solo hombre resuelto podría nacerse con ésos. Pero, en cambio, no quisiera, por todo e! oro del mundo, que encontraran a Allie aquí sola.

-Yo sabría guardarme - dijo la muchacha con denuedo.

No obstante el respeto que les merecía la opinión del cowboy, Slingerland y Neale consideraron el advenimiento de aquellos visitantes presagio de futuras calamidades para los tramperos solitarios.

-Tendré que adentrarme más en las montañas. Lejos del ferrocarril - dijo Slingerland.

El incidente hizo considerar desde otro punto de viste el proyecto de Neale de desenterrar el oro. Juzgaba que no era precisamente entonces el momento más oportuno de que los hallasen excavando un tesoro o transportándolo. Y Slingerland sentía no escasa repugnancia a tenerlo en la cabaña o escondido en sus alrededores.

-Puesto que no estamos seguros de que exista aún -propuso-, aguardaremos hasta que usted regrese en otoño. Si está donde Allie lo vio enterrar, allí seguirá estando entonces.

Antes de lo que todos deseaban llego el día de la marcha de Neale y del cowboy. Alije demostró mayor entereza que el joven. Él estaba trémulo y pálido. Al despedirse, ella beso a Larry.

-Reddy... cuide usted de él -murmuró.

-No se preocupe, Allie. Adiós.

Larry emprendió la marcha, tomando la delantera.

-¡Ojo con los indios! -recomendó, demudándose, la muchacha.

-¡Allie...! ¡No puedo! ¡No puedo marcharme así...! -exclamó roncamente Neale. La presión de sus brazos le desmoralizaba.

-Es preciso... Es tu obligación... Recuerda... el porvenir. ¡Amor mío! ¡Amor mío...! Vete... pero... pronto. Las enturbiadas pupilas de Neale le impedían verla

claramente. No sabía lo que se decía...

-¿Me... amarás siempre?

-¿Crees necesario preguntarlo? ¡Toda mi vida...! Te lo juro...

-Bésame... -murmuró inclinándose-. Es... infernal... tener que dejarte... mi tesoro... mi

bien... Allie... otro beso... basta...

Le estrecho con firmes y apasionados brazos, besándole repetidamente.

-¡Adiós!

Su postrer palabra fue angustiosa, con trágico dejo de su antigua amargura.

Neale se encontró solo. Montando torpemente, con los ojos arrasados de lágrimas, siguió el camino en pos de su camarada.

X

No llevando hateros, Neale y King podían hacer jornadas largas y más rápidas. Al salir el sol estaban en el camino principal.

Ofrecía evidencia de considerable tránsito y parecía no ya un camino, sino una verdadera carretera. Huellas recientes de caballos y bueyes, rodadas de carretas, ennegrecidos restos de hogueras de campamentos, atestiguaban el ímpetu creciente de un movimiento que pronto sería extraordinario.

Estaban en territorio indio y no tenían idea de si los sioux habrían abandonado sus cuarteles de invierno, sintiéndose belicosos. Pero la región era muy vasta y los indios no podían estar en todas partes. Neale y King corrieron albures como los corrían cuantos viajaban, si bien, montados en raudos corceles, el riesgo era siempre menor que para las carretas. No encontraron rastro alguno de indio; aparentemente estaban solos en aquella selvatiquez.

Del alba al crepúsculo, con un breve descanso a mediodía, cubrieron cien kilómetros, llegando a Fort Fetterman sin incidente ni accidente. Allí estaban las tropas, pero no las brigadas de ingenieros del U. P. Neale no dio con soldado alguno conocido. Empero, encontró ordenes, a él dirigidas, de dirigirse a North Platte con cuanta premura le fuera dable hacerlo. Averiguo que estaba a punto de salir para el mismo destino un destacamento de tropa, que daría mayor seguridad a la jornada.

En Fort Fetterman supo también que durante el pasado verano se habían tendido sesenta kilómetros de línea férrea y que los trenes circulaban ya en una distancia igual hacia el Oeste, desde Omaha. Se le ensanchó el corazón. Era la primera noticia favorable al U. P. que recibía en muchas semanas. Se tendía la línea, circulaban trenes. Ya aquella primavera los niveladores iban preparando el terreno muy por delante de las brigadas de tendido. En el Fort corrían rumores de que la construcción había acarreado no pocos incidentes, pero el tópico principal eran los sioux, que, según se decía, bajarían durante el verano de los cerros con sus numerosas huestes a dar que hacer a los soldados.

A su debido tiempo, Neale y Larry llegaron a North Platte, que era poco más que un campamento. Hasta ya muy entrado el otoño no se esperaba que llegasen allí lar brigadas de construcción. Baxter estaba en North Platte sin otra ayuda que un topógrafo cojo. En consecuencía, recibió a Neale y a King con los brazos abiertos. Se le presentaba al joven un verano de rudo trabajo en las monótonas llanuras, pero tuvo que resignarse ante lo inevitable.

Trabajó, como siempre, con aquella habilidad y aquella energía que le hacían insustituible para sus superiores. Allí, empero, la labor era pesada, incolora, sin realce alguno. El joven procuró llenar sus días de trabajo para no darse tiempo de pensar. Pero, a su despecho, en las horas de asueto soñaba con Allie y con el porvenir. Y así se le hacía más llevadero el presente. Estaba siempre al atisbo de los viajeros procedentes del Oeste, acosándolos con preguntas relativas a los indios de los cerros de Wyoming.

Y por las tropas y por transeúntes del Este se ponía al corriente de los progresos del ferrocarril. Era de un palpitante interés, aunque le costaba trabajo creer algunas de las historias que oía.

Pasó el verano y la primera mitad del otoño.

Neale recibió órdenes de trasladarse a Omaha. Y la noticia le dejó atónito. Había puesto todas sus esperanzas en otro invierno en los cerros de Wyoming y su decepción fue tremenda, costándole un día de verdadera enfermedad. Por un instante estuvo tentado de abandonar su trabajo. Le parecía imposible poder vivir aquel interminable lapso sin ver a Allie Lee. Empero la naturaleza de su nuevo empleo le trajo a las mientes la oportunidad que llamaba a su puerta. Había hecho todos los estudios preliminares para el tendido de puentes en los cerros ceWyoming y ahora requerían su presencia en las oficinas, donde se levantaban los planos y se hacían los diseños.

Nuevamente aceptó lo inevitable, aunque resolviendo pedir que se le enviase en primavera a vanguardia de la construcción.

Era de prever que a una decepción siguese otra. Larry King se negó a ir al Este. Neale manifestó extremada sorpresa.

-¿Es que renuncias a tu empleo?

-¿Por qué? Igual puedo trabajar aquí.

-En invierno no habrá trabajo de campo alguno en estas llanuras.

-Entonces... haré el vago -replicó Larry.

Neale no pudo disuadirle. El cowboy se limitó a decir que volvería a ocupar su antiguo puesto con el topógrafo en primavera, si aún estaba disponible.

-Pero... ¿Por que? No te entiendo, Red.

-Camarada... opino que estoy lo bastante cerca del Este aquí, sin necesidad de buscarle tres pies al gato -contestó significativamente Larry.

Una gran luz esclareció la mente de Neale.

-¡Red! ¡Tú has hecho algo gordo! - exclamó con sincero desmayo.

-¡Psh... ! No se exactamente cómo fue de gordo, pero... sí te diré que fue... infernal -replicó haciendo un guiño el cowboy.

-Tú tienes miedo, Red -aseveró positivamente Neale.

-Si otro que no fueses tú hubiese dicho eso..., se tendría que comer sus palabras.

-Perdona, viejo, pero... me has dejado atónito. No pareces tú. Y además... ¡ Señor, cómo te voy a echar de menos!

-¡Nunca tanto como yo a ti!

De pronto, Neale tuvo una inspiración.

-¿Por que no te vas con Slingerland y le ayudas a cuidar de Allie? Yo tendría la sensación de que está más segura.

-Ella tal vez estuviera más segura..., pero yo no -declaró francamente el cowboy.

-¡Maldito pelirrojo! ¿Que quieres decir?

-Lo siguiente: si paso otro invierno cerca de Allie Lee, solo con ella, porque el trampero no para un instante

en la cabaña... ¡por todos los diablos, Neale...! que acabaría emboscándome como un indio para cazarte cuando regresases.

-Eres incapaz de hacerlo-replico Neale. Quería tomarlo a broma, pero no podía. No era, en efecto, tal la intención de Larry, pero tampoco estaba de humor.

-Haraganearé por aquí hasta que vuelvas. Son unos cuantos meses. Ve a tu obligación, camarada, y algún día serás alguien en este ferrocarril.

Neale salió de North Platte con un convoy de carretas.

Tras larga y lenta jornada llegaron al punto en que los niveladores habían dado por terminado el trabajo aquel año. Hubo allí un inmenso campamento de construcción y el lugar, desnudo y desaliñado, daba la impresión de un pueblo de tosca y ruda manufactura súbitamente destruido por un tornado y un incendio simultáneos. Ochenta kilometros más allá, representando dos tediosos e insoportables días de camino, Neale oyó el silbido de una locomotora en la lejanía. Sin poderse contener lanzo un ¡hurra! de alegría, que secundaron los que con él iban.

En el horizonte se divisaba una humareda y una prolongada, amplia y regular línea de barracas y de tiendas de campaña.

Cuando entro en el campamento en construcción, era todo ojos. El lugar parecía un hervidero. Una horda indescriptible ocupábase al parecer en todo menos en trabajar, y la mayoría de sus componentes estaba particularmente ansiosa por tomar un largo tren de mercancías y pasajeros. Neale se abalanzo a él y su estancia en el campamento fue de diez breves y excitantes minutos.

Sentíase indeciblemente ufano. Él había colaborado en el estudio y replanteo de aquella línea por la que ahora el tren traqueteaba. Su memoria iba recordando cuanto sus ojos veían..., las rudas brigadas de peones..., la gente más difícil de manejar que había conocido; las conversaciones, el ruido, el humo, los destartalados coches, los montones de sobrantes y de escorias a ambos lados de la vía..., todo parecíale parte de un bellísimo romance, porque lo veía en el espejo de su ambición y de sus ilimitados sueños.

Ni por un instante en aquella interminable jornada de paradas sin cuento se canso de los trescientos kilómetros de linea férrea tendidos aquel año o de los setenta del anterior. Y llego a Omaha... que era una colmena : la futura metrópoli del Oeste.

Neale se abismo en el embrollado torbellino de planos, tareas, proyectos, concesiones de terrenos, intereses gubernamentales del Ejército y el Estado; corruptelas y caciquismos..., toda la masa de motivos, egoístas y desinteresados; todo el cúmulo de aspiraciones, mezquinas y nobles; toda la congestionada asamblea de humanidad que integraba los elementos constructores del U. P.

Neale era un soñador; como los pocos hombres de cuya mente había nacido la prodigiosa idea de un ferrocarril de Este a Oeste. Y se hallo frente a un hecho singularmente perturbador. Por grande que encontrase el proyecto, le era imposible conformarse con sus aspectos mercenarios y políticos. ¿Por que no podían los hombres trabajar honradamente en pro de una noble causa y cooperar con desinterés al desarrollo del Oeste en bien de las generaciones futuras? Era algo consolador pensar que seres de sincero y generoso propósito habíanse gastado cuanto poseían en su afán de encontrar capital para la construcción de! Union Pacific, aunque, por otra parte, quedase el consuelo de saber que muchos capitalistas avariciosos y venales e habían arruinado en esfuerzos similares.

Al terminar la guerra civil, el Presidente de los Estados Unidos y el Congreso tenían sus propios problemas que afrontar, y el Gobierno alcanzo muy precario éxito en sus intentos de obtener fondos a cambio de concesiones de terrenos y empréstitos. Pero lo salvaron ofreciendo una magnífica adehala o prima a quienes construyesen el ferrocarril.

La primera Compañía constructora subscribió más de millón y medio de dólares, pagando la cuarta parte. Tan rápidamente se fue el dinero que, al darse cuenta del insaciable abismo que se abría bajo la empresa, renunció al intento.

Entonces se inauguro lo que dio el llamarse «Credi Mobilier» y que no tardo en ser famoso e infame a la vez.

Era el prototipo de las Compañías a que en aquellos tiempos confiábase la construcción de los ferrocarriles. Su, directores, convencidos de que si había dinero a ganar con el Union Pacific debía ser durante el período constructivo, organizaron un astuto sistema para lograr su

objeto.

El "Credit Mobilier" recibiría una extravagante suma por el trabajo de construcción, garantizando así para los accionistas del U. P., que eran quienes controlaban el «Credit Mobilier», las obligaciones emitidas por el Gobierno de los Estados Unidos.

Las operaciones del «Credit Mobilier» acabaron por provocar uno de los escándalos políticos más serios en le historia del Congreso americano.

El coste de los materiales, ya elevado de por sí, alcanzó proporciones prodigiosas. Omaha no contaba con vía ferrea por el Este, de manera que todos los suministros, materiales, locomotoras, vagones, maquinaria y mano de obra tenía que transportarse de St. Louis por el Missouri en barcas. En sí, esto era ya una tarea que exigía una dirección y una administración modelos. En la región de las praderas no se hallaba, durante centenares de millas, ni un árbol ni, por tanto, leña de ninguna clase; era un terreno maravillosamente adaptado para el búfalo, pero un desierto en cuanto a las exigencias de los ferroviarios. Además, no tan sólo hubo que traer de muy lejos madera y traviesas, sino la piedra para los puentes y las obras de fábrica. También tuvieron que emplearse millares de hombres, y los que en un principio se ajustaron por salarios moderados no tardaron en enterarse de lo que otros ganaban y, sabiendo a la Compañía a su merced, exigieron exorbitantes jornales.

Uno de los rasgos peculiares de la construcción, y que enfurecía particularmente a Neale, era una de las cláusulas contractuales por la que, al darse por terminada y equipada una sección de tantas millas, el Gobierno de los Estados Unidos comisionaria a un grupo de técnicos a fin de recorrer la línea y emitir dictamen sobre la obra.

Era imposible que dos grupos de comisionados llegasen a un acuerdo. Aquellos peritos, que también tenían su papel que desempeñar en el laberinto de intereses encontrados, de conjuras y de tramas, se atrevían a dictaminar que ciertas secciones eran inaceptables, debiendo rehacerse por completo.

El particular defecto hallado en una de ellas fue un pretendido exceso de rasante, v como Neale había sido el topógrafo encargado, no tardó en llegar a sus oídos la noticia. Repasó sus cálculos y sus notas con la resultante de presentarse a Henney dispuesto a jurar que la cota era la que debía ser. Henney juró también, aunque en otro y más profano sentido, dando la razón a Neale y aconsejándole que fuese a entrevistarse con los peritos.

Así lo hizo, hallándolos, salvo una excepción, dispuestos a modificar su dictamen si había caso. La excepción fue un individuo llamado Allison Lee, cuyo apellido sobresaltó un poco a Neale. Era un hombre de mediana edad y cabello gris, con un rostro surcado de hondas líneas y un aire de concentración que el joven había aprendido a asociar con quienes tenían altas relaciones con los asuntos del U. P.

Neale trató de demostrar que el trabajo habíase llevado a cabo satisfactoriamente, añadiendo que tenía a disposición de los comisionados los cálculos que lo justificaban. Míster Lee replicó que era, por el contrario, deficiente v tendría que repetirse.

-¿Es usted topógrafo? -preguntó Neale vivamente.

-Tengo conocimientos de ingeniería civil -replicó el comisionado.

-No deben de ser muy profundos - declaró Neale perdiendo los estribos.

-Cuidadito con sus palabras, joven -conminó el otro.

-Pero..., míster Lee..., preste un momento de atención. Aquí tiene mis notas... Lo que ha ocurrido, seguramente, es que han pasado ustedes aprisa por ese trozo de línea y han cometido un error en la nivelación.

Míster Lee renunció a examinar los comprobantes que Neale le ofrecía.

-Perjudicará seriamente mis probabilidades de conseguir un empleo importante -arguyó Neale.

-Sus probabilidades son de perder el que ahora tiene si se dirige de esa forma a sus

Librodot

superiores.

Fue la puntilla para Neale. Se puso lívido.

-Todas estas inspecciones técnicas son una comedia -exclamó dirigiéndose a Lee-. ¡Una filfa! ¡Lodge lo sabe! Henney está al cabo de la calle. Lo sabemos todos. Y... usted también. No es más que expedienteo y balduque. Hasta el último mono que goce de alguna influencia con el Gobierno se cree con derecho a venir aquí a exasperar con sus simplezas a excelentes ingenieros que cumplen con su obligación. ¡Es una afrenta! Más aún, no es decente... Esa sección tiene cien kilómetros. Ustedes pretenden que hay que nivelar de nuevo cinco, cambiando si rasante, levantando los rieles, volviéndolos a colocar..., a cuarenta y seis mil dólares kilómetro... Ése es el secreto..., doscientos treinta mil dólares más para la Compañía constructora...

Neale abandono el despacho y fue a dar cuenta a Henney de su entrevista, palabra por palabra. El veterano felicito al joven por su entereza, deplorando el incidente que no reportaría beneficio alguno y, en cambio, podía acarrear incontables contratiempos. Muchos de aquellos comisionados eran políticos, estrechamente unidos a los directores y nada reacios a «sangrar» al «Credit Mobilier».

El cuerpo entero de Ingenieros, su jefe incluso, se mostraban hostiles a estas inspecciones. Habían dado por buena la línea cuando la conocían palmo a palmo y desde su fundamento, y les contrariaba profundamente que un grupo de individuos viniese en tren por esa misma línea a criticar a quienes la habían tendido sufriendo todas las inclemencias del tiempo y las amarguras y angustias de su creación. Pero... así era.

En mayo de 1866, un convoy de carretas escoltado por tropas entro en el creciente campamento de North Platte. El primero de los expedicionarios que echó pie a tierra fue Warren Neale, fuerte, activo, despierto como siempre. pero más maduro y pálido por los meses de trabajo de oficina y ansiedad.

Larry King, en quien el tiempo no dejaba huella, fue el primero en saludarle. Se reunieron como dos hermanos tras prolongada ausencia.

-¡Reddy! ¿Y tus caballos? -preguntó luego Neale.

-Han pasado bien el invierno, pero se me han comido hasta el último céntimo. Estoy en la miseria.

-Yo tengo dinero de sobra -dijo Neale-, y lo mío es tuyo. Vamos, Red, preparémonos ligeros y... a los cerros de Wyoming.

-¡Me lo suponía! Será una expedición arriesgada, Neale. Los indios vuelven a sacar los pies del plato. Ya ves como ha crecido este campamento. Desde que acabo el invierno está llegando gente a diario. Y los que vienen del Oeste cuentan cosas...

-Tengo que ir -replicó emocionado Neale-. hace casi un año que no veo a Allie... No hemos cruzado una palabra ni una línea en todo este tiempo... Reo... no puedo soportarlo más...

-¡Claro! Es natural -concedió King-. supongo que no te habrás figurado que yo quería escurrir el bulto. Iré contigo. Viajaremos ligero y de noche, escondiéndonos durante el día.

Neale había llegado a North Platte a mediodía y, antes de que anocheciera, King y él estaban ya en las llanadas, dirigiéndose hacia el Oeste.

Siguiendo su plan de viajar de noche y descansar le día, pronto dejaron atrás las monótonas planicies de Nebraska. En las pistas sudeñas de Wyoming, los indios habían demostrado particular actividad los dos pasados veranos. La vasta experiencia campera del tejano les fue de considerable ayuda; su alertada pupila discerniendo huellas, humaredas y objetos distantes; su habilidad disimulando su rastro y eligiendo lugares para acampar; su destreza v buen criterio en cuanto a los caballos atañía... fueron dotes que hicieron posible la jornada, porque más de una vez vieron indios antes de columbrar siquiera los cerros de Wyoming, y más de una vez rehuyeron alguna ominosa hoguera de campamento dando un amplio rodeo.

El valle de Slingerland presentaba todos los indicios de un prematuro verano; empero, en el familiar camino no se veían huellas humanas ni equinas. Probablemente los chaparrones de los últimos días las habrían borrado.

Al desasosiego natural de Neale vino a aunarse el peso de la inquietud. En el opresivo silencio del valle creyó hallar un inexplicable motivo de temor. El camino parecía el mismo, el arroyo corría paralelo como siempre; los árboles tenían el mismo esmeraldino verdor; pero Neale adivinaba una diferencia. No se atrevía a mirar a Larry por miedo a ver confirmada su premonición. ¡Aquel valle estaba deshabitado!

Galopó por el sendero que corría bajo los pinos. Un montón de ennegrecidos escombros marcaba el lugar donde antes se alzara la cabaña. El corazón le dio un terrible salto en el pecho, pareciendo luego suspender sus latidos. No podía respirar, ni moverse, ni hablar, fijos los ojos en los carbonizados restos de la vivienda de Slingerland.

-¡Dios Todopoderoso! -exclamó Larry alargando una trémula mano para sostener a Neale-. ¡Los indios! ¡Siempre temí que ocurriese algo parecido... a pesar de cuanto decía Slingerland!

La feroz presión de los dedos de Larry, recios como pinzas de acero clavándose en sus carnes, penetró el marasmo de Neale, haciéndole comprender lo que sus embotadas facultades no habían aún percibido. Parecía desatar la paralización de sus músculos y de su lengua.

Cayó del caballo.

-¡Red! ... Mira... a tu alrededor.

¡Allie había desaparecido! La decepción de no verla fue abrumadora y el temor de haberla perdido para siempre, espantoso. Neale yacía en el suelo, ciego, lleno de agonía, arrancando el césped con los crispados dedos. Los siniestros presentimientos que desde meses atrás venían asaltándole no eran, por desgracia, infundadas fantasías. ¿Quién sabe si Allie le había vuelto a llamar en aquel otro momento de calamidad y él no había sabido responder a su llamada? ¡Había desaparecido! La sola idea hela la sangre en sus venas. Significaba la más horrenda de las evidencias. La violencia de la conmoción sufrida dejó por un tiempo inerte. Luego, se dio vaga cuenta de que Larry, acercándose, se sentaba a su lado.

-¡No hay señales ! -dijo con voz gutural-. ¡Ni huellas! Ese incendio debió de estallar hace unas semanas..., acaso más, aunque no mucho. Se ve que ha llovido en abundancia y el suelo está como lavado... No he hallado ni una huella.

El cowboy estaba avezado a deducir los movimientos de personas y de caballos por la naturaleza de las huellas que dejaban.

El despertar de Neale fue violento. Incorporándose de un salto, corrió a las ruinas de la cabaña, removiendo y escarbando los escombros sin cesar hasta haber examinado el montón entero. No había sino cenizas y tizones fríos. Fue luego a las vacías pesebreras, a los cobertizos, a la pila de leña, al manantial del horcajo, a cuantos lugares habituales conocía. Mas no halló nada que premiase su feroz actividad..., nada que deducir de ellos. En veredas y senderos antaño desnudos, la hierba crecía con el desuso.

Se detuvo junto a Larry, sudoroso, jadeante, frenético. El cowboy rehuyó sus miradas.

- i Ha desaparecido ! ... ¡Ha desaparecido!

-Quizá Slingerland levantó el campo prendiéndole fuego antes de irse- sugirió Larry -. La visita de aquellos cuatro tipos le hizo muy mal efecto.

-No, no. No habría quemado la cabaña. Además..., si cambiaban de sitio..., Allie quedó en escribirme..., una nota... para que pudiésemos hallarlos. Recuerdo que hasta convinimos el lugar donde la pondría... No, no... ¡Ha desaparecido! ...

-También podría ser que Slingerland se hubiese marchado con ella y que el incendio fuera posterior a su marcha.

-No me atrevo a creerlo... te juro... que es como si el infierno se hubiese abierto a mis plantas.

-Es duro, Neale, es duro, pero quizá...

Neale se volvió hacia él.

-¿Por que dices esas cosas? ¡Eres el primero que no las crees! ... ¡Dime la verdad de lo que piensas!

-¡Gran Dios, camarada! ¡No puede ser más negro -replicó Larry-. No le veo sino una explicación. Slingerland dejó a Allie sola aquí... y entonces... se la llevaron..., incendiando la cabaña.

-¿Los indios?

-Tal vez. Pero... me inclino más a la teoría de una pandilla como aquella que se presentó entonces.

Neale sollozó en su tortura

-¡Reddy, eso no!... ¡Los indios la matarían..., la despojarían de su cabellera..., se la llevarían cautiva a su tribu..., pero... una cuadrilla de rufianes como aquélla...! ¡Dios! Si supiera que era eso lo ocurrido..., ¡me costaría la vida!

Larry apostrofó a su amigo

-¿De que te crees que servirá el perder la cabeza? ¡Hagamos algo!

-En nombre de todos los santos, ¿qué?

-Recorrer hasta el último de los caminos de estos cerros para dar con Slingerland.

Así comenzó una búsqueda frenética y sin esperanzas por parte de Neale; fiel, tenaz y minuciosa por la de King, Neale parecía un salvaje; no atendía consejos ni razones. Sólo el brazo de hierro del cowboy salvó al joven y a su caballo en más de un trance. Era imperativo hallar agua y hierba y vituallas; cosas necesarias en las que Neale parecía no pensar. Apenas dormía o descansaba o comía. En cada valle, en cada loma, corrían el riesgo de encontrarse con los sioux. Neale los habría acogido con alegría; en el enloquecimiento de su dolor, se habría lanzado gustoso al peligro. Empero... ¡aún tenía esperanza!

Vivía las horas en continua agonía espiritual, pero su corazón no desesperaba.

Recorrieron vasta extensión de territorio, siguiendo siempre los cursos de agua, ya que si Slingerland había asentado otro campamento, sería siempre cerca de algún manantial. Más de un camino resultó sin salida, más de una huella reavivó esperanzas que luego resultaron fallidas. La región de los cerros de Wyoming era en verdad solitaria y selvática, singularmente desconcertante para los buscadores, que en dos semanas de continuo caminar no hallaron signo ni rastro alguno humano. Neale y King consumieron su escasa provisión de vituallas; abandonaron el resto de sus hatos excepto un saquillo de sal y siguieron adelante, manteniéndose de lo que cazaban.

Cierto día, inopinadamente, dieron con dos tramperos junto a una represa de castores. La emoción sobrecogió a Neale; adivinaba que por aquellos hombres iba a averiguar algo. Y su primera mirada le dijo que sabían el motivo de su presencia.

-¡Hola! -rezongó Larry-. ¡Da gusto echar la vista encima de un ser humano! ... ¡Sois los primeros que vemos en Dios sabe cuánto tiempo!

-No hay duda que se les nota, amigos -replicó uno de ellos.

-Estamos buscando a Slingerland. ¿Le conocen ustedes?

-Conozco a Al desde hace muchos años. Pasó por aquí hará cosa de una semana... ¿Fue después de la turbonada, Bell?

-Hace ocho días exactamente -replicó Bell.

-¿Iba solo?-balbució Neale.

-Solo... y muy perturbado. Según dijo, había perdido

a su chica no hacía mucho y estaba loco.

-Perdido, ¿cómo?

-Estaba cierto de que no eran pieles rojas -replicó el trampero-. Slingerland mantenía

buenas relaciones con ellos... traficando...

-¡Dígame Pronto!... ¿Que le ha ocurrido a Allie Lee? -interrumpió roncamente Neale.

-Amigos, aquí, mi camarada, está muy afectado-explicó Larry -. La muchacha de quien han hablado es su prometida.

-Joven, no sabemos sino lo que Slingerland nos dijo -repuso el otro-. Afirmó que se la llevaron el único día que la dejó sola. Cuando Al llegó a la cabaña, la encontró hecha un montón de ascuas. No quedaba nada. Ni rastro de la muchacha, ni señales de crimen. Se la llevaron, simplemente. Halló huellas... de caballos y de hombres; tres o cuatro de cada uno. Al los rastreó, pero aquella misma noche tuvo que detenerse y buscar cobijo para no morir ahogado, como nos ocurrió a nosotros aquí. Y al siguiente día, después de la turbonada, no pudo encontrar huellas, aunque durante algún tiempo siguió buscándolas. Nos dijo que por entonces la suponía ya muerta..., que no era de las que vivirían más de un día con tipos de tal calaña. Están pasando por acá sujetos de mucho cuidado procedentes de las minas de oro. Bill y yo no vemos con particular simpatía eso del ferrocarril. Arruinará el país para los tramperos.

Semanas después, un astroso y escuálido cowboy entraba renqueando el North Platte, llevando de la brida un despeado caballo sobre el que se bamboleaba un jinete atado a la silla.

No era el espectáculo capaz de interesar a nadie, salvo a los curiosos o desocupados, porque en aquella época ocurría casi a diario en North Platte. El caballo tenía surcos de proyectil en el cuello; el jinete, la camisa ensangrentada, y el demacrado peatón, en brazo en cabestrillo.

Neale estaba herido, pero más hondamente de lo que el semicicatrizado balazo en el costado hacía suponer. Noche y día, Larry habíale asistido velando por él en una choza de las afueras del poblado. Conmoción, penalidades, agotamiento, pérdida de sangre y, sobre todo, el dolor moral, habían puesto a Warren Neale a las puertas de la muerte. No quería vivir. Y fue el pacienzudo y leal amigo quien luchó por él, combatiendo la fiebre y el dolor de corazón y la tendencia a dejar escapar la vida.

Baxter y Henney visitaron North Platte y fueron a verlos, y más tarde el jefe ordenó a Larry que llevase a Neale a las tiendas de la brigada. Todo el mundo se mostró amable, solícito, afectuoso. Se le había echado de menos. Los miembros de la brigada conocían la extraña historia de Allie Lee, adivinaban el romance y le compadecían por la tragedia. Hicieron cuanto pudieron y el médico militar aunó a las suyas su atención, pero fue el cuidado y el espíritu estimulante de Larry lo que salvó a Neale.

Restablecido, volvió a su puesto con el cowboy por ayudante.

En aquel momento de trabajo y de desorden, nadie, salvo los que estaban en contacto directo con Neale, se enteraban de algo peculiar en él. Empero, los ingenieros notaron que su labor no era tan acabada, tan enérgica y tan precisa como antes. Le faltaba el entusiasmo. El cowboy, siempre a su lado, era quien conocía los repentinos lapsos de sombría abstracción, el penetrante, desesperanzado, perenne dolor. Y cuanto más se relajaba en el cumplimiento de su deber, más se acrecentaba la fidelidad de Larry.

Neale empezó a beber y a jugar. El cowboy luchó durante mucho tiempo para evitar aquel desastroso estado de cosas y, al fracasar sus argumentos y sus persuasiones, se dio a beber y a jugar con él. Y comenzó a observarse entonces que el joven nunca perdía materialmente en el juego o se hallaba de modo evidente bajo la influencia del alcohol. El cowboy hallaba siempre medio de vaciar la copa de su amigo y de llevar el juego a su favor.

Ambos eludían en absoluto a las mujeres del campamento. Cuanto era femenil les causaba pena.

North Platte se fue animando con el estímulo de la proximidad de la vía férrea y de los trenes con el ejército de soldados, cuya obligación era custodiar la horda de peones y las

Librodot

huestes de mercaderes y parásitos que vivían a su costa.

El campamento de los niveladores se trasladó más hacia el Oeste, manteniéndose siempre a vanguardia del de asentadores de rieles.

El primer tren que entró en North Platte trajo directores del U. P., entre ellos Warburton, Rudd y Rogers; también comisionados, Lee, Dunn y su séquito, en visita de inspección.

Las cinco millas de la sección de Neale que desecharon por defectuosas habíanse levantado, replanteándolas y construyéndose de nuevo.

Neale recorrió la línea con Baxter, estudiando la parte reconstruida. Volviendo luego a North Platte sembró la consternación entre directores, comisionados e ingenieros

reunidos en Consejo, poniendo sobre su mesa los cálculos de la nueva rasante, idénticos a los de la desechada.

-Señores, los cinco kilómetros de la vía recién construida tienen exactamente la misma cota que las antiguas. No hay ni un centímetro de diferencia en la rasante - declaró con despectivo acento.

Baxter corroboró su manifestación. Los comisionados prorrumpieron en un vocerío y los directores pidieron explicaciones.

-La explicación es fácil -gritó Neale-. Cuarenta Y seis mil dólares por kilómetro. Cinco kilómetros..., doscientos treinta mil dólares. ¡Gastados por dos veces! Y cobradas ambas por la misma Compañía constructora.

Warburton, un sujeto alto, de cabello blanco, se puso en pie, aporreando la mesa con el puño.

-¿Quién es ese joven -preguntó- que tiene el valor de defender y justificar su trabajo en lugar de buscarse solapadamente un lucro? ¡Y dice la verdad! Estamos construyendo por partida doble..., gastando dos veces cuando con una sobraría...

Se armó un verdadero pandemonium. Neale había arrojado una bomba en el Consejo. Todos los presentes, como los militares que formaban el campamento, sabían que, las traviesas costaban varios dólares cada una; que los jornales eran insólitamente altos, con frecuencia pagados por adelantado y con no menos frecuencia pagados dos veces; que, paralelo con el exaltado espíritu de la gran empresa, corría otro de corruptela y codicia. Considerando la naturaleza y las proporciones de la obra, parecía inevitable. Una ley absurda enviaba a los comisionados que nombraban los políticos y ambos tenían amplio campo que explotar. Los directores igualmente jugaban con doble juego recibiendo el dinero de la venta de obligaciones y el de los préstamos y pasándoselo a las Compañías constructoras. Mas como, en realidad, eran ellos los dueños absolutos de esas Compañías, los fondos volvían a sus bolsillos. No obstante, había algún director a quien sólo animaba el sano espíritu del proyecto..., el bien general, la espléndida realización..., el enorme influjo de comercio a través del Pacífico. Para éstos, la construcción de la línea representaba más que la simple consecución de una fortuna.

Warburton era el más destacado de este grupo y logró acallar las protestas. Bruscamente, cogió a Neale por los hombros y le puso frente a los demás.

-¡Ésta es la clase de hombres que necesitamos! -vociferó-. Se llama Neale. He oído hablar de algunos de sus trabajos. Le acabáis de ver dar la cara ante este Consejo. Ése es, señores, el único espíritu que tendría que informar la construcción del U. P. Démosle la mano. Enviémosle a Washington con esos estudios. Veamos si es posible acabar con esa maldita ley idiota que envía comisionados a deshacer la labor de hombres eficientes.

Nuevamente la oportunidad llamaba a la puerta de Neale.

Allison Lee, de un salto, se incorporó y su calmosa y glacial apostura, el acero de sus grises pupilas, los suaves ademanes, llamaron la atención.

-Míster Warburton..., caballeros -dijo-. Recuerdo perfectamente a este joven ingeniero

Neale. Cuando llegue hoy aquí, me informé acerca de él, recordando que había manifestado violenta oposición al veredicto de los comisionados respecto a esos kilómetros de línea. Y supe que es un joven peculiar, exaltado, que abandona su trabajo en pro de largas y aventuradas jornadas, a más de tenérsele por jugador y por aficionado a la bebida. Me parece, por lo tanto, absurdo conceder importancia al falso informe con el que ha promovido esta discusión.

-No es falso - replicó Neale con relampagueantes pupilas. Y volviéndose a Warburton apeló a él -. Ustedes los directores lo saben. Este hombre, este Lee, no es ingeniero. No podría distinguir una rampa de un palmo de una pendiente de cuarenta y cinco grados. No hay un solo individuo en esa Comisión capaz por sus conocimientos de juzgar nuestra labor. Es... política. Es una maldita afrenta. Es... corruptela.

Otro comisionado se levantó de un brinco.

-¡Haremos que sea usted despedido! -gritó.

Neale le miró, mirando luego a Allison Lee y a Warburton.

-No es preciso. Me voy yo -dijo despectivamente-. Y... ¡al infierno vosotros y vuestro maldito ferrocarril !

Sus palabras provocaron otra algarabía, mientras alguien pedía silencio.

Y se hizo el silencio, aunque no por atenderse al que lo reclamaba. Del grupo de curiosos se destacó un cowboy, enfrentando al Consejo con dos revólveres sostenidos a la altura de la cintura.

-¡Red! ¡Que haces ! -gritó Neale.

Era Larry. Una sola ojeada a su rostro hizo palidecer al joven.

-¡Quieto todo el mundo, y déjame hablar!-dijo reposadamente Larry.

La inmovilidad y el silencio de los allí reunidos pareció irreal.

El cowboy avanzó unos pasos. Sus pupilas, aunque fijas con singular intento en Allison Lee, parecían abarcar a cuantos le rodeaban. Mantuvo una de las armas en línea recta contra Lee, mientras con la otra tabaleaba sobre la mesa.

El respingo que algunos no pudieron reprimir fue evidente prueba de haberse dado cuenta de que estaban ambas amartilladas.

-¿Ha querido usted decir que Neale ha mentido en su informe? -preguntó suavemente.

Allison Lee se puso blanco como un muerto. El cowboy irradiaba una extraña fuerza dominadora, pero el frío acento de sus palabras era lo más terrible, dando la sensación de que la vida... o la muerte carecían de importancia para él. ¿Que eran el U. P. o sus directores o sus comisionados... o la ley? En aquel campamento no había más ley que la que sus manos blandían en aquel instante. Y lo sabía.

-¿Dijo usted que mi camarada había mentido? -repitió.

Allison Lee se atragantó y farfulló un balbuciente «No».

El cowboy retrocedió lenta y cuidadosamente, paso a paso, dando cara a los demás al retirarse.

- ¡Opino que no hay más que hablar! -dijo.

Y mezclándose con el grupo desapareció.

XI

Transcurrieron cuatro estaciones después de la marcha de Neale y de Larry sin que visitante alguno viniese a perturbar la soledad del valle de Slingerland.

En ese lapso, el trampero no dejó ni un instante a Allí, Lee sola o lejos del alcance de su voz. Cuando iba a montar sus cepos o a cazar, ella le acompañaba. La muchacha se hizo fuerte y ágil, podía andar sin cansarse todo un día y portear el rifle y el hato ; se le aguzaron la vista y el oído, y su amor por la selvatiquez se acrecentó; no tan sólo era de una positiva ayuda para Slingerland, sino que a su lado, el tiempo pasaba veloz.

Al año de la marcha de Neale y de Larry King, Slingerland empezó a abrigar la creencia de que no volverían nunca. En aquella época los caminos eran peligrosos y con el tiempo se fue confirmando más y más en la idea del acaecimiento de alguna fatalidad, aunque se guardó de comunicar a Allie sus temores. Ella seguía contenta y llena de confianza; esperaba el regreso de Neale por días, por horas. La prolongada espera no la cansó moral ni materialmente; estaba tan lozana, tan esperanzada como siempre. Slingerland no tenía valor para sembrar una duda en el campo de su felicidad y la dejaba vivir en sus ensueños.

Llegó un día en el que se hizo imperativa una visita a cierto valle muy distante, en el cual tenía algunos cepos que le eran precisos. Y por lo largo de la distancia y lo breve del tiempo, decidió ir solo. Allie recogió con risas su sugerencia de poca seguridad de la cabaña.

-No tengo miedo -dijo-, y, en caso necesario, sabría defenderme.

Slingerland no lo dudaba. Tenía temple y valor; sabía manejar un rifle y bajo su aparente blandura se ocultaba un ánimo esforzado que no vacilaría ante cualquier emergencia. Empero, la idea de dejarla sola le era desagradable y si se resolvió a hacerlo fue a regañadientes.

Emprendió la jornada; su cometido le retuvo más tiempo del calculado. Y al volver hacia la cabaña, un deseo de apresurarse, una ansiedad, un indefinible temor le asaltaron. Comenzaron a agobiarle premoniciones de algo funesto, pero cargado como iba con los cepos, no podía acelerar el paso. Estaba ya muy entrada la tarde cuando coronó la última loma que le separaba de su hogar.

El espectáculo que se ofreció a sus miradas le hizo soltar cuanto llevaba, atónito. Una densa columna de humo se alzaba del valle. Lo primero que acudió a su pensamiento fueron los sioux. Pero dudaba de que los indios traicionasen su amistad. Si el incendio de la cabaña no era debido a algún accidente fortuito, una cuadrilla de desperados errabundos le había sumido en la ruina. Echó a correr rampa abajo hacia el grupo de pinos y a cubierto,cautelosamente, se acercó al emplazamiento de su vi vienda.

Era ya un montón de troncos humeantes que llevaban horas ardiendo. No había señal alguna de Allie ni de nadie. Corriendo fue al horcajo; casi al punto vio huellas de botas y de cascos de caballos y pieles y cueros desparramados por el suelo, como si hubiesen hecho una selección de lo mejor.

-¡Ladrones! -murmuró Slingerland-. ¡Y se han llevado a la muchacha!

Se tambaleó bajo el golpe más rudo que recibiera en su vida. Su conciencia le acusaba, implacable. Su congoja por Allie érale tan poco familiar, tan aguda, que no obstante su inveterado hábito de reaccionar decidiendo y obrando sobre la marcha ante cualquier evento, permaneció inmóvil, clavados los ojos en las ruinas de su hogar.

Prestamente despertó. No abrigaba esperanzas. Conocía la naturaleza de los autores, de aquella perpetración. Pero aún era posible darles alcance. En el polvo encontró huellas de cuatro tamaños distintos de botas y tomó el camino abajeño del valle.

Se dio pronto cuenta de que amenazaba tempestad y de que el aire se hacía frío y cortante. Comenzó a llover y el crepúsculo cayó prematuramente. Slingerland buscó el cobijo de un saliente y allí, famélico, aterido, calado hasta los huesos y, sobre todo, desesperado, aguardó un sueño .que se negó a sus párpados.

Llovió torrencialmente toda la noche, y por la mañana el arroyo se había convertido en un turbulento torrente y el camino estaba sumergido. Hacia mediodía, antes de cesar, la turbonada se trocó en ventisca. Slingerland siguió valle abajo buscando huellas, pero por

doquier el agua había borrado todo indicio en el suelo. Cuando llegó al antiguo «camino de St. Vrain y Laramie hubiérase dicho que no lo había hollado caballo alguno en varios meses. Paso otra miserable noche, y el siguiente día llamó su atención sobre las necesidades de la vida. Excepto su rifle, sus caballos y algunos cepos tendidos allá en los cerros, no le quedaba fruto alguno de largos años de ruda y provechosa labor. Pero... eso era lo de menos. Con tan menguados elementos había empezado y podía volver a empezar. Cobro alguna pieza, satisfizo su apetito preparando más de lo que necesitaba para poder llevárselo consigo. Paso dos días en aquellos lugares y no los abandono hasta haber examinado las salidas del valle. La carencia absoluta de huellas le obligo a reconocer su fracaso.

El momento fue amargo.

-Si Neale apareciese ahora por aquí... me soltaría un tiro... que indudablemente merezco -murmuro.

Pero... estaba seguro de que Neale había corrido la misma suerte que tantos de los muchos que pretendían afrontar aquellos cerros. Slingerland vio en el conjunto sino de Allie y de Neale una resultante del avance de la civilización por el Oeste. Y si hasta entonces la idea de que un ferrocarril penetrase en sus salvajes dominios le fue desagradable, ahora la odiaba. Antes de la llegada de los ingenieros, los indios vivían en paz y no había cuadrillas de rufianes por los caminos. ¿Que derecho tenía el Gobierno para expoliar a los indios de sus -territorios, para infringir convenios, para tender vías férreas por las llanuras y montañas? Durante la ejecución de la obra, Slingerland preveía la llegada del más sanguinario período jamás conocido en el Oeste. Aquel avance blanco en los cerros de Wyoming le había herido hondamente, aunque no era tan solo la perdida de todas sus posesiones lo que le conmovía. Largos años de vida solitaria habíanse visto súbitamente transformados : todo había cambiado para él, y en lo sucesivo no podría ser ni una cosa ni otra.

Slingerlan volvió la espalda al camino trazado por las avanzadas de los constructores de Imperios, buscando la hospitalidad de los más inaccesibles cerros.

-Algún día bajare con un cargamento de pieles -soliloquió -y tal vez entonces sepa que ha sido de Neale... y de ella.

Hallo, como solo uno de su casta podía hallar, valles jamás hollados por plantas de blanco alguno, en los que abundaba la caza mansa y confiada, en los que si el piel roja aparecía, era amistoso, y en los que los callados días y las solitarias noches hicieron paulatinamente más soportable el recuerdo de Allie Lee.

XII

Allie Lee estaba dotada de una imaginación a la vez activa y contempladora. Pensando en Neale y en su porvenir, tenía siempre entre manos algún quehacer. Así pudo transcurrir un año con relativa celeridad y sin una sola hora de melancolía o de abandono.

Creía firmemente que Neale estaba retenido por algún importante trabajo; o bien le habían enviado a Omaha o había alcanzado por fin un más alto cargo, como ambicionaba.

Aunque los recelos de Slingerland no pasaron inadvertidos para ella, se negó rotundamente a darles beligerancia en su espíritu. Su corazón le decía que todo iba bien para Neale y que, tarde o temprano, pero indefectiblemente, volvería a su lado.

El amor había hecho un milagro en Allie, liberándola de un horrible recuerdo. Al hallarse sola, después de la tragedia, anhelo la muerte como más eficaz modo de olvidar aquellos alaridos, aquellos horrendos gritos de dolor... y los crímenes... la sangre... el terror y la

angustia de aquella noche. No tenía nada por lo cual vivir. Al pronto llego a odiar a los dos hombres compasivos y buenas que con tanto ahínco querían hacerle olvidar. Luego, súbitamente, sin que nunca pudiera recordar con exactitud el momento, vio a Neale con diferentes ojos. Algunas palabras, el contacto de su mano, un don y una prenda... habían transformado la vida para Allie Lee. Como una flor que se abriese durante la noche, su corazón habíase abierto al amor, dispersando todas las acerbidades, todas las negruras de su pecho. Tan grande fue el descargo del dolor y de la pena, que su amor se convirtió en pasión, única avasalladora, dominándolo todo. Libertada ya y extrañamente dichosa, se apego a cuanto la rodeaba tan naturalmente como si hubiese nacido en aquel medio, desarrollándose como una flor silvestre. Aquel otoño, Neale volvió a ella en ocasión precisa para hacer admirable realidad sus ensueños. Y al marcharse el, encontró en ellos la facultad de seguir siendo feliz. Por el había de ser perfecta en alegría, en fidelidad, en amor. Y su infortunio habíale hecho descubrirse una entereza moral y una voluntad indomables. Vivía para Neale.

Verano, otoño, invierno pasaron con sus días llenos de soledad, belleza, pensamientos, anticipaciones y, siempre, perseverando porque no podía permanecer ociosa. Cuando los primeros brotes comenzaron a verdear en los álamos, y en los sauces del horcajo, su corazón le dijo que antes de que alcanzasen completo desarrollo, Neale estaría camino de la cabaña. Era una inexplicable pero fidedigna: premonición.

Más de una vez durante aquella primavera, habíase tendido sobre la musgosa roca que dominaba el arroyo para ver reflejado su rostro en sus cristalinas aguas como en un espejo. Neale habíale abierto los ojos a su belleza v estaba ufana de ella, por cuanto él parecía tenerla. en. tal aprecio.

En la mañana de mayo que Slingerland marchó, dejándola por excepción sola, la sorprendió oír el cliclop de, caballos al trote por el camino.

Su primera idea fue que Neale y King estaban de regreso. Y todo su ser pareció estremecerse de exaltación. Salió corriendo a la puerta de la cabaña.

En el claro aparecían cuatro jinetes, pero Neale no estaba entre ellos.

El alborozo de Allie fue fugaz y la reacción una violenta y angustiosa congoja. Perdió de momento el dominio de sí misma y tuvo que apoyarse contra la jamba de la puerta para no caer.

El jinete delantero había refrenado su caballo cerca de ella. Era un joven de gigantesca estatura, cargado de hombros, rubicundo de facciones, con ojos audaces y malvados labios. Le recordaba a Allie a alguien a quien debió de conocer en California. Él la miró fijamente.

-¡Hola! ¿Eres tú la chica de Durade?-preguntó con brusca sorpresa.

Allie recordó entonces haberle visto en las minas de oro.

-No, yo no soy-replicó.

-¡Uh! Pues... te le pareces extraordinariamente... ¿Hay alguien más por acá?

-Slingerland fue al otro lado del cerro -dijo Allie-, Llegará de un momento a otro,

El sujeto la apartó, entrando en la cabaña a tiempo que llegaban los otros tres.

-¡Buenos días, miss! -dijo uno, un canoso veterano que igual podía ser un minero que trampero o bandido. Los otros dos llegaron detrás de él. Uno llevaba un sombrero de fieltro negro, cuyas amplias alas acentuaba¡ la siniestra y sombría expresión del cetrino rostro. El último del terceto tenía el cabello pajizo y pupilas claras e inquietas.

-¿Dónde está Fresno? -preguntó.

-Aquí estoy-contestó el llamado Fresno apareciendo en el umbral. Alargando un brazo cogió a Allie antes de que ella pudiese evitarlo. Cuando empezó a debatirse, la mano ciñó su muñeca con fuerza tal que habría gritado de dolor.

-¡Cuidado, muchacha! No te servirá de nada ser arisca y si chillas te estrangulo -dijo- Vosotros, entrad en la cabaña y registradla pronto.

De un tirón se llevó a Allie a donde estaba su caballo y, cogiendo de la silla un adujado lazo, le amarró los brazos a los lados, atándola luego al árbol más próximo.

-Cierra el pico si no quieres pasarlo peor-conmine yendo hacia la vivienda.

Los temores de Slingerland veíanse por fin confirmados. Eran mala gente. Allie no apreció en toda su extensión su desgracia hasta hallarse atada al árbol. Entonces se encolerizó, esforzándose por desasirse. Pero sus esfuerzos fueron inútiles; no consiguió sino lastimarse los brazos en vano. Cuando desistió, la desesperación se apoderó de ella, hasta que por su mente cruzó la idea de Neale y de la horrible agonía del joven si llegaba a perderla o saber que le había acaecido algún daño. Su amor logró vencer el natural e instintivo miedo femenil.

Oyó a los ladrones, revolviendo y saqueando la cabaña. Arrojaban las balas de pieles afuera. Después salió Fresno llevando un saquito en el que Slingerland guardaba su dinero y sus escasas pertenencias de valor, seguido por los otros, que se disputaban una garrafa que en otros tiempos contuvo whisky.

-¡Ni una gota! -gruñó el que la llevaba. Y enfurecido, la tiró violentamente dentro, oyéndose el ruido de vidrio roto contra la chimenea.

-¡Sandy! Has desparramado la lumbre -protestó el canoso bandido mirando a la vivienda-. ¡Arderán las pieles!

-¡Que ardan!-gritó Fresno-. Ya tenemos cuanto queríamos. ¡Andando!

-Pero... ¿qué sentido tiene incendiarle la cabaña a ese sujeto...?

-No arderá -dijo el cetrino-. Y si arde... lo pagarán los indios. ¿Entiendes, Old Miles?

Salieron juntos. Evidentemente, Fresno era su cabecilla o cuando menos la voluntad más fuerte. Miró el saquillo que llevaba entre manos y luego a Allie.

-¡Vosotros, disputaos eso l - dijo tirando el saco a los pies de los otros, yendo hacia la joven.

Los tres se abalanzaron sobre la presa y Sandy se hizo con ella. Los otros dos le rodearon no amenazadoramente, pero agresivos, seguros de sus derechos.

-¡Nos lo repartiremos! -concedió Sandy montando a caballo-. Esperad a que acampemos. Cargad vosotros los castores.

Fresno desató a Allie del árbol, dejando el lazo alrededor de sus brazos y arrastrándola con él rudamente hasta su caballo.

-Monta y... aprisa -ordenó.

Allie montó. Los estribos eran demasiado largos.

-¡Hep! Despabilaos y atrapadme uno de los jacos que vimos por el arroyo-gritó Fresno a los otros.

Mientras ajustaba los estribos, Allie le miró. Era un tosco rufián cuyo mero contacto le causaba insoportable repugnancia. No llevaba armas encima, pero en las pistoleras de la silla velase un revólver y la larga funda de un Winchester. De haber tenido valor suficiente, Allie habría podido pegarle un tiro y escapar, aunque los otros no se perdieron de vista mientras Fresno acortaba los estribos. Llevando el caballo de la brida fue hacia ellos. Allie miró atrás viendo una espiral de humo que empezaba a salir por la puerta de la cabaña. Desesperada, decidió correr cualquier albur que ofreciese probabilidades de evasión, cierta de que entre aquellos hombres no estaría segura mucho tiempo. Lo que fuese tendría que hacerlo aquel mismo día; era pues, cuestión de esperar la oportunidad.

En el vado, Sandy laceó uno de los caballos de Slingerland, un mustang favorito de Alije y que montaba con frecuencia. Era raudo como el viento. Una vez sobre él podría distanciar a cualquiera de los que los forajidos llevaban. Fresno puso el extremo del lazo al cuello del mustang como ronzal.

-¿Sabes montar a pelo? -preguntó a Allie.

La muchacha mintió. Su primera idea había sido despistarlos sobre su destreza a caballo,

Librodot

pero simultáneamente se le ocurrió que si Fresno le daba su silla, quita tendría ocasión propicia para usar el revólver.

Fresno montó de un salto el mustang, saliendo al punto despedido por las orejas. Los otros tres soltaron estrepitosas carcajadas.

Entre blasfemias, el sujeto volvió a intentarlo. El animal se comportó más dócilmente, aunque evidenciando no gustarle el peso de su carga. El bandido echó a andar sin soltar su propio caballo, a un paso que demostraba su deseo de poner cuanta tierra fuese posible de por medio.

Allie oyó a los otros probablemente querellándose por el oro que tantos años había tardado Slingerland en acumular.

Llegaron al punto donde el valle abría en otro por el que serpenteaba el antiguo «camino de St. Vrain y Laramie». Lo siguieron algunas millas hacia el Este, enfilando luego un valle transversal en el que, a cierta distancia ribereña, alzábase su campamento. No habían tenido, por lo visto, la precaución de ocultar hatos ni mulas y, juzgando por las trazas, Allie dedujo que no recelaban de los indios. Lo probable era que procediesen de California y que, obligados por su criminal condición a rehuir caravanas y campamentos, no tuvieran aún acabado conocimiento de los riesgos inherentes a aquella región.

Cuando llegaron al campo era mediodía. Habíase oscurecido el sol y amenazaba tormenta. Fresno desmontó, soltando el ronzal del mustang y su propia brida. Las pupilas que clavó en Allie le hicieron apartar a ésta las suyas como de algo ofensivo y contaminador. Rudamente, con gran alarde de innecesaria violencia, la obligó a apearse.

Allie le rechazó dándole un empellón y afrontándole. Aunque hasta cierto punto había llevado una resguardada vida, sus experiencias previas de individuos como aquél le decían que tan inútil sería la resistencia como la impetración. Sólo conseguiría exacerbarle y no estaba aún dispuesta a ponerse en peligro de muerte. -Espere usted -dijo.

-¡Uh! -gruñó el respirando entrecortadamente. Era un animal de corta inteligencia y de brutales pasiones.

-Fresno, soy la hija de Durade...

-Ya decía yo que te conocía, aunque... estás hecha una mujer y... de primera.

Allie se lo llevó aparte, alejándole de los otros, que habían reanudado la codiciosa discusión.

-Lo que usted quiere es oro, Fresno -dijo afirmándolo más que preguntándolo.

-¡Tú lo has dicho! Pero entre una porquería como ésa y... tú, no hay duda posible-dijo indicando con un ademán a sus compinches.

-¿Se acuerda usted de Hom? -preguntó Allie.

-¿Horn? ¿El minero que halló filón en Sacramento?

-El mismo -replicó apresuradamente Allie-. Salimos de California en su caravana.., y llevaba todo su oro consigo.

Fresno demostró creciente interés.

-Nos atacaron los sioux... Horn enterró su fortuna..

en el lugar donde habíamos hecho alto... Todos los demás perecieron... excepto yo... y se dónde...

Fresno abrió la boca para comunicar la estupenda nueva a sus camaradas.

-No les llame..., no les diga... -murmuró Allie-, si quiere que le lleve a donde está ese oro... Será con una condición.

Allie se estremeció ante lo que sus palabras conjuraban. Pero... no habría recuerdo capaz de hacerla flaquear.

-Muchacha..., puedo obligarte a decirlo -replicó él, amenazador.

-No, no puede.

-Presumo que no te figurarás que por un puñado de oro voy a soltarte - afamó -. El oro irá pronto tirado por esos caminos, y mujeres como tú... escasearán siempre.

-No quiero decir eso... Procure deshacerse de les otros y le llevaré donde Hom enterró su fortuna.

Fresno la miró haciendo un guiño procaz. Evidentemente la idea le sorprendía y le halagaba, pero aumentaba su perplejidad.

-Frank..., ése del sombrero negro, es mi camarada -protestó -. No puedo hacerle una jugarreta así. ¿Qué te propones, muchacha? Yo te haré decir dónde está ese oro aunque sea a fuerza de palos.

-No despegaré los labios, haga usted lo que haga - replicó resueltamente Allie -. Si no quiero hablar... no hay quien sea capaz de obligarme. Lo que me propongo es salvar mi vida. Demasiado sabe que, entre cuatro hombres como ustedes, es precaria.

-¡Bah. .. ! ¿Por qué lo dices? -farfulló Fresno-. Yo me encargo de cuidar de ti... Escucha: si aceptas a Frank en la combina... conformes, pero... ¿no será mentira eso del oro?

-No.

-¿Cómo es que no lo desenterró el trampero? Tú de biste decírselo.

-Por miedo a tenerlo en la cabaña o en sus cercanías. Su plan era dejarlo donde estaba hasta que decidiésemos abandonar el país.

La explicación pareció plausible al forajido, cada vez más perplejo.

Entre tanto, la disputa de los otros tres iba tomando caracteres de reyerta.

-Dividiré el contenido de este saco cuando me de la realísima gana-declaró Sandy.

-Eso no está bien, compañero -protestó Old Mileis-, y además... se me va subiendo la sangre a la cabeza por que veo que tu plan es quedarte con todo.

El bandolero de cetrino rostro blandió un crispado puño a dos dedos de la cara de Sandy.

-¿Cuándo recibo yo mi parte? -quiso saber. Fresno, volviéndose, gritó- ¡Frank, ven acá !

El otro se acercó hoscamente.

-Fresno -dijo-. Ese Sandy quiere quedarse con todo.

-Déjalos que se arreglen -replicó- Tenemos algo, de más enjundia... Además, acabarán a tiros y entonces será todo nuestro. Ven y... déjales campo para pelearse. Se llevó a Allie y a su caballo a cierta distancia.

-Trae esos hatos, Frank -dijo.

El mustang le siguió y Frank compareció con uno de los hatos. Fresno desenjaezó su caballo y, dejando la silla bajo un árbol, sacóarmas de sus fundas, poniéndose

el revolver en el cinto y apoyando el rifle contra una rama baja.

-Sandy pondrá de patas arriba a Old Miles antes de un minuto -observó tranquilamente.

-¿De qué se trata? -pregunto Fresno con curiosidad.

-Oro, Frank..., oro-aclaro Fresno, explicando en breves palabras a su camarada la historia del oculto tesoro de Horn, aunque sin mencionar la condición impuesta por la muchacha para revelar su escondrijo. Era evidente que confiaba en su habilidad para hacerla hablar.

-¡Vamos y... más que aprisa! -gritó Frank, iluminado el cetrino rostro -. Así podremos abandonar de una vez estos malditos parajes.

-¡Que lo digas...! A ver si damos con esos campamentos ferroviarios de que tanto se habla... llenos de oro y de whisky y... de mujeres.

-Con la que tenemos entre manos sobra por ahora -replicó Frank-; vamos a buscar ese...

Upa detonación le interrumpió. Se oyó una ronca blasfemia..., después dos disparos más de diferente estampido.

-Esos dos últimos fueron de Sandy - observo Fresno - y ni que decir tiene que han hecho blanco. Ve a ver si Old Miles le toco antes a el.

Frank marcho bajo los árboles.

Allie habíase preparado a todo. Aquellos disparos le sugirieron que ahora tenía dos enemigos menos con quienes contender y, por lo tanto, que convenía aprovechar la primera oportunidad. Le sería fácil apoderarse de un brinco del Winchester y seguramente malherir a uno, quizás a los dos facinerosos. Mas el mismo temple que le daba bríos para intentarlo le aconsejó aguardar, no mucho tiempo, pero sí lo bastante para esperar más propicio instante.

Frank volvió trayendo el saco motivo de la reyerta; Fresno se echo a reír.

-Sandy tiene lo suyo... en mal lugar -dijo-. No puede vivir. Y Old Miles... está ya en el otro mundo.

-¡Uf! Frank, voy a buscar los hatos; mira a ver que hay en el saco -dijo Fresno.

Cuando se perdió de vista, Allie se desciño el lazo de la cintura.

-No necesito colgantes -dijo.

-¡Claro que no, encanto! - replico el rufianesco

Frank-. Ese Fresno es de lo más ordinario con las damas. En cambio, yo... soy más lino que un guante. Ven, déjame vaciar el saquillo en tu regazo.

-Opino que no -replicó Allie.

-¡Que arisca eres...! Mirad qué ojos..., bueno, ¡bueno! No te enfurruñes conmigo...

Vació el contenido del saco en la arena, agachándose e inclinándose sobre el.

Lo que había hecho, en realidad, refulgir las pupilas de Allie fue el reconocimiento de la oportunidad. No vaciló ni un instante. Primero busco el mustang con la vista; estaba cerca, con la reata arrastrando. Súbitamente la muchacha observo las amusgadas orejas y la erguida cabeza del animal... Oía algo. Miro hacia el valle, percibiendo una hilera de indios siluetados contra el cielo. Se acercaban de prisa. Por un segundo se sintió desvanecer, mas se rehizo al punto. Su situación era terrible, casi desesperada, pero... era cuestión de vida o muerte y afronto las circunstancias con denuedo.

De un salto se apoderó del rifle, que sabía a ciencia cierta cargado. Frank oyó el chasquido del percutor.

-¿Qué estás haciendo? -exclamó ferozmente.

-¡Quieto! -conminó Allie yendo hacia atrás en busca del mustang-. ¡Mire a la ladera..., indios!

Pero el no hizo caso. Incorporándose, dio un paso en su dirección.

-¡Cuidado! -grito Allie. Él siguió avanzando.

Fresno apareció a la sazón, corriendo, lívido el rostro.

Allie, sin echarse el rifle a la cara, disparo contra Frank cuando este iba ya a asir el arma por el cañón.

Con un respingo, se detuvo, cayendo de rodillas contra un árbol y, rehaciéndose, procuró incorporarse de nuevo. Allie tuvo que soltar el rifle para sujetar al mustang. Montó, espoleándole y recogiendo el lazo. Ya fuera de la maleza y del predregal, le puso a galope.

La muchacha vio ante sí terreno abierto, pero acentuados declives cerraban el valle. Se veía acorralada. Dio media vuelta a su cabalgadura hacia la arboleda, manteniéndose lo más a la izquierda posible. A la derecha oía el pateo de caballos, crujidos entre la maleza y estridentes alaridos. Un claro le permitió ver la ladera cuajada de indios a galope. Unos se dirigían valle abajo, otros a la parte ribereña para cortarle el paso, pero la mayoría venían directamente hacia ella.

Fresno salió montado en el caballo bayo de Sandy y empezó a disparar sobre los indios, que contestaron en forma. Por doquier veíanse los blancos penachos de humo; las balas alzaban el polvo ante Allie. Fresno ganaba terreno; el bayo era ligero. Allie apoyó aún más a la izquierda, confiando poder alcanzar la loma, que en aquel punto no era muy alta. Con profundo desmayo vio aparecer por allí indios y, rectificando su dirección, comprendió que debería intentar lo mismo que Fresno intentaba.

De bajo los cedros compareció entonces Frank, hostigado de cerca por los indios, que disparaban sin cesar. Le hirieron el caballo, que dio un traspié, estando a punto de desarzonar a su jinete, perdiendo luego por completo el dominio sobre el animal, que se le desbocó. Uno de los indios se adelantó a los demás con un arco tendido. Disparó y Allie vio un ligero penacho de polvo levantarse de la espalda de Frank. El bandido alzó los brazos y cayó bajo el caballo, resbalando la silla con él. El animal, enloquecido de terror, emprendió vertiginosa carrera arrastrando hombre y silla.

Al frente, Fresno seguía ganando terreno a sus perseguidores. Estaba ya fuera del alcance de sus armas; pero, no obstante, los indios seguían disparando. La situación de Allie se hizo tan peligrosa que no tuvo ojos más que para los enemigos de su izquierda, que pretendían interceptarle el paso antes de ganar el más amplio valle.

Su mustang no necesitaba del acicate; los alaridos y el silbido de las balas bastaban para espolear su ardor. Allie hubo de apelar a toda su destreza para conducirle. Estaba casi cegada por el aire, pero aun así veía a los semidesnudos salvajes irse rezagando gradualmente. El viento le soltó el cabello, flotándole a la espalda. Los gritos de los indios se hicieron más agudos ; cesaron los disparos. Habían descubierto que era una mujer y se acrecentaba su resolución de capturarla viva. El mustang galopaba seguro de cascos, salvando de un salto las regueras, dejando atrás a sus perseguidores de la izquierda. Allie pensó que acaso podría entrar en el valle antes de que los indios que acosaban a Fresno la descubriesen... ¡Vana esperanza 1 A través de su camino, en la confluencia de los dos valles, apareció otra hilera de indios viniendo a su encuentro.

Una hilera a su derecha; detrás, un numeroso grupo de raudos caballistas; al frente, otra hueste de vociferantes salvajes. ¡Estaba perdida! Súbitamente recordó la suerte corrida por su madre. Le abandonó la entereza. Sus fuerzas flaquearon. Sus enturbiadas pupilas perdieron de vista cuanto la rodeaba. El mustang obró a su antojo sin mano segura que le dirigiese. Ella notó que cambiaba de dirección... que acortaba el paso... los discordantes alaridos se aproximaron... ¡Su sino...! ¡Como el de su madre...! Una nube de polvo la envolvió... caían sobre ella..., pidió al Cielo un golpe certero... una muerte rápida... Perdía el sentido...

En el espacio, creyó columbrar el rostro de Neale..., apareciendo y desapareciendo al punto... Una ruda y poderosa mano se aferró a ella... Después... absoluta inconsciencia.

XIII

Cuando recobró el conocimiento, Allie Lee se halló echada en una tienda de campaña circular, formada de estacas y pieles en vez de lona.

Por un instante quedó aturdida. Pero los dibujos y los adornos indios del interior trajeron a su mente rápida memoria... La habían llevado cautiva a un campamento sioux. Levantó la cabeza. Yacía sobre una piel de búfalo, atada de pies y manos. Mantas y prendas de vestir de este curtido, realzadas con abalorios y bordados, estaban diseminadas por el suelo. A través de una estrecha rendija vio que el día estaba ya muy avanzado; indios y caballos pasaban de acá y acullá. Oíase el gutural rumor de confusas voces; el viento soplaba violento, estrellando contra las paredes de la tienda las gruesas gotas de lluvia.

Allie apenas osaba dar crédito a la evidencia de sus sentidos. ¡Estaba aún con vida ! Quiso cerciorarse de si tenía alguna herida; sentíase dolorida y maltrecha, especialmente de brazos y piernas, pero sin grandes sufrimientos. Sus esperanzas renacieron. Si los sioux hubiesen

tenido intención de matarla, ya lo habrían hecho. Quizá la reservasen para mayores torturas; pero lo más probable era que se propusieran tenerla cautiva de la tribu. Y, en tal caso, Slingerland no tardaría en hallarla y en gestionar su libertad.

La lluvia comenzó a caer más intensamente. Allie percibió el acre olor del humo, viendo reflejarse en las paredes de la tienda las llamas de la fogata. En aquel punto, entro una squaw. Era un india muy talluda, muy vieja, de rostro cobrizo y arrugado. Traía un cuenco y un plato, que dejo en el suelo, y, gruñendo, empezó a desatar sus muñecas. Luego la sacudió un poco, sin rudeza. Allie se incorporo.

-¿Sabe... ha oído... si piensan maltratarme? -preguntó.

La squaw sacudió la cabeza para indicar su incomprensión, pero sus ademanes en relación con lo que había traí- do eran fáciles de interpretar. Allie consumió el condumio indio, basto y desagradable al paladar, pero que satisfizo su necesidad. Cuando hubo terminado, la squaw volvió a ligarle las muñecas trabajosamente y, empujándola hacia atrás, sobre la piel de búfalo, la taro con ella antes de dejarla sola.

Anocheció rápidamente, cayendo la lluvia a torrentes. Allie, dándose apenas cuenta del frío que había sufrido, comenzó a sentir el calor de las pieles. El fragor de la lluvia dominaba afuera todos los demás ruidos. La muchacha se pregunto si habría vuelto Slingerland ya a la cabaña y, en el supuesto, qué habría hecho. Sentíase acongojada por el. Sería un rudo golpe, mas... seguiría su rastro, sabría pronto que los sioux tenían una joven blanca en su campamento y la libertaría. ¡Qué afortunada era! Una benéfica estrella providencial debía de verla sobre sus movimientos. Su plegaria había sido oída. Pensó en Neale. Viviría para él. Rezaría para precaverse de los peligros; si no la hallaba... le buscaría ella a el. Y allí, amarrada y desvalida en un campamento indio, cautiva de los implacables sioux, quizás en inminente riesgo de muerte, con el aullido del viento en los oídos y las negruras de la noche alrededor, su espíritu se alzó por encima de todo y su corazón latió con mayor celeridad al recordar al hombre amado. Acabaría encontrando a Neale. Y con su nombre aún en los labios, se quedo dormida.

Más de una vez despertó durante la noche, oyendo el estruendo de los desencadenados elementos. El nuevo día amaneció frío y gris, amainando gradualmente el temporal. Allie permaneció sola horas y más horas, empezando a resentirse y a padecer por razón de sus ligaduras y del entumecimiento de sus miembros. Pero... cuanto más tiempo la dejaban sola, mayores eran sus esperanzas.

Por la tarde acudió la vieja squaw, desatándola y dándole de comer como antes. Por señas, Allie manifestó sus deseos de tener libres los pies para poder levantarse y pasear. La squaw accedió a sus deseos. De momento, apenas pudo sostenerse. Experimentaba una especie de vértigo y una sensación de hormigueo y de ardor en las extremidades.

La squaw la llevo afuera. Allie vio multitud de tiendas, numerosos caballos y squaws y criaturas, pero pocos bravos[3].

Acampaban en un amplio valle, similar a todos los de la comarca, excepto que era más vasto. Un riachuelo en crecida fluía, turbulento y terroso, por el borde del campo. Al ver a Allie, los pequeñuelos escaparon corriendo y las mujeres la atisbaron fijamente. Era fácil comprender que la veían con desagrado. Los escasos bravos presentes posaron en ella sus pupilas negras, serenas, imperturbables. El campamento parecía rico en colorido.... en caballos y arreos. Evidentemente, la tribu no era pobre. Allie vio utensilios, mantas, vestuario..., multitud de efectos a cuya manufactura eran extraños los indios.

La llevaron a una gran logia o entoldado de uso común que tenía una tienda adjunta. En su

[3] Los bravos eran los indios, por lo general jóvenes, que constituían el ejército de la tribu. Ostentaban adornos distintivos de su categoría entre ellos, y el más preciado, una pluma en el cabello por cada enemigo de cuyo pericráneo se hubiesen apoderado.

interior, un viejo bravo indio, canoso y arrugado, fumaba ante el fuego y al empujar a Allie adentro de la tienda apareció una joven squaw, menuda, de rostro apuesto, altiva expresión y pupilas centelleantes. Iba primorosamente ataviada con traje de piel de ante muy recamado de abalorios y flecos y bordados. A todas luces era una princesa india o la esposa de un jefe. Allie oyó la cascada voz de la vieja y las respuestas, apasionadas y vehementes, de la joven.

La muchacha no podía sino aguardar el desarrollo de los acontecimientos. Aprovecho el momento para descansar, friccionándose las muñecas y los tobillos, juzgando afortunado el que no la hubiesen vuelto a maniatar. Vio que la observaban, especialmente la joven squaw, que con frecuencia se acercaba a la abertura echando una ojeada a la logia. El interior de la tienda ofrecía gran contraste con aquella en que había estado recluida. Era enjuta y limpia, con piso de alfombras y de mantas, y alrededor de las paredes colgaban artículos emplumados, pintarrajeados y llenos de cuentas y abalorios, de uso personal algunos y otros cuyo objeto Allie no podía adivinar.

Pasó la tarde sin otro incidente hasta la vuelta de la vieja squaw para darle de comer y volverla a atar. La otra squaw acudió a contemplar la segunda operación.

Allie la interpeló, tendiendo hacia ella sus agarrotadas manos sin obtener más respuesta que una atenta y prolongada mirada.

Llegó la noche. Tras un largo período de insomnio se quedó dormida. La despertó, a la mañana siguiente, una extraordinaria algarabía. Relinchos de mustangs, alaridos de los bravos, babel de voces, ladrar de perros, movimiento, ruido..., todo atestiguaba el regreso de los guerreros. El corazón de Allie se encogió en su pecho; aquél sería un período de prueba para ella. Pero el clamoreo decreció, sin acercarse a su tienda. Más tarde, la vieja squaw vino a atender a sus necesidades y, al salir, dejó caer la manta que servía de cortina entre la tienda y la logia.

Pronto oyó Allie a los indios entrar en ella, con algunas squaws, a juzgar por los diferentes metales de voz. Alguien pronuncio una arenga, de larga duración, que interesó a Allie porque en ocasiones oía los vivos, apasionados acentos de la joven squaw.

La vieja cancerbera volvió a entrar, levantando la cortina e indicando por señas a Allie que saliera. La muchacha entró en la logia. El sol matutino, pasando por la amplia puerta, iluminaba el lugar, lleno de indios. En el centro veíase una llamativa figura, probablemente un jefe, alto y delgado, cubierto de cicatrices el desnudo pecho. Su rostro parecía de bronce, con profundos surcos, sombrío y acerbo; labios finos y crueles, ojos que refulgían como azabache. Su cabeza tenía la gallardía del águila.

La penetrante mirada apenas se posó un segundo en Allie. Con un ademán indicó que se la llevasen. Al retirarse, la muchacha miró al soslayo a la joven squaw. Hosca, torva, con la cabeza baja, arrebolado el cetrino rostro, crispadas las manos y jadeante el pecho, ofrecía vívida representación de -ultrajado orgullo y celos.

Probablemente el jefe había resuelto hacer valer sus derechos sobre la cautiva, reclamando a Allie, decisión por la que había de quedar forzosamente resentida la joven esposa india.

Después del conclave se aquietó el campamento. Allie atisbó por entre una rendija de las pieles de su tienda, sin ver más que squaws y criaturas. Los mustangs parecían exhaustos. Evidentemente, los bravos guerreros reposaban tras una jornada de saqueo o de pelea.

No acaeció nada. Pasaron las horas. Allie oyó el recio respirar de cansados durmientes. Y al anochecer, la squaw volvió a alimentarla y a maniatarla.

Durante la noche despertó al sentirse sacudir ligeramente. Una mano pasó de su hombro a sus labios. La pálida luz de la luna entraba en la tienda. Allie vio una figura arrodillada a su lado y oyó un apagado ¡chis! Sus pies y sus manos quedaron libres de sus ligaduras. Adivino que la joven squaw era quien venía, en el silencio de la noche, a libertarla. Su corazón latió violentamente al ver a la joven levantar un lado de la tienda. Allie salió afuera. El

Librodot

campamento, iluminado por la luna, estaba callado. La squaw fue tras ella y con un gesto de precaución llevó a Allie hacia la ladera del valle. La distancia era larga. No perturbaba sonido alguno la quietud. El ambiente era frío y tranquilo. Allie se estremeció, escalofriada por la excitación del momento. Sentía una súbita ternura por la joven squaw. Por un instante se detuvo ésta aguzando el oído. Allie se sobresaltó, pero no vino ladrido de perro o ruido de persecución alguna a justificar la alarma. Por fin llegaron a la base del declive.

La india señaló hacia la alta cumbre, haciendo movimientos ondulatorios con la mano como describiendo gráficamente la topografía de las lomas, con los valles intermedios, y luego, arrodillándose, trazó con el dedo en el suelo un signo que representaba un tortuoso sendero. Y sin pronunciar palabra se alejó.

Allie quedó sola..., libre, con una orientación para hallar su camino, pero... ¿de qué le serviría hallarlo en aquella selvatiquez? Empero... confiaba en su buena estrella. Emprendió el ascenso de la loma. Sus pies dejaban escasa huella en el herboso suelo. Prosiguió subiendo hasta perder el aliento. Ya en la cumbre, se tendió en el césped a descansar.

Abajo, en el valle, veíanse albear las tiendas y chispear las fogatas. El ladrido de un perro subió hasta ella. Era una escena tranquila, sosegada. Levantándose, le dio la espalda, murmurando una plegaria de gratitud por la squaw cuyos celos y cuya generosidad la habían libertado, y afrontó lo desconocido.

Aulló un lobo y el claro y agudo sonido la sobrecogió. Pero recordando un dicho de Slingerland de que en época de calores no tenía que abrigar temor de que animal alguno la asaltase, se tranquilizó. No tardo en franquear la loma, divisando a sus plantas otro valle como el que había abandonado, aunque sin tiendas ni fogatas. El descenso fue fácil y cubrió considerable distancia. Su mayor temor era encontrar un curso de agua en crecida. Volvió a ascender la vertiente opuesta de la siguiente loma, poco a poco, economizando sus fuerzas, deteniéndose con frecuencia a escuchar y a descansar, manteniéndose en línea con la estrella que había marcado al darle sus instrucciones la india.

De igual manera salvó cuatro lomas y atravesó tres valles antes de que la necesidad de un más prolongado descanso se hiciese imperativa. A juzgar por las estrellas y la zona gris del Este, se acercaba el alba. Estimo preferible para su seguridad que el nuevo día la sorprendiese en las alturas.

Las estrellas se desvanecieron, el oscuro azul del cielo se trocó en plomizo, una tenue claridad pareció difundirse por el Este. El valle seguía envuelto en sombras cuando las cumbres estaban ya coronadas por una gris neblina. A lo lejos, allende las vastas planicies, distinguíase un rojizo resplandor cambiante, movedizo. La masa de vapor inmóvil en la atmósfera se coloreo de rosa y un segmento rojo apareció en el horizonte. Todo aquel mundo de llanuras y nubes y valles y lomas se animo con el espíritu del nuevo día, robando para sí el fuego del sol, que, flamígero, glorioso, triunfador, hizo su maravillosa aparición.

Era el eterno enemigo de las tinieblas, el portador perpetuo de esperanza. Allie Lee, perdida en las alturas, tendió los brazos al Este y al sol exclamando:

-¡Oh Dios! ¡Oh Neale! ... ¡Neale!...

Cuando bajó los ojos hacia el valle, percibió la blanca cinta serpentina del camino, siguiéndole con los ojos hasta donde desembocaba en la llanura.

Tendría que bajar la vertiente, a cubierto de los árboles y de la maleza, dirigiéndose al Este, siempre ojo avizor. Le era preciso encontrar a alguien en plazo breve, so pena de perecer de inanición, de caer nuevamente en poder de los sioux. No temía las torturas de la sed, porque los recientes aguaceros habían dejado lavajos en todas partes.

Con el ejercicio se despejó su mente y desapareció el entumecimiento de sus miembros. El tiempo pasó veloz. Cuando se dio cuenta de haber recorrido millas, el sol caía vertical y poco a poco fue declinando al Oeste, mientras ella iba, hurtando el cuerpo como un indio, de árbol

en árbol, de breña en breña, a lo largo del primer tramo del suelo del valle.

La noche la sorprendió en la desembocadura de aquel. La vasta monotonía de las llanuras se abría ante ella, infundiéndole justificado temor. Halló un montículo de tierra, con una especie de banco o saliente en uno de sus lados, recubierto de salvias, y bajo este se deslizó, acurrucándose en la arena, y, rezando, se quedó dormida.

Al día siguiente, tomando posición a unos cuantos centenares de yardas del camino, fue siguiendo su curso, oteando al frente y a su espalda, economizando sus fuerzas y apagando su sed en cuantos lavajos encontraba.

Como su antecesor, aquel día pasó rápidamente, dejándola ya muy adentrada en la ondulosa llanura. Buscó otra vez un lugar propicio en que ocultarse, pero infructuosamente. La arena no despedía calor y el viento nocturno se alzó, frío y penetrante. No pudo conciliar el sueño. La obsesionaba la vacía intensidad. Los crujidos de las salvias, los relinchos de la arena, las ráfagas del viento, la noche, la soledad, las infieles estrellas que se ocultaban y la luna traidora que desaparecía, el aullido de los lobos... todo actuaba sobre su mente y sobre su energía, hasta hacerle perder su entereza.

Temía cerrar los ojos o taparse el rostro, porque entonces no podría ver las sigilosas formas que la acechaban entre las negruras. Aquella noche no le rezó a su estrella.

-¡Oh Dios! ¿Me has abandonado? -gimió.

¡Que implacable el peso de las interminables horas! La noche fue eterna. Empero, cuando estaba casi fuera de sí, esperando el amanecer, llegó el nuevo día, brillante, como el sol, como siempre, prometedor de más gratos sucesos.

No halló agua durante su jornada, sufriendo por su carencia, aunque no por la de su sustento. Parecía haberla abandonado por completo la necesidad de comer. Sus fuerzas menguaron, pero aun así, recorrió milla tras milla con los ojos siempre fijos en el tortuoso camino.

Al caer el sol, la desesperación se apoderó de Allie. Con la noche reapareció el recuerdo de su madre y de su sino. Se aferraba aún con extraña tenacidad a la idea de que todo acabaría bien, por más que la razón, los hechos, la realidad del presente tendiesen a presagiar una suerte cierta..., inanición..., morir de sed... o los indios. Mil veces creyó oír el rápido correr de los mustangs... para ver luego que no eran sino las hojas secas de las salvias arrastradas por el viento.

La noche fue lóbrega y nubosa, pero cálida y amenazando lluvia. Continuamente se volvía en todas direcciones para ver lo que se acercaba tan cautelosamente. ¡Qué horrible era la oscuridad que tan horrendas cosas presagiaba! Un lobo lanzó su famélico y solitario aullido. Si pasaba aquella noche, vendría otra a renovar tanto horror. ¡Prefería casi no vivir! Como una criatura acosada por enemigos, miraba vigilante a todas partes, atisbando la oscuridad, instintivamente reacia a darse por vencida, a renunciar a seguir luchando, a dejarse morir.

Neale parecía estar a su lado. Vivía. En aquel momento pensaba en ella confiado, esperando que dominaría todos los obstáculos, que se sobrepondría a su propio ser y a cuantos accidentes o calamidades pudiesen acaecerle. Le hablaba a través de la distancia y su voz tuvo el mágico poder de antaño, más fuerte que el temor y que el cansancio y que la desesperación. Podía hacerla volver del otro mundo.

Así pasó la noche.

Por la mañana, al iluminar el sol la llanura, iluminó también hacia el Oeste una larga hilera de carretas en movimiento.

Allie lanzo un desatinado y angustiado grito en el que descargó toda la ternura de su corazón. ¡Salvada otra vez! Sintió en el alma el remordimiento de haberlo dudado. Murmuró su gratitud en una férvida plegaria, pro

metiendo que en lo sucesivo no habría adversidad, por cruel que fuese, capaz de quebrantar

su fe o dominar su espíritu.

Iba a reunirse con Neale. La vida adquiría otra vez toda su dulzura, toda su plenitud. ¡Él... estaba allí, en el Oeste! ...

Espero. La caravana hallábase aún muy lejos, pero no era un espejismo, una ilusión de la vasta llanura. La contempló y si largas le parecieron las horas de la noche, que decir de aquellas del día en las que la vida y la felicidad iban acercándose a ella!

Por fin vio a los exploradores que iban a su vanguardia y a sus lados, y luego los cachazudos bueyes. Era, al parecer, una caravana de importancia, equipada y apercibida para la defensa.

Abandono el altillo en que estaba, saliendo al camino.

¡Que terreno más desigual! Se tambaleó. Le flaqueaban las piernas. Pero... llegó a donde se proponía. Ya se acercaban..., seguramente la verían... Tambaleándose, dio algunos pasos agitando los brazos...

¡Ah! ... El explorador de cabecera se había detenido, señalando. Otros caballistas le rodeaban. La caravana hizo alto en su marcha.

Allie oyó voces; agitó otra vez los brazos, intentando correr. Un explorador echó pie a tierra, saliendo a su encuentro, rifle en mano. La caravana recelaba que fuese un ardid sioux. Allie columbró a un individuo delgado, canoso, que venía rápidamente hacia ella.

-¡Es una blanca! - le oyó gritar. Otros corrieron en su dirección.

-¡Estoy sola..., estoy sola! - balbució ella.

-¡Una blanca vestida de india! -dijo otro.

Manos solícitas se tendieron a sostenerla y a ayudarla.

-Vengo... huyendo... de los indios -jadeó Allie.

-¿Dónde? -preguntó el explorador. -Allende... los cerros..., a unas veinte millas... o más...

Me cogieron prisionera... y escape... hace tres..., cuatro días...

El grupo que la rodeaba se abrió para dar paso a otro hombre.

-¿Qué ocurre? - preguntó una voz viva y suave, pero con un dejo acerado en su acento.

Allie había oído aquella voz. Vio a un sujeto alto, vestido de negro y tocado con sombrero blando de amplias alas. El corazón se le encogió en el pecho.

-¡Allie! -exclamó la voz.

Ella levanto los ojos al apuesto y moreno rostro, rostro español de negras pupilas magnéticas..., rostro súbitamente encendido.

Reconoció al hombre de quien su madre había querido huir..., al hombre que por mucho tiempo tuviera por su padre..., al aventurero Durade.

Y se desmayó.

XIV

Cuando Allie recobro el conocimiento, se hallo tendida en una carreta de toldo de lona, rodeada de mujeres, pero estaba cierta de no haberse equivocado. La carreta iba todo lo de prisa que los bueyes podían caminar. Evidentemente, las nuevas de la proximidad de los indios habían alarmado a la caravana, que aceleraba su progreso en consecuencia.

Allie no contesto a muchas preguntas. Bebió ávidamente, aunque estaba demasiado exhausta para comer.

-¿De quién es esta caravana? -fue la única pregunta que hizo.

-De Durade -replicço una de las mujeres. Y por el tono de su respuesta era evidente que le consideraba hombre de condición.

Yaciendo así, dejándose llevar del sueño y del cansancio, Allie pensó en la ironía del Destino, que le permitía escapar de las manos de los sioux para caer en las de Durade. Empero aún había esperanza. Durade se dirigía al Este. Allí... en alguna parte, se encontraría con Neale y... correría la sangre. Había considerado siempre a Durade de extraño modo, maravillándose de que, a pesar de su afectuosidad para ella, no pudiese amarle. Y ahora que comprendía, le odiaba, no obstante ser la criatura que más temía en el mundo.

Allie se perdió en recuerdos del pasado, rememorando la corriente de humanidad que pasaba por las salas de juego de Durade. Sin duda se dirigía a buscar a su madre y aprovecharse de la construcción del ferrocarril. Pero... lo primero no lo conseguiría y Allie se alegraba.

Por fin se quedo dormida. Durmió largo tiempo de un tirón, despertando luego y volviéndose a dormir con intermitencias. La caravana hizo alto. Allie oyó los familiares apóstrofes a los bueyes. Pronto fue todo conmoción a su alrededor, despertándola completamente.

Esperaba de un momento a otro verse enfrentada con Durade. ¿Qué le diría? ¿Hasta que punto debería revelarle la verdad? ¡Ni una palabra acerca de su madre Sabiéndola muerta, su respeto por ella sería mucho menor. Durade había temido siempre a la madre de Allie.

Las mujeres con quienes había ido en la carreta la ayudaron a bajar, y viendo que su debilidad no le permitía sostenerse en pie, improvisaron una yacija en el suelo. El lugar elegido para campamento era, al parecer, igual a cualquier otro de la monótona llanura, pero evidentemente debía de tener una aguada o manantial cerca. Allie vio que sus compañeras eran las únicas mujeres de la caravana ; criaturas vulgares, bruscas, amables, acostumbradas a trabajos rudos pero honrados; esposas probablemente de los que escoltaban la expedición.

No podían disimular la curiosidad y la sorpresa que les inspiraba Allie. Ella les oía bisbisear en cuanto se juntaban dos o tres.

Poco después vio a Durade que se acercaba. ¡Qué bien le recordaba ! Empero, el lapso y el cambio entre su infancia y el momento presente parecían incalculables. Interpeló a las mujeres, señalando en su dirección. Su actitud v sus ademanes eran los de un hombre educado, un caballero, y, sin embargo, no podía ocultar ser lo que su madre había dicho..., un aventurero, un hombre víctima de sus bajas pasiones.

Se acerco, arrodillándose junto a Allie.

-¿Como estás? -preguntó. Su voz era afable y cortés, muy distinta de la de los otros.

-No puedo tenerme en pie -dijo Allie.

-¿Alguna herida?

-No..., sencillamente agotada.

-¿Escapaste de los indios?

-Sí..., de una tribu sioux. Querían tenerme cautiva, pero una joven squaw... me libertó..., me enseño el camino para huir.

Como si le costase un esfuerzo hablar, él se llevó las manos a la garganta.

-¿Y tu madre? -preguntó con voz ronca. Su rostro había palidecido intensamente.

Allie le miro cara a cara con sorpresa, dolor y recelo en las pupilas.

-¡Mi madre! ¡Hace cerca de dos años que no la he visto!

-¡Gran Dios! ¿Que ha ocurrido? ¿La has perdido?

¿Os separasteis? ¿Indios? ¿Bandidos?... ¡Dime!

-No tengo... más... que decir -murmuró Allie.

El dolor de Durade reavivaba el suyo. Le compadecía.

Estaba cambiado..., envejecido... En sus facciones había surcos nuevos para ella.

-Pasé un año en Ogden buscándola -prosiguió él-. Dime... más...

-¡No! -gritó ella.

-Luego... ¿lo sabes? -preguntó en voz muy baja.

-Si; sé que no soy tu hija... y que mi madre huyó para escapar de ti -replicó amargamente ella.

-Pero... yo te eduqué..., yo te cuidé -protestó agitadamente Durade-. Siempre pensé que eras mi propia hija..., siempre fui bueno para ti... En la hija seguí amando a la madre.

-Si; es cierto..., pero eras malvado...

-Si no quieres decírmelo, es que aún vive -replicó vivamente-. ¡No ha muerto!... La encontraré y... la obligaré a volver a mi lado... o la mataré... ¡Abandonarme! ... ¡Después de tantos años!

Parecía agitado por emociones diversas. El sujeto era altivo y fuerte ; pero su derrota en la vida, en la suprema pasión de la vida, se retrataba en su semblante.

-¿Dónde habéis vivido todo este tiempo?

-En los cerros, con un trampero.

-Has crecido. Cuando te vi creía que eras el espíritu de tu madre. Eres exactamente como era ella cuando nos conocimos.

Parecía perdido en tristes pensamientos retrospectivos. Allie atisbó hebras de plata entre el cabello negro como la endrina.

-¿Qué piensas hacer? -preguntó.

Él se sobresaltó, abandonándole su compostura. Su semblante y sus pupilas parecían encenderse y súbitamente

fue Durade el tahúr, inflamado por la pasión del oro y de la vida.

-Tu madre me abandono por ti -dijo con terrible acerbidad-. Y la suerte te ha traído a mis manos. Te retendré y me servirás para mi desquite con ella.

Allie sintió el temor que desde su infancia había experimentado al desobedecerle.

-Pero... ¡no podrás retenerme contra mi voluntad!...

¡Al menos entre la gente que hallaremos en el Este!

-¡Podré y querré! -declaró con énfasis-. No vamos al Este. Estaremos en lugares más desenfrenados y turbulentos que las minas de oro de California; donde no habrá más ley que el oro o el plomo. Pero si hablas de mi a quienquiera que sea... ¡Dios tenga compasión de ti

El fulgor de sus pupilas traicionaba al español; su acento quería significar, más que deshonor, tortura o muerte. La fiera que dormía en su corazón despertaba. El amor, que había sido lo único noble y digno en una vida anormal y desordenada, se había trocado en odio.

Allie le conocía. Era la única persona que la había dominado por efecto de su fuerza de voluntad. Salvo que se doblegase a sus imposiciones, su sino seria peor que cautiva de los sioux. El sujeto no era americano; sus años de permanencia entre hombres de otro calibre no habían alterado la innata crueldad de su naturaleza. Allie reconoció el hecho desesperada. No le quedaban fuerzas ni para tener los ojos abiertos.

A poco se dio cuenta de que Durade se había retirado. Experimentaba una sensación parecida a la de una criatura abandonada por un ponzoñoso áspid después de haberla fascinado. No podía hacer sino esperar. Triste y melancólicamente se resigno a la idea de estar bajo el dominio de Durade hasta que otra fuerza más potente viniese a libertarla. Neale pareció retroceder al pasado, salir del campo de su conocimiento. Y, sin embargo, el sonido de su voz, la vista de su rostro, exaltarían inmediatamente su espíritu, que era el de él, haciéndola rugir como una leona en defensa propia. Pero... ¿donde estaba Neale? Los hábitos de toda una vida eran muy potentes y todos los de Allie se habían formado bajo la magnética mirada de Durade. Neale se esfumó. Y con él, gran parte de su espíritu, de su valor y de su esperanza. Sólo quedó el amor, desesperanzado pero inextingible.

La resignación de Allie trajo aparejada su vuelta a la normalidad física. Se alimentó y recobró las perdidas fuerzas; pudo dormir y se sintió más descansada.

La caravana avanzaba a razón de veinticinco millas diarias. Cuando volvieron a acampar, la joven intentó andar de nuevo, notándose lastimados aún los pies, entumecidas las piernas y difíciles en general los movimientos; pero perseveró y el hormigueo punzante de la circulación al restablecerse fue como si le atravesasen con agujas los miembros.

Iba renqueando de una a otra fogata y todos los hombres, aun los más rudos, tenían una palabra afable o una mirada afectuosa para ella. Allie dudaba de que fuesen todos honrados. Durade empleaba una nutrida fuerza y debió de aceptar a cuantos se le presentaban. Mineros, cazadores, exploradores y seres sin más rasgo común que el de su selvatiquez componían la caravana. Decía mucho en favor del tahúr que reconociesen todos su autoridad. Allie recordaba haber oído decir a su madre que tenía un talento especial para atraerse y dominar a la gente.

En cierta ocasión, durante uno de sus paseos, y cuando todo el mundo parecía atareado, un talludo individuo de cargados hombros y vendada cabeza se acercó a ella.

-Si quieres ver un cuchillo entre las costillas de Durade, muchacha, háblale de mí -murmuró.

Allie reconoció la voz antes que el rubicundo rostro, de nariz torcida, ojos audaces y crueles labios. ¡Fresno! Debió de escapar de los sioux, juntándose con Durade.

La joven se apartó con repugnancia. Comparado con aquel rufián, Durade era un refugio. Pasó, sin decir palabra, pero Fresno supo que no tendría nada que temer de su parte. El encuentro le reveló la existencia de un instintivo impulso de echar a correr en busca de Durade como cuando era niña. Había arruinado moralmente a su madre; había pretendido hacer de su hija un señuelo para atraer incautos ; había insinuado cuál sería su sino caso de traicionarle. Y no obstante..., Durade no era Fresno ni cualquiera de aquellos sujetos cuyas miradas parecían mancillarla y abrasarla.

Volvió a la carreta y a los varios hombres y mujeres que componían su dotación, con la certeza de que en aquella promiscua caravana había cuando menos algunas personas decentes.

Las mujeres, naturalmente curiosas y simpatizantes, le hicieron preguntas difíciles de contestar. ¿Quien era? ¿Que le había ocurrido? ¿Dónde estaba su familia? ¿Cómo había logrado escapar de los indios en aquellos terribles parajes? ¿Era en realidad hija de Durade?

Allie se mostró poco inclinada a hablar de sí misma y finalmente la dejaron en paz.

El veterano explorador que la había visto el primero cuando salió tambaleándose al camino le dijo que el más próximo campamento de construcción estaba a unas cien millas.

-Cuesta abajo todas ellas -añadió-. Las cubriremos en un periquete.

Empero costó casi cuatro días llegar al campamento de los niveladores, que eran la vanguardia del gran ejercito constructor.

En aquellos cuatro días, Allie recuperó su lozanía, su salud, su fortaleza; todo, excepto el admirable aplomo que fue suyo. Durade hablaba a diario con ella, solícito y afable, pero desconfiado como un guardián.

Con curiosa emoción miró Allie a su alrededor al entrar en el campamento... Caballos, mujeres y útiles..., reminiscencias todas de Neale y de su trabajo. ¿Estaría el allí? En caso afirmativo, ¿por que no respondía su corazón a la proximidad?

Las tiendas de los obreros, blancas y nuevas unas, sucias y remendadas otras, se extendían por doquier. Algunas, de grandes proporciones, emitían por sus aberturas grandes columnas de humo y ruidoso repiqueteo de martillos sobre yunques; soldados haciendo centinela; peones con camisas rojas o azules corrían acá y acullá, numerosos como hormigas; en una vasta hondonada, una doble hilera de caballos se hartaban de heno en unas pesebreras tan largas

como las filas, pateando y hostigándose unos a otros mientras comían; un acre olor de humo de leña se mezclaba con el aroma del café; por todas partes ardían fogatas; bajo una especie de largo cobertizo veíanse mesas y bancos de madera; sobre las escasas salvias y las rocas y la maleza, así como sobre las tiendas, veíase puesta a secar, en policroma variedad, la ropa de los trabajadores, y por la amplia calle central del campamento discurrían tiros de mulas y caballos, guiados por maldicientes carreteros, arrastrando arados y enormes excavadoras vueltas del revés; bordeando el campamento, al Este, corría hasta perderse de vista un terraplén amarillento, nivelado y afirmado de forma que quedaba más alto que la llana planicie... Aquélla era la obra de los niveladores..., el fundamento del ferrocarril «Union Pacific ».

Al parecer, aquel campamento era el objetivo de Durade. La caravana lo atravesó, deteniéndose en las afueras, en su parte arribeña, empezando los preparativos para lo que, a juicio de Allie, iba a ser un alto permanente. Y al punto comenzó la disgregación de la partida de Durade.

Uno a uno, los exploradores fueron recibiendo sus salarios de manos del que los había empleado, desapareciendo con su caballo y su hato hacia el campamento. El veterano que había demostrado afectuoso interés por Allie asomo la cabeza bajo la lona de su carreta para despedirse de ella. Las mujeres, asimismo, fueron a decirle adiós antes de marchar. De cuantos quedaron. Allie no habría puesto su confianza en ninguno.

Durante la rápida instalación, Durade fue a verla.

-No es menester que estés aquí encerrada, a menos que yo te lo diga, Allie, pero... no hables con nadie ni vayas allá-señalaba con una mano el atareado campamento -. Es el peor de cuantos emplazamientos mineros he conocido.

Las talludas salvias, aunque escasas, ofrecían a Allie relativo retiro y por entre ellas paseo hasta que Durade vino a buscarla para cenar. Comió sola en uno de los asientos portátiles de la carreta y al caer la noche se refugio en ella, agradecida a su elevación del suelo que la aislaba de cuanto no fuesen ruidos.

Oscureció; la hoguera se fue apagando; las voces de Durade y de sus hombres, así como las de quienes habían acudido a visitarlos, siguieron sin interrupción.

Luego, empezó a alzarse un extraño murmullo, diferente de cuantos sonidos Allie conocía y que fue aumentando, acrecentándose, hasta convertirse en un lejano fragor. Despertó la curiosidad de la joven; asomando la cabeza por entre las lonas de la carreta, vio en la oscuridad una larga hilera de amarillentas luces..., antorchas, linternas o fogatas, ante las que cruzaban y volvían a cruzar sombras aisladas o a pares o en grupos. De aquella dirección procedía el extraño sonido. Súbitamente comprendió. Era la vida del campamento; centenares, millares de hombres se reunían... y, al avanzar la noche, el estruendo tuvo alternativas de acrecentamiento y de disminución, cesando a ratos para volver a empezar..., triste, odioso, pintoresco, raro. En mucho tiempo, Allie no pudo conciliar el sueño.

A la mañana siguiente la despertó Durade. Cuando desato las lonas, el sol estaba ya alto en el firmamento y todo era actividad a su alrededor. Durade le trajo el desayuno, dándole de paso instrucciones : en tanto que el estuviese cerca, podía salir y hacer lo que le pareciese para distraerse; pero durante sus ausencias por las noches, debería permanecer en la carreta con las lonas cerradas y sin recibir visita alguna. La guardaría Stitt, uno de sus hombres, sordomudo adicto a sus intereses y que tenía orden de recurrir, si preciso fuera, a la violencia caso de que ella desobedeciese. Aun sin el temor y la repugnancia que le causaba el disforme mudo, Allie no se habría sentido inclinada a la rebelión.

Aquel día, Durade hizo instalar tiendas, cobertizos, mesas y bancos y finalmente un entoldado mayor, al que llevo las mesas y los bancos. Fresno trabajaba de firme como todos, excepto Stitt, cuya única misión era vigilar la carreta de Allie.

El tiempo pasaba lentamente para ella. ¿Cuántos días tendría que estar así, sencillamente por no tener otra cosa que hacer? En su espíritu, empero, comenzaba a tomar cuerpo una idea, en principio vaga. Tarde o temprano comparecería Neale en carne y hueso, como comparecía ahora en sus sueños.

Aquella noche, atisbando por una rendija, vio a la luz de las fogatas y de las antorchas una muchedumbre atraída por el entoldado de Durade. Mejicanos, negros, irlandeses..., hombres de todas clases pasaban vociferando, blasfemando, despreocupados, descuidados, pendencieros y locuaces. No tardaron luego en llegar a sus oídos los olvidados pero pronto familiares sonidos de una sala de juego en plena actividad. El trepidante rodar de la bola de la ruleta, mezclado con el tintineo metálico del oro.

Tardo pocos días Allie en apreciar la retrogresión sufrida por Durade. Antes había sido jugador por amor al ;lego, caballero dentro de su vileza; ahora parecía dominado por una extraña y absorbente pasión, sin escrúpulos ni conciencia, de amasar oro y más oro. Allie lo adivino, lo oyó, lo vio. El sujeto estaba en la pendiente y era en consecuencia mucho más peligroso, perdidas sus antiguas formas por deficientes que fuesen.

Antes de transcurrida una semana, el garito estaba en su apogeo durante toda la noche. Allie dormía principalmente de día, procurando aislarse en lo posible de los ruidos y hacerse la sorda a los inevitables. Pero... tuvo que oír las airadas reyertas, los que se llevaban el cuerpo de algún jugador muerto, para arrojarlo a la zanja.

El día era un descanso, una bendición. Aunque recluída en el recinto de la carreta, Allie veía la vida del campamento de niveladores.

Había varios capataces : el aposentador, que cuidaba del sustento de los peones; el carretero, que tenia a su cargo los tiros y las yuntas; el nivelador, que capitaneaba a los zapadores y paleros. Y por último, el del campamento, que estaba al tanto del trabajo de todos.

Al clarear el día, una horda de hombres famélicos invadía los cobertizos, donde cocineros y criados se desvivían con loca precipitación por atender a los requerimientos de unos y de otros. Y con el crepúsculo reaparecía la misma horda, cansada y polvorienta, peleándose por los primeros asientos, mientras los menos afortunados esperaban turno.

En la llanura se diseminaban centenares de tiros, yendo v viniendo: los animales, doblados por el esfuerzo ; sus conductores, vociferando. El sol caía de plano, el viento arremolinaba el polvo, los peones aceleraban en su labor bajo la implacable mirada del capataz, y se iba extendiendo hasta el Este el terraplén de tierra, arena y grava..., fundamento del primer ferrocarril transcontinental.

Así, el día tenia también su febril torbellino, pero era espléndido por la labor de un ejercito de titanes unidos por una causa común. Y otro ejercito, el de soldados, aguardaba arma al pie, alerta siempre y vigilante, al acecho del traicionero sioux.

Mull, el capataz del campamento, trabo amistad con Durade. El astuto español sabia atraerse hombres de todas clases. El tal Mull había sido trajinero en Nueva York y ahora, en vez de caballos, conducía hombres.

Era enorme, macizo como un tiro, con labios gruesos y bermejas mejillas, peludo, zafio, grosero. Un bruto. El tipo del hombre de las cavernas. Bebía y jugaba. Era a la vez un bravucón y un tirano. No tenía que rendir cuentas de sus actos más que a su contratista, al que odiaba casi tanto como odiaba su propia ocupación, pero en su cargo era insustituible, brutal de palabra y de obra, exigiendo y obteniendo resultados de hombres tan rudos como el en tiempos aún más rudos.

Gano oro a Durade o, como Fresno le dijo a un compañero, «se le permitió que lo ganara». Durade sabia escoger sus instrumentos. Tenia grandes planes y necesitaba de Mull.

El objetivo capital de Durade era Benton..., Benton, la gran ciudad, campamento creciente

Librodot

de día en día, por cuyas calles el oro y la sangre corrían sin cesar y la vida rugía y bramaba con infernal clamoreo.

Cuanto Allie oía decir de Benton acrecentaba su terror hasta el punto de impulsarla a arrostrarlo todo antes que dejarse llevar allí. Y una noche, tan luego como la oscuri- dad fue completa, salió sigilosamente de su encierro y, amparada por las sombras, escapo.

XV

El avance hacia el Este del U. P. fue causa de que numerosos campamentos y poblados surgieran en una noche, como por ensalmo, de la nada, como rápido crecimiento de hongos. Y los trenes circulaban hasta donde los rieles se lo permitían.

Nacieron en consecuencia comunidades y pueblos peculiares, con características distintas de cuantas el mundo había conocido.

Warren Neale no podía substraerse a la fascinación del trabajo y de la vida aun habiendo perdido su ambición y no siendo sino un ingeniero, insignificante y ocioso. En North Platte empezó a beber y a jugar, por prurito de desafiar su sino más que por real y verdadero de-

seo. Y luego, el y Larry King fueron a parar a Kearney.

En Kearney, Larry sufrió un contratiempo. Un contratiempo típico. En el curso de una discusión con uno de los capataces, llamado Smith, Larry le acuso de ser el venal instrumento de los más venales comisionados que habían obligado a Neale a resignar su empleo. Smith, acalorándose, se fue de la lengua. Larry le sacudió un par de bofetadas. El temerario Smith tuvo la funesta idea de llevarse la mano a su revolver... No llego a sacarlo.

Conturbo profundamente a Neale que Larry hubiese chocado con alguien de tal forma, particularmente con un ferroviario. Dijera lo que dijese el cowboy, le constaba que, en el fondo, había sido por su causa. Además, el suceso ponía a King en evidencia. Igualmente cambiaba su actitud respecto a Neale de ser readmitido; el trabajo. Larry no cesaba de importunar al joven para que trabajase. Después del episodio de Smith, volvió elocuentemente sobre el mismo tema y marcho a Cheyenne, adonde le siguió Neale.

Cheyenne estaba recuperando su tranquilidad tras un turbulento período de cuartel general de las brigadas. Su población, reducida, aspiraba a dar carácter permanente al poblado. Pero las operaciones de construcción se habían llevado consigo la animación y la vida, y Benton era ahora el eje y el centro del universo ferroviario.

Neale tomo un tren para Benton, contemplando con amargura las familiares marcas que tan bien había llegado a conocer durante la nivelación de la línea. Ya no estaba relacionado con el gran proyecto..., ya no era parte necesaria del movimiento.

Allende Medicine Bow la verdura y la hierba terminaban y el inmenso tren de vagones de pasajeros y de carga entro en una árida comarca. Gris y rojo, las típicas tonalidades del desierto, prestaban a las lomas carácter hosco y estéril.

Desde la ventanilla de su vagón, Neale obtuvo su primera visión de la maravillosa ciudad- termino y sus antiguas ambiciones se despertaron. Recorrió la distancia, mil trescientos kilómetros -no mil doscientos noventa y cinco-, desde Omaha. Tanta era, pues, la distancia al Oeste, de Benton.

Estaba enclavado en un baldío, todo álcali y desolación; en un ventoso desierto, perpetuamente polvoriento;

poblado inmenso, sito donde la vida resultaba imposible para todo poblado; Benton era presa del sol, del polvo, de la sequía y del viento, terrible e insoportable, frío. Sin salvias, sin

cedros, sin césped, sin siquiera cactos, sin nada que pusiera una nota de color grata a la vista, que se perdía en una inmensidad de grises y de blancos a través del polvo hasta los lejanos, desnudos y desolados cerros.

El infierno que, según decían, era Benton, estaba en armonía con su situación.

El larguísimo tren aminoro la marcha y se detuvo. Una ráfaga de viento, una nube de finísimo _polvo, una discordante algarabía de gritos, entraron por las ventanillas simultáneamente. La heterogénea masa de humanidad con la que Neale había viajado desembarco presurosa, cargada de fardos y de hatos.

El joven, llevándose su maleta, se hundió en un palmo de polvo; contemplo curiosamente la dispersión de los recién llegados viajeros y la masa de los que aguardaban para marchar... soldados, indios, mejicanos, negros, vagabundos..., traficantes, peones, espectáculo siempre notable y siempre diferente de la humanidad en marcha. Vio diligencias con sus conductores ofreciendo a gritos pasaje para Salt Lake, Ogden, Montana, Idaho; vio una amplia calle de polvo donde la turbamulta no permitía percibir su suelo, bordeada de tiendas y entoldados y estructuras de tablas, cubiertas de la más extraña conglomeración de letreros pintados o impresos que jamás anunciaron géneros por el mundo.

Una mujer bien vestida, joven y atractiva, pero de ojos ávidos como los de un halcón, se acerco a Neale. El joven se hizo atrás. Con el barullo no pudo oír lo que le decía. A -poco le dirigió la palabra un muchacho; un faquín quiso apoderarse de su equipaje; un mal encarado sujeto, fingiendo un tropezón, le palpo el bolsillo. Y durante el curso de su caminata se vio importunado, denostado y punto menos que agredido.

¡Aquello era Benton ! Un disparo rasgo los aires. Alguien grito. Una oleada de la muchedumbre fue indicio de alguna conmoción. Neale cruzo cinco calles transversales. Evidentemente, aquella en que se encontraba debía de ser la principal.

En aquel paseo de cinco cuadras o manzanas vio millares de personas que no eran ni soldados que custodiaban la vía, ni obreros que la construían. Eran... viajantes, negociantes; ociosos indescriptibles, parásitos, criminales, desuerados; cuantos de una u otra forma vivían a costa de los constructores.

Neale experimentó súbita exaltación. Aún le animaba el mismo espíritu. Al fin y al cabo su ambición personal representaba muy poco en la suma total de aquella obra. ¡Cuántos habían fracasado ! ¡Cuántos habían caído ! Pensó en las anónimas tumbas olvidadas. El sobrevivir a la expansión y al engrandecimiento de Benton sería algo meritorio. Entró en una casa de madera sobre cuyo dintel leíase «Hotel». El lugar era tan tosco y primitivo como un pajar sin concluir. Pagando por adelantado, fue al aposento que le destinaron..., una pesebrera con puerta en la que había un catre, una banqueta, una palangana y un jarro. Por las rendijas podía ver una regular hilera de casuchas y de tiendas. Hacia las afueras de la ciudad divisábase otra hilera de pabellones y algunos entoldados que tal vez eran los cuarteles de las tropas.

Neale salió en busca de comida, entrando en el primer restaurante a su paso. Era simplemente un entoldado con departamentos en su parte posterior. Unos a manera de bancos muy altos servían de mesa y otros más bajos de asiento. El piso era de arena. En una de las mesas sentábanse un irlandés, un mejicano y un negro. El irlandés estaba embriagado. El negro acudió a servir a Neale y fue con su pedido a la cocina. El borracho se le acercó.

-¿Has oído lo de Casey? -preguntó amistosamente.

-No - replicó Neale. Recordaba a Casey el portamira, pero probablemente habría varios Caseys en el campamento.

-Ayer hubo jollín en la línea-prosiguió el sujeto -y los pajoleros pieles rojas hostigaron y persiguieron a la brigada hasta el tren de protección. Y... no lo dirías nunca... Una bala le arrancó a Casey la pipa de la boca mientras corría. ¡Begorra! Casey se detuvo a recogerla y le cosieron a balazos.

-¿Ha muerto? -preguntó Neale.

-Todavía no. Las balas no pueden con Casey. -Esa pipa, ¿era negra y corta? -Exactamente.

-Y... ¿la llevaba Casey siempre entre los dientes?

-Dormía con ella.

Neale supo así a qué particular Casey se refería la historia y examinó al locuaz irlandés más detenidamente. Le reconoció. Era Pat Shane, uno del terceto que conociera cuando hacían la nivelación de los cerros, dos años atrás. Y el reconocerle fue como una puñalada para el. Memorias de Wyoming y de la desaparecida Allie Lee... acudieron en tropel a su mente.

Shane había envejecido y su rostro presentaba cicatrices que Neale no le conocía.

-Me parece que te conozco-dijo Shane mirándole con enturbiadas pupilas.

El joven no tenía interés en revelar su identidad. El negro le trajo su refacción, que resultó ser muy mediocre para su elevado precio. Después de comer salió a pasear por la acera. Se había puesto el sol, cayendo el viento. La calle estaba llena de hombres, aunque en menor proporción que a la llegada del tren. Nadie se fijó en el. Durante su paseo contó diecinueve tabernas y, probablemente, muchos otros de los más ostentosos lugares lo eran también, aunque de menos descarada forma.

Neale recorrió el poblado de punta a punta y transversalmente hasta el ferrocarril, allende los lindes urbanos. Al llegar a un alto terraplén, se sentó. Hacia el Oeste el desierto era bellísimo, con sus sombrías tonalidades salpicadas de oro y de púrpura en el cerrado horizonte. De cerca, los primeros términos parecían desnudos, sin colores. Contempló un largo tren mixto de viajeros y carga entrar en agujas, observando que venía repleto de soldados y de obreros. Luego de vaciar su carga, el convoy volvió a partir en busca de otra igual.

Cayó el crepúsculo. Todas las horas del día eran difíciles para Neale, pero aquélla resultábale la más insoportable porque había sido la preferida de Allie Lee y durante la cual habían paseado cogidos de la mano por el pinar o cabe el arroyuelo en el inolvidable valle entre los cerros.

El joven no podía estarse quieto. No descansaba, ni dormía, ni trabajaba bien. Ni, en su estado actual, era de la menor utilidad para sí mismo ni para alguien. Y todo porque le obsesionaba de continuo la memoria de Allie Lee. En horas de plácido sosiego como aquélla, invadía su alma indecible remordimiento. El amor, que le había transformado, y la vida, que le había frustrado, parecían en absoluta contradicción.

Mientras se acentuaba la penumbra, paseo por el terraplén de acá para allá. En el Oeste se alzo una solitaria estrella. Un ligero viento empezó a barrer la arena. El desierto vasto, impenetrable, misterioso y libre, se ensombreció.

En las calles de Benton comenzaron a chispear luces y, entonces, Neale se dio cuenta de un lejano pero creciente zumbido, como el primer revuelo de enfurecidas abejas.

Los vibrantes acordes de una banda de música atrajeron a Neale hacia el centro de la calle principal, donde un gentío se agolpaba a la entrada de un entoldado.

Se paro afuera para atisbar. La estridencia de la música y la clase de hombres y de mujeres a quienes atraía, hicieron comprender a Neale que Benton había nacido en un día y moría en una noche, y que su existencia sería rápida, letal y vil.

Cuando ceso la orquesta, del interior del entoldado salió una estruendosa algarabía formada por la mezcla de voces hombrunas, entrechocar de copas y de oro, cubileteo de los dados, los roncos gritos de los croupiers y de vez en vez la vacua, inane risa de una mujer.

Fue este último sonido lo que estuvo a punto de ahuyentar a Neale de allí. Rehuía a las mujeres. Pero aquel lugar le fascinaba. Entró.

El local estaba atestado y lleno de humo. Formaba su piso un buen entarimado recubierto

de arena. Tanto era el gentío, que solo resultaba posible andar siguiendo los estrechos pasadizos entre las mesas.

Neale se hallo junto al bar, que tenía un aspecto familiar para él. Más adelante supo que procedía de St. Louis, donde el había tenido ocasión de verlo en otros tiempos. En aquel sitio parecía una incongruente monstruosidad. Amplios espejos, botellas relucientes, entrepaños de desnudos más o menos artísticos, hilera tras hilera de copas de todas clases, un musculoso barman de rufianesca catadura con tres ayudantes tras su mostrador y una quíntuple fila de clientes delante..., el conjunto constituía una escena que teniendo todos los aspectos ciudadanos desarrollábase en una atmósfera desconocida para las ciudades, Los bebedores no eran todos hombres rudos. Había entre ellos sujetos elegantes, ataviados con levita y amplios sombreros negros que no eran, empero, directores ni comisionados del U. P., sino... caballeros de industria. ¡Tahúres!

La orquesta ataco un bailable. Neale fue dando la vuelta lentamente a la sala. Al otro extremo del entoldado, una abertura lo ponía en comunicación con otro de iguales proporciones...

Jamás había visto cosa parecida en campamento alguno.

Cuando asomo la cabeza bailaban. Era un baile alegre, lleno de excitación. Neale entro buscando lugar donde sentarse en uno de los bancos. Ocupaban el salón unas doscientas personas, sentadas en su mayoría. ¡Que singular, pensó el joven, ver muchachas bien parecidas, con los brazos y el escote desnudos, bailando allí... y bailando bien! Había otra mujeres... pintadas, de ojos hundidos en las cuencas y demacrados rasgos..., lastimosas ruinas femeniles. La parte masculina formábanla jóvenes en su mayoría ajenos al secreto de mover los pies en rítmica armonía con la música, soldados y obreros casi todos. Mas, igual que en el bar, veíanse otros a quienes caía de distinto modo su atavío, que tenían distinta planta..., jóvenes como Neale, cuyos primeros años debieron conocer algunas, si no todas, las gracias de la sociedad. No encajaban allí; como tampoco encajaban ellas. El lugar parecía irreal. Era una escena aparentemente alegre, sin indicios, en aquel momento, de lo que en realidad significaba. Empero, Neale se dio cuenta de lo que encubría.

Abandono el salón. De entre todos los juegos, el que más le gustaba, de mirón o de punto, era el poker. Le interesaba, no porque el ganar o el perder fuesen de momento. El poker no era todo azar o suerte, como el rodar de una bola de marfil o el cubileteo de los dados. Sin vacilar se agrego a un grupo que atisbaba atento una partida de cuatro hombres.

Uno de ellos, profesional de atavío inmaculado con relación a los demás, tenía un rostro blanco, duro, impávido, con pupilas de acero y labios delgados y finos. Sus manos eran admirables. Probablemente jamás las veía el sol. De fijo jamás tocaron labor alguna. Eran rápidas como la luz; demasiado rápidas para que los ojos pudieran seguir sus movimientos. Pero cuando daba las cartas lo hacía con deliberada lentitud.

Las puestas eran en oro y la mayor pila estaba frente a el. Uno de sus contrincantes era un hombrón gigantesco, joven, de cargados hombros, acalorado semblante y nariz torcida... un desperado, pensó Neale. Los otros dos jugadores le llamaban Fresno. El tercero, hombrecillo de cara amarillenta y facciones vulpinas, estaba demasiado atento a su juego para levantar la cabeza. Parecía perdido. Al lado de su reducida pila de oro tenía una copa vacía. El último de los jugadores era un sujeto enorme, de cuello de toro y fornido aspecto, que Neale creyó reconocer. Le fue difícil situarle de momento, pero luego de estudiar el rubicundo rostro, de tupido bigote, y de oír el recio vozarrón, le reconoció. Era el capataz de los niveladores. Un capataz de capataces. Poco después, el jugador vulpino le llamó Mull, y Neale acabó de completar su memoria.

Varios de los mirones se apartaron, dejando mejor situado al joven.

-¿Puedo alternar? -preguntó mientras daban.

-¡Vaya! -replicó el profesional.

-No, ya somos bastantes -se opuso el vulpino mirando alternativamente al tahúr y a Neale, como receloso. Los «del oficio» trabajan a veces por parejas.

-Acabo de llegar a Benton -dijo Neale adivinando su pensamiento - y no he visto a este caballero de negro en mi vida.

-¡Que condenación!... -gruñó Mull recogiendo sus cartas.

Fresno hizo un guiño soez.

El profesional se retrepó en su asiento y sus blancas manos relampaguearon. Neale estaba seguro de que llevaba un derringer en cada manga. Una palabra inoportuna podía fácilmente precipitar una reyerta.

-Escuchadme -prosiguió Neale-. No pretendo armar camorra. Me limite a decir que no he visto en mi vida a este caballero.

-Ni yo -replicó cortésmente el profesional-. Mi nombre es Place Hough y mi palabra es fidedigna.

Neale había oído hablar del famoso jugador de oficio del Misissipí. Y por lo visto los otros tres también. Prosiguió la partida y cuando le tocó dar a Hough, Mull hizo una fuerte apuesta, perdiéndolo todo. Le temblaron las robustas y velludas manos. Miró a Fresno y al otro, pero no a Hough.

-Estoy limpio-dijo hoscamente, levantándose.

Pasó por detrás de Hough y, súbita e instintivamente, como reacción a su furia, sacó un revólver.

No menos instintivamente, Neale se aferró al levantado brazo.

-¡Cuidado! -gritó-. ¿Sería usted capaz de agredir a un hombre por la espalda?

Y forzando la presión de sus dedos de acero obligó al otro a soltar el revólver. Con el pie lo apartó. Fresno levantóse.

-¿Dónde tienes la cabeza, Mull? - gruñó -. Márchate de aquí.

Mull había atraído sobre sí la atención general. Alguien recogió el arma. El del vulpino semblante se levantó de su asiento reclamándola. Hough ni siquiera volvió la cabeza.

-Iba a hacer que me devolviese lo mío - dijo Mull mirando ferozmente a Neale. Se desasió de su mano, desapareciendo con sus compañeros entre la muchedumbre.

El profesional, abandonando su asiento, sacudió los brazos. La acción confirmó la creencia de Neale de que llevaba un derringer en cada uno.

-Le vi echarse mano -dijo el tahúr- y... le debe a usted la vida..., empero agradezco su intención. Como he dicho, soy Place Hough. ¿Quiere usted tomar algo conmigo?

-Desde luego... Me llamo Neale.

Se acercaron al bar y bebieron juntos.

-¿Ferroviario, presumo? - preguntó Hough.

-Lo era. Ahora soy «una bala perdida».

Una fugaz sonrisa asomó a los labios del tahúr.

-Benton es ya lo bastante mortífero sin una bala perdida más que lo agrave.

-Todos los campamentos son así -dijo Neale.

-Yo estuve en North Platte, Kearney, Cheyenne y Medicine Bow durante sus apogeos-dijo Hough -, pero no eran como Benton. Y el próximo, que será el último..., ¿quien podría decir lo que será...? ¡Un infierno desatado!

-¿Por que es peor Benton? - preguntó Neale.

-El trabajo va más adelantado y tiene detrás poderosí-

simo empuje. Hay tres hombres para cada faena, lo que hace que estén siempre dos ociosos, borrachos o muertos. El lugar es salvaje... remoto. Hay oro -centenares de miles de dólares traídos por el tren-. Hasta hoy Benton no ha tenido más que un día de paga... y ese día

fue el espectáculo más sensacional de mi vida... Además.., las mujeres...

-He visto algunas en el salón de baile -replico Neale.

-Entonces, ¿no ha estado usted en el de Stanton?

-¿Quién es?

-Stanton no es un hombre -replicó Hough.

Neale le miro significativamente.

-La llaman Beauty Stanton. (La bella Stanton) -prosiguió Hough-. Hace un año la conocí en Nueva Orleáns, cuando era aún muy joven... y ya muy notoria.

Vivía... la vida de su belleza.

Neale no hizo comentarios, y Hough, mientras pagaba las consumiciones, se vio abordado por varios hombres. Querían jugar al poker.

-Caballeros..., me da grima dejarlos sin blanca -dijo -, pero no me niego nunca a formar partida. ¿Quiere usted acompañarme, Neale?

Se instalaron en una mesa recién desocupada. Neale supuso a dos de los tres desconocidos prósperos mercaderes o rancheros de la región del Missouri. El tercero era un profesional. Neale vio que se hallaba en muy avispada compañía. No tenía abundancia de fondos y para no perder la cabeza se abstuvo de beber. Empezó ganando, no tanto por razón de su destreza como por la excelencia de sus cartas. Continuamente le venían a las manos cartas de valor y a veces combinaciones invencibles. Le choco que las más notables ocurrían cuando daba las cartas Hough y se pregunto si el tahúr manipulaba deliberadamente la baraja a su favor. Fuera como fuese, gano centenares de dólares.

-¿Tiene usted siempre cartas así, míster Neale? -preguntó uno de los jugadores.

-¡Claro es! -replicó Neale.

-Pues... no hay quien le pueda.

-«Afortunado en el juego, desgraciado en amores» -observó el tercero-. Paso.

Hough estaba mirando a Neale cuando se hizo la anterior observación. Y le vio perder súbitamente la sonrisa, palideciendo. El profesional bajo los ojos.

-Juguemos sin hacer alusiones personales -dijo-. Esto es poker.

Neale siguió ganando, pero la excitación le había abandonado.

Una palabra ociosa en labios de un desconocido tenía la virtud de herirle. ¡Desgraciado en amores! ¡Ay! ¿Que eran la suerte, el oro para el...?

Al terminar la partida, Neale experimentaba por Hough un amistoso interés, inexplicable. Y se confirmó en su opinión de que el profesional le había dado deliberadamente aquellas invencibles «manos».

-Veamos -dijo Hough consultando su reloj-. Las doce. Stanton debe de estar en su apogeo. Vamos allá.

Neale no quería exteriorizar su desagrado, pero tampoco sabía como excusarse. Al fin y al cabo... era igual. Fue con el.

A primera vista habríase dicho que todos los concurrentes a la sala de juego habíanse citado en el salón de baile. La entrada parecía ser la de un hotel; cuando menos, Neale vio el signo que así lo anunciaba. El edificio no era de lona, sino de madera pintada, en secciones, como un escenario. Gentes entraban y salían; del interior les llegaba un confuso zumbido de música y de risas; por doquier, veíanse alfombras, cuadros, sillas; cualquiera que fuese la naturaleza del lugar, tenía pretensiones.

Entraron en un vasto local, lleno de gente al parecer ociosa. Del lado opuesto, donde abría el salón de baile, oíase una especie de murmullo que era a la vez musical y discordante; alegre y salvaje, con una extraña nota menor cruda y violenta.

Hough llevo a Neale, cruzando la estancia, a un punto desde donde pudiese atisbar el salón. El joven vio una desenfrenada, loca, turbulenta masa policroma de bailarines.

Hough murmuro al oído de Neale:

-La Stanton pone en la calle a los borrachos.

En efecto, los que bailaban no estaban ebrios de alcohol. Pero había evidencia de otra clase de embriaguez. El salón estaba lleno. Mirando a la masa, Neale podía tan solo distinguir rostros acalorados o lívidos, brazos enlazando cuerpos, formas que se agitaban y giraban si-

guiendo una cadencia, un ritmo salvaje y sin gracia, un baile en el que la música no desempeñaba verdadero papel, en el que hombres y mujeres se perdían. Jamás había visto cosa parecida. Estaba pasmado. Allí no había almas. Únicamente hombres v mujeres, seres bestiales e incalificables. Si, como Hough había dicho, la muerte rondaba el campamento y el infierno estaba allí, cuanto antes se encontrasen, mejor.

La masa, el espíritu y el sentido de la escena desmayaron a Neale, pero los seres vivientes, las criaturas, las mujeres-porque los hombres estaban allende su comprensión-le confundían, le llenaban de compasiva consternación, de punzante pesadumbre. Había amado a dos mujeres-su madre y Allie-, tanto, que se creía en el deber de amarlas a todas por ser del mismo sexo y ¡qué imposibilidad! ¿Pertenecían a algún sexo aquellas criaturas? Empero... allí estaban -muchas de ellas al menos

jóvenes, alegres, lindas, llenas de vida. Tenían ligereza, flexibilidad, sonrisas, refulgentes pupilas, una expresión a la vez atenta y vacua...

Terminó la música, se detuvieron las parejas, ceso el rítmico movimiento. No había asientos desocupados; los que bailaban formaron grupos o pasearon por el salón.

-Rudy le ha echado a usted el ojo -observó Hough.

Neale no comprendió que quería decir exactamente el tahúr, aunque asocio la observación con una muchacha vestida de rojo que se acababa de detener, con otras, en la puerta y le miraba fijamente. En aquel momento, alguien distrajo la atención de Hough.

La muchacha habría descollado en cualquier compañía. Neale no la juzgó bonita, ni siquiera llamativa, pero siguió mirándola. Llevaba los brazos al aire y un marcado escote. Su fisonomía ofrecía vívido contraste con el carmín de sus labios. Era un semblante redondo, suave, con ojos rasgados, oscuros, audaces. Ladeando la cabeza, volvió a mirar a Neale y, de pronto le sonrió. Él tuvo un sobresalto. Era una sonrisa como impacto de proyectil. Le contuvo de tal suerte, que cuando la muchacha, atravesando la pieza, fue hacia el, no pudo moverse. Noto más que vio que Hough volvía a estar a su lado. La joven le cogió por las solapas, mirándole cara a cara. En sus oscuras pupilas parecían temblar sombras rojizas. Los carmíneos labios se entreabrieron, dejando ver blanquísimos dientes al sonreír

con sonrisa imposible de creer, juvenil, dulce, que ponía un hoyuelo en cada mejilla. Era agraciada. Reteniendo a Neale, le atrajo hacia sí.

-Me gustas -exclamó.

Lo repentino del incidente, la inverosimilitud de lo que estaba ocurriendo, privaron a Neale del uso de la palabra. La vio y la oyó como en sueños. Su semblante tenía especial fascinación. Las pupilas, atractivas e indolentes; la provocativa sonrisa, los bermejos labios, bermejos a pesar del carmín; toda ella parecía emanar un poder distinto a cuanto Neale había experimentado hasta entonces... Encamaba la juventud, la belleza, la perfecta salud, terriblemente ligadas a una infernal sapiencia, a un corrupto e irresistible atractivo.

El hálito, el encanto y la pestilencia que irradiaba pasaron sobre Neale como una oleada de fuego.

-¿Quieres bailar conmigo, cariño? -preguntó ella con la cabeza ladeada y los párpados semientornados al mirarle.

-No -replicó Neale apartándola suave pero firmemente.

Ella pareció sorprendida.

-¿Por que? ¿No sabes? No tienes apariencia de torpe.

-Sí; se bailar -dijo Neale.

-Entonces, ¿quieres bailar conmigo? -insistió, asomando a sus mejillas dos manchas de color.

-Ya he dicho que no -replicó él.

La respuesta la convirtió en una furia desatada. Alzo violentamente el brazo, que Hough cogió en el aire, librando a Neale de una sonora bofetada.

-No pierdas los estribos, Ruby -conminó el tahúr.

-¡Me ha insultado! -gritó apasionadamente.

-No, Ruby... Lo que hay es que estás tan mimada...

-¡Mimada! ¡Infiernos coronados! ¿No me miro? ¿No flirteó conmigo? ¡Por eso le saqué a bailar y me ha insultado...! Se lo diré a Cordy... que le pegue un tiro para que aprenda.

-No harás tal cosa-replicó Hough llevándola cogida por el brazo hacía su acompañante, una mujer de alta estatura y dorado cabello-. Stanton, hazla callar.

La interpelada murmuró unas palabras al oído de Ruby y la muchacha se alejó, no sin lanzar un postrer dardo contra Neale.

-¿Para qué condenación has venido aquí entonces, grandísimo pelmazo?

Hough se volvió hacia el joven.

-Esa muchacha es una de las favoritas. Usted la agravio en su vanidad..., ¿comprende? Esto es Benton. Si hubiese estado solo, habría habido seguramente tiros. Tenga un poco más de cuidado.

-Pero... ¡ si no me ocupé de ella para nada! -protestó Neale-. La miré... por curiosidad. Y dije que no quería bailar.

Hough se echo a reír.

Es usted joven aún para Benton, Neale; permítame que le presente a la persona que le ha evitado una indudable inconveniencia... Miss Stanton... Míster Neale.

Así conoció Neale a Beauty Stanton. Por lo visto, le había hecho un favor. Le dio las gracias. La actitud usual de Neale hacia las mujeres era cortés y deferente y resaltaba aún más en aquel medio.

La Stanton era una soberbia mujer de unos treinta años, con rostro que antaño debió de ser el de una beldad y que conservaba aún restos de su pasada belleza. Su cabello parecía oro mate, sus ojos eran azules y grandes, con profundas ojeras violáceas, y sus rasgos fisonómicos tenían una clásica regularidad de líneas.

-¿Donde está Ancliffe? -preguntó Hough a la Stanton. Ella lo indico con un ademán y el tahúr los dejo solos.

-Usted es recién llegado, Neale - afirmo con un dejo de curiosidad.

-¿Tanto se me nota? No puedo olvidar lo que dijo esa muchacha.

-¿El qué?

-Me pregunto por que había venido aquí. Y me llamó...

-¡Oh! ¡Oh! Oí lo que le llamo. Y lo que me asombra es que no fuese algo más gordo. Tiene peor lengua que un carretero. Los hombres se vuelven locos por ella. Y sería muy de Ruby el enamorarse de usted precisamente porque la ha menospreciado.

-¡Dios no lo quiera! –replicó Neale férvidamente.

-¿Me permite que le pregunte yo a qué ha venido aquí?

-¿A su salón de baile, quiere usted decir? Pues... me trajo Hough. Le encontré... jugarnos... y...

-No. Me refería a lo que le ha traído a usted a Benton.

-Vine a la deriva... Estoy buscando... un... amigo perdido.

-¿Sin trabajo? Usted no es baratero, ni un cacique, ni un oportunista. Conozco a toda la ralea. Y huelo un tahúr a dos kilómetros de distancia. En Benton se ha congregado el mundo,

mas a mi salón no vienen con frecuencia jóvenes como usted.

-¿Como yo?

-Los hombres que aquí acuden son lobos que siguen el rastro de la sangre, como bandidos siguiendo el del oro..., pero usted, usted es como Ancliffe...

-¿Quién es?-pregunto cortésmente Neale.

-¿Quién es? ¡Sólo Dios lo sabe! ¡Pero... un inglés y un caballero! ¡Lástima que hombres como Ancliffe y como usted lleguen hasta aquí!

Hablaba seriamente. Y su acento y sus modales revelaban su educación.

-¿Por qué, miss Stanton? -Neale empezaba a descubrir a otra mujer que le interesaba.

-Porque es desperdiciar la vida. No trabajan ustedes. No son por naturaleza perversos. No pueden, por lo tanto, hacer nada de provecho. Y... lo único que les cabe esperar es una cuchillada a traición o un balazo a manos de un perdonavidas borracho.

-Reconozco que la perspectiva no es halagüeña-replicó pensativo Neale.

A la sazón volvió Hough acompañado de un sujeto pálido, cenceño, cuyo atavío y cuya planta no eran americanos. Le presento como Ancliffe. Neale sintióse interesado. Benton podía ser un infierno, pero estaba conociendo nuevos tipos de hombres y mujeres. Ancliffe era rubio, de agraciado rostro, con unas cansadas pupilas que miraban al mundo indolente y serenamente, sin curiosidad y sin esperanza. Un inglés de truncada suerte.

-Recién llegado, ¿eh?-dijo a Neale -. ¿Qué opina de todo esto?

-No puede uno quejarse de aburrimiento en Benton -replicó Neale.

-Mientras viva, no -interpuso la Stanton.

-Parece persistir en usted la idea de la brevedad de la vida, miss Stanton-dijo sonriendo Neale -. ¿Cuál es el que llamaríamos término medio de días de existencia de un mortal en este sanguinario Benton?

-¡Días! ¡Querrá usted decir horas! La noche que no sacan a nadie cadáver de mi salón me tengo por afortunada... ¡Y no autorizo la venta de bebidas... ! Que yo sepa, he salvado la vida nueve veces a Ancliffe. O no tiene sentido común, o se ha empeñado en perderla.

-Te aseguro que es lo primero -dijo el inglés.

-Pero..., amigos míos..., hablo en serio-replico ella gravemente-. Este endiablado lugar empieza a atacarme los nervios... A no ser por mí, míster Neale se habría visto ya enfrentado a un revolver.

-¿Sabe usted tirar? -preguntó Hough.

-Tuve durante varios años por camarada íntimo a un cowboy pistolero, cuando nivelábamos la línea. Es... el amigo a que me refería.

-¡Muchacho! ¡Está usted cortejando a la muerte! -exclamó la Stanton.

La música ataco otro baile. Era manifiestamente inútil pretender seguir la conversación durante el baile. Neale atisbo como antes. Por dos veces, entre los movedizos grupos, observo a Ruby mirándole fijamente con expresión de resentimiento, puntillo y curiosidad. Él se abstuvo de volver a mirar en su dirección. Además, su interés se centro en otra parte. Hough le grito al oído que siguiese los acontecimientos. Se había iniciado una reyerta. Un arrogante mozo, con un biricú del que, a más del revolver, pendía un cuchillo, acababa de saltar sobre una mesa al parar la música. Estaba bebido. Era, a todas luces, un joven trabajador anheloso de pasar por un desperado.

-¡Señores y caballeros! - vociferó-. Se... me... se me ha pedido que cante...

Le contestaron con gritos y alaridos. Miro ferozmente a su alrededor intentando localizar a alguno de sus provocadores. Era inminente un conflicto. Alguien le tiro un objeto a la espalda, haciendo blanco. Dio media vuelta, inseguro, sobre la mesa. Varios sujetos sin nada en la cabeza, evidentemente dependientes de la casa, se abalanzaron sobre él, derribándole de su pedestal. El presunto cantante cayo de sus alturas en brazos de los que le asaltaban, quienes,

apoderándose de él como si fuese

un saco, se lo llevaron. La concurrencia aulló de regocijo.

-Lo peor es que tipos de esa calaña vuelven siempre, más borrachos y peor intencionados- dijo la Stanton- Y entonces... tenemos que echar a correr o hurtar el cuerpo.

-Sus ayudantes no se anduvieron en chiquitas con el sujeto -observó Neale.

-He tenido gente de toda condición para mantener el orden -replicó ella -. Obreros, ex sheriffs, pistoleros, desperados. Los mejores son los irlandeses, pero... no tienen constancia. Ahora dispongo de ocho hombres que... da miedo verlos. Yo misma les tengo respeto. Los creo capaces de robar a mis invitados. Pero... ¿qué puedo hacer? Sin su ayuda me sería imposible llevar el negocio, que acabará conmigo.

Neale no lo dudaba. Sobre aquella mujer, cuya seriedad hablando le sorprendía, parecía cernerse una indefinible sombra. Evidentemente, intentaba mantener el orden, evitar pendencias y derramamientos de sangre para que el libertinaje pudiese seguir su desenfrenado curso. Neale sabía que, por lo general, iban de la mano. Y no comprendía que lugar semejante pudiese tener larga existencia. Era imposible. La vida en aquel medio sacaba a la superficie lo peor de cada hombre. Creaba muchas oportunidades. Neale les miró al pasar, leyendo la verdad en los enrojecidos ojos, los cargados párpados, las entreabiertas bocas; en su apariencia, su continente y sus ademanes.

Un salvaje frenesí había hecho presa en sus mentes. El estudio de los rostros de Hough y de Ancliffe espoleo su curiosidad. El inglés había llegado al fin de su propia jornada. Para el final, todos los sitios le serían iguales. Neale lo vio, maravillándose del aplomo y la gracia del sujeto. Le recordaba a Larry Red King... El mismo aire tranquilo, despreocupado, indolente. Ancliffe moriría con los ojos abiertos, mirando a la muerte cara a cara.

Hough no se dejaba afectar por el licencioso carácter de aquella clase de vida, como no le habría afectado otro cualquiera. Su presa eran hombres. Contemplaba la escena con ojos grises y glaciales, inexpresivo su semblante. Cabía en lo posible que él también, tarde o temprano, hallase su fin en Benton.

Las rápidas reflexiones llevaron a Neale a pensar en sí mismo. Lo que para los demás era cierto, debía de serlo para el. La mera presencia de las tres personas, Ancliffe, Hough y el, en el turbulento antro de Beauty Stanton, era prueba ya de una desordenada vida.

Alguien le tocó, quebrando el hilo de su pensamiento.

-¿Ha sufrido usted alguna calamidad? -le pregunto la Stanton.

-Sí -contestó.

-Todos estamos poco más o menos en el mismo caso. Me parece usted muy joven.

Hough interpelo a Beauty.

-Ruby está dispuesta a armar camorra -dijo.

- ¡No! -exclamó la mujer con relampagueantes pupilas.

Neale vio entonces que la muchacha, Ruby, con un sujeto de corta estatura y provocativo aspecto, armado de un revolver, y varios compañeros de ambos sexos, tomaban posiciones cerca de el. La Stanton fue al grupo, llevándose a Ruby aparte y hablando con ella. La muchacha no demostraba indicio alguno de -la vehemencia que caracterizó su anterior entrevista. A poco volvió la Stanton.

-A Ruby le ha pasado el arrebato -anunció con evidente descargo a Neale -. Me pidió que la disculpase con usted. Es... lo que le dije. Se enamorará como una loca, precisamente por la forma en que usted acogió sus avances... Es de buena familia, Neale. Tiene una hermana de quien habla continuamente y un hogar... al que podría volver si no le diese vergüenza.

A una ligera seña de la Stanton, Ruby se acerco a ellos.

-Ya te has presentado una vez a este caballero, Ruby, aunque no todo lo finamente que fuera de desear-dijo Beauty.

-Lo siento-replico Ruby con cierta melancolía en su voz.

-Yo tampoco estuve a gran altura-dijo Neale -, pero sin intención de ser grosero. Es que me sería imposible bailar... aquí o en parte alguna... con alguien. - Y más bajo prosiguió -: Una cosa puedo hacer para disculparme. He ganado, jugando, unos mil dólares hace un rato..., ¿quiere usted aceptar la mitad y marcharse, por hoy?

La muchacha se sobrecogió como si hubiese recibido una puñalada. Luego pareció envararse.

-¿Por que no se va usted? -replicó-. Cuantos estamos aquí vamos camino del infierno. El que más corra, llegará antes.

Miro un instante a Neale, lívida de rostro y con dura mirada, y reuniéndose con sus acompañantes se los llevo de allí.

Beauty Stanton pareció haber sufrido una conmoción similar a la de la joven Ruby.

-Señores, son ustedes mis únicos amigos en Benton, pero... estas son mis horas de negocio.

Inclinándose ante Neale, murmuró

-Está desafiando a la muerte, muchacho. Alguien o algo le ha inferido a usted un hondo agravio, pero... aún es joven. Váyase.

Y, despidiéndose de ellos, abandonó el grupo.

Neale permaneció silencioso un rato. Y cuando Ancliffe les dejo, acogió con gratitud la sugerencia de Hough de acompañarle. En la calle, la confusión era enorme. Por el arroyo una densa masa humana se precipitaba anhelante de llenar lo mejor posible unas horas de una vida que sería de larga duración.

El interés de Neale le llevo a hacer preguntas sobre Ancliffe. El tahúr replicó que el ingles había comparecido nadie sabía de donde, que no era extremado en la bebida ni en el juego, que, a todas luces, se había apegado a Beauty Stanton y que, indudablemente, era un hombre de calidad, arruinado, que luego de abandonar tras sí cuanto constituyera su vida anterior, habíase convertido en uno de tantos... Una hoja arrastrada por el vendaval.

-La Stanton le cobró a usted simpatía -prosiguió Hough-. Se vio en seguida; y ¡pobre Ruby! Le aseguro, Neale, que me dan lástima esas mujeres.

-¿A quien no se la darían?

-Es una clase extraña para mí, Neale. Pero yo... llevo años mezclándome con ellas. Ni que decir tiene que Benton marca un paso que no ha habido ciudad que resistiera, pero aun así, la más dura, la más vil de esas..., meretrices demuestra a veces un sorprendente asomo de bondad. Y mujeres como Ruby y la Stanton, cuyo ambiente anterior debió de ser refinado..., son incomprensibles.

Capaces de arrancarle el corazón con las manos _por vengar un desaire, sacrificarían sus vidas por una palabra cortés. Fue su actitud la que ofendió a Ruby y lo que conquistó a la Stanton. Aquí no hallan ni frialdad ni cortesía. Para mujeres como Beauty Stanton debe de ser amargo como la hiel verse tratada como usted la trató..., con respeto. Y, sin embargo, vea que pronto se dejó rendir.

-Confieso que no advertí nada de particular -replicó Neale.

-Estaba usted excitado y asqueado en demasía por la escena-dijo Hough cuando llegaban a las puertas de la sala de juego- ¿Quiere usted entrar? Siempre hay alguna partida abierta...

-No, opino que no... Es decir, salvo que usted crea...

-¡Muchacho! No creo nada, excepto que me agrada su compañía y que le debo un favor. Buenas noches.

Neale se dirigió a su alojamiento, pensativo y cabizbajo. A su espalda, el clamoreo era incesante. Dieron las tres de la madrugada. Se preguntó cuándo debían dormir aquellos halcones noctámbulos. Luego... pensó en Larry King. El sueño se resistía a cerrar sus párpados. Cuando por fin se quedó dormido, el alba comenzaba a apuntar por el Este.

XVI

Neale durmió hasta muy entrada la mañana siguiente, despertando con la angustia que cada nuevo día traía aparejada. Se levantó lentamente, melancólicamente, con la detestable evidencia de no tener nada que hacer. Había querido estar solo y ahora la soledad le abrumaba.

-Si me quedase un adarme de sentido común, me largaría de aquí cuanto antes -soliloquió, pensando luego en el fracasado inglés, sereno y tranquilo, en paz consigo mismo. Y pensó también en la muchacha Ruby, que le había escupido a la cara su desprecio. Le costaría mucho olvidar. Aquella mujer, con todos sus defectos, no era cobarde. Era magnífica en su perdición.

-Opino que me iré de Benton -murmuró ; pero el lugar y su salvajismo le fascinaban-. No..., opino que me quedaré.

Le irritaba sentirse avergonzado de sí mismo. Era víctima de sus variadas actitudes, que en resumen no eran sino encubridoras del perenne dolor, de la continua amargura, de la angustia de su pecho, hondas y arraigadas.

Al salir de su alojamiento oyó el pitido de un tren. La escena, calle abajo, era similar a la del momento de su llegada. Entró en un hotel a almorzar, distrayéndose con la contemplación de los presurosos transeúntes. Y cuando concluyó fue hacia la estación.

Benton tenía ya dos trenes diarios. El que acababa de llegar era larguísimo y cargado hasta su máxima capacidad. Neale atisbó una saeta india clavada sobre una de las ventanillas de un vagón. Había varias plataformas transportando casas de madera en secciones, y vagones cerrados llenos de mobiliario, Benton crecía por momentos. De aquel tren desembarcaron, a lo menos, un millar de personas.

De repente, Neale se halló cara a cara con Larry King.

-¡Red! - gritó abalanzándose hacia el cowboy.

-¡Palabra de honor que me alegro de verte! -exclamó Larry-. ¿Que particular clase de infierno anda suelto por aquí?

Neale se llevó a Larry de entre la muchedumbre. El cowboy llevaba un pequeño hato en una envoltura de lona.

-¡Que ganas tenía de volver a echarte la vista encima! -declaró Neale-. ¿Y tus caballos?

Larry pareció desasosegado.

-Pues... los vendí.

-¿Los vendiste? ¿Aquellas maravillas? ¡Oh, Red! ¿Por qué?

-¡Condenación! ¿Te crees que en este U. P. que nosotros construímos se viaja de balde? No tenía dinero y...

-Pero... ¿por que venderlos? Yo les tenía gran afecto.

-¿Quieres hacer el favor de dejar a los caballos en paz?

Neale no había visto nunca el bronceado rostro de su amigo perder el color.

-Pero... ¿no quedamos en que lo arreglarías todo?

-Bueno, y ¿quién dice lo contrario?

-No ha sido así. No mientas.

-Si lo tomas de ese modo..., conformes. Y ahora, ¿qué vas a hacer?

-Darte lo tuyo - declaro acaloradamente Neale.

Estaba irritado con Larry, pero más aún consigo mismo, por haber sido la causa de que el

cowboy perdiese empleo y caballos.

-¿Darme lo mío? ¿Quieres decir pegarme?

-Exactamente. Te lo mereces.

Larry le tomo en serio y pareció muy afectado. Neale estuvo a punto de soltar la carcajada viendo el temor de su amigo.

-¡Psch! ... Con los puños no valgo gran cosa -dijo-. Empieza cuando quieras.

-¡Maldito te veas, Red!... Bien sabes que sería incapaz... ¡Y me alegro tanto de verte!... Creí que te me habrías adelantado aquí.

La voz de Neale se hizo trémula.

King, conturbado, confuso, enrojeció aún más, ablandando el acerado fulgor de sus miradas.

-Oí lo que decían que era Benton y... he venido a verlo.

Larry termino la frase acentuando su sentido con un significativo ajuste de su biricú.

-¡Por todos los profetas! Mira quién viene por ahí -exclamó súbitamente.

Neale dio media vuelta, y vio a un explorador, vestido con el habitual traje de ante; una talluda figura, extrañamente familiar.

-¡Slingerland! -gritó.

De un brinco, el trampero se unió a ellos, encendido el rostro, animadas las grises pupilas.

-¡Muchachos! ¡Por fin! ¡Estaba seguro de dar con vosotros algún día!

Neale quiso hablar, pero una terrible contracción de la garganta se lo impedía. Apelo al trampero con un ademán. Del rostro de Slingerland desapareció la sonrisa, y la rigidez volvió a sus facciones.

-Y... ¿y Allie... ? ¿Qué... hay... de ella? -balbuceó Larry.

-Muchachos..., eso ha acabado conmigo -replico roncamente el trampero-. Os juro que no dejé sola a la muchacha ni un minuto en todo el año, y luego..., la primera vez... que ella me obligo a hacerlo..., encontré, al regresar, la cabaña hecha cenizas... Allie había desaparecido..., ¡desaparecido! No fue obra de los pieles

rojas..., sino de esa gentuza de California... Seguí sus huellas hasta que... una turbonada de los infiernos me detuvo..., borrando todo rastro... Al ver que no había esperanza me interné con mis cepos en las montañas...

-¿Qué... habrá sido... de ella? -preguntó Neale.

Slingerland desvió de él los ojos.

-Muchacho..., tú sabes como era Allie... Incapaz de sobrevivir a... ¿Verdad, Larry?

-Verdad. La muchacha... no lo habría resistido un día-corroboro con guturales acentos el cowboy.

Desatinado, Neale se aparto de sus amigos. La tortura de su pecho parecía ahogarle hasta que los sollozos, los difíciles y horribles sollozos masculinos, vinieron a traerle un lenitivo. Dejándose caer sobre un fardo, oculto la cabeza entre las manos. Así le hallaron Slingerland y Larry.

El cowboy le miro con expresión de impotente afecto.

-Escucha, camarada... no lo tomes así...

Pero sabía, como sabía Slingerland, que en aquellos momentos no podían consolarle; no había esperanza ni ayuda que ofrecerle. Y aguardaron, el más viejo compendiando en su actitud toda la tristeza, toda la inexorabilidad de aquella selvática vida, y el más joven trocándose paulatinamente en acero.

-¿Dices, Slingerland, que debió de ser alguna cuadrilla de California la que hizo aquello? -preguntó.

-Estoy convencido y seguro-replico el trampero-. En aquellos tiempos no iba nadie hacia el Oeste recién pasado el invierno. ¿Os acordáis de los cuatro bandidos que se presentaron en el

valle un día? Venían de California.

-Bien está. Tendré que dedicarme a la busca de bichos con hierro californiano-rezongo Larry, y en su lento, sosegado decir, había una nota leal y terrible.

Neale ceso de sollozar.

-Estoy hecho polvo.

-No; es que te ha sobresaltado ver a Slingerland -dijo Larry-. Como a mí.

-Es duro, pero Slingerland no pudo acabar la frase.

-Aunque se me haya partido el pecho, me alegro de haberte encontrado, Slingerland -dijo más sensatamente Neale-. Y... ahora que lo pienso, me sorprende. ¿Has bajado algún cargamento de pieles?

-No, muchachos; tuve que renunciar a los cerros. No podía resistir la soledad después de... y ahora cazo búfalos para el suministro de carne a las tropas y a las brigadas de construcción. Acabo de llegar en ese tren con un vagón lleno.

-¡Suministro de carnes! -repitió como un eco Neale. -Y... ¿como va vuestro trabajo? Neale sacudió la cabeza.

El cowboy, contestando por él, dijo:

-Es... como si hubiésemos dejado de trabajar, Slingerland.

-¡Como! ¿Estáis aquí, en Benton, sin ocupación?

-¡Vaya! Poco más o menos, así es.

El trampero hizo un vehemente ademán desaprobato

rio y miro con escrutadora expresión a Neale.

-¡Muchacho! ¿Acaso es que...?

-Sí -replico Neale alzando los brazos-. Lo dejé..., no podía trabajar..., no puedo trabajar..., ni descansar..., ni estar quieto...

Un espasmo de intensa pesadumbre contrajo las facciones de Slingerland. Y Larry King, mirando por encima del polvoriento y sórdido gentío, murmuro imprecaciones entre dientes. Neale fue el primero en recobrar la compostura.

-No hablemos más del asunto -dijo-. A lo hecho..., pecho. ¿Por que no nos llevas contigo a cazar búfalos?

Slingerland estaba dispuesto a aferrarse a un clavo ardiendo.

-¡No es mala idea! -replico vivamente-. Podéis serme útiles, pero... la faena es dura y peligrosa. Con frecuencia nos hostigan los indios. Y tendréis que caballear. Opino que a caballo, Neale no hará mal papel, pero este cowboy amigo suyo..., si no recuerdo mal vuestras discusiones... no sabe montar.

-No he visto nunca un caballo -dijo Larry.

-Y, además..., hay que tener buena puntería y a Red

dy le falta experiencia- prosiguió sonriendo Slingerland.

-Observo que traes un Winchester reluciente y nuevo -dijo Larry -. Para cuanto sea montar y tirar, cuenta conmigo.

-Entonces... ¿vendríais los dos?

Neale y Larry aceptaron la proposición sobre la marcha.

-No necesitaréis adquirir sino rifles y municiones

dijo Slingerland-. Yo tengo caballos y equipo en mi campamento. Ahora cazamos al Este. Andando. Haremos las necesarias compras. El tren vuelve a marchar pronto.

-Bueno; en ese tren llegue y... ahora me voy con é1 -rezongó Larry, -. Tiene muchísima gracia, y... sin haber visto siquiera el tan afamado Benton.

Camino ya del Este, Slingerland pregunto a Neale y a Larry si habían vuelto a la escena de la degollina, donde estaba enterrado el oro de Horn.

Neale lo había olvidado por completo. Posiblemente, cuando Larry y él -recorrían los cerros y los valles buscando a Allie debieron de pasar por el punto donde ocurrió el evento. Slingerland dio razón parecida por su propio olvido. Hablando del oro, convinieron ir a buscarlo cuando el ferrocarril llegase a las lomas.

Antes de entrar en el siguiente campamento advirtieron ya, desde el tren, indios y búfalos.

-No me gusta - declaro Slingerland -. Yo estaba en amistosas relaciones con los sioux, pero ahora que me saben por aquí diezmando sus búfalos para el blanco, se han puesto en contra mía. Y me lo explico. Yo mismo consideraba el búfalo como propiedad india y si no fuese porque sé que este ferrocarril acabará con los unos y con los otros, no habría aceptado nunca. Eso puedo jurarlo.

Cuando llegaron al final de su viaje era de noche. ¡Que tranquilidad y que quietud después de Benton! Neale se alegro de estar allí, preguntándose si podría conseguir dominar su desasosiego.

¿Reanudaría su pasada vida? Había perdido la confianza en sí mismo y desecho la idea. Quizá la compañía de sus antiguos amigos y la continua actividad efectuarían un cambio en él.

Pasaron la noche en la tienda de Slingerland. A la mañana siguiente, el trampero tenía los caballos preparados a muy temprana hora, pero debido a la presencia de los sioux en las cercanías, se acordó esperar la llegada del tren de descubierta y salir a la planicie bajo su protección y escolta. No muy tarde, el tren, de escasas unidades, y una cincuentena de obreros, estuvo preparado y el trampero y sus camaradas cabalgaron a su amparo. A unas cuantas millas del campamento se detuvo el convoy en un punto que los peones tenían que terraplenar. Neale se sintió atraído, a su pesar. Su amor por aquel ferrocarril era tan desesperado como sus otros amores en la vida.

Los obreros eran hombres escogidos, soldados todos, irlandeses la mayoría. Antes de empuñar palas y picos, formaban pabellones con los fusiles.

-El diablo se me lleve si no es mi amigo Neale -exclamó una voz familiar. Y compareció Casey, con la misma sonrisa y la misma pipa negra de siempre.

Desvirtuó la primera sensación de alegría de Neale, al ver al viejo portamira, su temor ante la posibilidad de entrar en contacto con antiguas amistades. Le sería profundamente doloroso ver al general Lodge, o a cualquiera de los que le habían augurado tan brillante porvenir.

Shane y McDermott formaban también parte de la brigada.

-¡Es aquel cowboy pistolero que estuvo una vez a pique de matar a Casey ! -gritó McDermott al ver a Larry.

Durante los breves momentos de reunión con sus antiguos compañeros, Neale sufrió una melancólica introversión y tuvo a la vez una más clara idea de ellos mismos. El gran ferrocarril progresaba, creciendo, aportando cambios en sus hombres. A él le había dado de lado. Ya no era un factor componente. Como otros muchos, había retrocedido. El espléndido espíritu de la obra seguía vivo en él, pero ya no gobernaba sus actos. Y aquellos toscos irlandeses habíanse transformado igualmente. En varios aspectos eran los mismos, lentos, locuaces, pendencieros, mas evidenciaban el desgaste, el efecto del trabajo y de la lucha, el agobio bajo la magna labor..., encarnación de lo que poderosas mentes habían concebido. Aquellos obreros no eran, no podían ser hombres vulgares. Una luz especial brillaba en sus pupilas. Neale la veía. En su presencia sentíase infinitamente pequeño. Ellos habían adelantado mientras él se rezagaba por el camino. Y seguirían trabajando y luchando hasta caer y llenar una tumba anónima. Él también acabaría en tina tumba así, pero, pensó, él no podría descansar en paz como ellos. El momento fue de amarga y desgarradora revelación para Neale.

Slingerland no tardó en otear la manada de búfalos. Luego de reconocer detalladamente el

Librodot

terreno para precaverse contra posibles emboscadas indias, salió a caballo con Neale, Larry y dos más - Brush y un irlandés llamado Pat-, cuya misión era desollar los animales muertos por los otros y acondicionarlos para su transporte en los vagones.

-El matar búfalos no tiene lance-decía el trampero a sus amigos-, pero no quiero ni machos ni hembras viejos. Y cuando se galopa tendido y con la manada en pelotón delante... es difícil seleccionarlos. Vosotros observad lo que yo haga, y sobre todo... ¡ojo con los indios !

Slingerland se acercó a la manada sin alarmarla, hasta que algunas crías, en sus bordes, se asustaron. Entonces la banda negra se puso en marcha, alzando una densa polvareda al acelerar el paso.

-¡A galope! -gritó Slingerland.

No fue para Neale el menos interesante de los espectáculos ver a Larry galopando con los búfalos. Antes de que el trampero y él estuviesen en disposición de disparar, Larry aporreaba a los animales en los flancos con la desnuda mano.

Al primer disparo de Slingerland, la manada salió de estampía. Y entonces tuvieron que recurrir a toda su destreza para mantenerse a su altura, seleccionando el terreno y siguiendo las órdenes de Slingerland. Neale se halló en pleno torbellino de polvo y de estruendo. La persecución despertó en él una ferocidad que, hasta cierto punto, vino a aliviar su constante duelo. Tenía ante sí a la manada entera. El viento silbaba, el polvo se le aferraba a la garganta y la solevantada tierra le azotaba el rostro; el paso mismo, regular y duro, de su caballo, era un acicate. El trampero seguía disparando a intervalos. Neale veía los penachos de humo, aunque en el fragor de la carrera no pudiese oír los estampidos. Le parecía imposible localizar, como pretendía Slingerland, los animales sobre que hacer fuego. No podía diferenciar unos de otros. Les seguía de cerca, acosándoles, hasta que finalmente, siéndole imposible contenerse por más tiempo, empezó a disparar, viendo algunas de las enormes bestias desplomarse dando media vuelta, quedando patas arriba. El joven siguió galopando.

De pronto creyó advertir a Slingerland entre la nube de polvo y desvió su montura a un lado. Larry galopaba furiosamente en su dirección y el caballo del trampero daba cuanto podía de sí, en el mismo sentido. Slingerland

agito frenéticamente los brazos. Neale espoleo hacia él. Algo inesperado pasaba. El sol caía tan de lleno sobre el rostro de Larry, que obligo a su caballo a tomar el mismo rumbo que el de Neale y luego señaló a un punto determinado.

A unos centenares de metros a retaguardia, una banda de sioux galopaba velozmente, dejando tras de sí una nube de polvo. Sin duda habían estado escondidos en alguna hoyada esperando, al acecho, el paso de los búfalos y de sus perseguidores.

Al acercarse a Larry, Neale vio al cowboy medir con certera y avezada pupila velocidades y distancias.

-¡Tendremos que apretar! - le pareció a Neale que decía, aunque el estruendo le impidió oír bien sus palabras.

Pudo apreciar lo que significaba estar cerca del cowboy. A cada momento, Larry volvía la cabeza para vigilar a los indios y a su camarada. Empezaron a ganar terreno sobre Slingerland. Brush galopaba hacia la derecha y el irlandés Pat, más distante en la misma dirección, era el peor situado y el que estaba en más apurado trance de todos. Se veían ya los surcos que en el polvo rasgaban las balas de los sioux a su alrededor. Cuando Neale volvió a mirar, los indios se habían fraccionado persiguiendo unos a Brush y a Pat mientras la mayoría continuaban acosando a los tres cazadores restantes desviándose ligeramente a la derecha al ver que Slingerland intentaba ponerse en contacto con el tren de descubierta. Neale distinguió el humo de la máquina y luego el convoy. Parecía aún muy lejos y estaba cierto de que los indios ganaban terreno sobre ellos. ¡Que jinetes! Semidesnudos, cobrizos, doblegados sobre sus mustangs, dando al viento los arreos y las plumas... ofrecían un salvaje y escalofriante

Librodot

aspecto.

-No te acerques demasiado..., están desplegándose -vociferó Larry.

Neale supuso que los indios se desplegaban presentando así menor blanco al ver que pronto se pondrían al alcance de las balas, y que Larry quería apartarse de él por idéntico motivo.

Vio el primer penacho del rifle de un cabecilla. El proyectil paso largo. Le siguieron otros cada vez más afinados; los últimos cayeron a escasos metros.

-;Dios! ¡Mira! -gritó Larry-. ¡Los condenados han herido al caballo de Pat!

Neale vio al irlandés caer con su cabalgadura, debatirse en el polvo, quedando luego inmóviles ambos.

-¡Le han matado! -dijo a gritos.

-¡Galopa! -respondió el cowboy ferozmente.

Neale galopo como jamás había galopado; por fortuna, su caballo era raudo y estaba en excelente condición, equiparando así el esfuerzo que el cowboy obligaba a rendir al suyo.

Durante largo tiempo mantuvieron su distancia con los sioux. Habían conseguido enfilar el tren de descubierta en línea recta, de modo que mientras los indios siguiesen detrás era solo cuestión de ganar terreno paulatina pero seguramente. Se intensifico el tiroteo. Cada estampido causaba en Neale un involuntario encogimiento, como si esperase sentir luego !a lacerante quemadura de la bala. Brush, soslayado en su silla, disparaba su rifle. Neale recordó su propio Winchester, que llevaba en la mano. Atando las riendas en el arzón de su silla, se volvió en ella. ¡Que cerca, que cobrizos y que feroces parecían aquellos sioux! Bajo el sombrero sintió que se le erizaba el cabello y simultáneamente una oleada de ira, un loco anhelo de pelear, de devolver golpe por golpe, bala por bala, le invadió. Algunos de los indios dispararon. Oyó las secas detonaciones, vio el impacto de los proyectiles en la arena, los surcos de polvo ante sí e hizo fuego a su vez. Su caballo dio un bote al oír tan próximo estampido, casi desarzonándole, pero acrecentándose luego su celeridad con el espanto. Neale oyó que Larry empezaba también a tirar. La carrera se convirtió en una escaramuza, con los indios desplegados en amplio abanico, galopando con los cuerpos casi paralelos a sus monturas, vociferando, aullando como fieras, sosteniendo un ininterrumpido fuego. Iban bien armados, con rifles «de blanco». Neale manipulaba la palanca del suyo, mientras de una ojeada se cercioraba de la dirección seguida por su caballo; soslayándose rápido, disparo sobre e! más cercano enemigo, a doscientos metros escasos. Vio que la bala, sin haber hecho blanco, hendía el polvo. Era indeciblemente difícil disparar a lomos de un animal enloquecido por el terror. Neale no creyó apreciar que los disparos de Larry fuesen de más efecto que los suyos. Los indios, a su juicio, ganaban perceptiblemente terreno sobre ellos. Pero el tren ya no estaba lejos. Vio a los obreros, en los

techos de los coches, agitando los brazos. El último trecho del camino fue el más duro, por lo desigual y pedregoso.

Larry se adelantaba. Había consumido todas sus municiones y con brida y acicate espoleaba a mayor celeridad a su caballo.

De pronto, Neale oyó el inconfundible impacto de un proyectil haciendo blanco. Su montura dio un brinco, relinchando de terror, y el joven creyó que se desplomaría. Pero pudo rehacerse y continuo galopando, rápida aún y esforzada, aunque con tranco desigual. Larry empezó a gritar, vuelto el encendido rostro sobre el hombro. Vio que al caballo de Neale le ocurría algo anormal y refreno el suyo.

-¡Salva tu propio pellejo! -gritó ferozmente Neale. Le enfurecía ver al cowboy detenerse para esperarle. Pero... no podía evitarlo.

-¡Está herido ! -replico Larry.

-¡Ya lo sé! Pero no es grave. No te acerques.

El cowboy no vario ni una línea de dirección, observando al caballo de Neale con fijas y sagaces pupilas.

-¡Está desfalleciendo! ¡No podrá resistir!

Las balas llovían en torno al joven. Las oía dar contra las piedras y rebotar silbando. Noto el estironazo en su hombro al traspasar una de ellas su chaqueta rozando la piel. El ligero impacto ahuyento su pánico. El extraño velo que parecía tener ante los ojos se disipo. Dio media vuelta para disparar de nuevo, apuntando todo lo deliberadamente posible. Pero... igual podía haber intentado cazar gorriones con bala... Vació el Winchester.

Recogiéndose sobre sí mismo en la silla, siguió a galope. Slingerland estaba cerca del tren; Brush, a su lado, parecía fuera de peligro; la persecución se concentraba en Neale y Larry. La cólera del primero se desvaneció. No quería acabar cayendo frente a aquellos furiosos mustangs para verse pateado, pisoteado, reducido a papilla. La sola idea le escalofrio. Aunque el ruido de los cascos se hizo más próximo, no volvió la cabeza.

A sus oídos llego otro estruendo diferente..., el clamoreo de los obreros irlandeses al disparar, vociferando.

-¡Refrénale! ¡Refrénale! -gritó desaforadamente Larry.

Neale estaba a punto de estrellar su enloquecido caballo contra el tren. Desesperadamente retuvo al animal, saltando a tierra. Larry le esperaba para hacer lo propio y su caballo salió desatinado. Las balas chocaron contra los vagones del convoy, de cuyas ventanillas salían lenguas de fuego y penachos de humo.

-¡Arriba, muchachos! -gritó una alegre voz, y la negra pipa de Casey apareció en el borde de uno de los vagones de carga, mientras su dueño les tendía los brazos.

Con un rápido y violento esfuerzo, Neale salvo la altura cayendo en el suelo de la plataforma sobre una pila de arena y de grava. Por un instante, todo le dio vueltas. El corazón le latía desenfrenadamente. Estaba sudoroso, jadeante y trémulo.

-¡No me diga usted que le han herido ahora! -exclamó Casey.

-¡No..., estoy sano... y salvo! -jadeó Neale, mientras Larry le palpaba ansiosamente.

La locomotora pito estridente como un desafío a los indios y, con una sacudida, el tren se puso en marcha.

Neale, al recobrar el aliento, se hallo en una situación nueva y emocionante. El vagón en que estaba era de los llamados góndolas, especie de plataforma, con lados de unos cuatro pies de altura, de roble macizo que las balas no podían perforar. Además de Larry y de él, iban una media docena de soldados, arrodillados tras las planchas, disparando por las estrechas aspilleras dispuestas al efecto. Neale se asomo por el borde. Los sioux, desplegados en una larga línea, rodeaban al convoy, resguardándose el cuerpo con el de sus mustangs y haciendo fuego en inverosímiles posiciones. Un proyectil, astillando el borde de las tablas, demostró a Neale que eran de temer hasta en un fuerte ambulante. El joven se sentó en el suelo, y volviendo a cargar su rifle, busco una aspillera libre, pero entre el traqueteo del tren, sus trémulas manos y la rápida movilidad del enemigo, su ofensiva no causo efectos apreciables.

Súbitamente se detuvo el tren con violento frenazo.

-¡Interceptados otra vez, begorra! -dijo calmosamente Casey-. Y se me ha apagado la pipa. Dame una cerilla, Sandy.

La locomotora pito dos veces.

-¿Que significa? -preguntó Neale.

-Es para los que van en el primer coche. Tendrán que pasar por la máquina y dejar expedita la vía - replico Casey.

Neale se arriesgo a atisbar por el borde. Los sioux seguían acercándose a la cabecera del tren. De los seis vagones precedentes al del joven salían sin cesar los fogonazos y penachos de humo de los disparos. Hacían fuego por descargas. Los salvajes concentraban evidentemente

su ataque allí, con intento de hacer descarrilar la máquina o de matar al maquinista.

Casey obligo a Neale a retirarse.

-No se exponga -dijo-. Coja una aspillera y ayude.

-No tengo municiones.

Se tendió en el suelo, prestando oído al fragor de la contienda y observando al terceto irlandés. Cuando se mezclaban las descargas con el clamoreo no podía oír otra cosa. Había intervalos, empero, en los que el estruendo parecía amainar.

Casey logro encender a su satisfacción la pipa, dio unas cuantas fumadas y cogió el rifle.

-¡Duro y a la cabeza! -grito pasando el cañón por la aspillera y apuntando.

-Es la misma pandilla que nos ataco anteayer, Mac -observó.

-¡Quita de ahí! – replicó McDermott -. Los de hoy son más de un millón.

Movió el rifle, como encañonando algo movedizo, y disparo.

-En cuanto hay jarana, te excitas, Mac. En cambio, yo estoy más fresco que nunca. ¡Y he visto a ese jamelgo pintojo y a su maldito jinete quizás unas cincuenta veces ¡No pierdo la esperanza de cargármelo!

Casey siguió apuntando y disparando, y en una de las ocasiones, en el momento de apretar el gatillo, el tren reanudo su marcha con imprevista sacudida.

-¡Me ha hecho errar la puntería! Ese maquinista ha salvado a la tribu sioux de la extinción. ¡Duro y a la cabeza ! Shane, no te oigo disparar...

-¿Como condenación puedo disparar con el ojo lleno de sangre? -pregunto Shane.

Neale vio entonces que el irlandés tenía el rostro lleno de sangre. Arrastrándose se acerco a él. -¿Está usted herido? A ver...

-Me parece que me ha tocado una bala - replicó Shane.

Neale comprobó que un proyectil había surcado la frente de Shane, quizá de rebote al chocar contra las tablas. La herida sangraba abundantemente. Las manos, el rostro y la camisa del irlandés estaban carmesíes. El joven improviso un vendaje con su pañuelo fuertemente ceñido.

-Deme su rifle -dijo luego.

-Gracias, amigo, no estoy tan grave. Y... ¡cualquiera aguantaría a Casey después! ¡Dios me libre! ... Es un hombre insoportable riéndose de uno.

Shane se agazapo ¡unto a su aspillera, con su ensangrentado vendaje y sus sangrientas manos. El tren volvió a detenerse.

-Cuando logremos salir de las traviesas que dejaron desparramadas a los lados de la vía, quizá podamos llegar a casa-observó McDermott.

-Mac, lo ves todo por el lado más negro -replicó Casey disparando- Yo prefiero que estemos paradossoliloquio satisfecho-. Esos pieles rojas no dejarán, mientras yo viva, a soldado alguno del U. P. sin su pelambrera. ¡ Duro y a la cabeza!

La locomotora volvió a pitar y nuevamente el conflicto se centro en la cabecera. peale veía en la realidad lo que tantas veces viera antes en sueños. Aquellos veteranos soldados, aquellos obreros de la pala y del pico, aquellos irlandeses con su rifle, eran los constructores del U. P. La gloria de la empresa no sería jamás suya, pero ellos eran sus héroes. Tan acostumbrados estaban a trabajar como a luchar. Soltaban sus herramientas para empuñar los rifles.

El convoy se puso en movimiento para detenerse casi al punto. Al acrecentarse la desesperación de los indios se acrecentó la violencia de la contienda. Era evidente que la fuerza les tenía a distancia, porque en lo más enconado de su ataque la máquina reanudo su marcha. Lentamente, arranco el tren. Las balas cayeron como granizo sobre el coche.

Neale contemplaba a aquellos hombres que combatían para rechazar a los salvajes. Casey, Shane, McDermott, eran tres simples unidades de los militares empeñados en la construcción y defensa del U. P. Aquel trío gustaba de pelear tanto o quizá más que del trabajo. Casey,

tirando de su pipa, haciendo guiños para apuntar, cantaba por lo bajo, bromeando con sus camaradas Si sabía que la muerte extendía sus alas sobre el tren, no lo manifestaba. No era un pensador. Era un hombre de acción. Tan solo una vez lanzo un alarido : cuando logro desarzonar de un tiro al indio jinete en el mustang pintojo.

Shane, menos locuaz, manejaba el rifle con manos cada vez más inseguras. Neale le vio tocar el recalentado cañón del arma, sacudiendo la vendada cabeza. La sangre le corría mejillas abajo.

McDermott, sin dejar de disparar, soltaba de vez en cuando alguna interjección o ventilaba su pesimismo presagiando negras catástrofes, recordando a Casey que su cabellera estaba predestinada a adornar la logia de los sioux o declarando que había descarrilado la máquina. Pero... era agresivo de nacimiento. No obstante su cabeza cana, tenía en la masa de la sangre el pelear.

El tren fue ganando velocidad y, evidentemente, había rebasado el punto donde los indios podían esperar poner obstáculos a su avance. A través de una aspillera, Neale vio que se rezagaban y que ya no daban rodeos al convoy. Su fuego era intermitente. Medicine Bow estaba a la vista.

-Nos tomaremos el resto del día de asueto -declaró Casey complaciente -. Shane, estás muy callado. Y... Mac, hoy te he dejado en ridículo.

-¡Que has de haber dejado! -replicó McDermott-. Yo he exterminado veintinueve sioux.

-Y yo treinta. Y como quiera que no había más de cincuenta... eres un embustero, Mac.

El tren llegaba a Medicine Bow. El fuego ceso. Neale se puso en pie para ver la retirada de los indios. Sus filas no parecían particularmente diezmadas.

- ¡Duro y a la cabeza! -gritaba Casey limpiando su rifle-. Mac, ¿cuántos sioux mato Shane?

-¡Begorra! No lo ha dicho aún -contestó McDermott -. Escucha, Shane... ¡Casey!

Al oír el cambio de tono, Neale se volvió rápidamente.

Shane yacía de bruces en el suelo con el rifle aún entre las ensangrentadas manos. Su postura inerte era singularmente significativa.

-Shane... ¡Viejo! - dijo, pero su voz carecía de animación.

Casey dejo escapar la pipa de entre los dientes. Luego, volvió a su compañero de cara. Shane había cumplido por última vez su deber con el U.P.

XVII

Neale, Larry y Slingerland resolvieron volver en otoño a los cerros, visitando el antiguo valle del trampero y localizando el oro de Horn. De momento, Larry proyectaba regresar a Benton, y Neale, aunque indeciso respecto a sus propios movimientos, decidió no perder de vista al cowboy.

Las palabras de despedida del trampero a Neale fueron interesantes:

-En Medicine Bow- anuncio -hay un sujeto que va diciendo como, a su juicio, tu camarada Larry es un «hombre malo» de Tejas.

-¿Un hombre malo? -preguntó Neale.

-Bueno, presumo que quiere decir un pistolero vividor, un baratero.

-Procura que no llegue a oídos suyos -replico Neale -y aconseja a tu informante que tenga cuidado. Siempre he creído que Red era hombre de cuidado.

-Benton ejercerá su influencia sobre el cowboy-continuó Slingerland -y... muchacho... no estoy por demás seguro de ti mismo.

-Venga lo que quiera -dijo Neale brevemente-. Adiós, viejo amigo, y si vuelves a necesitarnos para cazar búfalos sin esos «condenados sioux», como diría Casey, cuenta con nosotros.

Slingerland partió, dejando a Neale muy afectado por la emoción y la melancolía en su despedida. Le impulsaba a meditar. ¿Adónde iban Larry y él? En aquel desenfrenado Oeste las amistades creaban lazos mucho más fuertes que en cualquier otra parte.

El tren llego a Benton ya anochecido. Y en la oscuridad parecía un ventoso abismo del que emergiesen amarillentas luces y excitados hombres. Las tiendas, con sus lomas iluminadas, albeaban pálidas e indecisas como muchas de las vidas que contenían. El gentío se atropellaba; el polvo invadía todo; las charangas tocaban; los vendedores ambulantes vociferaban sus mercancías.

Neale halló los hoteles de más categoría abarrotados y se vio obligado a volver a su antiguo alojamiento, donde Larry y él obtuvieron acomodo.

-Bueno, y ahora que estamos aquí..., ¿qué hacemos? -preguntó Neale, más para sus adentros que otra cosa. Sentíase como impelido. Y la tan temida y aborrecida modalidad comenzaba a apoderarse de su espíritu.

-Ante todo... comer -dijo Larry.

-¿Y después?

-Después saldremos a ver qué pasa por Benton. Neale pensó que en realidad no tenia especial interés en cosa determinada.

-Ahora lo ves todo negro -dijo King solicito.

-Siempre estoy igual, Red.

Larry puso la mano sobre el hombro de su amigo. Tales demostraciones eran raras en el cowboy.

-Camarada, ¿te parece que veamos qué es Benton y luego... borrón y cuenta nueva y a trabajar?

-No; no podría conservar un empleo -replicó Neale.

-Je das por vencido? Estás hecho polvo, como le dijiste a Slingerland. ¿Ya no hay nada que valga la nena? ¿La vida ha concluido para ti en cuanto suponga alegría y felicidad? ¿Ésa va a ser tu tesitura en lo sucesivo?

-Ésa ha de ser, Larry -dijo Neale despreciándose a si mismo al decirlo-. Pero... no hay razón para que te incluya a ti.

-Lo siento - interrumpió el cowboy - pasando por alto sus últimas palabras-. Siempre creí que sabrías sobreponerte a la pérdida de Allie... Tenias otras muchas razones para vivir.

-¡Ojalá hubiese recibido yo la bala que acabó con Shane, Red...! No me mires así. Hablo sinceramente. Cuando los sioux nos hostigaron hoy, se me pusieron los pelos de punta y el corazón me subió a los labios. Corrí, para salvar mi vida... como si la tuviera en gran aprecio; pero... fue por miserable cobardía... estoy harto.

-¿Hablas en serio? -preguntó con voz gutural Larry.

Neale asintió en silencio. No deploraba siquiera el efecto de sus palabras en el cowboy. Adivinaba que por alguna causa el momento era critico y decisivo para Larry y...

no le importaba. Se iba apoderando de él la más negra de las apatías. En su pecho todo parecía duro, cruel, monstruoso. Le era imposible amar algo o a alguien. Estaba perdido. Comprendía la magnifica lealtad del tejano, su único verdadero amigo.

-¡Por amor de Dios, Red! No me hagas avergonzar de mirarte cara a cara -imploró Neale -. Quiero seguir. Tú lo sabes.

-Entonces opino que... ya no hay nada que me retenga - rezongó Larry. Había cambiado de actitud al hablar. Parecía haber envejecido en breves instantes. Faltaba el adusto humorismo, la fácil complacencia en él habituales.

-¡Oh! Perdona mi egoísmo -exclamó Neale-. Podré no ser el que era, pero... no pienses nunca que pueda faltarte mi afecto.

Salieron juntos y el clamoreo de Benton los envolvió.

Las luces y la música los atrajeron y la sombría noche los engolfó en su seno.

Al siguiente día, cuando por la mañana Neale se disponía a almorzar, encontró a un joven cuyo atezado semblante parecióle familiar.

Al verle, el joven se precipitó hacia él sonriendo:

- ¡Neale! ¡Buscarle a usted ha sido como buscar una aguja en un pajar!

Neale no podía recordarle, aunque tampoco puso en ello especial empeño, seguro de que evocaría sus pasadas relaciones con el ferrocarril.

-No le recuerdo -dijo.

-Apuesto a que Larry si - dijo el desconocido dirigiéndose al cowboy.

-¡Vaya! Se llama usted Campbell y era portamira de Baxter - repuso Larry.

-Efectivamente -asintió el otro tendiéndole la mano

al cowboy y luego a Neale. Parecía contento y excitado.

-Ahora recuerdo - murmuró Neale reflexivamente -. Y... ¿decía usted haber estado buscándome?

-¡Con un fanal! -replicó Campbell entregándole una carta.

Neale la abrió apresuradamente. Era una apremiante y breve comunicación de Baxter, instando al joven para que volviese al trabajo. Las palabras, que constituían casi una orden, hincharon el corazón de Neale momentáneamente de gozo. Se quedó con los ojos fijos en el papel. Larry leyó la carta por encima de su hombro.

-¡Camarada! ¡Estaba esperando algo así! ¡Vete en seguida! -exclamó.

Neale sacudió lentamente la cabeza.

Campbell hizo un inquieto y nervioso ademán.

-Neale..., tengo instrucciones... de añadir que... le espera algo más que su antiguo empleo. -¿Que quiere usted decir?

-Nada, salvo que los ingenieros han dado con una pega al oeste de Benton. Es un mal paso. Cuando se niveló este trozo, Henney y usted andaban por el Oeste, en los cerros. Es un profundo tajo... mala pendiente y curvas. La brigada está mano sobre mano y Baxter vociferando : a ¡Que venga Neale a sacamos de este aprieto... !

-¿Dónde está Henney? -preguntó Neale con voz ahogada. Las palabras de Campbell le afectaban hondamente.

-En Omaha. Boone, enfermo en Fort Fetterman. Baxter tiene sólo un novato como ayudante y... le aseguro a usted que es una pega.

-Lástima - dijo Neale -. ¿Está... está el general Lodge allí?

-Sí. Hay un campamento militar. El coronel Dillon y algunos de los oficiales trajeron a sus esposas y... no pudieron soportar la vida en Benton.

-Bien... Dele usted las gracias de mi parte a Baxter y dígale que lamento infinito tener que rehusar - dijo Neale.

-¡No quiere usted venir! -exclamó Campbell. Neale sacudió la cabeza. Larry tendió una suplicante mano.

-Escucha, camarada : opino que debes ir.

Campbell procedió extrañamente, como si quisiera añadir algo más y no estuviese autorizado para hacerlo. Pareció desmayado. Después dijo

-Sea, Neale. Transmitiré sus palabras, pero... no se extrañe si me vuelve a ver.

Y siguió su camino.

-Neale... algo hay en el aire...-dijo Larry-. Me regocija ver que no pueden construir el ferrocarril sin ti. -¿Volverías tú al trabajo? -preguntó Neale.

-¡Corno una bala, si me admitieran ! Pero... entiesado que mi pequeña diferencia de opinión con Smith dejó mal recuerdo. Y... bien pensado... si volviese tendría que pelearme con todos' sus amigos. Lo mejor será que no vaya. Enredaría las cosas para ti.

-¿Para mí...? ¿Acaso no me has oído rehusar?

- ¡Vaya si te he oído! -contestó sosegadamente Larry-, pero... tú vas.., aunque tenga que llevarte atado al caballo.

Neale no hizo comentario alguno. Una palabra más le habría traicionado ante su amigo. Anhelaba volver a su trabajo. El pensar que la brigada de ingenieros lo necesitaba, era motivo de intensa satisfacción. Pero simultáneamente comprendía el enorme esfuerzo que le sería preciso hacer para concentrarse en trabajo alguno. Y temía intentarlo. Desconfiaba de sí mismo. Durante el resto del día anduvo errabundo, con Larry pisándole los talones, sin darse apenas cuenta de lo que hacía. Al oscurecer eludió a su amigo para estar solo. Y la soledad le reveló la existencia en lo más hondo de su ser de una extraña y creciente fuerza, alzándose en armas contra su mórbido deseo de ociosidad, su indolente inclinación a ir a la deriva, a sacrificar inútilmente su vida en aras de una memoria.

Aquella noche le fue imposible conciliar el sueño. Y despierto estaba cuando Larry entró, lento y ponderoso. El cowboy venía semiembriagado. Neale le reconvino, mediando palabras duras y violentas entre ambos hasta que Larry calló, quedándose dormido, y poco después Neale siguió su ejemplo.

Al día siguiente, King volvió a ser el de siempre, olvidadas, al parecer, las palabras de Neale. Éste, en cambio, notó una transformación en su modo de ser. Era la primera mañana, en mucho tiempo, que no veía con aborrecimiento la llegada de un nuevo día.

Cuando salieron, el sol estaba ya alto en su órbita. Para Neale había algo más que su esplendor en el ambiente. Al ver a Campbell, aguardándoles en el mismo lugar en que la víspera le habían encontrado, se aceleró su corazón.

El joven les acogió con una sonrisa.

-Estoy de vuelta -dijo.

-Eso veo-replicó Neale, un tanto cohibido.

-Traigo un mensaje del jefe para usted.

-¡Del jefe! -exclamó Neale.

Larry se les acercó con su característico ademán de asegurarse el cinturón.

-Le pide a usted, como favor personal, que vaya a verle -replico Campbell.

Neale sintió una oleada de sangre en el rostro.

-¿El general Lodge me pide eso? -repitió como un eco.

-Sí ... ¿Irá?

-Yo ... supongo... que tendré que ir-accedió Neale. No le parecía estar decidiendo algo. Tenía que 4r. Aunque ello no implicaba que reanudase su antigua ocupación.

Larry dejó caer una manó sobre su hombro, haciéndole casi tambalear. Su rostro estaba iluminado por la sonrisa.

-¡Ve a desayunarte! -dijo-, y pide algo para mí también. Vuelvo en seguida.

-Dense prisa - conminó Campbell -. Tenemos media hora para comer y tomar el tren.

Larry entró en el hotel, pero fue Campbell quien llevo a Neale al restaurante y quien ordeno el desayunó. Neale no estaba aturdido ni absorto, pero sus ideas no iban más allá de la notable ocurrencia de haberle llamado el general Lodge personalmente. Entre tanto, Campbell iba hablando, con voluble animación, de fundamentos, obras de mampostería, aluviones' y otras cosas que Neale oía sin comprender claramente.

A la sazón regresó Larry llevando la maleta de Neale, que deposito sobre un banco con sumó cuidado.

-Opinó que vale más que te la lleves -dijo.

Neale sentíase constreñido hacia una senda desconocida.

Mientras consumían un rápido desayuno hablaron de cosas indiferentes y, al terminar, salieron hacia la estación.

-Vamos, Larry -dijo Campbell subiendo al tren. Y Neale corroboro

-Vamos.

-Psch..., teniendo en cuenta mi deseó de ver este ferrocarril acabado..., prefiero quedarme - rezongó. Sus azules pupilas chispeaban mirando ufanas a su amigó.

-Larry, dentro de un par de días estaré de vuelta - dijo Neale.

-¡Bah!, camarada... quédate allí. Agárrate a tu empleó y... no lo sueltes.

-No. Lo dejé y dejado quedará. Podré ayudarles, cómo un favor personal, pero... nada más. - Neale movió la cabeza.

-Si me tienes en algún apreció... te quedarás.

-Si te dejó aquí solo, Larry..., acabarás mal.

-Y quedándote... acabaremos los dos -replicó al punto Larry. Había cambiado sutilmente-. Yo... llevó en la masa de la sangre el irme a los infiernos... Opino que ya estoy en camino..., pero eso no reza contigo.

-Mejor se va acompañado -dijo Neale intentando echarlo a broma, mas... fue solo una tentativa. Larry le conturbaba.

-Además... Si aceptas reanudar tus trabajos... te será factible venir a verme de vez en cuando. Pero si desperdicias esta oportunidad, te juró...

Larry se interrumpió. Bajó su tez bronceada se le vio palidecer intensamente. Neale le miró, notando una violenta tensión en el cowboy.

El otro echó atrás la cabeza y pareció suavizar su feroz expresión.

-Te juró que el día que vuelvas... evacuó el local de la Stantón a la hora de más bullicio... para tu regocijo -replicó con sorna.

En el pechó de Neale una llamarada de cólera se fundo con la comprensión del afectó de aquel irrefrenable cowboy hacia él y la melancólica certeza de que procedería exactamente como pronosticaba.

-¿Y si cuando vuelva te sacudo una tollina para evitarlo? -sugirió.

-No haría el más mínimo efecto-replicó seriamente el cowboy.

Sin otras palabras, Neale se despidió de su amigó tomando el tren.

La jornada pareció larga, lenta y con incontables paradas. Por todo el recorrido esperaban al tren los peones para descargar suministros, y en la terminal había una congestión como Neale no viera nunca en sus tiempos. Vagones de carga atestados de bloques de piedra, vigas

de hierro y tirantes para puentes; y brigadas de obreros ociosas atestiguaban la paralización relacionada con el obstáculo que impedía su progreso. Su presencia estimuló la combatividad de Neale. Experimentaba intenso interés por conocer la causa del contratiempo, y su antiguo menosprecio de las dificultades renació.

El campamento al que le llevó su guía estaba a alguna distancia del de construcción, en un pequeño valle atravesado por un curso de agua. Una edificación achatada y larga, de tablas y lona; alzábase adjunta una espaciosa cabaña de troncos y a su alrededor, aunque no demasiado cerca unos de otros, considerable número de pabellones. Predominaban los soldados, de guardia algunos, ociosos los más. Al fondo, en las vertientes del valle, verdeaban los pinos y los cedros.

Neale encontró a Baxter a la puerta del edificio, y la acogida que le dispensó dejó al joven pasmado y estremecido de puro contento.

-¿Qué es lo que les detiene? -preguntó.

-El jefe se lo dirá. Pase-replico Baxter empujándole hacia dentro. Era una habitación de

grandes proporciones llena de humo, de ruido, de hombres y de mesas y papeles. Bajo aspilleras convenientemente dispuestas veíanse fusiles formando pabellón. Alguien habló a Neale, pero no pudo distinguir quién era. Los semblantes que columbraba parecíanle vagos, aunque curiosos e interesados. Baxter le detuvo junto a una mesa. Neale se halló de nuevo ante su jefe. Baxter anunció algo que el joven no oyó claramente.

El general Lodge parecía más envejecido, más adusto, más cansado. Se puso en pie.

-¡Hola, Neale! -dijo, tendiéndole la mano, con una sonrisa-. Venga aquí - añadió llevándole al joven a otro aposento de diferente apariencia. Era más reducido, de paredes de troncos; su entarimado era reciente, así como las nuevas ventanas ; contenía un diván, sillas y mantas indias.

El general Lodge clavó en su ex subordinado una severa y penetrante mirada.

-Neale, al abandonar su puesto frustro mis esperanzas -dijo-. Era mi mano derecha y... me abandonó en los momentos de mayor necesidad.

-General... La injusta decisión de los Comisionados me exasperó -replicó Neale con ahogada voz. Su acción parecíale ahora un agravio personal inferido a su jefe -. Rechazaron mi trabajo por ineficaz.

-Eso no es nada en comparación a lo que yo he tenido que soportar, Neale. Debía usted haber apretado los puños y... seguir adelante. Esas cinco millas de reconstrucción no eran nada... nada.

En el inflexible acento de su jefe, en el cansado y ensombrecido rostro, Neale vio la enorme pesadumbre de la carga que sobrellevaba y, sin saber por qué, pensó en Lincoln. Un arrebato de remordimiento le asaltó. ¿Por qué no había sido fiel a aquel hombre cuando le necesitaba?

-¡Pues, para mí... significaba tanto! -balbuceó.

-¿Por qué no lo considero como antes había considerado otras mil inconveniencias físicas..., una nivelación peligrosa o expuesta, por ejemplo?

-Presumo que... por cobardía.

-¿Por qué no recurrió usted a mí? -prosiguió el jefe. Evidentemente, Neale le había chasqueado.

-Tal vez lo habría hecho, general, pero Larry, mi amigo... tomó cartas en el asunto y... temí que cometiese un desaguisado.

-Ese cowboy... es un buen muchacho... echado a perder. Tuvo una cuestión con uno de los capataces. Con Smith.

-Sí, lo sé. ¿Ha muerto Smith?

-No; pero quedó inútil para el U. P. ¿Donde está ahora su amigo?

-Le dejé en Benton.

-¡Benton! - exclamo el jefe acerbamente-. Yo soy el responsable de Benton. Esta magna obra de mi vida es un infierno sobre ruedas, siempre avanzando... Sin duda su cowboy amigo ha hallado en Benton... su centro.

-Larry se ha disociado de mí..., de cuanto podía retenerle.

-Neale, ¿cuál ha sido su vida? -Neale bajó la cabeza-. Holgazaneando por los campamentos..., yendo a la deriva de un lugar a otro... bebiendo, jugando... ¿eh?

-Vergüenza me da reconocer que últimamente no he hecho otra cosa, general -replicó Neale levantando la vista del suelo.

-Pero... ¿ha tenido usted trato con esas mujeres de los campamentos? - exclamó el general, fijos en él los ojos.

-¡No! -gritó Neale.

La pregunta le había herido en lo más vivo.

-Me alegra saberlo... más de lo que usted se figura, aunque... es igual. Con lo que hizo hay

bastante. Razón tiene, en efecto, para avergonzarse; un joven con su inteligencia, sus dotes, su aptitud y su temple. No he tenido ni un solo hombre a mi lado cuyas posibilidades pudiesen compararse con las suyas. Si hubiese usted perseverado, hoy se vería a la cabeza de mi cuerno de ingenieros. Baxter está agotado. Boone, enfermo. Henney ha tenido que hacerse cargo de los talleres, en Omaha... y usted, con fortuna y con fama esperándole, abandona su puesto para convertirse en un haragán; para beber y jugar y desperdiciar la vida en esos malditos campamentos.

La filípica de Lodge crucificaba a Neale.

-Quizá no sepa usted, general... que perdí... a alguien que me era muy querido... y después... me pareció que nada valía la pena... que nada importaba. - Neale se volvió hacia la ventana. Estaba avergonzado de lo que enturbiaba sus pupilas- De no haber sido por eso... no le habría faltado nunca.

El jefe se acerco a él poniéndole una mano sobre el hombro.

-Le creo, muchacho. Tal vez he sido severo en demasía. Démoslo todo al olvido -su tono se ablandó-. La cuestión ahora es ... ¿Quiere usted volver a su trabajo?

-Baxter en su nota... y... Campbell... me dijeron que habían hallado una pega aquí. ¿Quiere usted decir ayudarles a salir del paso?

-¡Pega! Si así puede llamarse a una amenaza de ver toda nuestra labor... inutilizada... millares de dólares tirados en balde... Pero no se trata de eso. No le pido simplemente que vuelva a sacarnos de un aprieto. ¿Quiere usted volver y perseverar?

Neale se vio arrancado a la melancolía en que sus recuerdos le habían sumido. Miro a su jefe y le pareció otra persona. En su semblante había una luminosidad; en sus labios, un anhelo; en las adusta' pupilas, una expresión de blandura y de afecto que le llegaron al alma.

-¿Quiere usted volver? ¿Ponerse a mi lado hasta el final? - repitió el general con voz profunda y llena. El momento representaba algo más que la mera relación de jefe y subordinado.

-Sí. Volveré -replicó Neale en voz baja.

Sus manos se encontraron.

-¡Bravo! - exclamo el jefe.

Deliberadamente sacó su reloj con mano trémula, consultándolo. Sin levantar los ojos hacia Neale, dijo:

-Más tarde hablaremos... después. Espere aquí. Le enviaré a alguien.

Y salió de la estancia.

Neale permaneció en pie, fijos los ojos en la verde ladera. Sintióse vacilante de piernas y afianzó una rodilla contra el diván. La constricción empezó a disiparse. Una espléndida idea llenó su mente... ¡El jefe le había llamado otra vez para proseguir la magna obra!

-Inmediatamente se abrió la puerta que había a su espalda, volviéndose a cerrar con suavidad. Oyó una especie de suspiro. Alguien había entrado. De repente, la estancia pareció extraña, cargada de un terrible portento. Y se volvió, como si un invisible gigante le hubiese cogido por los hombros.

El otro extremo del aposento quedaba en la penumbra, pero, no obstante, vio la menuda figura de una mujer contra la puerta. Una figura familiar... ¡ Obsesionante fantasma de sus sueños! Perplejo y sin palabras, la miro tambaleándose. Una voz tenue y dulce le llamó, penetrando en su corazón como una daga. Súbitamente pensó haber perdido la razón; aquella inesperada vuelta a su antiguo cometido había desordenado su mente.

El temblor de su cuerpo se trocó en vértigo; su pecho parecía pronto a estallar.

-¡Neale! - repitió la voz. Se acercaba a él rápidamente -. ¡Soy Allie...! ¡Viva... y... salva!

Neale se sintió alzado por invisibles alas. Sus miembros carecían de fuerza... de fuerza y de sensación. El aposento dio una vuelta en redondo ante sus ojos y durante ella apareció el

rostro de Allie. ¡Viva... ! ¡Sonrosada, radiante! El reconocimiento trajo aparejada una conmoción... y se le turbo la vista.

Manos tiernas y temblorosas le retuvieron y amorosos brazos le estrecharon convulsivamente.

XVIII

Neale creyó estar en algún otro mundo... en un paraíso. Sus ojos dudaban del exquisito azul... del vellón de nubes... del áureo rayo de sol.

Junto a su mejilla sentía la cálida impresión de otra, aterciopelada, suave; hebras de cabello castaño cruzaban su rostro, manos afanosas y dulces oprimían su pecho. Al darse cuenta de que Allie Lee vivía, apenas osaba respirar. Y se sintió tan desfallecido, que todo movimiento le fue imposible.

-Pero... ¿no has muerto, Allie? -bisbiseó.

Con un vivo ademán ella levantó la cabeza. Y era, absolutamente, el rostro de Allie Lee.

-Más viva que nunca-replicó riendo en su emoción.

-Pero... ¿de veras... estás... aquí... viva... a salvo... Allie? -repitió él como si oyendo su propia voz le fuese más fácil dar crédito a sus ojos.

-Sí, sí..., aquí, contigo, otra vez... ¿No es, en verdad, maravilloso? Pero... ¡Oh, Neale, qué susto te he dado...! Casi tan grande como tú a mí luego... ¿Estás bien?

-No lo estaba... Ahora sí perfectamente.

Temblaba al mirarla. Sí; era el rostro de Allie Lee; inolvidable, incomparable. Quizás algo más delgada, más tensa. Pero el tiempo y lo que pudiera haber sufrido no hacían sino realzar su belleza.

No le había acaecido daño alguno..., se leía en el purísimo esplendor de su semblante; en las profundas pupilas, oscuras y violáceas, con el denuedo de su alma intrépida asomando a ellas a través de sus sombras ; en los perfectos labios, trémulos y ávidos de amor.

-Neale, me dijeron que habías abandonado tu trabajo, que ibas por mal camino - dijo ella, elocuente de pesadumbre su voz y su expresión.

-Sí, Allie, sí... Te amaba tanto, que... luego de perderte... todo me fue igual.

-Renunciaste a...

-Allie - interrumpió apasionadamente -. No hablemos de mí..., ¡aún no me has besado...!

Allie se sonrojó.

-¿No...? ¡Tú que sabes...!

-¿Cuándo?

-¿Cuándo? ¡No lo dudes! Incluso temí haberte estrangulado...

-No habiéndolo sentido, no cuenta... Perdí de vista el mundo... ¡Bésame ahora..., pruébame que vives y que me amas... !

Y después, cuando Neale recobró el aliento, fue para murmurar

-¡Mi Allie!

-¿Vivo? ¿Te amo? -replicó ella, fúlgidos los ojos como estrellas, arrebolado el rostro con adorables matices rosados.

-Habré de creerlo, pero tendrás que repetir la prueba con frecuencia-dijo el atrayéndola a su lado-. Muchos sueños he tenido, pero... no como este ... ¿A que le debes la vida? ¿Qué providencia te salvó...? Le rezaré. ¿Cómo es que estás aquí? Dímelo pronto.

-Es fácil -replicó-. Aunque quisiera decírtelo todo... ¿Recuerdas los cuatro rufianes que

visitaron la cabaña de Slingerland cierto día, estando todos nosotros allí? Pues... volvieron, precisamente en la única ocasión en que me dejó sola. Prendieron fuego a la cabaña y se me llevaron con ellos. Luego tuvieron una reyerta en la que murieron dos. Yo resolví apoderarme de uno de los caballos y escapar. Estaba a punto de hacerlo cuando vi a los indios que se acercaban. Tuve que disparar sobre el rufián Frank, pero no le mate. A caballo sobre el mustang pretendí evadirme. Los indios me capturaron... Me llevaron a su campamento. Una squaw joven me libertó, acompañándome hasta las afueras del campo... Halle el camino y lo seguí, andando... una eternidad, a mi juicio..., hasta dar con una caravana. Me creí salvada. Pero... el jefe de la caravana resultó ser Durade.

-¡Durade! -replicó Neale.

-Sí. Se dirigía al Este. Me trató bien, aunque amenazándome. Cuando llegamos al campamento de construcción, abrió su sala de juego. Una noche escape. Anduve toda aquella noche y todo el día siguiente y estaba ya a punto de desfallecer cuando halle este campamento. Había oscurecido y vi sus luces. Me acogieron mistress Dillon y las demás mujeres; fueron muy buenas y afectuosas conmigo. Les hablé muy poco de mí. Mi único deseo era ocultarme y que te buscasen a ti. Entonces vino a verme el general Lodge, tu jefe. También fue muy amable, prometiéndome traerte. Ha sido una semana terrible de espera... Mas ahora...

-Allie - exclamó Neale -. No me dijeron ni una palabra de ti..., ni la menor indicación de tu presencia. Me enviaron a buscar con el pretexto de reanudar mi trabajo. Podía haber venido un día antes... cuando me encontró Campbell... ¡Oh!

-Ya sé que no te hallaron al pronto y que hasta ayer no consiguieron encontrarte. Eso me tranquilizo. Un día más o menos, ¿que suponía...? Pero... me extraño su forma de hablar de ti hasta que mistress Dillon me dijo que tu jefe había sufrido una gran decepción contigo..., que te necesitaba... y que era preciso que volvieses al trabajo.

-¡Gran Dios ! ¡Con lo fácil que les habría sido convencerme diciéndome que estabas aquí ! - exclamó Neale con impaciente acento.

-Tal vez por eso fue, querido. Sospecho que el interés del general Lodge por ti le llevaba a desear que volvieses a tu trabajo por ti mismo, por él, por el ferrocarril. Y no por mí.

-¡Ah! -murmuró Neale-. ¿Quién sabe...? Allie... no puedes figurarte lo rudo, lo insignificante que me sentí, hace un momento, cuando habló conmigo... En mi vida he experimentado mayor vergüenza... Me llamó... En fin... ya ha pasado... Dices que estuviste en poder de Durade. ¡Allie..., la sola idea me espanta!

-A mí también -replicó ella-, porque corro mayor peligro ahora, ocultándome aquí, que cuando estaba con el.

-¡Oh, no! ¿Cómo es posible?

-Me mataría por haberme escapado-dijo ella estremeciéndose-. Mientras me estuviera con él, obediente, sumisa, no creo que me hubiese hecho ningún daño. Más miedo le tengo ahora que cuando estaba cautiva.

-Iré con unos cuantos soldados a hacer una visita a Durade -dijo Neale torvamente.

-No; no lo hagas. Déjale en paz. Lo esencial es que me saques de aquí poniéndome fuera de su alcance.

-Pero... eso es imposible de momento-declaró Neale-. No quiero perderte de vista ni un instante, ahora que te tengo otra vez, y por otra parte... he de reanudar mi trabajo, Allie. Lo he prometido.

-Puedo continuar aquí o seguirte a los campamentos, teniendo cuidado de recatarme e ir envuelta en un tupido velo.

-No es lo más seguro... ni el mejor plan-protestó Neale ; y luego dio un respingo y se ensombreció su rostro-: Pondré a Larry King sobre la pista de Durade.

-¡Oh, no, Neale! ¡No lo hagas, por favor, no lo hagas! Larry le mataría...

-Probablemente; y ¿por que no?

-No quiero la muerte de Durade. Sería horrible. Nunca me hizo daño. Déjale en paz. Al fin y al cabo, es el único padre que he conocido. ¡Oh! No es por afecto... Le desprecio, pero... déjale vivir... Pronto me dará al olvido... Su pasión es el juego... Este ferrocarril es un río de oro para el. No puede durar mucho, como ninguno de los de su ralea.

Neale sacudió dubitativamente la cabeza.

-No me parece prudente... dejarle así... ¿Usa su propio nombre, Allie?

-No.

-¿Cómo es? Me describiste una vez su apariencia, pero lo he olvidado.

Allie se negó rotundamente a refrescar su memoria, suplicando a Neale que no complicara la situación, que procurase tenerla a ella ignorada del gentío y que no buscase a Durade.

-Le acompaña mala gente -añadió-. Serían capaces de matarte. Y... ¿crees que... que podría yo seguir viviendo... sin ti?

Sus palabras hicieron olvidar a Neale sus ansias de venganza y todo cuanto no fuera su proximidad y la dulzura de sus labios.

-¿Cuándo nos casaremos? -preguntó después.

La sencilla pregunta hizo desviar el rostro a Allie, y a la sazón oyeron un tabaleo a la puerta. La joven tuvo un ademán de sobresalto.

-¡Adelante! -dijo Neale.

Quien entró fue el jefe, sonriendo con una sonrisa que ablandaba su adusto semblante. Pareció sorprendido.

-¡Parece usted otro, Neale!

-No es para menos con esta causa -contestó el joven riendo y señalando a Allie.

-No fue preciso que jugase mi mejor triunfo para atraerle de nuevo a su trabajo-dijo el general. -¿Por qué no lo hizo?

Allie abandono su -asiento, desasiendo con dificultad su mano de la de Neale.

-Ustedes tendrán que hablar - dijo saliendo precipitadamente de la estancia.

-Una muchacha encantadora, Neale -exclamó Lodge-. Estamos todos prendados de ella. Se nos presentó una noche en demanda de protección y de usted. No es comunicativa. Lo único que sabemos es que usted le salvo la vida en los cerros y que ha estado prisionera. Aquí se oculta día y noche y no quiere hablar. Pero sabemos que teme a alguien.

-¡Y con sobrados motivos! -replicó Neale refiriendo en breves palabras al general Lodge la historia de Allie Lee tal y como la refería ella.

_¡Diantre! -exclamó el jefe- ¡Me deja usted atónito! ... Y ¿qué piensa usted hacer?

-Tenerla aquí. De fijo que, ocultándose un poco y entre los soldados, estará segura.

-Naturalmente, aunque no puede nunca predecirse lo que acaecerá... ¡Si pudiésemos enviarla a Omaha!

-¡No, no! -gritó Neale casi violentamente. No podía soportar la idea de una nueva separación luego de haber vuelto a hallar a Allie. Además, la sugerencia del jefe le había recordado la posibilidad de la comparecencia del padre de Allie. Y la idea le inspiraba un vago temor.

-Comprendo sus sentimientos. No se preocupe, Neale.

-¿De qué naturaleza es el obstáculo que les detiene, general? -preguntó el joven cambiando de tema.

-Es un problema de ingeniería que espero... y deseo que usted nos resuelva.

-¿Quién hizo la primera nivelación?

-Baxter y los ayudantes que tenía entonces -contestó el jefe-. Alguien cometió un error. Posteriores nivelaciones nos dan una rasante de quince metros por kilometro, y eso es

imposible. Hemos de rebajarla a doce. Baxter no sale del atolladero. El nuevo topógrafo está hecho un

lío. Es mal negocio, Neale... no me deja descansar tranquilo.

-No me extraña -concurrió Neale experimentando su antigua hostilidad contra los obstáculos-. Voy a echar una ojeada al terreno.

-Le enviaré a Baxter y a algunos de sus hombres.

-No; gracias. Prefiero ir yo solo de momento.

La aquiescencia del jefe fue silenciosa y elocuente.

Neale salió afuera. El aspecto de las cosas, de los hombres y de los caballos, de cuanto le rodeaba, había cambiado notablemente, de igual manera que él había cambiado. Como el general Lodge dijera, parecía otro.

Fue a la línea en construcción pasando entre los ociosos obreros, las hileras de vagones, las pilas de rieles y de traviesas hasta donde terminaban y luego el fundamento afirmado de la línea, no tardando en hallar el lugar que con su experiencia reconoció como causa de la paralización. Rápidamente se hizo cargo de cuanto habían hecho y de cuanto habían intentado hacer. ¡Cuánta labor innecesaria comenzada y completada en la construcción de la línea férrea!. Trepo por las cotarras del barranco saltando de roca en roca, siguiendo durante un kilómetro el curso del torrente. Era penoso ejercicio, pero... ¡que grato jadear y sudar de nuevo! Volvió sobre sus pasos y ascendió la larga vertiente del cerro. El viento de la cumbre azoto su rostro como una salutación. Su paso era ligero. Más tarde fue acortándolo, examinando, estudiando la configuración del terreno. Neale llegaba a sus conclusiones por deducción. Aquel día estaba inspirado. Y finalmente, la solución del problema se le apareció, indiscutible.

Contempló los ondulantes cerros con reflexiva y soñadora expresión.

Eran maravillosos, fuertes, invariables... y adivinó cómo podían haberle ayudado si los hubiese mirado con ojos que al mirar viesen también.

Ya entrada la tarde, polvoriento y cansado, entro en la gran sala de oficinas. El general Lodge paseaba de arriba abajo mordisqueando su cigarro. Baxter estudiaba planos con cansado aspecto; el coronel Dillon, Campbell y varios otros de los jóvenes estaban presentes.

Neale vio que su modo de entrar, o su apariencia, o ambas cosas, causaban singular efecto. Y se echo a reír.

-¡ Ha sido estupendo... el reanudar el trabajo! -dijo.

Baxter levanto la cabeza. El general tiro el cigarro con un ademán que sugería la súbita reacción de un espíritu cansado pero indomable.

-¿Encontró usted la pega? - pregunto Baxter.

-No - replicó Neale.

La penetrante mirada del jefe comenzó a chispear observando a Neale.

-No pude encontrar la pega, Baxter... porque... no hay pega que encontrar.

Baxter le miro enrojeciendo.

-Muchacho..., ¿no se le habrá subido algo a la cabeza?

-¡Ni que lo piense!, como diría Larry.

-No es cosa de risa, muchacho. Usted acaba de llegar, descansado y fresco, pero aun así, no es razón para tomar a la ligera la dificultad... No es posible..., no puede hacerlo...

- ¡Vaya si puedo! -grito Neale cambiando súbitamente de actitud.

Baxter saltó de su asiento. Su temblorosa mano agitaba en el aire unos papeles.

-Le conozco... de antiguo. Me ha atormentado usted... con frecuencia. Es usted un mozalbete..., pero... esto me ha podido..., no he tenido ayuda... y me hago viejo... Este maldito ferrocarril me ha envejecido... Si..., ha visto usted una solución, dígalo.

Baxter balbuceaba. En efecto, había envejecido. En la voz y en el semblante del ingeniero,

Neale vio todos los problemas del gran ferrocarril.

-Escuche -dijo rápidamente-. A un kilómetro de donde juzgan ustedes que existe la obstrucción, desviaremos el curso del torrente..., desviaremos la linea, construyendo una curva mixta con intersecciones... y lograremos una rasante de menos de doce metros por kilómetro.

Volviéndose a Lodge añadió

-Jefe... Baxter tenía tantos problemas que resolver..., tantas cosas en la mente..., que no es extraño que se le escapase algún detalle... Mañana podrá reanudarse el trabajo.

-Pero..., Neale..., fue usted sin instrumento alguno.

-No lo necesitaba.

-¿Está usted seguro, muchacho? Mire que... lo que está diciendo parece demasiado grato para ser cierto.

-¿Si estoy seguro? -repitió Neale alegremente-. ¡Mire usted a Baxter a la cara!

Efectivamente, una ojeada al semblante del veterano ingeniero bastaba para convencerse.

Aquella noche, Neale fue el héroe de la fiesta. El jefe y sus ingenieros, los oficiales y sus esposas, todos rivalizaron en esfuerzos para celebrar la vuelta al trabajo del joven.

El ágape fue alegre y reflexivo a la par. Baxter pronuncio un discurso, iluminado el rostro por la satisfacción al ensalzar la juventud, el genio y el poder de inspiración de un par de chispeantes ojos.

Neale tuyo que contestar. Con voz emocionada y profunda entono un canto a la Providencia que le había devuelto a su trabajo y a una felicidad que ya creía inexistente para él. Rechazaba el calificativo de genio que se le había conferido, aunque no la mágica virtud de los ojos negros. Y termino rindiendo un sincero y caluroso acatamiento a Baxter.

Durante la fiesta, Allie permaneció silenciosa, arrebolándose y palideciendo alternativamente. Para ella era una prueba conmovedora. Finalmente, Neale y ella lograron escabullirse, reuniéndose en el aposento testigo de su primera entrevista de aquel día.

Muy juntos el uno al otro, se situaron ante la ventana, mirando en silencio el sosegado valle. La luna llena derramaba su pálida claridad a raudales sobre los cerros, y fajas de plata ponían en marcado contraste las circundantes sombras. Era tarde. Los centinelas montaban su guardia con mesurado paso.

Allie volvió el rostro hacia Neale.

-Lo que han dicho de ti me causa tanta alegría como el haber vuelto a verte -dijo.

-¿Lo que han dicho? ¿Quién? ¿Qué? -preguntó él como saliendo de un sueño-. Yo no oí nada.

-¡Oh! ¡Yo sí que lo oí! ... Por ejemplo, míster Baxter dijo que eras genial.

-¡Adulación! -replicó Neale-. Más en su punto estuyo la referencia a los chispeantes ojos, a mi juicio.

- ¡Que grato me sería creer que puedo inspirarte! Pero sé y tú sabes, que si no hubiese estado yo aquí, la solución del problema se te habría aparecido igualmente. Di la verdad.

-Sí, es cierto -contestó él francamente- si bien acaso no tan pronto. Hoy me sentía capaz de ver a través de las rocas.

-Eso demuestra tu valía... Tu deber fue siempre secundar a tu jefe. ¡Oh! ¡Como le aprecio! ... Hoy parecía hasta rejuvenecido. Les has infundido nuevos ánimos a todos... ¡Oh querido Neale! En lo que puedes hacer por él hay un gran fondo de nobleza. ¿No lo ves?

-Sí, Allie, sí.

-Prométeme... que no le faltará nunca tu concurso.

-Te lo juro.

-Ocúrrame a mí lo que quiera. Hoy estoy aquí, contigo, salva..., pero... no es posible predecir lo que... y no me refiero particularmente a Durade y a su cuadrilla... La vida es tan

incierta aquí... Prométeme que, ocurra lo que ocurra, no abandonarás tu trabajo.

-También te lo prometo -replicó Neale con voz velada por la emoción-. Pero... me asustan tus palabras. ¿Tienes... algún motivo de temer por ti?

-No; de veras que no.

-El Destino no podría ser tan brutal para con nosotros... volviéndote a arrebatar de mi lado. En todo caso, no quiero ni pensarlo.

-No lo pienses. Yo tampoco... No te lo habría pedido... si esta noche no hubieran puesto de relieve ante mí tu mérito, tu oportunidad; y estoy tan ufana... ¡tan ufana! Algún día serás célebre, Neale.

-Si tan ufana estás..., si tan digno de admiración me crees, ¿como es que no he recibido recompensa alguna tuya?

-¡Recompensa mía! ... ¿Cuál?

-¿No puedes suponerlo?

Ella estaba pálida, elocuente, grave; él, enternecido, alegre.

-¿Qué puedo hacer, Neale?... No tengo nada... con que recompensar obra tan grande como la tuya de hoy.

-¡Criatura! ¿Y tus labios?

La gravedad de Allie desapareció en una sonrisa.

-¡Vaya!, como diría Larry, ése es mi privilegio. Pero... hablaste de recompensa; mis labios... son tuyos... siempre, mas... no son una recompensa.

-¿No? Escucha. Por un solo beso..., si tuviera que ganarlo así..., excavaría aquellos cimientos..., alzaría sus traviesas y sus rieles uno a uno, con mis desnudas manos y...

-¡Neale! Hablas como un chiquillo. ¿Quién dijo que algo se te había subido a la cabeza?

-Así fué, en efecto..., tu rostro... a la luz de la luna.

Por un instante oculto ella su rubor contra su pecho.

-Quiero..., quiero hablar en serio -dijo-; quiero darle gracias a Dios por mi buena estrella. Pensar en ti, en tu trabajo... y en el porvenir..., y tú..., tú no piensas sino en mis labios.

-Puesto que en tu porvenir han de tomar parte muy importante los besos, ¿por qué no empiezas tu trabajo ahora mismo?

-No me atosigues. Cuando pides algo de mí..., sea lo que quiera..., no tengo voluntad. Me siento arrastrada por algo inexplicable..., lo noto ahora como solía notarlo cuando me hacías vadear el arroyo.

-¡Oh! Ése es mi más dulce recuerdo tuyo. ¡Lo que me ha obsesionado! ...

Callaron unos momentos. En el espacio iluminado por la luna los centinelas paseaban monótonamente. Un coyote lanzo su hípido agudo y salvaje. El viento ululaba en tono menor. De pronto, Neale se sacudió como si despertara.

-Allie..., se hace tarde y debemos separarnos... El día de hoy ha sido bendito para ambos. Mi gratitud es honda, sincera, salida del fondo de mi corazón, pero... no te dejaré marchar... sin la recompensa.

Ella alzó el rostro blanco y noble hacia la luz de la luna.

XIX

Al despertar bruscamente Neale en la tienda que le fué asignada, vio que era ya día claro. En sus oídos vibraba un penetrante sonido cuya naturaleza, de momento, no pudo discernir. Al terminar, comprendió Que había sido un toque de clarín. Y le siguieron rumores de voces y

movimiento de soldados en conmoción.

Abandonó sus mantas, calzándose v endosando su chaqueta. Afuera, los soldados iban y venían en presurosa

pero ordenada actividad. Neale pregunto a uno de ellos qué ocurría.

-¡Pieles rojas, begorra!... Y en ayunas-contestó el interpelado, con disgusto.

Neale pensó en Allie con el corazón sobrecogido, aunque una rápida ojeada a su alrededor le tranquilizo respecto a la inminencia de un ataque indio al campamento. Atisbo al general Lodge y al coronel Dillon entre un grupo formado frente al alojamiento de los ingenieros. Y fué

unirse a ellos.

-Buenos días, Neale -dijo el jefe- Como verá, ha reanudado el trabajo con todas sus consecuencias. Y Dillon añadió:

-Una modesta diversión para celebrar su vuelta, Neale.

-¿Qué ocurre? -preguntó el joven.

-Acabamos de recibir un telegrama: «Nutrida banda sioux, nada más. El telegrafista dice que cortaron el hilo antes de que terminase el mensaje.

-«Nutrida banda sioux » -repitió Neale-. ¿Entre Benton y aquí?

-Desde luego. Hemos enviado un explorador a caballo vía abajo.

-Neale, dentro encontrará armas, escoja lo que más le convenga -dijo el general Lodge-. Almorzará con nosotros en las oficinas. Aún no sabemos a ciencia cierta qué ocurre, pero, con las mujeres aquí es peliagudo para nosotros. No tenemos edificación alguna que pueda hacer, en caso de apuro, de fuerte.

-Podríamos improvisar defensas y una empalizada con las traviesas de la vía -sugirió un oficial.

-No es mala idea, pero... tendrán que acarrearlas los soldados. Hoy no llegará el tren obrero hasta aquí.

-No es probable. Utilizaremos a los niveladores del campamento arribeño... Neale, vaya a armarse y tome algo. Tendré un caballo a punto para usted. Quiero que vaya a buscar a esos niveladores.

-Corriente -dijo Neale-. ¿Han dicho ustedes..., saben las mujeres lo que ocurre?

-Sí; y su prometida tiene un temple de acero. Dése prisa.

El joven marcho a cumplir su cometido sin ver a Allie. Había recibido orden de no ahorrar a su caballo. Sabía que la distancia que separaba ambos campamentos era bastante considerable aunque la ignoraba a punto fijo. Y la posibilidad de que al regresar se viera interceptado por los indios llevaba a su ánimo una clara percepción de la gravedad del momento.

Experimento alguna dificultad al bajar y subir las dos vertientes del desfiladero, mas una vez salvadas nudo seguir el basamento de la vía, ya afirmado y tendido, llevando en línea recta al campamento. El terreno, blando en un principio, no era muy adecuado para un jinete, pero después llegó a la parte apisonada y engravada, en la que pudo avanzar con mayor celeridad. La distancia resultó superior a lo que había previsto. Probablemente, excedía los veinte kilómetros. Pasó a galope junto al campamento de un tren de carretas que por su pacífico aspecto parecía no estar relacionado con la labor del ferrocarril, y a poco dio con la brigada de doscientos y pico de niveladores que se disponía a comenzar sus faenas. Su llegada provocó un alto general. En breves palabras, Neale transmitió las órdenes recibidas y, dando media vuelta a su caballo, se dispuso a emprender el regreso.

Al pasar por segunda vez frente al campamento de carretas, varios hombres de tosca apariencia le interpelaron.

-¡Indios! -gritó Neale sin detener su galope.

Volvió luego la cabeza viendo a uno de ellos arengar a los demás gesticulando desaforadamente.

El retorno era todo cuesta abajo y el caballo, enardecido, daba de sí cuanto podía. Muy a lo lejos de la línea, Neale vio columnas de humo alzándose lánguidamente. Parecían ocurrir a mayor distancia que el campamento, pero aun así le llenaron de inquietud. Palideció ante la idea de que el lugar donde se hallaba Allie Lee pudiera verse atacado por los indios. Sus temores fueron, empero, infundados, ya que no tardo en divisar los blancos pabellones y la cabaña indemnes y las columnas de humo alzándose aún en la lejanía.

Entró en el campamento por su lado oeste a tiempo de ver al explorador de Dillon hacer lo propio a galope tendido por el este. Neale desmontó ante el grupo de oficiales que le aguardaban, dando su parte.

-¡Bravo! - replico Dillon-. ¡En verdad que no le esperaba tan pronto! ¿Podremos contar con esos niveladores dentro de una hora?

-Sí. Me parece haber visto caballos bastantes para, cuando menos, la mitad de la partida -contestó Neale.

-A ver qué dice Anderson -murmuró el coronel.

Anderson era el explorador. Llegó, negro de sudor y de polvo, en un mustang jadeante y cubierto de espuma. Según su informe, le había sido imposible ponerse en contacto con soldados o brigada obrera alguna, pero le bastaba lo que había podido ver personalmente. A mitad de camino de Benton, una numerosa falange de sioux había levantado la línea, deteniendo e incendiando el tren obrero, sucediéndose un desesperado encuentro en el que llevaban la peor pare los obreros por razón de estar ardiendo el convoy. Era preciso enviarles refuerzos sobre la marcha.

El coronel Dillon mandó tocar botasillas.

Neale sintió un escalofrío al oír la orden.

-General- dijo-. Si los sioux nos circundan aquí en el campamento, apurados nos veremos para defenderlo.

-Tiene usted razón, Neale. Esas vertientes, con sus rocas y sus árboles, les ofrecerán excelente reparo. El que escogió este emplazamiento no pensaba ciertamente en los indios..., pero no es de esperar un ataque aquí.

-¿Y si enviásemos a las mujeres a los cerros?-sugirió Neale.

Anderson sacudió la cabeza.

-Lo pasarían peor; aquí tienen ustedes donde resguardarse: agua, provisiones y refuerzos en perspectiva. Cuenten que se trata de una importante partida de sioux con avanzadas y exploradores en todos los cerros.

Se acordó dejar un destacamento a las órdenes del teniente Brady hasta la llegada de los niveladores. Entonces, se encargarían éstos de su custodia y Brady, con su fuerza, seguiría al coronel Dillon.

En el campamento, a más de Allie Lee, había cinco mujeres y todas acudieron a despedir a los expedicionarios. Neale oyó al coronel asegurar a su esposa que no existía el menor peligro, pero su rostro palideció intensamente. Las demás mujeres, excepción hecha de Allie, estaban a todas luces despavoridas. Neale halló nuevos motivos de ufanía en la muchacha, que no demostraba temor alguno a los sioux.

El general Lodge, con el coronel Dillon, se puso a la cabeza de las tropas. Salieron del campamento al trote, con una nube de polvo, desapareciendo pronto tras la curva del cerro. Los soldados que quedaron pusieron en pabellón sus rifles y con las traviesas de la vía comenzaron a alzar una empalizada y defensas. El explorador, Anderson, ascendió la vertiente hasta un disimulado lugar, desde el que estaría al acecho. Las mujeres recibieron instrucciones

de permanecer en la cabaña de troncos adjunta a la endeble edificación que servía de oficina a los ingenieros. Baxter, con sus ayudantes, inspeccionó los fusiles y municiones de que disponían, y Neale, recogiendo mapas, planos y diseños, los metió en un saco para tenerlos a mano.

Pasó velozmente el tiempo y a la media hora empezaron a llegar los niveladores. Montados a pelo, a veces dos en un caballo, blandiendo sus armas..., un centenar largo de irlandeses ansiosos por pelearse fuera como fuese. Su llegada acalló los temores de Neale, aunque una extraña sensación que no podía calificar ni precisar seguía agobiándole. Su optimismo habíale abandonado de momento, atribuyéndolo a exceso de emoción y a su egoísta y probablemente exagerado recelo por la seguridad de Allie.

El teniente Brady emprendió la marcha con sus soldados, dejando a los indignados obreros el encargo de transportar las traviesas y concluir la empalizada y los baluartes. Como siempre, los irlandeses prorrumpieron en airadas protestas al ver que era trabajo y no pelea lo que les esperaba.

-¡Echadnos para acá a los condenados sioux! -fue la despedida que oyó Brady, reveladora del espíritu de la brigada.

En una hora tuvieron erigido una especie de parapeto de dos metros de alto, hecho de traviesas, circundando el alojamiento de los ingenieros. Y apenas habían terminado la tarea, cuando alguien vislumbró al explorador Anderson galopando temerariamente ladera abajo. Baxter levantó los brazos al cielo.

-¡Ya está! -dijo-. Neale..., me convenzo de que no soy tan joven como antes.

Anderson entró en el parapeto y desmontó.

-Sioux -fue su única palabra.

Los niveladores acogieron la información con estruendosos hurras, pero cuando Anderson hubo señalado a la cumbre del cerro y observaron la nutrida banda india que emprendía el descenso de la vertiente, el entusiasmo se enfrió un tanto. Era la fuerza hostil más numerosa que Neale había visto. La aparición de aquellas cenceñas y feroces figuras le enardeció la sangre, provocándole simultáneamente un escalofrío. Los indios salvaron la más alta pendiente, congregándose en las lindes de la arboleda, fuera del alcance de los rifles. Desmontando allí, celebraron, al parecer, consejo. Neale vio claramente a un viejo jefe de tribu, con su emplumado atavío, señalar hacia ellos con la mano. Luego la fuerza se puso en movimiento, disgregándose, y en un instante habríase dicho que los había tragado la tierra.

-¡Preparaos para un sitio! -gritó Baxter.

Las mujeres acudieron francamente desmoralizadas por el pánico.

-¡Los indios! ¡Los indios! -gritó mistress Dillon-. Los hemos visto... desde la cabaña... escurrirse por entre las peñas...

-¡Adentro! ¡Que no salga nadie de la cabaña! -ordenó Baxter.

Allie fue la primera en entrar. Neale, obligándola a buscar refugio, se alarmo al ver su extraordinario cambio de expresión.

-¡Allí! ¡Allí! - murmuro ella intentando señalar. Los primeros disparos y el silbido de las balas subrayaron la urgencia del momento.

-Ve... adentro... -dijo Neale.

Entre los niveladores, la excitación llegaba a su apogeo. A cubierto del parapeto comenzaron a disparar sin fin determinado.

-¡Anderson! Con algunos hombres encárguese de la parte trasera de la cabaña-ordenó Baxter.

El explorador pidió voluntarios, y tantos fueron los que quisieron seguirlo, que bloquearon la angosta abertura entre el parapeto y la cabaña. De pronto, uno de los que se hallaban a retaguardia hizo un movimiento que permitió a Neale verle. Fue una mirada momentánea,

pero el joven comprendió que le había reconocido. El sujeto desapareció con los demás, dejando a Neale presa de extraña sorpresa. Su semblante habíale sido familiar, si bien no recordaba cuándo o dónde le había visto. Las rubicundas facciones, de soez y malévola expresión, duras y prominentes, hacíanse más vívidas en su memoria al esforzarse su mente en evocar el recuerdo.

-¡Adentro, Neale! -gritó Baxter.

Él y Neale, con los cuatro ayudantes, recorrieron los diversos aposentos de la logia, distribuyéndose las aspilleras, entre los troncos y las ventanas, por las que hacer fuego sobre los indios. Neale no tardo en convencerse de que, salvo los penachos de humo que de tiempo en tiempo saltaban tras las rocas de la vertiente, carecían de blancos sobre los que disparar. No se veía signo alguno de los indios. Los niveladores seguían tirando, cuando, en opinión de Neale, les habría valido más economizar su pólvora. Se oían los impactos de las balas enemigas en los troncos y a veces algunas de ellas entraban silbando por las ventanas para clavarse en la pared opuesta. Neale cerró la recia puerta que ponía en comunicación la logia con las habitaciones de los ingenieros. Los proyectiles atravesaron de parte a parte la más frágil estructura de lona y tablas. Después, fue de aposento en aposento buscando a Allie. Dos de los ayudantes, puestos de rodillas junto a una aspillera, apuntaban y disparaban llenos de entusiasmo. Campbell estaba levemente herido y lívido de ira y de terror; Baxter atisbaba, al resguardo de la ruda jamba de una ventana.

-No hay sobre quien tirar, muchacho -dijo exasperado.

-Paciencia; no piensa lo mismo la cuadrilla irlandesa y... están malgastando municiones.

-Las tenemos de sobra, déjeles que tiren cuanto quieran. Aunque no toquen a ningún piel roja tal vez los ahuyenten.

-Si las tropas vuelven pronto..., ¿podemos aguantar aquí? -dijo Neale.

-¡Ya lo creo! Por más que... también deben estar pasando lo suyo. Entiendo que no se trata de la misma banda sioux que ha atacado el tren obrero.

-Lo mismo creo. Y si la fuerza no regresa antes de que anochezca...

Neale no acabó la frase y Baxter hizo un ominoso ademán.

-Nos veremos en un mal aprieto -dijo-. Pero... en peores nos hemos visto ya en la construcción del U. P.

Neale encontró a las mujeres en uno de los más vastos aposentos, agrupadas en el espacio que, entre dos de sus paredes, dejaba libre una enorme chimenea de piedra. Estaban, aparentemente al menos, sosegadas. Al ver a Neale, Allie sapo a su encuentro, tendiéndole las manos, que temblaban, a su pesar.

-¡Neale! -dijo-. ¡He visto a Fresno!

-¿Quién es?

-Uno de la partida de Durade.

- ¡No! -exclamó el joven! -levándosela aparte -. Tienes miedo y...

-Las facciones de Fresno son inconfundibles -aseveró positivamente ella-; es uno de los cuatro rufianes que incendiaron la cabaña de Slingerland y me raptaron a mí.

Neale sufrió un violento sobresalto, cogiendo a Allie por un brazo.

-¡Yo también le he visto! Momentos antes de entrar... me pareció reconocer a uno de los hombres que comparecieron aquel día en el valle. Un sujeto fornido.., rubicundo... de aviesa y malévola expresión.

-Es Fresno... Su cuadrilla y él deben de estar acampados cerca de los niveladores que habéis traído. ¡Oh! Más miedo me inspiran ellos que los indios.

-Pero, Allie... ignora que tú estés aquí... no te ha visto nadie... y la fuerza volverá muy pronto y dispersará a los pieles rojas.

El estrecho abrazo de Allie pareció comunicar al joven algo del terror que aquellos

Librodot

forajidos le inspiraban. Procuró tranquilizarla, afectando una calma que distaba mucho de sentir y, conminándola para que no se moviese de aquel más resguardado lugar, volvió a su apostadero en otro aposento.

Le irritaba, alarmándole a la par, la posibilidad de que un nuevo peligro amenazase a Allie, impetrando del cielo la pronta vuelta de las tropas.

Pasó el día rápidamente, en continua y alertada tensión para los sitiados y en compás de espera para sus sitiadores, que mantuvieron un fuego intermitente durante toda la tarde, salvo cuando algún temerario nivelador, corriendo de un apostadero a otro, se atraía una descarga. Del mismo modo, cualquier movimiento en la maleza de la vertiente que pudiese sugerir la presencia de un indio provocaba el fuego de los defensores. Mas en realidad no pudo decirse que hubiera encuentro.

Era evidente que los sioux esperaban la noche. Al caer el crepúsculo, una saeta, partiendo rauda del arco, surcó los aires dejando tras de sí una estela de chispas, como un cohete. Pareció ser la señal de desencadenarse una horripilante algarabía de alaridos. Los disparos cesaron en la ladera. Al cerrar la noche, comenzaron a chispear por doquier puntos luminosos. Los sioux se disponían a lanzar ignitas saetas, por descargas, sobre el campamento.

Anderson fué a consultar con Baxter.

-Estamos cercados -dijo concisamente-. Los salvajes se proponen desalojarnos de aquí incendiando el lugar. La situación es en extremo delicada.

-¿Qué puede hacerse? -preguntó Baxter.

En aquel momento se oyó un sordo impacto en la techumbre, sobre sus cabezas. Al sonido sucedió un prolongado y estridente griterío.

-Eso ha sido una saeta ígnea -declaró Anderson.

Los hombres salieron, como de común acuerdo, afuera.

La oscuridad era ya completa. En las vertientes parpadeaban pequeñas fogatas. Sobre el tejado del edificio vieron un punto, rojizo como un ascua, que fué perdiendo color hasta desaparecer. Luego, de la ladera partió una ráfaga de fuego, pasando alta por encima del campamento.

-Tarde o temprano acertarán - murmuró Anderson. Neale oyó patear al caballo del explorador, que se había quedado en la empalizada.

-Escuche, Anderson -dijo-, ¿y si yo cogiese ese caballo y, al amparo de las sombras tratara de ponerme en comunicación con la tropa? El albur vale la pena de correrse.

-Ya se me había ocurrido -replicó Anderson-, si bien... confío que podamos apagarlo a medida que ellos lo vayan provocando. Disponemos de agua en abundancia y es de noche. Lo que más temo es que incendien los pabellones, porque entonces será como si fuese de día y no podremos arriesgarnos a subir a las techumbres.

-Neale, entre y... llame a los muchachos -dijo Baxter.

Neale tuvo que ir a tientas por los aposentos. Llamó a sus compañeros, yendo luego a ver a las mujeres, aconsejándoles entereza y confianza y asegurando que la fuerza estaba a punto de regresar.

Cuando salió de nuevo afuera, el aire parecía lleno de surcos luminosos.

Los vocingleros niveladores contestaban en son de desafío a los alaridos indios. Sobre el campamento caía una continua lluvia de chispas.

Los sioux habían dejado, por el momento, de disparar sus rifles y, a juzgar por sus aullidos, estrechaban, a cubierto de la noche, las distancias.

De repente, en la parte exterior del parapeto, resplandeció una viva llamarada. Se había incendiado uno de los pabellones. Los indios la acogieron con estridentes chillidos. Neale y sus compañeros se agazaparon en la oscuridad. La encendida lona comunicó, en breve, el

fuego a la contigua, ardiendo ambas como si fuesen de papel e iluminando el -campamento y las vertientes. Pero... no se vio ni un solo indio. Los alaridos cesaron. Neale oyó el zumbido de sus saetas. Casi al mismo tiempo tiempo, la techumbre de los alojamientos de los ingenieros, formada por simples tiras de lona sobre bastidores de madera, empezó a arder. Al minuto, el techo de la cabaña estaba en llamas. El fuego se fué propagando de pabellón a pabellón y la escena apareció tan claramente iluminada como por los rayos del sol. Se volvió a oír el crepitar de los rifles. Los astutos indios descargaron una lluvia de balas en la empalizada y sobre las paredes de los edificios .. Los defensores, en tanto, no acertaban a ver ni uno solo de sus sitiadores contra quien dirigir sus disparos.

Anderson, Neale y Baxter celebraron grave conferencia, en la que convinieron con el explorador en lo desesperado de la situación y en la necesidad de desalojar las tiendas y sacar a las mujeres.

Neale, amparándose en la empalizada, fué hasta su abertura. Por aquel lado, las edificaciones quedaban aún en la penumbra que se iba esclareciendo. Corrió a lo largo de la pared, oyendo silbar las balas a su alrededor. En la parte trasera de la cabaña, los indios parecían haber acumulado fuerzas. Neale llegó a la esquina, asomando la cabeza cautamente. Las incendiadas tiendas iluminaban aquel sector. Vio a los niveladores diseminarse y echar a correr los unos hacia un lado de la cabaña, hacia el opuesto varios de ellos, y hacia la puerta y la ventana que aún quedaba entre sombras. En aquel aposento había una puerta abierta y por ella vio arder la techumbre de las habitaciones de los ingenieros, oyendo asimismo los aterrados gritos de las mujeres. Evidentemente, salían por su propia iniciativa hacia la empalizada. El joven se dirigió al lugar donde había dejado a Allie y la llamó. No obtuvo respuesta, porque el estruendo de afuera y el rugido de las llamas ahogaban su voz. La habitación estaba a oscuras. A tientas recorrió la pared, la chimenea, la esquina. Allie no estaba allí ; sus manos entraron en contacto con el saco que le había confiado, conteniendo los mapas y documentos recogidos previamente. Sin duda, al huir de la incendiada cabaña lo había dejado caer, pero... no era propio de la muchacha obrar así. Mientras tuviese fuerzas y sentidos, Allie no se habría separado de una cosa confiada a su custodia. Quizá no había salido de la cabaña. Neale prosiguió su búsqueda, dándose cuenta del acrecentamiento de la contienda afuera. Oyó los traquidos de la madera sobre su cabeza. La cabaña ardía como tea... En el aposento trasero había hombres combatiendo, gritando... Neale sólo pudo entrever formas imprecisas y los fogonazos de los disparos. El humo era muy denso. Alguien, desde dentro o fuera, estaba pretendiendo echar la puerta abajo con un pico.

Neale decidió que cualesquiera que hubiesen sido sus movimientos, Allie no habría seguramente entrado en aquel aposento. Volvió sobre sus pasos, siempre a tientas en la oscuridad.

De pronto, un mayor volumen de ruido ahogó los traquidos, los disparos y los gritos. Neale corrió a la ventana. El resplandor de los incendiados pabellones decrecía. Pero en los bordes del área luminosa vio destacarse una hilera de hombres a caballo.

-¡Los soldados! -gritó alborozado. Un enorme peso pareció descargarse de sus hombros. Las tropas rendirían breve cuenta de aquella banda de traicioneros sioux.

Corrió otra vez al aposento trasero, logrando hacerse oír a pesar del bullicio. Aparentemente, la nueva de la llegada de refuerzos no afectó a los allí congregados. Su an

siedad por Allie le hizo olvidarlo todo, incluso la liberación del campamento. La cabaña estaba ardiendo, pero se proponía no abandonarla hasta tener la absoluta certeza de que la joven se hallaba escondida o desmayada en su interior. Cuando terminó la búsqueda, la techumbre comenzaba ya a derrumbarse. Saltando por la ventana volvió a la empalizada.

Aunque la claridad era menos viva. Neale pudo ver distintamente. Algunas de las pilas de traviesas ardían y el calor obligaba a los hombres a apartarse. Por doquier veíanse soldados y,

al parecer, el crepitar de los rifles cedía. Los sioux se batían en retirada.

Continuó la búsqueda de Allie. Halló a mistress Dillon y a sus compañeras, pero la joven no estaba entre ellas. Todo lo que pudo sacar de las despavoridas mujeres fué que cuando empezaron a escapar de la incendiada cabaña, Allie las acompañaba y... no la habían vuelto a ver.

Neale no se desanimó, aunque su corazón se oprimía por momentos; Allie estaba escondida en alguna parte. Frenético, buscó por todo el recinto preguntando a cuantos hallaba a su paso, intentando penetrar de nuevo en la cabaña, convertida ya en un brasero. No halló rastro alguno de ella.

Adquirió el absoluto convencimiento de una calamidad. Mientras la cabaña ardía y los niveladores y soldados atisbaban alerta, Neale buscó entre todos el rostro del hombre al que había reconocido : el rufián llamado Fresno. Y su búsqueda fué también infructuosa en este caso. Las horas sucesivas pareciéronle horrenda pesadilla. No le quedaba sino una esperanza..., la de que con el nuevo día apareciese Allie en alguna parte.

Por fin amaneció. Y el alba reveló múltiples cosas. Los sioux habían desaparecido y si en la refriega sufrieron pérdidas, no dejaron evidencia de ellas. Los alojamientos de los ingenieros, las oficinas y los pabellones estaban reducidos a cenizas; utensilios, ajuares, provisiones, grano, instrumentos, todo cuanto poseían de valor, excepto los mapas y planos que Neale había salvado... estaba destruído. Los soldados que habían ido a la defensa del convoy de obreros dependían ahora de ese mismo convoy para su aprovisionamiento. Muchos de los niveladores sufrían heridas, aunque por fortuna no había que lamentar muertos. Contáronse además nueve desaparecidos, entre ellos Allie Lee.

El golpe fué terrible. Pero no se dejó rendir por él. Ni por un instante aceptaba la teoría de sus simpatizantes amigos de que Allie, saliendo enloquecida por el terror del aposento en llamas, hubiese caído en poder de los sioux. Volvió con los niveladores, no sorprendiéndole ver que había desaparecido el tren de carretas con el que cruzara al ir en busca de refuerzos. Siguió sus huellas hasta el próximo campamento, perdiéndolas allí al confundirse sus rodadas con el tráfico de la más concurrida carretera. Al día siguiente hizo a caballo el recorrido hasta Benton, pero todas sus indagaciones, todos sus esfuerzos fueron estériles. Si bien la desesperación y el abatimiento se apoderaron de él, ni por un instante pensó en darse por vencido. Recordaba cuanto Allie le había dicho. Aquellos granujas habíanse apoderado otra vez de ella. Daba entero crédito a sus palabras, hallando un cierto consuelo en la idea de que, si estaba nuevamente en poder de Durade, no se hallaría al menos a merced de rufianes como Fresno. Aunque precaria, la esperanza le sostuvo, confirmándole en su decisión de dedicar el tiempo que su trabajo le dejase libre a buscar a Allie.

Ésa fué la causa de que Neale, luego de cumplir con su obligación en la línea durante el día, regresase al anochecer con las brigadas obreras a Benton. Si Allie Lee vivía, tenía forzosamente que estar en Benton.

XX

Neale fué a alojarse con su amigo Larry. En un principio estimó preferible no decirle al cowboy su encuentro con Allie y su segunda desaparición. Y cuando finalmente se decidió a hacerlo fué para lamentar al punto su imprudencia.

Larry tomó muy a pecho la noticia, inclinándose hacia la idea de que hubiese caído otra

vez en poder de los indios. Empero se expresó en términos de extremada acerbidad hablando de los tipos de la calaña de Fresno y, en general, de toda la caterva de rufianes, desperados y hombres fuera de la Ley, tan abundantes en Brenton.

Neale suplicó a Larry cautela y precaución, haciéndole ver la conveniencia de proceder encubiertamente, de ir averiguando con la mayor discreción y prudencia cuanto pudiese conducir a encontrar a Allie en vez de obrar con impetuosidad y alocamiento.

-Camarada, opino que Allie está perdida -dijo sombríamente Larry.

-¡Oh! ¡No, Larry, no! Sin saber porqué, presiento que vive... que está bien. Si hubiese muerto e algo peor, ¿crees que no me lo diría el corazón?

Larry no quedo convencido. Conocía en sus más recónditos aspectos la vida fronteriza y sabia cuánto una mujer como Allie tenia en contra suya.

-Opino que habrá que dar con ese Fresno -dijo.

Y se hundió más que nunca en la vorágine de la vida noctámbula de Benton.

Una tarde, al volver del trabajo, Neale halló al cowboy en su alojamiento. En la semioscuridad, la actitud de Larry le pareció extraña. Tenia entre manos el biricú. Neale encendió la lámpara.

-¡Red! ¿Qué ocurre? ¡Estás pálido! Estás enfermo.

-En el salón de baile querían ponerme en la calle - dijo.

-¿En cual?

-En el de la Stanton.

-Y... ¿te pusieron?

-Opino que no. Me fui yo. Y tarde o temprano desalojaré yo ese local.

Neale no sabia qué pensar de la apariencia del cowboy. Larry parecía relajar. Sus labios, usualmente firmes y duros, temblaban, como temblaban sus manos. Con sombrío y torvo talante balanceo el biricú en la mano como indeciso de separarse de él aun para acostarse.

-Red..., ¿qué has hecho? -pregunto Neale empezando a vislumbrar la verdad.

Larry le miro y su mirada confirmo la suposición.

-¡Efectivamente! -rezongó el cowboy adivinando la pregunta que el otro no se atrevía a formular.

-¡Por todos los infiernos! ¡Sabia que acabaríamos así! -exclamó Neale crispando los puños-. ¿Has... matado a alguien?

-Camarada... opino que si -contestó el cowboy -. No me detuve a comprobarlo... La primera vez desde hace Dios sabe cuánto que fogueo así... y ahora... volverá, tan fijo como que hay infierno.

-¿El qué... volverá? -preguntó Neale.

Larry no contesto a la pregunta.

-¿A quién ha sido? -insistió Neale.

-Camarada..., ya sabes que no soy orador -replicó Larry.

-Así y todo... me lo dirás a mí - replico apasionadamente Neale quitando de entre las manos a Larry el biricú v el arma, tarándolos sobre la cama.

-Bueno - rezongó Larry suspirando-. La otra noche estuve en el salón de la Stanton y una muchacha me hizo cucamonas... Claro que la saqué a bailar... Si nos hubiesen dejado en paz habríamos hecho muy buenas migas, pero... va detrás de ella un montón de gente y algunos no me miran con simpatía. Uno... que llamaban... Cordy... estuvo... impertinente. Es de los que farolean, yéndose de la lengua más de la cuenta. Yo no quería meter a Ruby, la muchacha se llama así, en ninguna bronca y aguanté pacienzudamente. Hoy volví al salón. En cuanto me echo la vista encima, Ruby me saco a bailar. Ya sé que no soy ningún bailarín, pero... procuraré aprender. Y la cosa iba como una seda cuando compareció el Cordy, desatinado. Traía un compañero y, por lo visto, los dos se habían tomado libertades con la bebida. ¡Tenias

que haber visto a la concurrencia apartarse! Eso me hizo pensar que el Cordy y su amigo debían haber bravuconeado de lo lindo para crearse una reputación. Comprendi en seguida que todo era jarabe de pico. Claro que no sabían, no podían saber nada de mi. Pensaban que yo era un patán zanquilargo y pelirrojo de Tejas. Sea como quiera, se me dio a entender que cabía en lo posible que pasaran cosas si no me marchaba. Y... ¡hay mujeres que son demonios ! Ruby no se movió, con la cabeza ladeada, los párpados entornados y una ligera sonrisa en los labios. Es más que un demonio. Una muchacha decente descarriada... son las más peligrosas... Bueno, pues va y dice «Reddy, ¿vas a dejar que te echen de aquí? Te advierto que no tengo que darles cuenta de mis actos.» Naturalmente, le di un cachete a Cordy para que se callase. Lanzo un berrido, agitando las manos v yéndose a la empinada, como hacen esos matasietes cuando quieren parecer alguien. Yo le dije vivamente : « ¡ Estáte quieto... ! » Y el condenado idiota va y echa mano al revolver... Bueno, le cogí por la muñeca, le quité el arma, dándole en las costillas con ella, y se la volví a meter en la pistolera. Estaba furioso, pero... pálido y sorprendido. Reconozco que obré muy inesperadamente para él. Y le dije: «Mi festivo amigo, si vuelves a pensar en hacer esto otra vez... déjale dicho a tu amigo donde ha de llevar tus restos... » Y... opino que me creyó.

Larry hizo una pausa, enjugándose el rostro y humedeciéndose los labios. Evidentemente estaba muy afectado.

-¿Qué más? -dijo Neale con impaciencia.

-Hasta entonces, todo fué bien -resumió-, pero el compadre, que estaba bebido, se creyó obligado a sacar la cara por Cordy, empezando a dar tales gritos que ceso la orquesta y ahuyento a la mayoría del salón. Ruby se quedo. Será lo que quiera, pero tiene enjundia. Mañana iré a verla.

-Mañana no irás -declaró Neale-. Sigue, acaba de una vez.

-Bueno, pues... el sujeto empezó a ponerse pelma y vi que no tenía sentido bastante para dejarse convencer. Entonces... me enfrié. Antes me solía pasar siempre igual... y él va y me dice : « ¿Dejará usted de ir con Ruby? » Y yo, muy fino : «Opino que no». Entonces él adopta una postura como si fuera a montar a caballo y me dice : « ¡ Saque su revólver!, «¿Para qué?», le pregunté inocentemente. Y él, dirigiéndose 'a la gente que asomaba la cabeza por la puerta: « ¡Porque voy a matarle y no mato nunca a un hombre que no tenga el hierro en la mano! »

»A lo que yo le contesto, más atento aún : «Eso no es justo. Dispare usted primero.»

»Y el muy... suicida, me grita: ¡Pelirrojo!»

»Hizo su suerte. Di un salto aprisa y le largué un mamporro con la izquierda. Se tambaleo sin llegar a caer al suelo. Y al rehacerse, echo mano... »

Larry se volvió a interrumpir. Su actitud era de acerba ironía.

-Cuando se desplomo pude cerciorarme de que no había llegado a tocar su revolver... como ya suponía yo. Pero... lo que me ha hecho cisco... es que mi bala le atravesó de parte a parte, y como esas malditas paredes son tan delgadas... fué a herir a una muchacha en otro aposento... Está mal herida... ¡Cuando menos, deberían tener paredes que detuviesen los proyectiles.

Neale volvió a oír el suceso de labios de Ancliffe y solo difería del relato del cowboy en el elogio de su consumada sangre fría. Ancliffe, que había sido testigo presencial del lance, asevero que ni la bebida, ni el acaloramiento, ni la fanfarria habían tenido parte en determinar la conducta del cowboy. Ancliffe hablo largamente de Larry. Por lo visto estaba impresionado por su singular aspecto y peculiar actitud. El inglés tenía extraordinarias dotes de observación y de la reciente escena saco la conclusión de que lo ocurrido no era para Larry inusitado ni extraño.

Neale recordó lo que Slingerland le había dicho en Medicine Bow. Y aquella noche, Hough y otras varias amistades le detuvieron, después, para hablarle de Larry Red King.

Algunos tejanos, de paso en Benton, habían reconocido al cowboy. Eran grandes

ganaderos y hasta que no estuvieron con un pie en el estribo para marchar no se les deslió la lengua. El verdadero nombre de Larry era Fisher. Tenía un hermano, famoso proscripto (hombre fuera de la ley) de Tejas, llamado King Fisher. Larry fué siempre conocido por Red Fisher y cuando abandono Tejas iba camino de ser tan notorio como su hermano. Tejas no se le había hecho inhabitable hasta que dio muerte a un sheriff. Era pistolero de nacimiento y se le conocía, por su destreza en el manejo del revolver, en todos los ranchos de extremo a extremo de la región. Excelente caballista y muy ducho en su profesión ganadera, contaba con numerosos amigos, especialmente por no haber manifestado nunca malas costumbres o arrebatos de genio injustificados. Pero... tenía deplorable e irresistible inclinación a usar el revolver, pareciendo acechar sus pasos una especial mala suerte que le ponía en continuos conflictos. Su roja pelambrera daba pie a múltiples chanzas, a las que era en extremo sensitivo y peligroso por la misma razón. Tejas, cuna de los más afamados maestros en el uso del revolver, contaba pocos que pudieran igualársele en destreza, celeridad y sangre fría.

Neale no dijo nada a Larry de cuanto le habían contado. El cowboy sufría una sutil transformación que no afectaba, empero, a su tesitura con el joven. Benton y su desenfreno podían haber sido su centro. ¡Tantos y tantos hombres inspirados por el tiempo y el lugar querían estar « a la altura» en Benton! Pero... duraban un día y quedaban relegados al olvido. El mayor acatamiento rendido a Larry King fué el cambio de actitud del salvaje campamento. Hasta entonces, había sido uno de tantos... un desconocido. Mas llego el día en que los salones de juego suspendieron su actividad. Su fama corrió de boca en boca, acrecentándose al circular, y con ella se acrecentaron las envidias, los odios y los temores. Se susurraba que Larry iba sobre la pista de un hombre - o de varios - de California. Y era notoria su pregunta a los recién llegados. « ¿Daría la casualidad de que vinieran ustedes de California? ¿Han oído hablar de una cuadrilla que raptó a una muchacha aquí, en los cerros? »

Aunque no del todo justificada por su interés en dar con Allie, Neale trabó amistad con Place Hough; Ancliffe busco igualmente su trato y con' frecuencia se le veía en compañía de ambos. Con Larry King no intimaron fácilmente. El cowboy habíase convertido en un factor «enervante» para cualquier comunidad. Su presencia no era símbolo de una hora apacible. Porque Larry, a despecho de su sorna y su placidez, aparentaba realmente ser lo que los visitantes de Tejas habían dicho que era. Sus aceradas pupilas frías y punzantes en el rubicundo rostro; su llameante cabello, su figura entera, sin contar el eterno revolver colgado, siempre a mano, del biricú, eran características tan notables como para hacer sentir su presencia. Beauty Stanton afirmaba que el cowboy había arruinado su negocio y que vivía en perpetuo terror de el, aunque Neale dudaba de la veracidad, cuando menos de la primera de sus afirmaciones. Todo negocio, bueno o malo, prosperaba en Benton.

Fue típico en aquella atrayente y notoria mujer simu-tanear su terror de Larry con una violenta pasión por Neale. El joven no se habría percatado de ello de no llamar su atención el peculiar humorismo de Hough y la indolente indiferencia de Ancliffe, que anticipaba en el un riyal. Su conversación, como la mayoría de las conversaciones, dejaba frío a Neale. ¿Qué podían decir que les importase? Empero, tanto Hough como Ancliffe comenzaron a adquirir mayores proporciones en el espíritu del joven. Desperdiciaban sus vidas hora por hora, día por día; mas, bajo la desapasionada y glacial fiebre de lucro del uno y la serena y meditada decisión de pasar inadvertido el otro, había huellas de mejores años pretéritos, Benton estaba lleno de tahures y de proscritos que antaño fueron caballeros. Neale los encontraba a veces..., jugaba con ellos, observándolos. justipreciándolos. Habían hecho holocausto de la vida, alcanzando, en cambio, el contentamiento de la desilusión, mientras el sentía en su pecho una continua lucha. Se juraba, como había jurado a Larry, que sin Allie la existencia era desesperanzada y huera y, no obstante, no renunciaba ni un segundo a la esperanza. La

Librodot

excitación y el atractivo de los salones de baile le estaban negados, aun cuando los conocía, y si los frecuentaba, como frecuentaba muchos otros lugares, era en busca siempre de una posible huella sospechosa.

El juego fue la sola excusa que pudo hallar para encubrir la verdadera causa de su presencia en Benton. Y tuvo que soportar como mejor pudo la bajeza de sus asociados. Huelga decir que las mujeres tenían libre entrada en todas partes.

En los primeros días, Neale se vio solicitado e importunado; luego le menospreciaron y por fin lo dejaron en paz. Y al correr del tiempo, aunque ciego o insensible a sus halagos, sus modales corteses y atentos con cuantas mujeres cruzaban su camino llegaron a granjearle la admiración y el respeto generales.

Si bien en la más notoria de las salas de luego había siempre partida y las mayores puestas procedían de profesionales como Hough, al hallarse frente a frente, reservábase considerable parte del tiempo para esquilmar a los constructores del U. P., a los jornaleros cuyo oro era universal imán.

Neale gano en cuantas partidas tomo parte con Place Hough, y disipo sus ganancias en aquellas en que ayudaban a sus contrincantes una mayor destreza o malas artes.

Cierto día, un grupo de capitalistas del Este visito Benton. La fama del poblado atraía numerosos curiosos, muchos de ellos que anhelaban «echar una cana al aire» en los salones de baile y en los garitos. Había una especie de contagio en la licencia que afectaba a los más egoístas o puritanos. Cuando Benton v su crapulosa vida hubiesen pasado a la historia, sería digno de recordar y de que ufanarse.

Place Hough encontró antiguas amistades entre unos visitantes de St. Louis que habían venido con idea de ver el ferrocarril y Benton y, quizá, invertir capitales. Y les aseguró plácidamente que para hacer memorable su visita tendrían que jugarse, cuando menos, el sobrante de sus inversiones. En consecuencia, se organizó una partida a base de fuertes apuestas, y Neale, con Hough y cinco de los visitantes, formaron la mesa.

Aunque no lo demostrase, las visitas procedentes del Este encocoraban a Neale. Temía de continuo encontrarse con alguno de los directores, por quienes prefería no ser visto en aquel medio. Por eso, mientras jugaba, solía permanecer con los ojos fijos en sus cartas. Entraban y salían gentes sin que se percatase de ella.

La fuerte partida atrajo numerosos mirones. Los forasteros eran vocingleros, bebían recio y perdían con una ecuanimidad que despertaba interés hasta en Benton. Neale tuvo altibajos en su suerte al principio, y luego se le puso francamente de espaldas hasta obligarle a pedir dinero prestado a Hough.

A la sazón, Beauty Stanton, con Ruby y otra mujer, entraron en la sala atrayéndoles al punto la partida con evidente complacencia de los visitantes. Y luego, inopinadamente, compareció Larry Red King, calmoso, indiferente, como siempre, con el cigarrillo en los labios, acercándose a contemplar el juego.

-¡Hey! ¿Es él? - bisbiseó uno de los forasteros refiriéndose a Larry.

-Ése es Red -dijo Hough -. Espero que no venga buscando a alguno de ustedes, señores.

Se echaron a reír, aunque sin espontaneidad.

-He visto su igual en Dodge City -dijo uno.

-Ofrecedle un puesto en la partida -apuntó otro.

-No; Red es muy vivo -observó Hough- y no quiero pensar lo que ocurriría si pescase a alguien empandillando cartas.

Se volvieron a sumir en los meandros y fascinaciones del poker.

Neale no pudo prestar al juego atención indivisa. Larry estaba allí, atisbando, y su mera presencia le helaba la sangre. Ruby también andaba cerca con sus entornados párpados velando los misteriosos ojos fijos en él. Beauty Stanton se acercó a su espalda.

-Neale, vengo a traerle suerte -dijo poniéndole una mano en el hombro.

En efecto, cambió. La fortuna volvió a sonreírle con su legendaria veleidad y tuvo una serie de «manos» que apilaron el oro y los billetes frente a él y atrajeron triple número de mirones. Al darse por terminada la partida ganaba tres mil dólares.

-¿Ve usted como le he traído suerte? -murmuró Beauty a su oído. Y del otro lado de la mesa Ruby le sonrió, provocativa y obsesionante.

Neale invitó con un ademán a todos hacia el bar. únicamente las mujeres y Larry rehusaron. Irresistiblemente, Ruby gravitó hacia el cowboy.

-¿Está usted relacionado con la línea? -preguntó a Neale uno de los forasteros.

-Sí -replicó el joven.

-Me parece haberle visto en Omaha, en las oficinas de la Compañía. Mi apellido es Blair. Soy proveedor de suministros, con el Comisionado Lee, que tiene intereses de importancia afectos a la empresa.

Los labios de Neale se juntaron como un cepo y dejó el vacío vaso. Murmurando una excusa se unió al grupo de que se había separado. Larry sentábase en el borde de la mesa; Ruby a su lado hablaba volublemente; la Stanton y la otra se habían sentado.

-Dicen que estás en la opulencia -rezongó Larry al verle acercarse- Préstame algo, camarada.

Neale miró a Larry y luego a la muchacha. Ella bajó los párpados.

-Ruby, ¿le gusta a usted Larry? -preguntó.

-Más que un traje nuevo-replicó ella, zumbona.

-Reddy, ¿te gusta Ruby? -insistió Neale.

Beauty Stanton sonrió interesada. Las otras se acercaron; Larry miró a su amigo con indolente sorpresa.

-Opino que fué un caso... de amor fulminante -dijo con sorna.

-Por la boca muere el pez-exclamó rápidamente Neale-. Acabo de ganar tres mil dólares; vuestros son. ¿Queréis aceptarlos... abandonar Benton y volver a... no... y marchar al Oeste... a hacer vida nueva, los dos?

-¿Juntos? -preguntó la Stanton saltando de su asiento con el rostro encendido. En aquel momento no era difícil de comprender por qué la habían llamado Beauty (beldad).

-Sí, juntos - repitió Neale-. Habéis empezado mal, pero sois jóvenes... y nunca es tarde. Con ese dinero podéis adquirir un rancho... y empezar a vivir.

-Camarada, ¿estás seguro de no tener una copa de más en el cuerpo? -preguntó Larry con ironía. La muchacha hizo un ademán denegatorio.

-Demasiado tarde -murmuró.

-¿Por qué?

-Larry es malo, pero no depravado... Yo... soy las dos cosas.

-Ruby. Está usted equivocada -replicó francamente Neale-. Mala... hasta cierto punto sí, y, si quiere, pervertida también, pero depravada, no y... con una oportunidad...

-No -repitió ella.

-Vais los dos camino de la perdición. ¿Qué sentido tiene?

-No veo que usted vaya precisamente camino de la gloria -repitió Ruby.

-El eco repite sus palabras -asintió Larry con sorna-. Camarada, estás lamentablemente bebido.

-Nunca estuve más sereno. Que lo diga miss Stanton -protestó Neale.

-Ciertamente, no está usted como dicen -replicó ella -; lo que está es...

-Mochales -interrumpió Ruby.

Una carcajada acogió la ocurrencia.

-Es posible que tenga ideas raras -concedió Neale sintiéndose palidecer-. De tiempo en

tiempo sufro arrebatos de... no sé de qué. Sería capaz de hacer algo muy grande... si mi corazón no hubiera muerto.

-El mío está muerto y enterrado -dijo Ruby amargamente-. Vamos, Beauty, vámonos a otra parte a buscar hombres que hablen de vino y de mujeres.

Deliberadamente, Neale alargó la mano deteniéndola cuando iba a dar media vuelta.

-No es usted de las que hurtan el cuerpo -dijo-. Tiene agallas. Está resuelta a ir hasta el cabo de la calle... pero... tampoco es de las que creen que la cabeza solo se hizo para ponerse el sombrero. Usted puede y sabe pensar. Y la prueba es que teme hablar conmigo.

-No le temo a nada ni a nadie, pero... usted es un... simple..., un aguafiestas, un...

-Lo único que importa es... que todavía no es tarde,

-¡Demasiado! - gritó ella con trémulos labios.

Neale sintió su dominio sobre ella.

-Nunca es demasiado tarde -contestó con vehemencia- y puedo demostrárselo. -Ella le miró en silencio. En lugar de Ruby, la meretriz de Benton, parecía la sombra de otra mujer.

-Camarada, repito que o estás bebido o más loco que una cabra -exclamó el cowboy alzándose entre ambos con su típico ademán de ajustarse el cinturón.

Larry presentía acontecimientos.

-En más de una ocasión la he importunado -siguió diciendo Neale-. Será la última... pero dígame la verdad... ¿Podría yo conseguir arrancarla de esta vida?

-¿Arrancarme... ? ¡Hombre de Dios ! ¿Como?

-No lo sé... de algún modo... Tendría siempre a gala el haber salvado a una mujer como usted... a cualquier mujer... de este infierno.

-Pero... ¿como? -balbuceó ella. La acerbidad, la ironía, la culpa de su vida parecían inexistentes.

-No acepto mi plan con Larry... Pues bien, déjeme buscarle un hogar... un asilo... entre gentes de bien.

-¡Dios! ... ¡No habla en serio! -exclamó ella dirigiéndose a sus amigas.

-Absolutamente en serio - aseveró Neale.

La tensión de la muchacha se relajo. Su semblante reflejo un renacimiento del alma.

-No puedo aceptar -dijo; y si le dio las gracias fué con una mirada. Ciertamente, jamás tuvieron sus pupilas, a juicio de Neale, expresión parecida mirándole. Después, abandono la estancia seguida de la acompañante de la Stanton. Ésta se quedo. Parecía atónita, desmayada. Larry encendió un cigarrillo.

-Eso se llama una mujer franca -dijo-. Neale, si sigues bebiendo y te da por ahí no tendrás dinero bastante.

-En todo caso lo perdería -replico Neale, distraído.

-Pues, antes de que sea tarde, acuérdate de tus amigos.

Generosa e impulsivamente, Neale puso entre las manos de Larry, sin contarlo, un puñado de ,billetes y de oro.

-¡Condenación! ¿Me has tomado por un Banco?

Hough y Ancliffe se unieron a ellos contemplando sorprendidos al tejano buscarse bolsillos en los que repartir la pequeña fortuna.

-En Benton, con la misma facilidad se gana que se pierde -observó el tahur sonriendo. Y al detenerse sus miradas en la Stanton le intrigo verla tan callada-. ¿Qué te ocurre, Beauty? -preguntó.

-¿Que me ocurre...? Place... acabo de tener un instante de olvido..., un feliz instante... y me siento enferma hasta el alma.

Ancliffe tuvo un gesto de sorpresa, tomándolo literalmente.

Beauty Stanton miró a Neale.

-¿Querrá usted venir a hacerme una visita? - preguntó con dulzura.

-Gracias... no -replicó Neale, resentido. Era la segunda vez que recibía igual invitación rehusando fría pero cortésmente las que interpretaba como insinuaciones suyas. En la presente ocasión apenas estuvo correcto.

La Stanton se sonrojó. Parecía a punto de contestarle apasionada y vivamente, pero domino el impulso de su irritado amor propio, abandonando con Ancliffe la sala.

-¿Sabe que la Stanton está enamorada de usted, Neale? -preguntó Hough.

- ¡ Qué dislate !

-Como lo oye. Esa clase de mujeres son para mí un libro abierto. Lo venía sospechando, pero ahora... apuesto lo que quiera. Y usted conoce mi manera de jugar.

-Me vio ganar un montón de dinero y... -dijo despectivamente Neale.

-Otra apuesta. ¿A que no logra usted hacerle aceptar ni un dólar? Apuesto cualquier cantidad y con las condiciones que usted quiera.

Neale no acepto la apuesta. ¿De qué hablaban? ¿A qué venía todo aquello? Sentíase confusa la mente. Quizá en efecto bebiera demasiado. Le conturbaba el recuerdo de los ojos de Beauty y de Ruby. ¿Que les había hecho a aquellas mujeres?

-Hoy está usted más excitado que de costumbre -observó Hough -, debido acaso a su racha de suerte y... ha sermoneado a las chicas.

Neale confeso su oferta a Ruby y a Larry, y su propio impulso.

-Ruby me llamo simple... y aguafiestas... y dijo que estaba loco. Quizá tenga razón.

-¡Aguafiestas 1 -repitió Hough riendo-. Apuesto a que se lo llamo antes de que usted declarase su intención.

-Antes, sí. Le aseguro, Hough, que a veces tengo impulsos desconcertantes. Surgen como un meteoro en un cielo azul. Habría sido capaz de hacerlo por Ruby... ¿Loco, dice usted...? Pero..., ¡por todos los diablos!, no es cosa perdida. Tras aquel impulso había algo muy hondo..., extraño..., incomprensible. Estoy a merced de cada hora que paso aquí. Se me ha metido Benton en las venas y en Benton veo un producto de este gran avance del progreso... de la civilización... del U. P. Somos átomos de una fuerza que no llegamos a comprender... Vea Larry King... ese cowboy estaba centrado... fijo como una roca su carácter... y Benton ha puesto de relieve lo peor, lo más brutal y lo más vil de su naturaleza. Hará algo terrible. Y usted también. Place Hough, usted, a despecho de su glacial e implacable dominio de sí mismo. Llegará el momento, nacido de este ambiente anormal... No sé explicarme, pero sí sentirlo. En este averno que es Benton hay fuerzas en continua producción, invisibles, monstruosas, innominadas como las tumbas que a diario se abren en el desierto... ¡Qué pocos de los honrados trabajadores de la tierra piensan en el espíritu que les anima! Ese irlandés... Shane... peleo con denuedo mientras se le escapaban los sesos por la herida... yo lo vi y no supe comprenderlo entonces. Quise ocupar su puesto... me dijo que no ... que su lesión era leve y que Casey se reiría de él... Sí... ¡ Casey se habría reído ! ¡Son hombres ! ¡ Y se cuentan por millares! El U. P. avanza..., no hay quien lo detenga. La fuerza de una nación entera le empuja... y yo, que he perdido cuanto me interesaba, y usted, que es un zángano entre las abejas, y Ruby y la Stanton y las de su ralea, infelices criaturas absorbidas por el vórtice... y esa turbamulta de parásitos... todos nos sentimos tan vivamente afectados por ese espíritu, que llegamos a crecernos y tenemos audacia para afrontar en sus alturas y en sus profundidades cosas imposibles.

-Debe usted de estar bebido -dijo Place gravemente-, y, sin embargo, lo que dice me impresiona. Soy un tahur, pero a veces..., en ciertos momentos, pienso que podría ser más o ser menos. Hay un misterio en el aire. Este Brenton es un caos. ¡Esos obreros de la línea ! Les he visto trabajar y penar y combatir. De día sudan, sangran, cantan y bromean... sin abandonar su labor. Y de noche las furias se apoderan de ellos. Mientras los lobos de Benton les saquean

Librodot

y devoran, se pelean entre sí. Heroicos de día..., son satánicos de noche, y así..., sea por su espíritu, sea por lo que quiera..., ellos marcan el paso a los demás.

Cuando al día siguiente despertó, el elemento parásito de Benton hallo a la muchacha Ruby muerta en su lecho.

Hubo que forzar su puerta. No la habían asesinado. Antes de morir debió destruir gran parte del contenido de un baúl. Habíase puesto un sencillo atavío que nadie en Benton le conocía. No pudo esclarecerse el medio de que se había valido para quitarse la vida. Era... una de tantas. Más de una muchacha de las que componían la masa de Benton había buscado similar lenitivo a sus duelos, tomando el atajo que libraba sus vidas de nuevos sufrimientos.

Cuando Neale, al regresar por la tarde al poblado, lo supo, Ruby estaba ya en su tumba. Cuadró a su temperamento el ir, al caer el día, a contemplar en silencio el desnudo y arenoso túmulo, sin lápida..., sin marca. ¡Otra tumba anónima! El zumbido sordo y apagado del nocturno despertar a la vida de Benton llegaba hasta allí. La arena rechinaba; un coyote ladraba, y, sin embargo, reinaba el silencio. El crepúsculo se prolongaba plácido en el desierto, las sombras iban acrecentándose.

Por casualidad, la fosa de la mujer era vecina de la de un peón al que causo la muerte un barreno prematuro. Neale recordaba el lugar. Con frecuencia iba a visitarlo, atraído por una morbosa fascinación de contemplar la creciente hilera de tumbas. Como el rudo obrero, la liviana mujer había dado su vida por la vía férrea. En el paralelo, Neale vio un símbolo.

Volvió al poblado, conturbada la mente. Recordó la última mirada de Ruby. ¿Había quizá despertado su conciencia? Por Hough supo que la muchacha habíase ausentado del salón de baile, negándose a todos en aquella postrera noche de su vida.

Un incidente relacionado con la infeliz hizo que perdurase su memoria más de lo que, por lo general, en Benton perduraban.

Antes de acaecer, Neale había ya adivinado la tragedia, presintiéndola. Pero fué tan impotente para prevenirla como cualquier otro espectador de los salones de la Stanton.

Larry King había reaccionado de su peculiar manera a la noticia del suicidio de Ruby y a los rumores de su causa. Entró en el salón, interrumpiendo con una sola voz la música y el baile.

-¡Ven aquí! -gritó al demudado Cordy.

Y echo, de un empujón, al sujeto al centro de la sala, abrumándole con cuantos viles improperios y denuestos le vinieron a las mientes, insultándole, despreciándole, tundiéndole, avergonzándole hasta que la exasperación le llevo a buscarse el revolver, pero antes de que su mano llegase a tocarlo, Larry le disparó certeramente.

XXI

En los días precedentes al de paga, Benton parecía moderar su loca carrera, quizá para prepararse mejor al gran evento. Solamente las salas de baile y los garitos mostraban alguna actividad y, aun en ellos, la diferencia era notoria.

El más agitado lugar eran los muelles del ferrocarril, porque cada tren traía enormes cargamentos de víveres, mercaderías y bebidas, cuyo acarreo constituía un verdadero problema para los trajineros.

La víspera del día de paga marcó el comienzo de un singular ciclo de cambio. De los campamentos de nivelación y de tendido, millas al oeste de Benton, llegaron en los trenes millares de obreros. Inevitablemente, al día de paga sucedían varios de inactividad. Era difícil

incluso reunir hombres bastantes para echar los piensos y abrevar a los tiros y yuntas. Y, en caso de una incursión india, lo habrían pasado mal a no ser por la fuerza, siempre vigilante. Para los soldados, día de paga no significaba día de asueto.

Una incesante corriente de hombres afluía a Benton del Este y del Oeste, y aquella noche su característico rugido fué alegre, anticipante, subyugador.

El poblado, con sus acrecidos millares, despertó temprano. La mañana era clara, fresca y sonrosada. En el desierto, los matices cambiaron de gris pálido a rojo, y los remolinos de polvo que seguían al viento parecían nubecillas radiantes con todas las tonalidades de la puesta del sol. El silencio, la soledad y la ininterrumpida llanura ofrecían vívido contraste con el agitado torbellino que era Benton. Al anochecer, el poblado parecía un hormiguero del que se alzaban cantos, gritos, aullidos y toda clase de ruidos groseros, crudos, roscos, pero llenos de alborozo. El día de paga y de asueto había llegado.

Casey era uno de los millares de obreros soldados que adaptaban su modo de ser a las circunstancias. Él y sus semejantes eran peones que con una palabra podían transformarse en regimientos. Afeitaron sus hirsutos rostros y vistieron lo mejor del cofre... el tropel de bronceados, recios, turbulentos muchachos. Sobre sus anchos hombros, la eterna maldición de Adán parecía ligera carga.

Por excepción, aquella mañana no se alzó el viento que usualmente tenía los quince centímetros de polvo blanco en continuo movimiento. Hasta los elementos esperaban. Las fuerzas celestiales sonreían en la diáfana y cristalina mañana... y las del averno aguardaban el curso de las horas, la oscuridad y la noche.

A las nueve, más de cinco mil hombres congregábanse en la estación, diseminados en su mayoría por el abertal en la parte de la línea que daba al desierto. Esperaban la llegada del tren de numerario. Era la única hora de orden absoluto que conocía Benton. Se oían risas, profanidad, tumulto, un continuo zumbido que, comparado con el habitual rugido, era agradable. Los obreros charlaban en grupos y, como todas las muchedumbres de hombres sosegados y serenos, muy dados a bromear.

-¿Qué es lo que debo, Mike? -preguntaba un fornido nivelador.

Mike se rascó la cabeza.

-¿No eran treinta dólares esta vez?

-Lo eran -asintió el otro-. ¡ Qué memoria tienes, Mike!

Un gigantesco negro se hacía el bravo ante sus compañeros.

-¡Voy a abrirle la cabeza a ese condenado! -proclamaba.

-¡Que es tu amigo, Bill! ... Sosiégate, hombre, sosiégate -aconsejó un camarada.

Un carretero escribía una carta con una tabla por mesa sobre las rodillas.

-¿Vas a enviar dinero a casa, Jim? -preguntó uno.

-En cuanto cobre mi paga-asintió el otro.

-¡Ahora me acuerdo! ¡Tengo que pagar el traje que llevo puesto ! ...

Un grupo de ajustadores charlaba en un altozano próximo a la vía.

-Bandy..., estás mal de la vista.

-¡ Yep ! Ahí viene... -corroboró un tercero-, y... ya era hora. No tengo ni un perro gordo que echar a pelear con otro.

Le rieron la ocurrencia todos excepto uno de sus camaradas, que, más callado, tenía los ojos fijos en el horizonte. Estaba pensando en su hogar, en su esposa y su hijita y en lo que un día de paga representaba para ellas. Bandy le puso una amistosa mano sobre el hombro. -Frank, el último día de paga la cogiste de tamaño natural..., toda la noche anduviste suelto. Yo me propongo esta vez tener sentido.

Frank lo recordaba, pero no dijo lo que en el último día de paga había olvidado.

Una pendiente gradual arrancaba de Benton, cruzando el árido desierto hacia Medicine

Bow. La línea férrea la hendía, reduciéndose a un mero hilo en el horizonte. Los impacientes allí congregados divisaron, al fin, una humareda a lo lejos y luego la hilera de movedizos objetos. Entre la muchedumbre se alzó un inquieto murmullo. ¡El tren estaba a la vista! A juzgar por el sutil cambio, desasosegado, nervioso, que sufrió la multitud, habríase dicho que era presagio de alguna calamidad. Se inició un lento pero irresistible avance, hijo del unánime deseo de ocupar los lugares más próximos al convoy. Una pendencia aumentó el desconcierto. Desde lo alto de un vagón, un capataz gritaba órdenes que nadie atendía. Cuando silbó el tren su entrada en Benton, un ronco alarido salió de aquella masa de hombres, pero no de un grupo, ni de todos..., sino como pasado de boca en boca..., sonido extraño, inicial de otros más extraños todavía.

Llegó el tren. Bajó su escolta de soldados para mantener el orden. Y la muchedumbre se fué individualizando al entrar uno a uno por un lado del vagón, saliendo por el otro.

Bates, un gigantesco cavador, bravo de oficio, fué el primero de la fila; el primero en percibir su parte de las fortunas en oro que salían del vagón aquel día.

Mucho antes de que la mitad de aquel gentío hubiese cobrado su paga. Bates yacía cadáver en el arenado suelo de una taberna, muerto en una reyerta.

Y el irlandés Mike había cobrado sus treinta dólares.

Y el negro, abierto la cabeza a su amigo.

Y el carretero, olvidado mandar dinero a su casa.

Y su camarada, pagar el traje que llevaba puesto.

Y Bandy, sus fáciles promesas.

Y Frank, que el anterior día de paga se emborrachó, había esta vez tenido presentes a su mujer y a su hijita, cumpliendo con su deber hacia ellas.

El espíritu del día cambió, como el de las masas, con la llegada del oro.

Comenzó a soplar el viento, a alzarse el polvo, a quemar el sol, y pasaron la frescura y la serenidad de la mañana.

La calle central de Benton se llenó de hombres polvorientos. Un incesante tramp, tramp, tramp, resonaba en sus aceras de tablones al paso de las innúmeras huestes. Comercios, restaurantes, hoteles y tabernas gozaron las primicias de los enriquecidos por la paga. Benton se tragaba a los obreros tan aprisa como iban llegando del tren. Era insaciable. Las charangas tocaban aires marciales y los soldados que habían servido en tiempo de la Rebelión, volvían a sentir el escalofrío y la pujanza de otros tiempos.

Al atardecer, Benton aceleró el paso. Se acercaba la hora en que los salones de baile y los entoldados tenían que hallar sitio para nuevas falanges, frescas y opulentas. El enjambre humano poblaba aún las calles. Las camisas, blancas o rojas o azules, ponían una nota de color que el polvo era incapaz de amortiguar. Mujeres vistosamente ataviadas entraban y salían de los salones públicos. Todo era excitación, movimiento, color, alegría y polvo, viento y calor. La gente transitaba a su pesar empujada por los que venían detrás. La música, las risas, el entrechocar de copas, las voces y los roncos gritos de los vendedores

ambulantes se fundían en una especie de rugido..., un rugido que, comenzando con una nota simpática, terminaba en una cacofonía.

Se puso el sol; cayó el crepúsculo, se calmó el viento v la noche envolvió a Benton. El rugido del día amainó hasta convertirse en algo parecido al ronroneo de una hiena. Las amarillentas antorchas y las brillantes lámparas, la pálida claridad que filtraba por las paredes de las tiendas, acentuaban la negrura de la noche, llenando el espacio de sombras, como espectros. Las calles de Benton estaban llenas de hombres borrachos tambaleándose. No se veía mujer alguna. La oscuridad parecía un manto cruel y lastimoso. Ocultaba la fuga del que huía aterrado; ablandaba el fragor de la reyerta y el estampido de los pistoletazos. A su

amparo, soldados olvidadizos de su deber se escurrían, aserenados y vergonzantes. Y bandidos homicidas aguardaban emboscados. Jugadores juveniles, embriagados por su buena suerte, corrían en busca de otros antros donde dejar el fácilmente adquirido dinero, encontrándose en el camino con largas hileras de hombres de todos los colores y todos los dialectos a los que su concupiscencia hacía hermanos.

La vida en Benton era aquella noche aborrecible y monstruosa. Cafés, tabernas, hoteles y salas y salones de todas clases estaban llenos de una muchedumbre de hombres ebrios, ebrios de alegría, ebrios de alcohol, ebrios de salvajismo..., lujuriosos y enloquecidos, derramando el oro y la sangre.

El oro que no corría sobre el mostrador del bar pasaba a las ávidas manos del glacial y rápido tahur o a las crispadas garras de mujeres de ojos extraviados. El mayor garito tenía mesas extraordinarias, mayor número de servidores, y allí, ante el refulgente y exótico bar, se agolpaba, riendo y gritando, una embrutecida masa de humanidad. Y por doquier, en el resto del local, se apiñaban hombres alrededor de las mesas de juego, atentos, obsesionados, atisbando con desencajadas pupilas, escuchando con tensos oídos, alargando temblorosas manos..., para acabar arrojando sus cartas y sus montones de oro hacia profesionales de marmóreas facciones, con una mascullada imprecación. Era una noche de áurea cosecha para los tahúres; para aquellos hombres de negras vestiduras y nervios de acero. Sabían lo fugaz del tiempo, del momento y de la vida.

En los salones de baile la animación era indescriptible; una inmensa e increíble jovialidad, una frenética refocilación de titanes, un continuo jolgorio de seres sinceramente borrachos. Pero había también la repulsiva, odiosa embriaguez que estría de sangre las pupilas y que no dimana de la bebida; la lujuria sin recato, fruto del momento, salvaje y repulsiva.

Fue el último día de paga que vio el salón de Beauty Stanton. Igualmente fué la última noche que ella estaba destinada a ver. El libertinaje de aquella noche llevaba el estigma de la extinción. Benton había alcanzado su apogeo, su cenit de ignominia, de vileza, de pestilencia, aunque no de muerte. Eso vendría después..., pero las alturas y las profundidades máximas estaban alcanzadas.

La escena a medianoche fue irreal, dantesca.

Danzas de caníbales, danzas de los adoradores del sol, de los apaches en pie de guerra, de los habitantes de los cerros del Perú celebrando la matanza de sus enemigos... Tan solo a orgías tales Podía haberse comparado la zarabanda que el oro y la lujuria presidieron en los salones de Beauty Stanton.

Benton, jadeaba, abrumado por la carga de su oprobio, bailando hacia el abismo.

Paso la noche; apunto el alba. Las luces perdieron su fulgencia; las tiendas, su claridad; la música ceso y el rugido no fué sino triste parodia de su prístina potencia.

Como espectros, los hombres iban Por las gríseas calles. ¡Espectros grises! Todo era gris. Resonaba una risa inane o una estridente blasfemia y el sordo murmullo volvía a prevalecer; Benton se aprestaba al descanso. La cansada, exhausta, maltrecha naturaleza buscaba el olvido... en revueltos lechos, en duros suelos, en polvorientos rincones... Una inmensa sombra parecía envolver las tiendas y los entoldados y las calles. Y a su través cruzaban los silenciosos trasnochadores. Alguna voz, más alta, quebraba por un instante el conjuro. En la calle principal, en el polvo, la muerte había dejado rastro de su paso, pero nadie se detenía. También llego su guadaña a las callejuelas retiradas, al bar del garito, un rincón de la sala de baile de Beauty Stanton. Y tenía su duplicado en los centenares de postrados seres que yacían en un estupor muy semejante al eterno, dormidos, inertes, insensibles. Nadie atendio los gemidos del infeliz malherido que, una vez despojado, se arrastro hasta allí sin fuerzas para

arrastrarse más lejos.

Pero... la noche no podía ser más tiempo cómplice de Benton. El gríseo manto se alzo, v las sombras se aclararon; el Este comenzó a encenderse v la dulce fragancia del alba del desierto vino con la fresca brisa.

Y cuando salió el sol, áureo y espléndido, con su eterna promesa y su belleza, ilumino un macabro, silencioso y dormido Benton.

XXII

Para Allie Lee, prisionera nuevamente entre las garras de Durade, los días en Benton fueron misteriosos ; las noches, horribles. Sobrecogida de horror, había tenido el oído acechando pasos, murmullos, como de un sigiloso ejercito en marcha y un extraño y confuso rugido de proporciones varias que no cesaba nunca.

La caravana de Durade entro en Benton de noche. Allie tuvo la impresión de viento y polvo, luces y hombres presurosos y un amontonamiento de tiendas. Vivía en el aposento trasero de una casa de lona. Una puerta se abría sobre un pequeño patio cercado Por tablas, cuya altura le impedía atisbar afuera. Allí se le permitía salir « a pasear». Había visto una sola vez a Durade, la mañana siguiente al día en que Fresno y su cuadrilla la habían traído a Benton, cuando le dijo que se le enviaría su refacción y que allí tendría que estar hasta que le encontrase mejor alojamiento. La conmino con la muerte si volvía a intentar evadirse. Allie podía haber escalado la cerca, pero la atemorizaba más lo desconocido que Durare.

Sorprendida y temerosa, escuchaba la vida de Benton. y el decurso de las horas le trajo la indecible certeza de que algo, tremendo y terrible, estaba a punto de acaecerle. Pero su espíritu y su esperanza eran inextinguibles. No eran ni la oración, ni el raciocinio, ni la ignorancia las fuentes de su sostenida e inexplicable entereza. Sobre ella brillaba una estrella que presidía su sino o un ángel bueno velaba. De un modo vago y que le causaba honda perplejidad, sentía que era el centro de un misterioso ciclo de eventos. Las horas iban fraguadas de tensión y de incertidumbre, pero pasaban fugaces. Se acercaba un momento glorioso y libertador..., una reunión que sería a la vez terrible y dulcísima. En Benton estaba su prometido Neale y su amigo Larry. La buscaban. Ella sentía su proximidad. Era lo que la mantenía viva. En el fondo de su corazón había la verdad. Y si cada paso la hacía estremecer, hacíale también temer porque estaba cerca de Durade y sus desperados. Correría la sangre. En algún sitio, de algún modo, se efectuaría el encuentro. Neale se abalanzaría a ella... Y el cowboy... Allie recordaba su encendido rostro, la roja llamarada de sus cabellos, el azul penetrante y singular de sus pupilas, su plácida, sosegada apostura, su zumbón acento..., adivinando, bajo tanta indolencia, una inflexible rigidez de sangre y hierro.

Por eso Allie tendía el oído a todos los sonidos, especialmente a los pasos, aguardando el que vendría a suspender los latidos de su corazón.

Alguien entró en el aposento contiguo al suyo, manoseando la ruda puerta que estaba siempre cerrada por fuera. Se abrió y Stitt, el sordomudo que la custodiaba, apareció cargado de paquetes. Entrando, los dejó sobre el lecho de Allie y, por señas, le dió a entender que debía cambiar de atavío por lo que los bultos contenían, indicándole también la conveniencia de apresurarse porque iban a sacarla de allí. Luego se retiró, volviendo a cerrar y atrancar la puerta.

Las manos de la joven temblaban al abrir los envoltorios.

Aquella hora podía ser la de su liberación. La sorprendió hallar un ajuar completo de ropas

femeniles, bien confeccionado y de excelente calidad. Luego en Benton había tiendas y mujeres. Apresuradamente, realizó el cambio oportuno y grato. El vestido no le estaba tan bien como habría sido de desear, pero la toca y el abrigo eran satisfactorios, así como el calzado. Halló entre las prendas un largo velo oscuro, preguntándose si debería también ponérselo.

Un tabaleo a la puerta precedió a la llamada.

-¿Estás lista, Allie?

-Sí -contestó.

Se volvió a abrir la puerta, entrando Durade. Parecía más delgado que la última vez que le viera, más pálida su cetrina piel y en su rostro veíanse rastros de tensión y de apasionamiento. Allie comprendió que estaba bajo la influencia de alguna violenta y reprimida excitación. Parecía perder más y más su antiguo carácter, su digna cortesía española.

-Ponte ese velo -dijo-. No es hora aún de que Benton te vea.

-¿Me... sacas de aquí? -preguntó.

-A corta distancia. Tengo un nuevo lugar -replicó-. Ven. Stitt se hará cargo de tus cosas.

Allie no podía ver claro, con el tupido velo en la cara, y tropezó en el umbral. Durade la cogió del brazo, llevándola inmediatamente afuera. El aire era opresivo, ventoso, polvoriento. La calle parecía llena de gentes ociosas. Al pasar con Durade, Allie oyó fragmentos de conversaciones; algunos la miraban con repulsivos guiños y Durade aceleró el paso. Un transeúnte se dió un encontronazo con ella y otro le pellizcó el brazo al pasar. El insólito y soez vocabulario trajo a su rostro vívido sonrojo.

Caminaron un trecho enarenado y luego una acera de tablones hasta llegar a lo que parecía una estructura de ladrillo, pero que, visto de cerca, resultó ser de madera pintada. Resonaba en el lugar un martilleo. Su aspecto era agradable, aunque no daba sensación de solidez. Durade la llevó por dos vastas piezas a una más pequeña, amueblada de nuevo.

-Lo mejor que hay en Benton -dijo Durade señalando con un ademán el mobiliario -. Estarás bien instalada. Tienes libros..., diarios... Esa puerta da a otro aposento, que es oscuro, pero en el que hallarás lo necesario para tu aseo. Y un espejo... Después de cuanto has tenido que soportar, esto debe de parecerte suntuoso.

-En efecto -replicó ella quitándose el velo y el abrigo-. Pero... ¿he de permanecer aquí encerrada?

-Sí; alguna vez, al oscurecer, te llevaré a dar un paseo..., pero Benton es...

-¿Qué?

-Benton tiene contados los días -terminó él, encogiéndose de hombros-. Nacerá otro poblado similar..., más allá de la línea..., y a él iremos. Y después, a Omaha.

En más de una ocasión había ya aludido a su deseo de ir al Este.

-Tarde o temprano, daré con tu madre -añadió sombriamente-. Si no lo creyese así, de muy distinto modo me portaría contigo.

-¿Por qué?

-Quiero que te vuelva a ver tal y como te dejo. Después... ¿no me dirás nunca como logro rehuirme?

-Te repito que ha muerto.

-Eso es falso, Allie. Está escondiéndose en alguna cabaña de trampero o entre los indios. No debí nunca nunca abandonar la comarca donde encontraste nuestra caravana, sin reconocerla antes palmo a palmo, pero los exploradores temían hallar a los sioux. ¡Los sioux! Tuvimos que acelerar el paso y... no pude desentrañar la verdad de tu extraña aparición en aquel camino.

Allie se convenció de que la reiteración de la muerte de su madre no surtía otro efecto en el tahur que el de confirmarle en su existencia. En tanto que lo creyese así, ella estaba segura

Librodot

mientras le obedeciese. Sus palabras encubrían un terrible, un siniestro significado. No podía dudar de que él tuviese la naturaleza y el poder de valerse de ella para vengarse de la madre. Esa pasión y la del oro eran lo único por lo que, al parecer, vivía.

De pronto, la cogió con feroz violencia por los brazos.

- ¡Eres su vivo retrato! -exclamó.

Lentamente la soltó. Su acción había sido la del hombre desposeído de cuanto amaba, que recuerda en un arrebato de exasperado anhelo, odio y desesperación, todo lo que ha perdido en la vida.

Allie quedo sola.

Miro en torno suyo el aposento que quizá sería su prisión por indefinido período. Techo v paredes estaban formados por secciones ensambladas y en algunos sitios podía ver por sus rendijas. Uno de sus lados daba sobre la pared de una tienda de lona; el otro, a otro aposento; las pequeñas ventanas de cristales, a la lona que formaba otra vivienda. Al apoyar la mano contra cualquier punto de su aposento, Allie advirtió que oscilaba y crujía. Comprendió- que aquella vivienda había sido construida en secciones, transportada en tren a Benton y apresuradamente montada.

Echo después una ojeada a los diarios. ¡Qué extraño leer noticias de la construcción del U. P.! El nombre del general Lodge hizo temblar a Allie. Había predicho un gran porvenir para Neale. Leyó que el general disponía un tren especial en el que proyectaba un viaje de inspección por todo el recorrido. Leyó que la Pacific Construction Company había cruzado la Sierra Nevada y tenía diez mil chinos trabajando en la vía; y que se acercaba el momento en que el Este y el Oeste podrían darse la manto. Con el corazón sobrecogido busco alguna noticia de Neale, sin hallarla. En uno de los periódicos vio que los sioux demostraban particular actividad entre Medicine Bow y Kearney. Los obreros divisaban a diario bandas indias y, acostumbrándose al peligro, se hacían descuidados, costando muchas vidas su temeridad. En el extremo occidental de la línea había ocurrido una matanza, donde trabajaban las brigadas de construcción.

Día tras día, los sioux rondaron por allí sin atacar, hasta que los obreros perdieron toda precaución y cautela. Entonces, una brigada distante unos dos kilómetros de las tropas se vio copada por una banda de galopantes guerreros, y antes de que pudiesen dar un grito o empuñar un arma, fueron muertos y despojados de sus cabelleras.

Allie siguió leyendo, devorando noticias. Era evidente que el mundo despertaba a la grandiosidad del magno ferrocarril.

¡Qué satisfecho debía de estar Neale! Siempre tuvo fe en la realidad del U. P. Estaba seguramente trabajando en la línea..., tal vez entrando en Benton cada noche. Sus emociones la dominaron al pensar en su proximidad y, por un instante, no pudo seguir leyendo.

Neale no podía creerla aún viva. ¡Y... vivía! Vivía fuerte, palpitante... Se pregunto qué significaba su desaparición para Neale... Había dicho que volver a perderla sería como perder la vida. Se estremeció.

De repente, sus ojos leyeron palabras familiares. ¡Allison Lee!

- ¡Allison Lee! -murmuró-. ¡Mi padre!

Y leyó que Allison Lee, comisionado del U. P., contratista de ciertas obras de la línea, abandonaría en breve su residencia de Council Bluffs para entrevistarse con algunos

de los directores en Nueva York, en relación con los intereses del ferrocarril.

-¡Si llegan a encontrarse él y Durade! -murmuró.

Y el portento le pareció ser otra nube en el horizonte del tahur. Su egoísmo, su pasión, su inquietud, le hacían arriesgar más de lo que se figuraba. Le sería imposible tenerla prisionera largo tiempo. Allie volvió a experimentar la creciente certeza de un próximo desenlace.

-Mi mayor peligro es que pudiera dañarme, usar de mí como señuelo o matarme- murmuró.

Y su esperanza de salvación tuvo que contender con la negra amenaza del momento; mas, como siempre, pudo vencer su pesimismo.

La entrada del sordomudo Stitt interrumpió sus pensamientos. Traía los efectos dejados en la otra casa y una bandeja con su yantar.

Pasó rápidamente el día.

Llegó la oscuridad con extraño acrecentamiento de los ruidos, familiares ya para Allie. No encendió la lámpara; estaba habituada a prescindir de ella; la luz la atemorizaba. Por la ventana entraba un tenue y pálido resplandor; pero el rugido de Benton... crecía con las sombras. Allie había oído algo similar en los campamentos auríferos de California y en los de nivelación que Durade había seguido, pero era..., siendo igual, por completo distinto. Escuchaba y pensaba. Era una conglomeración de voces humanas y, sin embargo, resultaba imposible disociar una de ellas de las demás. Voces..., pasos, movimientos..., música..., algazara..., baile..., entrechocar de copas y de oro..., estridentes risas femeninas..., todo se fundía en el misterioso sonido que encarnaba la lucha y la agonía de Benton. La mantuvo despierta largas horas... y cuando se durmió, era ya tan tarde, que al despertar, al siguiente día, supuso serían las doce o quizá más.

Transcurrió el día y llegó la noche, aportando un cambio al edificio, que se animó, estruendoso. Durade había inaugurado el local. Allie quedó sobrecogida de temor y de incertidumbre. Hombres rudos, de recias voces, parecían estar casi contiguos, en uno de los aposentos medianeros al suyo, y afuera, en las tiendas. Empero, nadie entró en el cuarto que al de ella daba. Así y todo, no pudo conciliar el sueño hasta el alba.

Pasaron así varios días, sin ver más que a Stitt, y comenzó a notar una tensión que a su juicio sería más penosa que un contacto directo con Benton y su vida. Mientras estuviese encerrada allí, ¿qué probabilidad tenía de ver a Neale o a Larry aunque estuviesen en Benton? Durade dijo que la llevaría a paseo, pero hasta el presente no le había vuelto a ver.

La inquietud y la zozobra empezaron a pesar sobre ella, poniéndola en continuo conflicto consigo misma. La idea de desobedecer al tahur apuntó en su mente.

Tarde o temprano le ocurriría algo y entonces, ¿qué sería de ella? ¿Por que no intentar la evasión? Por muy depravado que Benton fuese, no sería imposible rehuir el caer en malas manos. Todo sería preferible a su reclusión actual sin ver el sol, sin hablar con nadie, sin nada que hacer, salvo pensar, cavilar, luchar contra sus fantasías y sus dudas. Allie creía imposible seguir así. En ocasiones, su espíritu sufría un cambio que la asustaba.

Era como una regresión de la antigua oleada de sombrío horror que la engolfaba a la muerte de su madre.

Había conseguido excitarse hasta el frenesí, cuando inopinadamente entró en el aposento Durade. Apenas si a primera vista le reconoció. Parecía demacrado, lívido, sus pupilas chispeaban, sus manos agitábanse trémulas y la extraña irradiación que parecía emanar de él cuando su fiebre por el juego se había visto coronada por el éxito, refulgía con mayor intensidad que nunca.

-Ha llegado la hora, Allie -dijo. Parecía estar mirando al pasado.

-¿Qué hora? -preguntó ella.

-La de hacer por mí... lo que tu madre hizo antes que tú.

-No... no comprendo.

-Has... de ponerte... atractiva.

-¡Atractiva... ! ¿Cómo?

Allie sospechaba lo que quería decir, aunque su mente repudiase la horrible sugerencia.

Durade se echó a reír. Era indudable que había cambiado. Parecía debilitado. Benton ejercía ya sobre él su influencia.

-¡Qué poca vanidad tienes...! Atractiva, lo eres ya ahora, en cualquier momento, Allie... Lo

serás cuando llegues a vieja... cuando mueras. Lo que quiero decir es... que has de realzar tu belleza... ponerla más de manifiesto...

suéltate el cabello... en una trenza... ponte una blusa blanca... descotada... ¿No recuerdas lo que hacía tu madre?

Allie le miro, palideciendo. No podía hablar. La tan tenida crisis había llegado.

-¡Pareces un espectro! -exclamó Durade-. Como elIa cuando hace años le dije... lo mismo... por primera

-¿Pretendes... usar de mí como usaste de ella?

-Sí, pero no tienes... por qué asustarte. Yo escogeré

personalmente a quienes entren a verte. Se limitarán a girarte y yo estaré contigo.

-¿Qué he de hacer?

-Estar a punto cuando te llame esta tarde.

-¡Ahora comprendo por qué te odiaba mi madre! -exclamó Allie. Ella también le odiaba y su odio prestábale nuevas energías.

-Pagará su odio, como lo pagarás tú -replico él con apasionado acento. Su acción física pareció involuntaria... un encogimiento, como si hubiese recibido una puñalada. Le siguió rápida violencia. Con la mano abierta cruzo la cara a Allie; un golpe lo bastante fuerte para hacerla tambalear.

-¡Que no te vuelva a oír semejante cosa! -continuó furioso, abandonando la estancia y cerrando sin atrancar la puerta.

Allie se llevo la mano a los labios. Sangraban. Sintió el

.Mido y salino sabor de su propia sangre. En su pecho pareció despertar algo palpitante, abrasador, que consumo todas sus vacilaciones. El golpe recibido era lo que en aquel momento necesitaba. Estaba cierta del riesgo que arría, tan cierta como del imperioso anhelo de salvarse.

-Neale o Larry acudirán a los salones de Durade -soliloquió -. Y si no... alguien vendrá en quien pueda confiar. - En consecuencia acogió con gratitud el ultimátum de Durade. Puso mayor atención que nunca en peinarse y ataviarse. La blancura de la garganta y de sus hombros se sonroso al exponerlos a sabiendas a las miradas masculinas. Su belleza sería como la de su madre, el espéculo para atraer incautos. Pero alguno habría entre ellos que comprendiera, que tuviese compasión de ella y su meditación y espera fueron breves. Oyó los pasos y las voces hombrunas de los que entraban en el aposento contiguo.

Durade la llamó. Con el corazón encogido, Allie se puso en pie y abrió la puerta. Desde aquel instante no habría para ella ni un segundo de monotonía... ni de tranquilidad... ni de seguridad personal. Empero, se alegraba y afronto con resuelto denuedo la estancia. Neale o Larry podrían estar en ella.

Durade había amueblado lujosamente el lugar, con la obvia idea de utilizarlo como sala de juego particular, a la que llevaría a jugadores especialmente seleccionados por él. Allie vio ocho o diez hombres, mineros o peones por su apariencia.

El tahur la condujo a una mesa, colocada bajo una estantería llena de botellas y de copas, dándole instrucciones de lo que habría de hacer al ser requerida, añadiendo que Stitt la ayudaría. Y haciéndola instalar en una silla se reunió con todos los demás concurrentes. Le era difícil a la muchacha alzar la vista y no podía resolverse a hacerlo.

-¿Quién es esa chica, Durade? - pregunto uno.

El tahur no contesto, limitándose a sonreír misteriosamente.

-Apuesto a que viene de California -dijo otro-. Crecen así de lozanas por allá.

-Vamos a ver: ¿es tu hija? - pregunto un tercero.

Mas Durade decidió continuar siendo misterioso, dejando así a sus invitados campo abierto para encubiertas miradas sin darles la certeza de que permitiría brutales confianzas.

Se sentaron en torno a una mesa a jugar al faro.

Durade pidió bebidas. Allie, sobresaltada, se apresuro a satisfacer su demanda. Cuando levanto los ojos y vio sobre sí los de aquellos hombres, experimento una sensación que en cierto modo traía a su memoria los días de California. Sentíase flaquear las piernas; una violenta indignación hervía en su pecho; tuvo que obligar a sus miembros a transportarla de un lado a otro del aposento. Su espíritu decaía y se alzaba a intervalos. Decíase a sí misma que miradas, palabras, incluso contactos, eran solo vergonzosos y ofensivos para ella en gracia al momento; que debía aprovechar su acicate para aguzar su ingenio y fortalecer su temple. Era indudable que a la sazón hallábase desvalida. Pero vivía y su amor era infinito.

Fresno estaba entre la concurrencia, jugando con dos militares a los dados. A su natural fealdad aunábase algo que había desposeído su semblante del bronceado tinte propio de la vida al aire libre, trocándolo por unos surcos amoratados y profundos, indicios de su bestial apetito. Benton había hecho de un mal hombre otro peor.

Mull estaba también allí, más basto aún que cuando dominaba el campamento de niveladores, embrutecido por el alcohol, colgante el belfo, tosco, brutal, evidenciando en sus menores gestos su matonismo. Estaba anunciando una ruleta, anunciando con su vozarrón los números. Le acompañaba un hombrecillo cetrino, de facciones vulpinas, ojos movedizos e inquietas manos, que, al parecer, se llamaba Andy. Los dos se dedicaban a «desplumar» a varios ajustadores semiembriagados.

Durade jugaba al faro con otros cuatro o, cuando menos, este -era el número de los que se sentaban con el. Uno de espaldas a Allie, vestía de negro y parecía diferente de los demás. A todas luces, encocoraba a Durade el que ganase. El tahur le interpeló llamándole Jones.

Dividiendo su atención entre el juego y Allie, había además unos cuantos espectadores. Ocasionalmente abríase la puerta, entrando cada vez un sujeto distinto, celebrando una bisbiseada conferencia con Durade y volviendo a salir. Todos tenían el mismo crapuloso aspecto que caracterizaba a Fresno. El tahur habíase rodeado de subalternos y camaradas en quienes podía confiar si la ocasión lo requería.

Allie no tardó en cerciorarse de ello, como en advertir que entre los jugadores reinaba una evidente desconfianza.

La mayoría estaba bajo la influencia de la bebida que Durade ordenaba servir sin cesar. Era obvio que su generosa dispensación tenía un fin determinado.

La sesión de tarde terminó pronto. A juicio de Allie, Jones, el pálido y frío profesional, fué el único en salir ganancioso. La actitud de Durade mientras saldaba sus cuentas no era agradable. Siempre había tenido mal perder.

-Mañana continuaremos, Jones -dijo.

-Quizá.

-¿Por que no? ¡Está ganando! - replicó Durade acaloradamente.

-El que gana manda - dijo Jones con enigmática sonrisa. Sus finas pupilas se posaron en Allie pareciendo traspasarla, y luego en Durade, Mull y Fresno.

Con femenil intuición, la muchacha comprendió que si Jones volvía no sería ciertamente porque se fiase del terceto.

Durade hizo un esfuerzo por dominar su resentimiento, pero jamás habíase acentuado de tal modo la palidez de su semblante. Salió con Jones, seguido por los demás.

Fresno se acercó a Allie.

-¡Hola, chiquilla! Estás aún más bonita que vestida de india -dijo.

Allie saltó de su silla dispuesta a defenderse o huir. Durade se había olvidado de ella.

Fresno observó sus ojeadas a la puerta.

-Se está acabando -dijo señalando con la mano a la salida-. Benton es demasiado para gentes de su calaña... Una mañana amanecerá tieso y... más valdrá estar a buenas conmigo. Tú

Librodot

no eres de su clase... te odia tanto como tú a él. Me consta. No soy ningún babieca. Y... me gustas. ¡Ojalá no te hubiese vuelto a traer Durade!

-Fresno... se lo diré -replicó Allie. Si confiaba intimidarle se equivocó.

-Repito que me gustas -dijo-, y Durade es un chivo, un fullero... todos los juegos están amañados, pero Benton no tolerará un tahur, todo elegancia, que hable fino y juegue sucio, Quizá no te ha dicho nadie cómo es Benton.

-No sé... ¿cómo es? -dijo Allie. Por alguien tenía que saberlo.

Fresno pareció corto de palabras.

-Es... una colmena -replicó-, y cuando las abejas vuelven con su miel... las hormigas rojas y los escorpiones y las serpientes de cascabel hacen su agosto. He visto lugares de todas clases, pero Benton los deja chiquitos... Escucha... te sacaré por las noches a ver... las vistas y te tratare como mereces. Te digo que...

La entrada de Durade interrumpió su proposición.

-¿Que le dices? - preguntó airado Durade.

-Le explicaba cómo es Benton -contestó Fresno.

-¿Es eso cierto, Allie?

-Sí.

-Fresno... no me gusta tu actitud.

-Pues... ya sabes lo que te toca hacer -repuso descaradamente Fresno abandonando la estancia.

-Son malas bestias, Allie -dijo Durade-. Has de rehuir su compañía cuando yo este ausente. No puedo llevar el negocio sin ellos y... tengo que aguantar más de lo que parece.

El guardián de Allie entró con su cena y ella le siguió a su aposento. Así comenzó su existencia de cómplice involuntaria de Durade en su regresión de simple tahur a criminal. Pero... acabo por quebrarse su entereza. Había perdido espíritu, suerte y temple, y Benton y el alcohol estaban acabando hasta con su destreza profesional.

Pasaron rápidos los días. Cada tarde llevaba Durade nueva concurrencia a su antro particular. Pocos eran los que reincidían y en esto mismo había para Allie cierta esperanza, porque cuantos más hombres de Benton o de la línea pasasen por allí, más probable era encontrarse algún día con Neale o con Larry. La idea la sostenía. Estaba constantemente al atisbo de personas a quien pudiese confiar su historia. No es que en aquella perenne corriente de hombres no viese rostros francos, honrados y leales, pero estaban o demasiados ebrios o ciegos por el juego, o faltábale oportunidad para hablarles.

Las fardes se hicieron odiosas para ella. Salvo directa violencia tuvo que soportarlo todo : indignaciones, insultos, molestias... Solo cabíale cerrar los ojos y los oídos. Fresno provocaba cuantas ocasiones podía para encontrarse con ella, en presencia de Durade algunas veces, aprovechando la ceguera del tahur para cuanto no fuesen las cartas y el oro. En tales trances la muchacha hubiera deseado carecer de sentidos por completo, mas luego, ya en la reclusión de su aposento, repetíase que no había ocurrido nada. Era la que siempre había sido. Y el sueño borraba con su compasiva mano sus sufrimientos. Cada día que pasaba hacía más próximo el desenlace. Y cuando ese momento llegara... ¿qué sería comparado con el horror actual? Tan empequeñecido quedaría que parecería inexistente. Las palabras, las miradas, eran incapaces de dañarla. No eran tangibles... no tenían substancia. Podían levantar en su pecho una tempestad de indignación y de odio, pero carecían de otro poder, del de mancillar. Eran vientos de contaminación pasajera.

De igual modo que veía el retroceso de Durade, veía los cambios acaecidos en cuanto le rodeaba. Sus ganancias eran cuantiosas y su extraña pasión por el juego se acrecentó con ellas. El oro que enriquecía sin esfuerzos a Fresno, a Mull y a Andy, aumentaba su innata ferocidad.

Los restantes subalternos de Durade, Blanck, el fornido portero; un pálido sujeto llamado Dayss, que perpetuamente estaba mirando hacia atrás, y Grist, un individuo corto de estatura, cojo y taciturno... todos estaban igualmente bajo el conjuro del tapete verde.

La buena fortuna de Durade trajo aparejado su anhelo de aumentar la cuantía de las puestas, y el anhelo entrañaba dar entrada en la partida -a otros tahures. Y así, los hombres vestidos de negro, de aceradas pupilas e impávidos semblantes, empezaron a frecuentar el antro. En su segunda visita, Jones, el profesional, volvió a ganar. Fatal ganancia. Allie vio al gigantesco Fresno abalanzarse sobre él, derrumbándole al suelo. La joven huyo despavorida a su aposento, pero no pudo evitar oír las imprecaciones... un disparo... un gemido... la voz de Durade proclamando que el tahur había hecho trampa... y luego el inconfundible ruido de un cuerpo inerte arrastrado.

El crimen horrorizo a Allie aguzando sus sentidos.

La Providencia la protegía. Durade habíase enriquecido y estaba ufano... desatinado, ansioso de Benton. Su fin, en consecuencia, era inminente. Allie, escuchando en su alcoba el rugir de Benton y el lúgubre mensaje del viento nocturno, comprendió cuán de cerca van asociados el oro, el delito y el hombre, y cuán inevitable es que lleven al desenfreno, al crimen y a la muerte.

XXIII

Neale concibió la idea de que su tan anhelada promoción estaba a la vista, aunque ni su jefe ni Baxter hiciesen la menor sugerencia de tal probabilidad. Pero al progresar la obra, Neale se había visto confiar con mayor frecuencia inspecciones cada vez más importantes.

Conocía de antiguo su especial talento para resolver problemas intrincados de ingeniería y, con la experiencia, vino una mayor confianza en sus propias aptitudes. Se le había enviado de acá para allá, siempre con excelentes resultados. El general Lodge le consultaba; Baxter descansaba en él: los jóvenes subalternos aprendían a su lado. Y cuando Baxter y su cohorte fueron a los cerros, Neale quedó con prodigiosa cantidad de trabajos entre las manos. Empero, casi siempre lograron regresar de noche a Benton.

Se convirtió en un buscador, en un investigador empedernido. Creía haber visitado una por una todas las tiendas, las cabañas, los entoldados y los salones de baile de Benton. Pero no halló ni la menor pista que le condujera a Allie ni volvió a ver el inolvidable rostro de Fresno. Vio a más de un español y no pocos mejicanos, pero ninguno de ellos podía ser Durade el tahúr.

Benton era demasiado complejo, demasiado mutable, para poder escudriñarse en tan breve plazo. Neale llevo su carga, que por días se hacía más pesada. Y el acrecentado trabajo de la línea fue su salvación.

Una mañana fue a la estación telegráfica, esperando ordenes del general Lodge. Halló allí el tren especial del jefe, camino del Este.

-Neale, voy a Omaha -dijo Lodge-. Gran conferencia. Los directores protestan otra vez.

-¿De que? - preguntó Neale, siempre alerta en tales ocasiones.

-Del coste de la construcción. ¿De que otra cosa podrían protestar? Hay dos clases de hombres en este U. P., Neale... los que ven el significado de la obra y los que no ven más que el dinero.

-Y... están en oposición. ¿Eso es lo que quiere usted decir?

-Exactamente. Llevamos ya años trabajando y cuanto más nos acercamos al momento del

encuentro de los rieles del Este con los del Oeste, más arduos son nuestros problemas. Henney está agotado; Boone sigue enfermo y Baxter... no durará ya mucho tiempo. Si yo no fuese un veterano militar, estaría también listo.

-No veo sino éxito, jefe - replico Neale.

-Desde luego. En eso coincidimos -dijo sonriendo Lodge-. Ahora tengo para usted una misión que... le hará encanecer antes de hora.

-Lo dudo -sonrió Neale.

-¿Recuerda usted los estudios que hicimos aquí, en los cerros, para el «Puente Número Diez»? Hará cosa de dos años.

-No es fácil que se me olvide.

-Pues bien, los rieles están a treinta y cinco kilómetros

del «Número Diez». Llegarán de un momento a. otro... y no hay estribos sobre que tender el puente.

-¿Como es eso?

-No lo sé. Recibí el informe anoche. Es un documento peculiar. Helo aquí. Estúdielo detenidamente... Al parecer, lleva meses trabajando allí una numerosa brigada... Han asentado los estribos y... se hunden.

-¡Se hunden! -exclamó Neale-. ¡Atiza! Ésa es buena... Jefe... el estudio es mío... y no olvidare nunca lo que me costo...

-¿Cabe que hubiese usted cometido algún error?

-Desde luego -asintió prontamente Neale-, pero... si no lo veo no lo creeré nunca. Fue una labor muy ardua, pero... de las que hago más a gusto.

-Pues váyase y dese un hartazgo.

-Tendré que acampar sobre el terreno. No podré regresar a Benton...

-No. Y... ¿no es preferible? -preguntó el jefe mirándole-. He oído su nombre asociado al de jugadores de oficio... y al de la Stanton.

-Sin duda. Los conozco. Sigo... buscando... huellas de Allie.

-¿Espera aún hallarla? ¿Cree todavía que está en poder de esa gentuza? Es apenas concebible, muchacho -dijo Lodge-. Anderson sostiene que se la llevaron los sioux. Todos nos inclinamos por esa teoría... ¡Oh! ¡Ya se que es duro, Neale...! El amor y la vida son átomos bajo el talón de-hierro del U. P.... Ya es tarde. No podrá quizás olvidar, pero... no deje arriesgar su vida... su reputación y sus oportunidades...

Neale guardo un punto de silencio. Silbo una locomotora; sonó una campana; un empleado vino a llamar a Lodge. El jefe alzo su mano, reclamando unos momentos de espera.

-Me voy -dijo-. Neale, trasládese al «Número Diez» y tome el mando de la brigada.

La orden sorprendió al joven, estremeciéndole.

-¿Quienes son los ingenieros?

-Blake y Coffee. No los conozco. Los envió Henney, de Omaha, y están muy recomendados, aunque... eso no importa. Hay algo desquiciado. Usted se pondrá al frente de todos, ingenieros, capataces, canteros. Ya he dado ordenes a ese efecto.

-¿Quién es el contratista?

-No lo sé, pero quienquiera que sea ha sacado tina fortuna de esa obra y... no está hecha. Eso es lo que me duele.

-Bien, jefe. Se hará -dijo Neale con determinación.

-Bravo. Me voy al Este con un peso menos de encima y... si logra usted tender un puente provisional... algo sobre que pueda pasar la vía y los trenes en construcción mientras rehace los estudios del «Número Diez»... tendrá noticias mías. No digo más.

Se estrecharon la mano.

-Estaré ausente una semana, un mes quizá, n6 lo sé - dijo Lodge -, pero cuando vuelva será

probable que traiga un cargamento de directores, comisionados y accionistas.

-¡Que vengan! -exclamó Neale-. Acaso viendo todo lo que tenemos que vencer, no alboroten tanto.

-Así sea. Recuerde que asume responsabilidades sobre todos y que... confío en usted. Adiós y buena suerte.

El jefe subió al tren cuando ya empezaba a marchar. Neale lo contempló alejarse, henchido de orgullo el corazón al darse cuenta de lo que representaba la misión que le habían confiado. Sus esperanzas de avance no habían resultado, pues, infundadas.

El tren de construcción entraba en el andén, dispuesto a salir para el Oeste al poco tiempo. Neale voló a su alojamiento a recoger sus escasos efectos. Larry, tendido en un catre, dormía vestido. Neale le despertó.

-¡Despierta, hijo de siete marmotas! -le gritó.

Larry abrió un ojo.

-¿Hay fuego? ¿Es aún hoy o estamos en mañana?

-Larry, me voy. Me han confiado un gran trabajo.

-¿Nada más? -rezongó el cowboy lánguidamente -. Ya sabía yo que serías ingeniero en jefe algún día.

-Camarada, escucha -dijo Neale con trémula voz-:

¿Querrás mantenerte sereno y al atisbo de noticias de Allie?

-¿Sigues soñando. Neale?

-¿Lo harás por mí?

-Palabra.

-Gracias, viejo. Adiós. Tengo que darme prisa.

Dejó a Larry sentado al borde del catre, con los ojos fijos en el espacio. Camino de la estación, Neale se encontró con Place Hough, el profesional, que, no obstante su noctambulismo, era madrugador. La excitación del momento inspiró un impulso de Neale. En breves palabras, habló a Hough de Allie... explicándole su desaparición y sus sospechas de que la tuviesen recluída en Benton, rogando al tahúr, al acecho de alguna posible indicación. Hough pareció sorprendido y gratificado con la confianza, asegurando que no ahorraría medio para ser útil a Neale.

El joven tuyo que echar a correr para coger el tren. Un forzudo irlandés le tendió un brazo para ayudarle a subir.

-¡Arriba! ¡Aupa!

Neale entró como una tromba en el vagón, sembrando el maletín, el rifle y su persona por el suelo. Casey, el veterano portamira, le miró sonriendo con la pipa entre los dientes.

-¡Begorra! ¡Mi antiguo amigo Neale!

-El mismo. ¿Cómo ya, Casey?

-Bastante bien para un soldado viejo. Y... ¡grandes cosas he oído de usted, amigo!

-¿Qué cosas?

-¡Buen empujón le han dado! El general Lodge en persona le dijo a Grady, el capataz, que le había puesto a usted al frente en el «Número Diez».

-Así es, en efecto.

-Pues me alegro mucho de saberlo-declaró el irlandés -, aunque... tendrá usted que luchar lo suyo en ese lugar.

-Eso he oído. ¿Qué sabe usted de fijo, Casey?

-Poca cosa. Uno de mis amigos trabajaba de mezclador y dice que cuando la torrentera está seca, tienen base, y cuando no lo está... no la tienen.

-Sí que se presenta un encarguito -replicó Neale.

En aquella época, el tren de construcción tardaba varias horas en alcanzar la terminal de los

rieles. Neale pasó por algunos puntos experimentando la legítima satisfacción de pensar que a no ser por él la línea no habría pasado por allí. El trabajo se adentraba rápidamente en los cerros. Se preguntó cuándo podría tener lugar la tan anhelada conexión de rieles de Este a Oeste. Entre los profesionales se decía que la división del Pacífico estaba ya en Utah.

En el campamento, el coronel Dillon ofreció una escolta a Neale hasta el «Número Diez», pero el joven decidió que iría más de prisa solo. Últimamente no se habían visto indios por la localidad y el conocía tan al dedillo la línea como el camino carretero.

Al día siguiente, por la mañana temprano, salió montado en un excelente caballo. Fue una melancólica jornada.

En varias ocasiones había hecho el mismo recorrido, una de ellas con Larry, lleno de ardor v de alegría ante la idea de volver a ver a Allie a la ida; abrumado, al regreso, por la desesperación de haberla perdido.

Hizo las veinte millas en tres horas. El campamento, de sucias tiendas, estaba emplazado en un bochornoso valle rodeado de cerros con escasa vegetación. Neale observó los árboles como de buen augurio para su empresa. Era un campamento ocioso llenó de obreros desocupados.

Al echar pie a tierra se le acercó un mejicano.

-¡Cuida del caballo! -le dijo Neale dirigiéndose con sus bártulos hacia una tienda de grandes proporciones con un toldo extendido en su frente.

Varios hombres sentábanse en sillas de lona alrededor de una mesa. Uno de ellos se levantó y salió a su encuentro.

-¿Dónde están Coffee y Blake? -preguntó Neale.

-Yo soy Blake - fue la respuesta -y ahí está Coffee. ¿Es usted míster Neale?

-Sí.

-Coffee..., ¡aquí está nuestro nuevo jefe! -anunció Blake haciéndose cargo de parte del equipaje de Neale.

Coffee resultó ser un sujeto de mediana edad, curtido por el sol, de campechanos y desenvueltos modales. El más joven de los ingenieros, Blake, era delgado, alto, con unas pupilas continuamente en movimiento y constreñida actitud. El tercero fue presentado a Neale como Somers, portamira. El joven no había previsto una recepción cordial. Y se sentía dispuesto a ser generoso.

-¿Tiene usted alojamiento para mi aquí?-preguntó.

-¡Ya lo creo! Tanto espacio como quiera y un catre -replicó Coffee.

Llevaron los efectos de Neale a la tienda, que era grande y espaciosa, con su mesa, una lámpara, cajas sirviendo de asiento y varios catres.

-¡Hace calor! ¿Tienen agua potable? -preguntó Neale quitándose la americana.

Después sacó algunos útiles de su maletín, bebiendo ávi

damente el agua que le sirvieron. Ciertos aspectos de su nueva ocupación le desagradaban profundamente. Aquellos ingenieros podían ser, en efecto, competentes y :cales, pero su misión era juzgar su labor y el mero hecho creaba una tirantez inevitable. Durante su permanencia en la línea, Neale había visto marchar a muchos ingenieros, y el recuerdo, junto con las atribuciones conferidas por Lodge, y su lealtad al jefe, le preocupaban. Esperaba, deseándolo, que aquellos hombres hubiesen procedido del mejor modo que sus luces les aconsejaran frente a un problema en extremo peliagudo.

-Anoche recibimos el telegrama de Lodge -dijo Coffee-. Más bien súbito. Nos dejó pasmados.

-Sin duda. Lo siento. ¿Que decía?

-Lodge no malgasta palabras -replicó el ingeniero sin satisfacer la curiosidad de Neale.

El joven puso su libro de notas sobre la mesa y, sentándose en una de las cajas, miró a los

otros expectativamente.

Los dos ingenieros le observaban, estudiándole con manifiesta atención.

-Al parecer, «Número Diez» es un hueso -dijo.

-Llevamos aquí tres meses-replicó Blake.

-Espere a ver ese hoyo de arenas movedizas -añadió Coffee.

-¡Arenas movedizas! Cuando yo hice la nivelación aquí y alce los planos del «Número Diez», era un álveo enjuto y sólido -declaró Neale.

Coffee y Blake le miraron desconcertados, así como el portamira Somers.

-¡Usted! ¿Es usted quien levantó los pianos que hemos estado siguiendo? -preguntó Coffee.

-Sí; yo-contestó lentamente Neale. Le parecía haber visto palidecer a Blake y experimentó una ligera conmoción de sorpresa y de antagonismo. Inclinándose, abrió el cuaderno por una página en blanco, procurando acallar sus primeras impresiones diciéndose que eran hijas del evidente desmayo de los ingenieros al darse cuenta de algún error.

-Hagamos números -dijo-. ¿Llevan ustedes aquí tres meses?

-Sí.

-¿Con que gente?

-Unos doscientos hombres.

-¿Quién es su capataz?

-Colohan. Ha tenido algunas de las más importantes contratas de la línea.

Neale iba a preguntar quién era el contratista, pero se abstuvo, guiado por uno de sus impulsos. -¿Trabajaba alguien aquí cuando vinieron ustedes?

-Sí. Los canteros llevaban seis semanas preparando piedra.

-¿Qué se ha hecho?

Coffee se echó a reír.

-Alzamos los tres pilares sobre bases sólidas en fondo seco. Vino la lluvia y... toda la obra que se había hecho desapareció en las arenas movedizas. Y desde entonces no hacemos sino repetir la faena.

-Pero... ¿cómo ocurrió por primera vez?

Coffee se abrió de brazos.

-¡Pregunte algo más sencillo! ¿Por qué la base no era sólida? ¿Por qué llovió? ¿Por qué se convirtió la tierra firme en arena movediza?

Neale cerró secamente el cuaderno, levantándose.

-Así no se habla entre ingenieros -dijo deliberadamente.

-¡Condenación! Entonces ¿qué? -exclamó Coffee, congestionado el rostro.

-Más tarde se lo diré -replicó Neale; y volviéndose hacia el portamira-: Somers, dígale a Colohan que quiero hablarle.

Salió de la tienda y había va empezado su camino cuando oyó a Blake decir con feroz acento:

-¿No se lo decía yo? Estamos en un atolladero.

Coffee masculló una respuesta que Neale no pudo oír. Aquellos hombres habían cometido un serio error v se acusaban mutuamente. Neale sintió un acceso de cólera. Aquella sección de línea entraba en su nivelación v estaba ufano de verse confiar tan importante trabajo. Ingenieros incompetentes o descuidados se habían estrellado en el «Número Diez». Neale pasó por entre grupos de trabajadores ociosos, allende las tiendas y los cobertizos de la fragua y los corrales.

De los cerros bajaba un curso de fangosas aguas por un álveo que Neale recordaba perfectamente como un amplio trecho de seca arena y grava. A ambos lados, los contrafuertes de los pilares, socavados, habían desaparecido. No quedaba una piedra a la vista. Las

márgenes estaban desmoronadas hacia dentro, formando concavidades, con gruesos maderos semienterrados en ellas. En el centro de la corriente alzábase un encofrado en construcción, próximo a otro derruído. Sus armazones casi ocultaban el sesgo del pilar central, que evidentemente había resbalado e iba desapareciendo en sentido diagonal. Era imposible calcular lo que aquella sima habíase tragado; pero cuanto la rodeaba, las toneladas de piedra labrada o por labrar, las pilas de maderamen, las plataformas y las balsas, las enormes grietas de los entibados en ambas riberas, atestiguaban largas semanas de estéril labor y el misterio de aquellas aguas.

Neale volvió pensativo al campamento. Blake y Coffee estaban sentados bajo el toldo, en compañía de un vigoroso y talludo irlandés.

-Magnífico cenagal escogió para el «Número Diez», ¿eh? -dijo Blake.

Neale miró a su interlocutor con penetrantes pupilas; Blake no soportó la mirada francamente.

-Sí... un cenagal es, no cabe duda - replicó-; exactamente como yo había calculado al hacer los planos. ¿Los han seguido ustedes?

Blake estaba a punto de contestar cuando Coffee le atajó:

-Naturalmente -dijo.

-¿Entonces dónde están los malecones?

-¿Los malecones? -La sorpresa de Coffee era sincera.

-Sí; los malecones. Levanté planos de unos malecones que debían construirse aguas arriba a fin de que, en las crecidas, la rápida corriente se repartiese por igual entre todos los pilares y no batiera contra ellos.

-¡Ah, sí! Pues... debemos haberlos traspapelado -replicó Coffee-. Como teníamos entendido que era lo único que había que hacer... ¿No es así, Blake?

-¡Vaya! -asintió su colega.

-Ya... comprendo - dijo lentamente Neale.

El talludo irlandés se levantó, tendiéndole la mano.

-Soy Colohan -dijo.

Neale vio con inmediata simpatía el semblante bronceado, tosco, pero bonachón e inteligente, dándose cuenta de

que un par de sagaces ojos grises le justipreciaban. Parecióle extraño el afán de aquellos hombres de «tomarle la medida». Había venido a ayudarles y no a despedirlos. Empero, Colohan no provocó, como los otros, su antagonismo.

-Colohan, ¿está usted harto de este trabajo? -preguntó Neale.

-Sí... y no.

-Entonces, ¿quiere dejarlo?

El irlandés tomó sus palabras como precursoras de una despedida y pareció cohibido, avergonzado.

-No tergiverse lo que digo -prosiguió Neale-. No pienso despedirle, pero... si está harto... puede irse cuando quiera. Yo haré de capataz de las brigadas. Dentro de diez días llegarán aquí los rieles y quiero, para entonces, tender un puente provisional sobre caballetes para que pueda cruzar la vía. No hay ni que pensar en una paralización de la obra a estas alturas... En la línea hay cinco mil hombres, acercándose por momentos sin otra idea que triunfar de las dificultades. El U. P. avanza: Pronto se encontrarán los rieles de ambos lados. Colohan, usted ha de resolver. ¿Quiere quedarse?

-¡Ya lo creo! -replicó vehemente.

Neale adivinó que aquel hombre, como Casey, sentía un leal amor por el ferrocarril, cualesquiera que fuesen sus sentimientos hacia la labor.

-Pues... manos a la obra -prosiguió-. Mientras sea de día haremos algo. Cuando lleguen

aquí los rieles, estará listo el puente.

Coffee se echó a reír despectivamente.

-Neale, eso es muy bonito en teoría, pero imposible hasta que puedan traer aquí los trenes pilastras, madera, hierro y todo lo demás. Entonces... será factible.

-Entonces, desde luego-replicó Neale -; pero el U. P. no se empezó así ni se acabaría así nunca.

-Pues ... le esperan a usted no pocos disgustos -declinó Coffee.

-¡Disgustos...! ¿Cree usted quizá que pienso en mí? -replicó Neale. Empezaban a atacarle los nervios aquellos sujetos.

Coffee se puso hosco. Blake acentuó su desasosegada actitud; el semblante de Colohan se iluminó.

-¡Vengan esas órdenes! -dijo.

-Así. Envíe hombres a los cerros a talar y a mondar árboles para pilastras y vigas... Busque el medio, o invéntelo, de que puedan arrastrarlos los caballos..., lleve ese martinete río abajo y móntelo, encargando al maquinista que tenga presión bastante y que lo pruebe; busque el hierro que haya disponible en la fragua y si no tiene bastante telegrafíe a Benton por el que necesite... por cuanto necesite. Envíe carros a la terminal de los rieles. Por ahora nada más, Colohan.

-Entendido, jefe-replicó saludando el capataz. Y volviéndose a los dos ingenieros -: ¿Han oído ustedes esas órdenes? Son las únicas que obedeceré de aquí en adelante. Son del jefe.

-¡Adelante! -dijo Coffee con extrema violencia-. No creas que nos engañas con tus zalemas. No haces sino ponerte a buenas con tu nuevo amo, pero... en lo del «Número Diez» estás metido... como nosotros.

Entre ambos hombres existía un evidente odio. El capataz enrojeció hasta la raíz del cabello y acercándose a Coffee dijo con el tono de encubierta amenaza propio de su tipo y de su clase

-Coffee... te lo digo a la cara... Yo no estoy metido en el «Número Diez». Obedecí lo que me ordenaban y... ¡que no fueron poco particulares a veces las órdenes!

Neale intervino evitando quizás un choque

-No hay razón para disputar. Serán inevitables algunos rozamientos al principio, pero... pronto nos entenderemos todos perfectamente.

Colohan se alejó sin añadir palabra, aunque su actitud expresaba claramente sus dudas de que así fuese.

-Vengan mis planos para el « Número Diez» -dijo Neale todo lo amistosamente posible, firme en su intención de contribuir a limar asperezas.

Blake trajo los planos, desenrollándolos sobre la mesa.

-¿Quieren ustedes compulsarlos conmigo? -preguntó Neale.

-¿Para qué? -replicó disgustado Coffee-. Neale, es usted muy terco...

-Sí; confieso que sí-asintió Neale-, quizá por eso me han enviado aquí.

Los dos ingenieros guardaron silencio. Neale entró en la tienda, acercando un asiento a la mesa. Quería estar solo..., estudiar sus planos, meditar. Halló sus cálculos y sus perfiles tan-interesantes como una historia, aunque su abstracción sufrió interrupciones. Blake entró varias veces como si quisiera decir algo, retirándose luego en silencio. Otra vez, un mensajero trajo un telegrama para uno de los ingenieros, que debió de originar el bisbiseado coloquio que oyó Neale. Finalmente se marcharon y el joven pudo trabajar en paz hasta que le llamaron para cenar.

Neale comió en la mesa de los obreros con sincera satisfacción. Por lo general, los irlandeses se entendían con él a las mil maravillas. De su conversación dedujo que el puente «Número Diez» era causa de regocijo y de chanzas entre ellos.

Después de cenar decidió dar un paseo a solas.

En el valle caía el crepúsculo cuando en las cumbres aún lucía el sol. Neale se alejó bastante del campamento. La noche era fresca y agradable tras el bochornoso día. El viento, el silencio, las tinieblas y las estrellas le sosegaron. Un lobo aulló en las alturas y su aullido trajo a su memoria el plácido valle de Slingerland y su natural secuela, Allie Lee. Neale pasó a las perplejidades y problemas de su nueva responsabilidad, a sus obsesionantes memorias, esperanzas, dudas y temores.

Cuando regresó a la tienda vio sobre la mesa un papel plegado. Era un telegrama para él. Se le decía que la retención de sueldos, vencidos y presentes, de los ingenieros, así como la de los mismos interesados, quedaba a su albedrío. La comunicación dejó atónito a Neale.

Indudablemente, el jefe quería decir que Blake y Coffee no cobrarían sus atrasos ni continuarían al servicio de la empresa en lo por venir, salvo que él decidiese de otro modo. Y mientras cavilaba el problema entraron los susodichos.

-¿Qué opinan ustedes de esto? -preguntó tendiéndoles el telegrama.

Ambos lo leyeron. Coffee tiró su chaquetón sobre su catre y encendió su pipa.

-Lo que opino es que... me quedo sin tres meses de paga..., novecientos dólares -replicó lanzando una bocanada de humo.

-Y yo sin seiscientos -replicó Blake.

Neale se retrepó en su asiento, mirando a sus subordinados. Habían experimentado un sutil cambio, llegando a alguna decisión de momento.

-Pero... este mensaje deja eso a mi albedrío -dijo-. El primer sorprendido soy yo... No tengo la menor intención de hacerles perder la paga... o el empleo.

-Probablemente... perderemos ambas cosas... si no llegamos a un acuerdo-aseveró Coffee.

-Y... ¿por qué no hemos de llegar?

-Aún está por ver -fue la enigmática respuesta.

-Los necesito a los dos -prosiguió Neale-. Tenemos una labor muy ardua entre manos. Mientras se construya el provisional, habrá que poner una nutrida brigada a los estribos y pilares... Es posible que yo también fracase. ¡Santo Dios! ¡No sería mi primera plancha ! No soy quién para condenarles. Por mi parte no hablemos más de lo pasado y... empecemos de nuevo.

Neale estimó que su proposición, que tendía a poner las cosas en más favorable terreno, debía haber sido acogida con aprecio, ya que no con entusiasmo. Y le desconcertó ver que no era así.

-¡Ejem...! Mañana hablaremos -dijo Coffee bostezando.

Neale se abstuvo de hacer nuevos avances y, tras de una hora de trabajo, se retiró a su catre.

Al clarear el nuevo día, el joven bajó al río para una más detenida inspección de la labor realizada. Por Colohan supo el número de tiros o pozos y de encofrados hundidos, y por los canteros la cantidad de piedra labrada, según modelo. Y quedó, no ya sorprendido, atónito, sino abrumado. Y sobre todo exasperado. Había sido una prodigiosa labor. Se habían sumido en aquellos lugares cientos de toneladas de material, que equivalían a centenares de millares de dólares.

Sus investigaciones demostraron que si bien se habían hecho múltiples apeos para los pilares, no habían tenido nunca la necesaria profundidad. Y había encofrados que no representaban nada..., inútiles..., insensatos despilfarros de tiempo, de material y de jornales. De acuerdo con sus planos, debían hincarse cincuenta estacas de nueve metros hasta llegar al terreno rocoso que, según las calicatas hechas cuando la nivelación, estaba a doce metros bajo la superficie. ¡Y no se había hincado ni una! No había habido base sólida para ninguno de los

apeos. ¡Los pilares carecían de fundamento!

La sangre se agolpo a la cabeza de Neale al comprobarlo.

-¡No es error! ¡No es incompetencia! ¡No es incomprensión de los planos, sino una deliberada y repugnante confabulación! ... ¡Obras hechas y rehechas cien veces ¡Ahora lo comprendo todo! ¡El general lo sabía ya antes de mandarme aquí! ... ¡La historia de siempre..., ese borrón, esa gran lacra de tan magna obra ! ... ¡Corruptela! ¡Concusión!

Salió del húmedo y fangoso agujero hasta el ribazo y vio a Blake, al parecer, acercándose en su dirección. Para ocultar su rostro y su ira, Neale se sentó bruscamente, so pretexto de restregar el fango de sus botas. Cuando llegó Blake, había logrado dominarse.

-¡Hola, Neale! -dijo el recién venido-. Se le ha pegado el fango, por lo que veo. Es una sucia ocupación.

-En más de un aspecto-replico Neale. Y el sonido de su propia voz desencadenó su cólera.

-En efecto..., se ha enterrado una pila de dinero..., del sucio dinero del Gobierno... ahí-contestó Blake con un aplomo que sorprendió al joven, impulsándole a ver hasta donde era capaz de llegar.

-Mal viento ha de ser el que no favorezca a nadie, Blake.

Siguió un momento de silencio antes de que Blake volviese a hablar.

-Efectivamente. Y... puede también soplar en su dirección -dijo.

-Todo hombre tiene su precio en este mundo -replicó Neale.

Casi al instante se hallo entre las manos un abultado fajo de billetes. Lo cogió trémulo de ira. Quería erguirse, cruzar con él el rostro del donante. Pero se contuvo un minuto más.

-¿Quién es el contratista de esta obra, Blake? -preguntó.

-¿No lo sabe usted?

-No.

-¡Ah! Suponíamos que estaba al corriente. Es Lee. Neale se sobresalto como si hubiese recibido un golpe.

El nombre le ofendía por un lado, conmoviéndole por otro.

-¿Allison Lee..., el comisionado?

-¡Claro es! ¡Oh! Tenemos buen padrino, Neale -exclamó Blake con un suspiro de descargo.

Rápido como un indio y no menos salvajemente, el joven arrojo los billetes a la cara de Blake.

-¡Usted! ¿Usted ha pretendido sobornarme? ¿A mí? -gritó con apasionante acento-. ¿Ha podido creer que yo aceptaría su cochino dinero para pasar por alto sus...? ¡Granuja! ¡Ladrón!

De un puñetazo echó a Blake a rodar por el suelo.

-¡Cuidado, Neale! - jadeó el otro intentando incorporarse.

-¡Recoja ese dinero! -ordenó Neale-. ¡Aprisa!.. . ¡Y... al campamento!

Neale llevó al joven ingeniero a presencia de su superior. Coffee estaba en su acostumbrado lugar, bajo el toldo, con Somers y un tercero. Colohan compareció a la sazón y se oyeron comentarios de otros grupos. Coffee se levantó. Su semblante se puso lívido.

- ¡Coffee! ¡Ahí tiene usted a su compadre! -dijo Neale-. ¡Les he cogido a los dos! ¡Embusteros! ... ¡No han intentado siquiera seguir mis planos!

-¿Para qué condenación cree usted que estamos aquí, Neale? -preguntó ásperamente Coffee -. El que más y el que menos se lleva su tajada de los cuartos. Hay para todos. Los directores son los primeros en trampear. Toman dinero en empréstitos del Gobierno y lo emplean en pagarse a sí mismos. Usted es... de los soñadores. El niño mimado de Lodge, pero... a mí no me asusta con sus alharacas.

-Si aquí rigiese alguna ley que castigara el robo, iba usted a la cárcel de cabeza, Coffee -declaro Neale -. Es usted un ladrón, como es un ladrón ese mequetrefe que pretendió sobornarme, aunque... usted es peor. Usted ha paralizado la línea..., ha hecho repetir las obras

una y otra vez..., traicionando al general Lodge..., a Henney, que le envió a usted aquí... Para mí, eso es... es..., no encuentro calificativo adecuado... Yo hice la nivelación..., yo alcé los planos del «Número Diez» ... y yo seré quien los expondrá como los impostores trapaceros que son, ustedes y su contratista.

-Le advierto, Neale, que hay más gente de la que usted supone en el negocio - dijo hoscamente Coffee.

Colohan se le acerco gigantesco y formidable.

-Si alude usted a mí, miente -aseveró-. ¡ Y no lo vuelva a decir !

Coffee estaba intimidado. Colohan se volvió a Neale.

-Le juro, jefe, que yo no entre en la «combina». En los últimos tiempos barrunté lo que ocurría, pero... tuve que obedecer.

-No podrá usted probar nada, Neale -dijo Coffee-, y si tiene un adarme de sentido se callará la boca. Le repito que eso es... una pequeñez. Y... sé lo que me digo; conozco financieros, comisionados... diputados y senadores... y, como le dije antes, los directores del U. P. están... a lo que cae. ¡No sea simple!

-Es posible que lo sea, pero no soy ladrón.

-¡Basta de esa palabra! -vociferó Coffee, exaltado quizá por la reiteración del adjetivo ante el creciente auditorio-. ¡No soy ningún ladrón! ... Y... ¡por menos han muerto hombres aquí

Neale se echó a reír. Leía en la mente de Coffee como en un libro. El sujeto, respondiendo a la influencia del tiempo y del lugar, se proponía cubrir sus huellas de una manera o de otra. Y... Neale no había convivido en balde largos años con Larry Red King.

-Coffee, es usted un ladrón - repitió dando un paso adelante -, y de la peor ralea; porque robó a sabiendas de que no corría riesgo y de que no se le castigaría. Pero... yo llevaré aún más lejos el pleito.

Rápido como una centella arrancó del bolsillo exterior de Coffee unos telegramas que sobresalían. El acto enfureció al ingeniero; su semblante se puso purpúreo.

-¡Devuélvame eso! -gritó llevándose la mano a la cadera, buscando un arma.

-Apuesto a que hay alguno de Lee..., en cuyo caso tengo derecho a verlo - replicó Neale imperturbablemente.

Y viendo que Coffee hacía esfuerzos por sacar su revólver, le derribó de un puñetazo. Coffee cayó arrastrando la mesa en su caída y soltando, al caer, el arma. Sin perder momento, Neale se hizo con ella.

-No creo preciso decir que usted y Blake están despedidos -prosiguió-. Despedidos del cargo y del campamento..., ahora mismo...

A los quince días, el primer tren de construcción cruzó el puente de maderos provisional y el trabajo progresó con nuevo ímpetu.

Pocos días después, otro tren de muy diferente carácter pasó lentamente por el mismo lugar. Lo formaban vagones de pasajeros, un coche salón conduciendo a los directores del ferrocarril y el vagón especial de Lodge. La locomotora iba adornada con banderas y el maquinista anunció con un prolongado pitido su entrada. El «Número Diez» había sido el último obstáculo de importancia.

Quiso el azar que Neale estuviese en aquel momento en una significativa posición para él y para cuantos le veían, o sea en medio del álveo, dando frente a la estructura provisional, subido en la obra del pilar central que rebasaba ya más de dos pies el encofrado. Estaba tan fangoso y sucio como los obreros que le rodeaban.

Maquinista, fogonero, guardafrenos y pasajeros prorrumpieron en un estruendoso ¡Hurra! Para el joven, el instante fue inesperado y conmovedor. Jamás habíase sentido más ufano. Y, sin embargo, en lo más hondo de su ser experimentaba una indecible angustia.

A poco atisbó a Lodge asomado a su ventanilla y, agitando los brazos, Neale señaló a sus

pies el sólido pedestal, y haciendo portavoz de las manos gritó:

-¡Sobre roca!

Y Lodge respondió

-¡Bravo! ¡Buen soldado!

En la excitación y alborozo del evento, era quizás el mayor elogio que una mente militar podía concebir. Y para Neale fue como una consagración. El tren pasó el obstáculo y siguió su camino. Al regreso, por la tarde, se detuvo en el campamento. Un mensajero fue a prevenir a Neale de que los directores requerían su presencia. Se precipitó a su tienda a recoger sus notas y, sin preocuparse de su atavío, entró en el coche salón. Había cuatro hombres. El general Lodge y Warburton. Rogers y Rudd. Excepto el talludo peliblanco Warburton, estaban todos cómodamente en mangas de camisa, fumando, con la mesa entre ellos. En cuanto entró, Neale adivinó que afrontaba un gran momento de su vida.

La actitud del jefe, como la de Larry cuando se tramaba algo, parecía quieta, serena, potencial. Su aguda mirada despedía un fuego, un destello que estremeció a Neale. Pero... fue ceremonioso, no permitiéndose sus usuales familiaridades ante aquellos altos dignatarios del gran ferrocarril.

-Caballeros..., recordarán ustedes a míster Neale –dijo.

Estuvieron cordiales, afables.

Warburton le estrechó vigorosamente la mano, reteniéndola entre las suyas mientras le observaba de pies a cabeza.

-Joven, me alegro de volver a verle -declaró-. ¡Si le recuerdo! Ya lo creo..., aunque está más delgado y... más viejo.

-No es extraño -interpuso el jefe-. Ha venido haciendo labor de hombre.

-Allá en Omaha... se resintió usted, Neale, y... nos dejó -dijo Warburton con tono de reproche- Fue... una mala idea. Me había sido usted simpático y tal vez..., en fin..., no hablemos ya de eso. Ha vuelto usted.

-Aún me avergüenzo de pensarlo, míster Warburton -reconoció Neale-, pero... me acalore..., me acaloro fácilmente...

-Yo también. Y Lodge. Y todo hombre que valga un... comino.

-Ahora parece usted fresco -observó Rogers sonriendo-. ¡Ojalá estuviese yo tan fresco y tan mojado como le veo! ... ¡En este desierto hace un calor!

Warburton se quitó la levita.

-No quiero que me lleven ustedes ventaja -dijo-. Y ahora, Neale, cuéntenos cosas.

Neale repasó sus notas y miró al jefe.

-Por ejemplo -intervino Lodge-, hablemos de Blake y Coffee.

-¿No les han visto ustedes? ¿No han sabido de ellos?

-No; ni Henney tampoco, y eran suyos.

-Siento tener que decir que... perdí la cabeza con ellos.

-Aclare -dijo Warburton-. Nosotros juzgaremos su conducta.

Era un momento difícil para Neale, porque sus acciones con los dos ingenieros parecían, vistas fríamente, más resultante de un carácter irascible que digno ejercicio de autoridad. Pero al recordar la oferta de Blake y la amenaza de Coffee se le crisparon otra vez los nervios, prestando a su dicción gráfico tono.

-Los eche del campamento.

-¿Por que? -preguntó vivamente Warburton.

-Blake quiso sobornarme y Coffee...

-Uno a uno -interrumpió Warburton-. ¿Que fin se proponía Blake al sobornarle?

-No lo dijo, pero querían cubrir sus huellas.

-¡Ya! Y Coffee, ¿qué hizo?

-Intentó sacar un revólver contra mí.

-¿Razón? Sea usted explícito.

-Me amenazó y yo me burle de el..., le llame... cosas.

-¿Que cosas?

-Muchas, pero la que más pareció molestarle fue la de ladrón..., la repetí varias veces y me apodere de unos telegramas que llevaba en el bolsillo. Entonces fue cuando quiso sacar el revólver y... los eche del campamento a los dos. Se que salieron sin novedad, porque los han visto en Benton.

-Me va pareciendo que perdió usted la cabeza muy oportunamente -dijo Warburton-. ¿Que clase de huellas querían cubrir?

-Los planos del «Número Diez» son míos... y no los habían seguido. Puntualizando, no habían profundizado lo bastante. Hacían calicatas, o pozos, construían encofrados y alzaban una y otra vez los pilares. Como debajo tenían doce metros de arena movediza, naturalmente, resbalaban y se hundían.

Warburton se puso lentamente en pie. Su semblante adquiría poco a poco purpúrea tonalidad. Crispó un enorme puño.

-¡Una y otra vez! -vociferó-. ¡Una y otra vez! Lodge, ¿oye usted eso?

-Sí; y... tiene un sonido familiar -replicó el jefe con una de sus raras sonrisas. Y no se encolerizaba. El final estaba a la vista y quizás el solo entre todos comprendía la naturaleza de la inmensa obra. Su sonrisa era triste a la par que triunfante.

Warburton iba y venía por el vagón. Era evidente que anhelaba descargar su cólera de algún modo..., rompiendo algo..., apostrofando a sus compañeros.

No era efervescente indignación hija del momento, sino la llamarada de un fuego largo tiempo reprimido. Empleó un lenguaje más propio de cualquier garito de Benton que del coche salón de los directores del U. P.

-¡Trescientos mil dólares enterrados en ese agujero! -gritó aporreando la mesa-. ¡Una y otra vez ! Eso es lo que me irrita. ¡Labor inútilmente..., innecesariamente..., peor que inútil ! ... ¡Por el cochino dinero! ¡No por el ferrocarril, sino por su oro! ¡Dios! ¿Con que cuadrillas de bandoleros hemos de entendernos, Lodge? ¿Por que condenación no envió usted a Neale aquí desde un principio?

Una sombra oscureció el semblante del jefe. ¿Por que no había hecho un millón de cosas de distinto modo? ¿Por qué?... No contestó al airado director.

-¡Trescientos mil dólares en ese agujero!... -repitió Warburton.

Los otros dos directores se echaron a reír.

-¡Bah! -exclamó Rogers-. ¿Eso que es? ¡Una gota de agua! Consulte usted sus notas, Warburton.

Las sencillas palabras aquietaron al belicoso director; su elocuencia era inmensa. Evidentemente, le causaron efecto. Warburton gruñó, y enjugándose el sudoroso rostro, se sentó.

-Excúseme usted, Lodge -dijo exculpándose-. Lo que nuestro joven amigo nos acaba de decir me ha hecho el mismo efecto que si me pisasen mi peor callo. Quizás he sido un poco... extremado; un poco vivo, pero... soy viejo y... tal vez algo chinchoso. ¡Que importa! ¿Cómo podría haberse evitado? ¡Ay! Es tan negro como ese Benton..., ya salimos a la luz. Lodge, ¿no me dijo usted que ese «Número Diez» era el último obstáculo?

-Sí. De aquí en adelante, los rieles descienden rápida y directamente hasta encontrarse con la rama opuesta en Utah. ¡Pronto!

Warburton se tranquilizó, desapareciendo la congestión de su semblante. Miró a Neale.

-Joven, ¿es usted capaz de asentar pilares permanentes en ese sumidero?

-Ya lo están. Los he asentado sobre roca viva -replicó Neale.

-¡Roca viva! -repitió el otro, meditabundo, sin apartar de Neale la vista-. ¿Recuerda usted- dijo dirigiéndose a Lodge -aquel cowboy pelirrojo, amigo de Neale..., cuando dijo : Opino que no hay más que hablar? A

mí no se me olvidará nunca... Lodge, envíe recado a Lee y a su amigo el senador Dunn que vengan ; acabemos de una vez y... no habrá más que hablar tampoco.

-¡A Dios gracias! -asintió férvidamente el jefe.

Llamó a un empleado y viendo que no acudía nadie, fue en persona a cumplimentar el encargo.

Neale experimentaba una perturbadora sensación en su pecho. ¡Allison Lee! El solo nombre hacíale estremecer. Le resultaba incomprensible, presintiendo que había alguna razón más que el mero hecho de sus relaciones con Lee, como contratista.

El mundo contenía un hombre apellidado Lee, que era el padre de Allie. Y el joven sabía que tarde o temprano se verían frente a frente.

Y cuando entró el jefe en el salón con varios individuos de levita, en el rostro de uno de ellos, Neale reconoció los rasgos de la mujer adorada.

No hubo saludos. La situación no necesitaba formulismos. Warburton los interpeló impasible:

-Míster Lee, usando de las atribuciones que como uno de los directores de este ferrocarril me han sido conferidas, pongo en su conocimiento, visto el informe de nuestro ingeniero, que quedan nulas y rescindidas sus actuales contratas, quedando asimismo inhabilitado para concertar en lo por venir obra alguna con nosotros.

Una oleada de ira transformó a Allison Lee. Sus pupilas fulguraban, candentes en el blanco rostro.

Neale se afirmó en su creencia de que era el padre de Allie..., la belleza y el fuego d,? sus ojos eran los mismos.

-¡Warburton! ¡Lo pensará usted mejor!... Tengo influencia...

-¡Al infierno usted y su influencia! -estalló Warburton-. Los constructores, los directores..., los dueños del U. P. están presentes, ¿comprende usted? ¿Quiere usted, por ventura, que hable aún más claro?

-Mi nombramiento emana del Congreso...

-Todos los Congresos del mundo no harían que usted volviera a intervenir en un palmo más de este ferrocarril -dijo con voz de trueno Warburton-. En gracia a... sus relaciones gubernamentales..., llamémosle así..., no ahondaremos más en el asunto.

-¡Por un ingenierete advenedizo! -protestó Lee, furioso y resentido- ¿Quién es? ¿Cómo se atreve a acusarme o a informar desfavorablemente una obra mía?

-Míster Lee..., nuestro ingeniero no ha mencionado su nombre para nada.

Lee pugnaba por dominarse.

-Pero, Warburton, ¡es fantástico! - dijo -. Ese muchacho... turbulento..., desenfrenado..., amigo de tahúres y de desperados... Su informe..., sea el que quiera..., es absurdo. Un topógrafo..., hábil escamoteador de números y de palabras..., ¡oponerse a mí! ¡Es afrentoso! Haré que le...

Warburton levantó una mano imponiendo silencio a Lee. En el ademan, Neale leyó algo que le conmovió hasta el alma. ¡Se acercaba el momento! Lo vio en la fugaz sonrisa de Lodge. Contuvo la respiración. La familiar y angustiosa punzada traspasó su pecho.

-Lee, permítame que ponga las cosas en su punto para mejor inteligencia de usted y del senador Dunn -dijo-, y... demos por terminada esta penosa entrevista. Cuando el último roblón se hunda en la última travesía, es decir, muy pronto, míster Neale será ingeniero en jefe de Vías y Obras del ferrocarril Union Pacific.

XXIV

Para Neale, el maravilloso sueño habíase convertido en realidad y, a no ser por el recuerdo que acibaraba todas las horas de su vida, su alegría habría sido completa.

Estableció su residencia en Benton, invirtiendo los días en expediciones al Este o al Oeste, asumiendo la gran responsabilidad a que su largo entrenamiento le había preparado..., la conservación y entretenimiento perfectos de la línea.

Hacia fines de aquel mes fue llamado a Omaha.

Firmaba el mensaje Warburton. Al llegar a la terminal del ferrocarril, el joven hallo un maravilloso cambio desde la última vez que visitara la población. Omaha se había convertido en una ciudad. Warburton, inopinadamente requerido en Nueva York, había dejado instrucciones a Neale de que esperase órdenes.

Aprovechó el breve período para relacionarse con los hombres con quienes en el porvenir tendría que entenderse. Entre ellos y en el ordenado estruendo de los talleres ferroviarios y la animación de la ciudad, perdió, aunque sólo fuese temporalmente, la obsesionadora sensación de dolor y de angustia. Le halagaba, a su pesar, la deferencia que todos le demostraban y su antigua costumbre de crearse amistades le fue de gran utilidad. Estaba seguro en su puesto. Corrían rumores de la próxima construcción de ramales del U. P. Se le pedía consejo, se le importunaba con peticiones de empleo, se le invitaba acá y acullá. De forma que los días en Omaha fueron para él a la vez provechosos y agradables.

Hasta que llegó un telegrama de Warburton requiriendo su presencia en Washington.

Invertíanse entonces dos días en la jornada y para Neal -pasaron muy lentamente. Le parecía acrecentarse su importancia cuanto mas duraba el viaje y el hecho le causo una cierta diversión. En el fondo, le parecía un sueño.

Cuando llegó al hotel designado en el telegrama, Warburton le acogió calurosamente.

-Mucho ruido y pocas nueces -dijo el director -. En eso ha venido a quedar. Creí que le necesitaría para contestar en mi nombre algunas preguntas, pero no le serán hechas oficialmente, de modo que mas valdrá que guarde un discreto silencio... Hemos conseguido el dinero necesario. La terminación del U. P. esta asegurada.

Neale sólo pudo conjeturar la naturaleza de las preguntas aludidas, porque el director no ofreció explicación alguna Y la circunstancia trajo a su memoria su primitiva impresión de la complejidad de la parte financiera y política de la magna empresa. Warburton le invitó a cenar, llevándole mas tarde a su club, donde le presento a varias personalidades.

Aunque solo fuera por eso, Neale habría estimado satisfactorio su viaje a la capital. Tuvo ocasión de conocer a senadores, congresistas y otros funcionarios del Gobierno, así como políticos y hombres de nota, percatándose, no sin sorpresa, de lo exacto y profundo de su información respecto al U. P. Converso con ellos, contestando a sus preguntas cautelosamente. Y asistió a discusiones y conferencias abarcando todas las fases del trabajo, desde el Credit Mobilier hasta los peones chinos que avanzaban al Oeste al encuentro de los irlandeses de su propia división.

¡Que extraño comprender que el gran ferrocarril tenía su núcleo, su ímpetu y su terminación en semejante centro ! Allí estaban los hombres de pulcro atavío, blandas voces sosegados ademanes entre los que Warburton y sus directores habían llevado a término la colosal empresa. ¡Que enorme diferencia la existente entre ellos y los constructores! Neale contrastaba al apuesto Warburton y sus asociados con Casey y McDermott y tantos otros fornidos niveladores o ajustadores de la línea. Cada uno, en su clase, era necesario para la

tarea. Aquéllos, los del Este, hablaban de dinero, de oro, como los otros, los del Oeste, podían hablar de grava o de arena. Fumaban y conversaban tranquilamente, riendo sus mutuas ocurrencias, considerando de pasajero interés lo que al oeste de North Platte era una tragedia; y en su ambiente había un aire de lujo, de poder, de importancia y una gracia singular que Neale sentía mas que veía.

Lo sorprendente para él fue la ojeada que pudo echar al intrincado laberinto que envolvía la capital, las finanzas, el oro con que se construía la línea. Era un ingeniero habituado a las deducciones y, sin embargo, le habría sido imposible desentrañar la complicación de aquella monumental amalgama de negociaciones. Empero, le interesaba profundamente y gran parte del desprecio y de la repugnancia que en otros tiempos sintiera por los mercenarios relacionados con la obra, se le disipó allí rodeado de caballeros.

Una hora después, Neale acompañó a Warburton a la estación. El director tenía que tomar el tren para regresar a Nueva York.

-Váyase usted mañana -dijo Warburton-. Espero volver a verle pronto..., en Utah..., donde se clavara la última clavija. Ése será el día..., la hora..., se celebrara simultáneamente en todos los Estados Unidos.

Neale volvió a su hotel, intentando determinar el punto vital que se le había aparecido en la presurosa y aparentemente inútil Tornada. Su mente parecía un torbellino. Mas, ponderándolo, fue dándose gradual cuenta de que en la parte oriental o impulsora del plan reinaban los mismos espíritus de malignidad y de misterio que existían en la occidental o constructora. Aquí estaban interesados, comprometidos, hombres de pro y de valía; allí, hombres no menos grandes sudaban y se agotaban y envejecían y morían. La diferencia estaba en que los obreros lo daban todo por un ideal, mientras los directores y sus socios no pensaban sino en el dinero, en los beneficios.

Neale procuro acallar lo que habría llegado a ser desprecio; pero pensó que si aquellos financieros hubiesen podido ver la vida de los niveladores y peones como él la conocía, tal vez las habría impulsado un mas noble motivo. Antes de quedarse dormido, concluyó que su viaje a Washington y la beligerancia concedida por las relaciones de Warburton habían inflamado en su corazón un mayor deseo de contribuir a la obra del ferrocarril que tanto amaba. Para él, el trabajo había sido algo por lo que había luchado con todas sus fuerzas, por lo que había arriesgado su vida. No solamente consagrado su cerebro a la creación, sino poniendo sus músculos al servicio físico del mayor de los grandes cargos.

Cuando por fin llego a Benton era de noche. ¡Benton y la noche! ¡Se le había olvidado! Un enorme gentío invadía la estación. Neale experimento considerable dificultad para salir de ella. Pero la excitación, la prisa, la discordante y ronca babel de innúmeras voces, eran insólitas a hora tal en aquel lugar, hasta para Benton. Gran parte de los presentes llevaban equipaje. Neale procuró informarse de lo que pasaba y alguien le dio una respuesta

-¡La última noche de Benton!

Entonces comprendió. El inmenso y vil campo de construccion había llegado al fin de su carrera. Se desmoronaba, trasladándose, despoblándose. Era un éxodo. En las siguientes cuarenta y ocho horas, cuanto había sido Benton con su acumulación de vida o de trabajo, quedaría incorporado a otro, mayor y último campamento : Roaring City.

El contraste con el bellísimo Washington, la contraposición en su memoria de lo que allí había experimentado, la súbita inmersión en aquel sórdido, tenebroso y vocinglero infierno, produjeron en Neale una revulsión del sentimiento.

Y al deprimirse su espíritu volvieron las antiguas angustias..., la memoria de Allie Lee, las desesperantes dudas de su vida o de su muerte. Allende el campamento alzábanse lejanos los cerros, místicos, impenetrables, invariables. El saber que estaba muerta o viva, allá, entre ellos, sería un bendito descargo. Era el horror de Benton lo que temía.

Paseó, calle arriba y calle abajo, hasta que su cansancio

le hizo observar lo tardío de la hora. Tabernas y salones rebosaban gentes de toda condición. Oyó roncos gritos y luego disparos... Una pausa... Nuevamente estampidos, peculiares por su reverberación. ¡Que extraño era que le escalofriasen! Pero... todo parecía extraño. Se apartó de aquellos sonidos, sin saber que hacer ni adónde ir, ya que dormir o descansar era imposible. Finalmente entró en un garito, hallando buena acogida entre jugadores cuyo rostro conocía.

Era la última noche de Benton. En el ambiente había algo amenazador, terrible.

Neale se dejó dominar por el espíritu de la hora y del 1 juego. Había casi conseguido olvidarse a sí mismo, cuando una mano blanca, alhajada, se posó en su hombro, tocándole ligeramente. Oyó murmurar su nombre. Volviéndose, vio el arrebolado y singularmente radiante rostro de Beauty Stanton.

XXV

La tarde y la noche del día de paga en Benton, durante las cuales Allie Lee estuvo encerrada en su aposento, fueron para ella terribles. Atronaba sus oídos el fragor del poblado... murmullos y alaridos y risas..., voces guturales de hombres ebrios, los fríos acentos de los tahúres, tintineo de cristal y de oro, pasos recios, apagados disparos..., airadas reyertas y, sobre todo y más extraño que todo, las estridentes voces femeniles, elevándose en canciones sin ritmo ni poesía, en risas sin alborozo, en gritos salvajes, plañideros o terribles.

Allie, en la oscuridad, anhelaba la llegada del alba, temerosa a cada instante de que Benton, en su violencia, arrasara los endebles muros de su aposento y lo destruyese. Pero el fragor fue amainando hasta cesar; la oscuridad cedió el paso a la penumbra y luego al nuevo día; salió el sol, se alzó el viento, Benton dormía el sueño del agotamiento.

Su espejo díjole a Allie todo el horror de aquella noche. Estaba lívida, con las pupilas obsesionadas por el terror y hondos surcos violáceos subrayándolas. No podía tener las manos quietas.

Entrada la tarde, se oyeron rumores en el salón de Durade. El lugar despertaba. Al poco, el tahúr en persona le trajo su colación. Parecía demudado, exhausto, pero radiante. No reparo en el estado de Allie ni en su actitud.

-El sordomudo que te servía se ha marchado -dijo Durade-. Ayer fue día de paga en Benton y son muchos los que... se han ido. He ganado cincuenta mil dólares en oro, Allie.

-¿No tienes bastante? -preguntó ella.

Ni la oyó siquiera, hablando de sus ganancias, del oro, de los juegos... y de sus próximas partidas. Le temblaban los labios, le chispeaban los ojos, sus manos se crispaban en el aire.

Cuando la dejo, Allie sintióse más aliviada. Durade había llegado al cenit de sus fortunas y a su inevitable fin. La muchacha comprendió que si había de hacer algo para salvarse, era llegado el momento.

Cuando Durade la llamó para su diaria ocupación, estaba firmemente resuelta.

Por costumbre, entraba siempre en el gabinete particular del tahúr con los ojos bajos. Las miradas de los concurrentes la turbaban. En aquella ocasión adivinó al entrar la presencia de profesionales de una categoría que no estaba acostumbrada a ver. Durade le ordenó que sirviese bebidas, continuando su interrumpida conversación, excitado, nervioso, casi alegre.

Allie no alzó los ojos. Al llevar la bandeja a la mesa oyó a uno de los presentes murmurar

-¡Por Júpiter...! Hough..., ¡ésta es la muchacha!

Y una sibilante toma de aliento seguida de la exclamación

-¡Santo Dios !

Ambas voces estremecieron a Allie. La primera parecía la refinada, culta dicción de un inglés; la segunda, más viva, pero suave, llena de sincera emoción.

Antes de aventurarse a mirarlos volvió a su sitio. Durade jugaba con cuatro contrincantes, de los cuales tres iban de negro con el atavío usual entre profesionales, y el otro, de gris, tocábase con un sombrero de forma insolita y ancha y floja cinta de tela. Al cruzarse sus miradas con las de Allie, se descubrió, y ella asocio el ademán con su presencia. Pensó que debía ser el que había supuesto, por la voz, inglés. Tenía un semblante agradable, con hondos surcos fruto de la disipación, cansadas pupilas azules y un breve bigote que no llegaba a ocultar la bien trazada boca. Era el rostro más afable y más triste que Allie había visto. En él leyó su historia. Había adquirido, a través de su triste experiencia en el garito de Durade, el sutil arte de juzgar, por sus rostros, el carácter de sus concurrentes. Y lo que su voz le había dicho le confirmó el rostro del inglés. Él no volvió a mirarla. Jugaba indiferente, descuidado y con la mente a todas luces muy lejos de allí.

-¿Cuántas cartas, Ancliffe? -preguntó uno. El inglés tiro las que tenía en la mano. -Ninguna - contestó.

Interrumpió el juego una conmoción en los salones contiguos, que eran los públicos de juego de Durade.

-¡Otra reyerta! -exclamó éste con impaciencia-. ¡Hoy no han comparecido más que Mull y Fresno!

Una detonación sucedió a las voces y a los golpes. Durade se levantó.

-Un momento, señores -dijo, saliendo. Uno de los jugadores le siguió y otro fue a asomarse a la puerta.

El inglés quedo sentado ante la mesa con el profesional restante de espaldas a Allie. La joven vio al primero murmurar algo al oído del otro, que se levanto en seguida, yendo directamente hacia ella.

-Me llamo Place Hough -dijo muy de prisa en voz baja-. Soy jugador de oficio, pero un caballero. He oído extraños rumores y ahora los veo confirmados. ¿Es usted Allie Lee?

La muchacha sintió que el corazón le daba un vuelco en el pecho. Se echó a temblar, mirando con penetrante intensidad a su interlocutor. Al levantarse de la mesa habíale parecido un profesional como los otros, mas mirándole detenidamente, era distinto. Bajo el frío, inexpresivo semblante, había algo blando y sensible. En sus pupilas, claras como cristal, veíase sorpresa, curiosidad y simpatía.

Allie puso instintiva confianza en la voz y en el ademán del hombre.

-¡Oh! Sí... yo... soy... y estoy angustiada... enferma de horror -balbuceó-. Si me atreviese...

-Atrévase -interrumpió él vivamente-. Aprisa. ¿Está usted con ese hombre por su propia voluntad?

-¡Oh, no!

-¿Entonces...?

-¡Oh...! ¿Cree usted... quizá... que yo...?

-Supe que era usted buena, inocente... En cuanto la vi... ¿Quién es usted?

-Allie Lee. Mi padre es Allison Lee.

-¡Ah!

El tahúr silbó entre dientes su sorpresa y, echando una ojeada a la puerta, llamó a Ancliffe. El inglés se levantó.

En el aposento contiguo empezaron a disminuir los ruidos de la contienda.

-Ancliffe, esta muchacha es Allie Lee..., la hija de Allison Lee..., uno de los personajes del U. P.... aquí ocurre algo terrible.

Allie se percato del escrutinio del inglés, dubitativo, triste, curioso.

-Debes de estar equivocado, Hough.

Allie sintió un arrebato de emoción. Había llegado su oportunidad.

-Soy Allie Lee. Mi madre... huyo con Durade a California... él ... se valió de ella... para atraer a la clientela a sus garitos... como ahora hace conmigo. Escapamos juntas... con una caravana, hacia el Este... Nos atacaron los indios..., yo me oculté, arrastrándome bajo una roca... escapé a la matanza... y...

-Dejemos por ahora su historia -interrumpió Hough-. El tiempo apremia. La creo... ¿Está usted vigilada?

-¡Oh, sí... !, encerrada... No salgo nunca... Me han amenazado de tal modo, que hasta hoy no me he atrevido a hablar con nadie..., pero Durade está loco... y ya no puedo soportar por más tiempo.

-Miss Lee, no lo tendrá que soportar -declaró Ancliffe -. La sacaremos de aquí.

-¿Como? -preguntó Hough.

Ancliffe se inclinaba al simple procedimiento de salir con ella, pero Hough sacudió la cabeza.

-Escuchen -dijo Allie rápidamente-, en cuanto sepa que intento escapar me matará. Amaba a mi madre. No cree que haya muerto. Vive con la idea de vengarse de ella... Aquí tiene una guardia de desperados : Fresno, Mull, Stitt, Blanck, Grist Dayss, un mejicano al que llaman Mex y otros, lo peor de lo peor. No podrán sacarme viva si no es con una estratagema.

-¿Y si trajésemos tropa?

-Durade me mataría antes.

-¿No sería posible llevárnosla de noche?

-No lo creo. Están todos despiertos y yo... vigilada, encerrada... Lo mejor será explotar la flaqueza de Durade; ¡oro! El oro le enloquece. Cuando se apodera de él la fiebre... sería capaz de jugarme a una carta..., de venderme.

Las pupilas de Hough refulgían como fuego en hielo. Abrió los labios para hablar, pero con rápido ademán se llevó a Ancliffe a la mesa. Apenas se habían sentado cuando entraron los otros dos jugadores, seguidos por Durade, que se restregaba las manos satisfecho.

-¿De que se trataba? -preguntó Hough.

-Algunos borrachos que reclamaban lo que habían perdido.

-Y... se encontraron en la calle.

-Naturalmente. Mull y Fresno se han encargado de ellos.

Se reanudó la partida. Allie adivinó un cambio. El jugador Hough estaba ahora frente a ella y en cada carta que jugaba parecía haber una intensa resolución, una tremenda fuerza. Ancliffe abandonó pronto el juego, pero estaba fascinado contra su previa indiferencia. Hough, con su espíritu y su arte, espoleaba a sus contrincantes, excitaba su pasión por el juego, actuaba sobre sus sentimientos. No obstante su buena suerte, Durade parecía ser el de menos talla. Los otros dos se aliaron contra Hough.

Cuando las sombras crepusculares empezaron a caer, Durade pidió luces. Un cenceño y felino mejicano vino a ejecutar la orden. Llevaba en el cinto un puñal que, con el resto de su atavío, dábale apariencia de bandido. Luego de encender, se acercó a Durade, diciéndole algunas palabras en español. El tahúr contestó con el mismo idioma. El mejicano salió. Uno de los jugadores, que perdía, se apartó de la mesa.

-Señores -dijo- Si me lo permiten, iré en busca de más dinero con que continuar el juego.

-Ciertamente - dijo Hough. Durade asintió de mala gana.

Prosiguió la partida, acrecentándose su interés. Probablemente, el mejicano había comunicado sus posibilidades o quizá Durade envió aviso. El caso fue que, uno a uno, sus subordinados fueron entrando.

-¿Ha cesado el juego afuera, Durade? -preguntó Hough.

-Hora de cenar; poca concurrencia -explicó Mull. Hough miró al sujeto con adusta frialdad.

-No me dirigía a usted -dijo.

Durade salió de su abstracción para decir que con una partida grande entre manos no quería correr el riesgo de sufrir interrupciones. Hablaba francamente, pero no parecía sincero.

Al momento, el segundo profesional anunció que estimaba como un favor el que se le permitiese salir a buscar dinero, abandonando presurosamente el local. Durade y Hough quedaron solos y la suerte fue del uno a otro, con alternativa, hasta que volvieron los otros. No vinieron solos. Los acompañaron dos individuos más, igualmente vestidos de negro.

-¿Podemos participar? -preguntaron.

-Con mucho gusto-asintió Hough.

Durade frunció el ceño. Aunque seguía favoreciéndole la suerte era evidente que no veía con agrado aumentarse la partida. La sensibilidad del sujeto a cualquier cambio se manifestó en el momento en que ganó la primera fuerte puesta. Desapareció el ceño volviendo su vanidad. Hough interrumpió el juego dando un golpe en la mesa con la mano. El sonido fue duro, metálico. Un observador atento habría comprendido que el profesional llevaba una arma en la manga, pero Durade no lo advirtió.

-Me molesta que ese hombre se incline sobre la mesa -dijo señalando a Fresno.

-¿De veras? -contestó el gigante.

-¡No se dirija usted a mí! -ordenó Hough. Fresno retrocedió ante la mirada del tahúr.

-No haga usted caso, Hough -protestó Durade-. Están todos excitados. Las grandes partidas les causan siempre el mismo efecto.

-Que se vayan; así podremos seguir sin que nadie nos moleste.

-No -replicó Durade-. ¿Por que no han de observar el juego?

-Ancliffe -dijo Hough-, ve a buscar a algunos de mis amigos para observar el juego y... sobre todo no olvides a Neale y a Larry King.

Allie, que estaba escuchando con alertadas facultades, estuvo a punto de perder el sentido al oír nombrar a Neale y a Larry. Por un instante, el aposento entero dio vueltas ante sus ojos y el corazón pareció estallar en su pecho, de alegría.

El inglés salió.

Durade levanto los ojos con apasionada celeridad.

-¿Que quiere usted decir?

-Que deseo que algunos de mis amigos observen el juego -replicó Hough.

-Pero.., yo no tolero que ese cowboy pelirrojo entre en mi local.

-Es lamentable, porque tendrá que hacer una excepción por esta vez... Durade; en Benton no es usted bien visto. Yo sí.

Los ojos del español chispearon. -¿Insinúa usted... señor?

-Sí -interpuso Hough dominando con su fría y deliberada voz al explosivo Durade-. ¿Se acuerda de un profesional llamado Jones...? Fue muerto en este aposento. Si me llegase a ocurrir a mí lo mismo, en la misma forma... usted y su cuadrilla no durarían gran cosa en Benton.

Durade se puso lívido de ira y de temor. Y en aquel momento se arranco la careta. La naturaleza del sujeto se revelo claramente y también el hecho de que era la primera vez que se veía frente a un jugador de la talla y del calibre de Hough.

-Bueno..., ¿es usted sencillamente un fanfarrón o seguimos la partida? -preguntó Hough.

Durade subrayó su cólera y con un ademán manifestó su aquiescencia a continuar.

Allie clavo los ojos en la puerta. La invadía un tumulto de emociones, sobre el que predominaba su temor de que Neale la hallase y la reconociese en aquel medio. Pero la alegría de volverle a ver era tan grande, que estaba cierta de que al comparecer se precipitaría en sus

Librodot

brazos, confiando en Dios para salvarla. En Dios y en Reddy King. Al recordar al cowboy, un escalofrío la sacudió. Durade y su cuadrilla afrontarían una terrible sentencia si Larry King la encontraba en aquel lugar.

Pasaron unos momentos. Continuo el juego. Los jugadores hablaban en voz baja. Los espectadores guardaban silencio. Los discordantes ruidos exteriores perturbaban la quietud.

Allie, con los ojos fijos en la puerta, la vio abrirse. Ancliffe entro seguido por varios hombres de mirada vivaz. Pero entre ellos no estaban Neale ni Larry King. El corazón de la muchacha pareció hundirse bajo una losa de plomo. La revulsion de sentimientos, la decepción, fueron horribles. Vio a Ancliffe sacudir la cabeza y adivino que no había logrado hallar a los que más especialmente deseaba Hough. Después experimento la increíble sensación de alegrarse de que Neale no la hubiese visto allí, de que Larry no pudiese poner bajo el fuego de sus revólveres a la chusma de Durade. Acaso fuera posible libertarla sin violencia.

La reacción la dejo exhausta y como aturdida. Oía, empero, las voces de los jugadores, el ludir de las cartas, el tintineo del oro. Cuando de nuevo levanto la cabeza, la escena había cambiado. Sólo jugaban tres hombres: Hough, Durade y otro. Y al poner Allie la vista en ellos, el tercero tiro sus cartas, levantándose en silencio para juntarse con los otros que estaban detrás de Hough. La negrura de su barba contrastaba con la blancura de su rostro. Habían perdido oro, que para ellos poco significaba, pero su presencia, a espaldas de Hough, era algo muy grande y significativo. ¡Varios profesionales del juego confabulados contra un garito! Durade había perdido ya una fortuna, pero no toda su fortuna; parecía una trágica parodia del antiguo Durade. Tenía el cabello revuelto y húmedo de sudor, el cuello desabrochado, las manos trémulas. De su labio inferior brotaba sangre. No veía sino el oro, las cartas y el imperturbable e implacable Hough. A su espalda alineábase su cuadrilla, nerviosa, tensa, frenética, con los ojos fijos en el oro, rebosando odio y concupiscencia.

Allie entro en su aposento, dejando entreabierta la puerta para poder atisbar; empezó a pasear por la estancia esperando, escuchando, lo que no se atrevía a mirar. El jugador Hough ganaría cuanto Durade poseyera y luego se lo ofrecería a cambio de ella. Eso era todo lo que Allie suponía. Estaba segura de la habilidad de Hough para conseguir su intento, pero dudaba de que pudiese llegar a sacarla de allí. Habría contienda. Y si la había... el fin de Durade era inevitable porque aquel Hough, hombre de nervios de acero y maravillosas manos, rápidas como la luz, le mataría a la menor provocación.

Súbitamente retuvo a Allie una prolongada inspiración de aliento... una serie de hondos suspiros en la estancia de los jugadores. Una silla rechinó contra el suelo.

-¡Durade, está usted agotado! -era la fría, vibrante voz de Hough.

La joven corrió a la puerta mirando por la rendija. Durade parecía una fiera encadenada. Junto a la mesa, Hough erguíase ante un enorme montón de oro. Los otros parecían de piedra.

-Aquí hay una fortuna -prosiguió señalando el oro-. Cuanto yo tenía... cuanto tenían estos señores... cuanto tenía usted... lo he ganado todo.

Los ojos de Durade estaban fijos en el refulgente montón. No podía ni levantarlos para mirar a Hough.

-¡Todo! ¡Todo! -repitió como un eco.

Igual que un halcón al caer sobre su presa, Hough se inclinó sobre el tahúr.

-Durade, ¿tiene usted algo más que jugarse?

El español fue el único que se movió. Lentamente, temblando de pies a cabeza, se incorporo, no apartando las fascinadas pupilas del oro hasta estar en pie.

-¿Se burla usted de mí, señor?

-Le ofrezco todas mis ganancias... todas..., por la joven que tiene usted aquí...

-¡Está usted loco! -exclamó el español, inmediatamente.

-Es posible, pero decida pronto... ¿Acepta?

-No vendería a esa muchacha, señor, por todo el oro de las Indias-replicó sin vacilar Durade. La oferta de Hough no encerraba atractivo para aquel hombre que tantos crímenes había cometido por el oro.

-Pero... se la jugará usted-asevero Hough. Con un espléndido gesto empujó todas sus ganancias al centro de la mesa. Como buen jugador leía en el alma de su adversario.

El semblante de Durade se agitaba convulsivamente. Lo que no vendería a ningún precio, lo arriesgaría a una carta, con la extraña fe del jugador en su suerte.

-Mis ganancias contra la muchacha -prosiguió Hough implacablemente. El desprecio y la provocación se mezclaban en su acento a la persuasiva pasión de su oferta. Sabía cómo inflamar. Durade era un pigmeo en las garras de un gigante-. ¡Ea...! ¿Acepta...?

El tahúr dio un respingo como si por su cuerpo hubiese pasado una corriente eléctrica.

-Sí, señor - gritó. En aquel momento, el más grande sin duda de su vida de jugador, revertía al idioma de su patria.

Como movidos por un mismo impulso, Hough y Durade se sentaron. Los demás formaron grupo a su alrededor. Fresno se acercó, malignamente, chispeantes los procaces ojos.

-A ese Hough me lo sé yo de memoria -dijo a su vecino- Lo que quiere es la chica.

Los dos jugadores cortaron para determinar a quién correspondía dar. Ganó Hough. La victoria estaba para él en la incertidumbre del silencio mismo, en la sobrecargada atmósfera del aposento. Comenzó a barajar. Sus manos eran blancas, bien formadas, perfectas como las de una mujer y, sin embargo, no eran bellas. Su espíritu, su poder, su implacable destreza no podían tener relación con nada bello. ¡Que maravillosamente rápidas ! ¡Demasiado, para seguirlas con la vista! Durade había hallado su rival. Un rival que jugaba con él. Si en aquella partida había algún elemento de azar, era el de la incertidumbre de la vida; no el de las probabilidades de Durade de salir ganancioso. No tenía ninguna. Habría sido imposible para espectador alguno, por avispado que fuese, proclamar con justicia que Hough se permitía la más leve desviación de la rectitud. Sin embargo, todo en el hombre demostraba en aquel momento el jugador que en realidad era.

Durade pidió con voz que casi era un murmullo, dos cartas recibiéndolas con trémulos dedos. Una terrible esperanza y exultación transfiguraban su rostro.

-Yo tomaré tres-dijo calmosamente Hough. Con deliberado gesto y lentitud que contrastaba con sus previos movimientos, cogió las cartas una a una del resto del

paquete. Las miró y con la misma imperturbable calma puso las cinco sobre la mesa, de cara, descubriendo una combinación invencible.

Durade se sobresaltó, un grito gutural salió de sus labios. Hough se levantó rápidamente. -He ganado, Durade - v volviéndose a sus amigos -: Hacedme el favor de guardar ese oro.

Yendo a la puerta de Allie, la vio asomando.

-¡Venga usted, miss Lee! -dijo. Allie salió con inseguro paso.

El español pareció obligado a apartar los ojos del oro que los compañeros de Hough se repartían. Cuando vio a Allie, sufrió otra potente y notable transformación. La pasión por el oro que había puesto en sus facciones una fugaz irradiación le abandonó, trocándose en una sombría y creciente sorpresa. Sus pupilas traicionaron su insoportable sensación de pérdida y el espíritu que la repudiaba. Por un instante fue magnífico y quizá, en aquel instante, salieron a la superficie la raza y la sangre. Luego, con pasmosa rapidez, se convirtió en la presa desenfrenada, lívida, de un inextinguible odio.

Allie se sobrecogió al adivinar que Durade estaba viendo en ella a su madre. No habría memoria, ni amor, ni oro, ni apuesta que contuviese al español o se atravesasen en su camino.

-¡Señor...! Me engañó usted -murmuró.

-Le derroté con su propio juego -dijo Hough -. Mis amigos y su gente son testigos de la

apuesta... Vieron la partida.

-Yo... no... arriesgaría a esa muchacha... por apuesta alguna, señor.

-La ha perdido usted... Y... sírvale de aviso, Durade. Tenga cautela por una vez en su vida... Suyo es el oro que queda.

Durade dio tan violento empellón a la mesa que la derribó, desparramándose por el suelo cuanto había sobre ella. El estrépito de la caída sacó del estupor a sus satélites, que empezaron a recoger las monedas.

El acerado fulgor del derringer en manos de Hough detuvo al español, silbando como una serpiente. Retrocedió presa de un temor que pronto se convirtió en desatinada locura.

-¡Mátale! - dijo Ancliffe con una sangre fría que demostraba su previsión.

Uno de los amigos de Hough enarboló un bastón haciendo añicos una lámpara y con rapidísimo ademán repitió el golpe en la otra, sumiendo en tinieblas el aposento. Pareció ser la señal para que los secuaces de Durade perdieran toda' su cautela en una frenética búsqueda del diseminado oro. El tahúr, dando gritos, se abalanzó.

Allie sintióse impelida hacia la pared de su cuarto. Allí la oscuridad era menos densa. Distinguió a Hough y a Ancliffe. Éste cerró la puerta; Hough bisbiseó a oídos de la joven, si bien el escándalo del otro aposento hacía innecesaria la precaución.

-¿Podemos salir por aquí? -preguntó.

-Hay una ventana.

-Ancliffe, ábrela y sácala por ella. Yo detendré a Durade si entra. Aprisa.

Mientras el inglés abría la ventana, Hough se situó frente a la puerta con los brazos en cruz. Allie podía discernir su silueta en la penumbra. En la otra habitación reinaba verdadero pandemónium con Durade, pidiendo luces a gritos, sus hombres peleándose por el oro y los amigos

de Hough buscando la salida. No le siguieron al aposento contiguo, sin duda, creyendo que había escapado el primero.

-Venga - dijo Ancliffe tomando a Allie de la mano.

La ayudó a salir, siguiéndola trabajosamente. Luego, llamó a Hough. El jugador se unió a ellos rápido y silencioso.

-¿Y ahora qué? -dijo.

Parecían encontrarse en una especie de callejón entre una casa de madera y una de lona. En el interior de esta última oíanse voces excitadas que debieron alarmar a Hough, porque conminando ¡silencio! con un ademán llevó a Allie por el lóbrego pasadizo hasta un no menos

lóbrego recinto de estructuras achatadas. Ancliffe le se guía de cerca.

La noche, encapotada, les favorecía. Un viento fresco azotó el semblante de Allie, refrescándola tras su prolongada reclusión. Hough empezó a tantear. El recinto tenía un piso de madera y una armazón en esqueleto. Había sido una casa de lona. Algunas de las medianerías estaban aún en pie.

-Busca una puerta..., cualquier sitio por donde salir -murmuró Hough al llegar al lado opuesto. Él y Allie fueron hacia la derecha mientras el inglés buscaba por la izquierda. Al poco trecho volvieron sobre sus pasos ambos.

-No hay salida..., todo está empalizado.

-Por aquí igual, tendremos que...

-Escucha... -exclamó Ancliffe levantando una mano.

El ruido parecía rodearles, por ser más persistente por el lado de la casa de lona tras la que estaba el callejón que daba a la de Durade. Rasgaron la oscuridad ráfagas de luz. La voz del tahúr, aguda y penetrante, destacaba entre las otras. En la casa de lona alguien hablaba con él. Por sus palabras, había estado en el cuarto de Allie.

-Escucha, indio, aquí no se esconde nadie y además al primero que entre lo dejamos tieso-

decía una hosca voz.

Le sucedieron los entrecortados acentos de Durade.

-¿Los han visto al menos?

-Los oímos salir por la ventana.

El tahúr prorrumpió en un torrente de imprecaciones y luego gritó:

-¡Fresno! ¡Mull...! Acordonad la calle..., no pueden

escapar... Tú, Mex... entra ahí con los otros.

Le contestaron otras voces más claras e insistentes:

-Matadle... Traed a la chica... y vuestro es el oro. Hough se acerco a Ancliffe.

-Nos tienen acorralados.

-Sí, pero... la oscuridad es muy densa y aún tardarán. Vigila mientras me abro paso por alguna parte.

Estaba perfectamente tranquilo como si hablase de cosas indiferentes. Apago el cigarrillo y se puso los guantes.

Hough parecía más alto que nunca. A la escasa claridad, sus facciones aparecían pálidas. Estaba rígido, con los brazos pegados al cuerpo y un derringer en cada mano.

-Ojalá estuvieses mejor armado -dijo.

La emoción de Allie se fundió en un escalofrío de comprensión. Con absoluta calma, aquellos dos hombres se habían puesto caballerosamente frente a sus enemigos, aceptando con breves palabras y escasos ademanes cuanto pudiera sobrevenir.

-He de decirles, es preciso que sepan... -murmuró ella apoyándose en el brazo de Hough-. Le oí enviar a buscar a Neale y a Larry King... y me sobrecogí... Neale es mi prometido... \'ea... llevo su sortija... Reddy Kíng... es mi mejor amigo..., mi hermano.

-¡Que vueltas da el mundo...! Siempre sospeché que Neale nos ocultaba algo y ahora... viendo a esta muchacha... lo comprendo todo.

-¡Por Júpiter! -exclamó el inglés.

-Bien. Yo detendré a la cuadrilla de Durade. ¿Quieres tú hacerte cargo de la joven?

-Indudablemente -contesto el impasible Anclíffe -. ¿Adonde te parece que la lleve?

-¿Donde estará segura? En los cuarteles... no. Demasiado lejos... ¡Ah! Llévala a Stanton... Dile la verdad... Beauty la esconderá mientras buscas a Neale y a King.

Y dirigiéndose a Allie

-Me alegro de que haya mencionado a Neale -dijo, y en su acento había una curiosa suavidad -. Le debo un gran favor. Le aprecio. Anclíffe le sacará de aquí... la llevará..., con toda seguridad, a Neale.

La muchacha comprendió por su tono, por su presencia misma, que él no contaba volver a salir jamás de aquel lóbrego recinto. Oyó que Ancliffe arrancaba una tabla de la pared o empalizada y en el silencio el traquido pareció fortísimo. En la casa de lona ya no :,e oían voces. El viento silbaba en el armazón. En la lejanía oíase música y aplausos. El nocturno rugido de Benton empezaba. De pronto apareció una luz moviéndose lentamente en el más oscuro rincón del recinto, a unos cincuenta pasos de ellos.

Hough acerco aún más a Allie a Anclíffe.

-Póngase detrás de mí -murmuró.

Crujidos y el astilleo de la madera indicaban los progresos del inglés, pero también localizaban a los fugitivos para sus perseguidores. La luz desapareció; se oyeron pasos y voces cautelosas sobre la madera.

Allie vio o creyó ver formas escurriéndose contra la pálida penumbra. Tan cerca estaba de Anclíffe que, en sus movimientos, tropezaba con ella. De repente, vio un rayo de luz a través de la abertura que había hecho. Una lengua de fuego surco la oscuridad. Crepitó un revolver; Allie oyó el impacto del proyectil en la pared. Hough disparó. La detonación de su derringer

parecía liviana, sin violencia. La siguió un grito, un gemido y otros disparos. Las balas se hincaban en la madera. Allie oyó la lluvia de plomo caer sobre Hough con un sonido que la sobrecogió de espanto. Él se bamboleo. Sucedió una descarga. Los proyectiles silbaban por doquier. Tuvo perfecto conocimiento de cada impacto en Hough. Roncos gritos y guturales alaridos se mezclaban con las detonaciones.

Ancliffe la cogió, empujándola por el boquete que había logrado abrir. La muchacha fue arrastrándose hacia atrás, viendo que Hough seguía cubriendo su retirada, aunque con acentuado movimiento de vaivén. Al incorporarse, dejo de verle. Le pareció estar en un pobremente iluminado almacén o deposito.

Afuera habían cesado los disparos. Oyó el violento baque de un cuerpo contra el suelo y luego pasos ligeros y apresurados.

Ancliffe trato de pasar por el boquete. Era demasiado angosto o bien alguien le retenía. La madera crujió. El cuerpo del inglés se agito en la abertura debatiéndose violentamente. Allie oyó las sibilantes interjecciones españolas. Quedo petrificada, segura de que Durade había agredido a Ancliffe. Súbitamente, el inglés salvo el obstáculo, arrastrando tras de sí un cuerpo cenceño v felino. Con una mano le sujetaba por el cuello y con la otra la muñeca. Allie reconoció a Mex, el aliado de Durade. Empuñaba un cuchillo ensangrentado.

Ya adentro, Ancliffe, más dueño de sus movimientos, zarandeaba al mejicano con deliberada e implacable facilidad. Allie vio como doblegaba, quebrándolo, el brazo que sostenía el arma. Mas no fue el espectáculo, sino los ojos del mejicano, lo que la impulso a cerrar los suyos. Cuando los volvió a abrir respondiendo a un contacto de Ancliffe, éste estaba junto a ella y el mejicano yacía en el suelo. El inglés empuñaba el cuchillo, que disimulaba bajo la chaqueta.

-Venga -dijo con voz que sonaba en falso.

-Pero... Hough..., hemos de...

El ademán de Ancliffe sello los labios de Allie. Le siguió. Cerca se oían voces de gentes, pero todo parecía ceder ante el inglés. Continuo adelante. Sus movimientos parecían irreales. Bajaron una escalinata, saliendo a un oscuro lugar. A la derecha veíanse luces y formas movedizas. Ancliffe corrió con ella en dirección opuesta. A través de las lonas de las tiendas, las luces aparecían pálidas y tenues. En aquel paraje reinaba completa quietud. Allie tropezó y, de no sostenerla Ancliffe, hubiera caído al suelo, si bien en ocasiones también él tropezaba al parecer. Doblando la esquina se dirigió rápidamente hacia unas brillantes luces. Las edificaciones eran más grandes y veíanse pasar gentes en todas direcciones. Allie reconoció un nuevo sonido... una confusión de música, baile, hilaridad... muy próxima. Apenas podía seguir el paso de Ancliffe. Él no despego los labios ni miro a derecha ni a izquierda.

En la esquina de un gran edificio alargado, Ancliffe abrió una puerta, haciendo entrar a Allie en un pasillo oscuro en aquel extremo, pero iluminado en el opuesto. La llevo por aquel pasaje, con inseguros pasos, vacilantes hasta llegar a otro lugar alumbrado por lámparas. La música y la algazara parecieron envolver a Allie, aturdiéndola, aunque solo vio una persona allí..., una negra que al detenerse Ancliffe se puso en pie despavorida.

-Llama a la Stanton... aprisa -jadeó poniéndole unas monedas de oro en la mano-. No hables con nadie más.

Abriendo otra puerta hizo entrar a Allie en un Gabinete lujosamente amueblado y luego de volver a cerrar se desplomo sobre un diván. Sus facciones, notables por su blancura, tenían una singular expresión. Habíase desvanecido su cansada e imperturbable indiferencia.

Al descansar en el asiento, sus manos soltaron el asidero a la chaqueta, que se entreabrió ensangrentada. El cuchillo cayo al suelo. A sus labios asomo una sanguinolenta espuma.

-¡Oh! ¡Gran Dios...! ¡Estaba usted herido! -exclamó Allie cayendo de rodillas a su lado.

-Si la Stanton... no llega a tiempo... dígale usted... lo ocurrido... Que busque a Neale - dijo

él hablando con extrema dificultad.

Allie no podía contestarle. No podía rezar, pero su vista y sus percepciones eran anormalmente claras. La peculiar mirada de Ancliffe se poso en ella y le pareció que sonreía, no con los labios, sino con el espíritu. ¡Que extraño y maravilloso!

La muchacha oyó el característico ludir de sedas a la puerta. Se abrió. Una mujer rubia, desnudos los brazos y los hombros, cubierta de brillantes, entró en el gabinete.

Sus grandes ojos azules pasaron de Ancliffe a Allie y a aquél otra vez.

-¿Que ha ocurrido? ¡Estás pálido como la muerte...! ¡Ancliffe...! Tus manos... tu pecho. ¡Dios mío! -se inclinó sobre él.

-Beauty..., me han herido... y Hough... ha muerto.

-¡Oh, este horrible Benton! -gritó la mujer.

-No pierdas la cabeza..., óyeme..., recordarás nuestra curiosidad por la muchacha que tenía Durade..., es ésta... Allie Lee... es inocente... Durade la tenía prisionera por venganza..., había amado... y luego odiado a la madre... Hough ganó a Durade su oro... y luego a la muchacha; pero tuvimos que abrimos paso... para llevárnosla... Beauty, esta Allie Lee... es la prometida de Neale... El cree que ha muerto..., escóndela y búscale...

Ella contestó vivamente

-Te lo prometo, Ancliffe... te lo prometo... ¡Que extraño es cuanto dices...!, pero no para Benton... Ancliffe... háblame... ¡Oh, se muere!

Con sus primeras palabras, Ancliffe sufrió un cambio. Fue como si su voluntad le abandonase... Su cuerpo se desplomó. Bajo la intensa palidez empezó a difundirse una tonalidad grísea. Su último instante de conciencia se condensó en la extraña mirada que Allie había observado antes y que en cierto modo interpretó como una liberación. En el fugaz momento que la maravillosa luz se iluminó, como alumbrando las negruras de su alma, ella adivinó lo que había sido su ruina, el secreto de su eterno remordimiento y la oportunidad de morir que le había engrandecido, redimiéndole.

Olvidadiza de la otra mujer, Allie Lee miraba a Ancliffe sostenida por un innominable espíritu, sintiendo con trágica piedad su deber de mujer..., rezar por él, acompañarle para que no estuviese solo al morir.

Y mientras le miraba, se disolvió la singular aureola, volviendo a sus facciones un lento, indiferente cansancio.

-¡Muerto! -murmuró la Stanton incorporándose -. ¡Muerto y... no sabemos nada de él..., ni su nombre..., ni su origen..., pero el mismo Benton fue incapaz de evitar que muriese como un caballero!

Cogió a Allie de la mano, llevándosela por el pasillo a una alcoba. Ya allí la miró frente a frente, con femenil simpatía y con algo más que Allie adivinó... con dulce y desgarradora melancolía.

-¿Es usted... la prometida de Neale? -preguntó a media voz.

-¡Oh! ¡Sí..., por favor..., búsquele para mí!

La ternura de la voz de una mujer, sus caricias, era lo que más necesitaba Allie en aquellos instantes. Y... ¡que extraña, que vacilante fue la forma de cogerla aquella mujer entre sus brazos, con los ojos cerrados, y estrecharla contra su pecho, en el que Allie, al reclinar la cabeza, percibió el tumulto de su corazón

-¡Allie Lee...! ¡Y la cree a usted muerta! -murmuró-. Yo... le traeré aquí...

Cuando se desprendió de Allie, sus pupilas estaban arrasadas de lágrimas y sus labios temblaban. En aquel momento había algo bellísimo y terrible en su apariencia.

Pero Allie no podía comprenderlo.

-Espéreme aquí -dijo la otra-. Espere... a que le traiga a Neale.

Abriendo la puerta, se paró en el umbral, mirando hacia el pasillo primero y a Allie

después. Su sonrisa era hermosísima. Cerró con llave y Allie oyó el suave ludir de sus sedas al alejarse.

XXVI

Echándose una capa sobre los desnudos hombros, Beauty Stanton salió por la puerta excusada de su domicilio, quedándose un instante anhelosa y expectante, en la desierta y sombría calle.

No tenía idea del motivo que la impulsara a detenerse así cuando su deseo era echar a correr. Mas en cuanto salió a la fresca noche parecieron suspenderse sus facultades de acción y de reflexión. Las extrañas sensaciones circundantes actuaban sobre ella..., la oscuridad, el viento gimiendo sobre las casas, el fragor de Benton, el apagado y musical murmullo a sus espaldas y, más extraño aún que todo, el inefable dolor de su corazón, el hondo escalofrío como de gozo jamás hasta entonces sentido y causado por una física sensación de contacto de inexplicable poder.

Un espacio de su desnudo pecho parecía vibrar, estremecerse.

-¡Ah! -murmuró-. Esa muchacha... reclino su cabeza aquí... sobre mi corazón... ¿Que podía hacer yo?

Echo a andar rápidamente, pero ni teniendo alas habría podido seguir en celeridad a sus pensamientos.

Doblo la esquina de la calle principal, mezclándose con la muchedumbre. Hombres en grupos hablaban acaloradamente; por su actitud dedujo que había habido reyertas. Más de una vez la interpelaron al pasar con familiar confianza, pero no hizo caso. La amplia calle parecía extraña, melancólica, no obstante su creciente marea de humanidad salvaje, cruda, inquieta.

Sus pasos la llevaron a terreno conocido y aun así le pareció no conocer aquel Benton.

-¡Yo fui como Allie Lee! -murmuró-, no hace tantos años.

Su febril fantasía retrocedió a la juventud, a la esperanza, al amor. Se vio a si misma a los dieciocho años..., dotada ya de aquella belleza que seria su ruina; en el colegio, discípula favorita, rodeada de una hueste de adolescentes... ; en su hogar, cuyos ámbitos resonaban con las risas de un hermano y de una hermana; donde la siempre amante y bondadosa madre... ¡Ah, madre! ... Con la palabra, la turbamulta pareció acrecentarse, envolverla, engolfarla, pisotendo la sagrada memoria tan inevitable y brutalmente como había pisoteado su cuerpo.

No le quedo Beauty Stanton sino la desgarradora punzada del recuerdo. Ella era parte de Benton. Era un diente de su engranaje..., un grano de arena del torbellino..., un trozo de carne y de sangre para las abiertas fauces insaciables del monstruo del progreso.

Sus rápidos pasos la llevaron inconsciente por su camino. Sabia dónde hallar a Neale. Le había visto muchas veces jugar, siempre con sentimiento, notando lo desplazado que allí estaba. Su indiferencia habiala desconcertado, espoleando su vanidad profesional. Los hombres no se habían mostrado nunca indiferentes con ella; los había visto pelearse por una de sus burlonas sonrisas. Pero Neale... siempre había sido de mármol para sus encantos, no obstante su afable y cortés deferencia. Cuando le veía descubierto ante ella, no podía evitar una extraña sensación de azoramiento. Beauty Stanton había perdido el derecho al respeto. ¡Cuando era lo que más anhelada! Los instintos de su juventud convertían su vida presente en un tormento. La indiferencia de Neale por todas las manifestaciones de su carnal amor, nacido del ambiente de Benton, lo había trocado en otro más grande, el único tal vez de su vida. Por Neale habría sido capaz de todo, pero él..., absorto en su propio secreto, yendo hacia un sino

tal vez fatal, había pasado de largo sin detenerse.

El ahora... aprendia que su secreto, su misterio, eran las mismas agonias de amor que a tantos otros habían lanzado por ignorado camino..., Allie Lee..., ¡y la creia muerta!

Con todas sus amarguras, la vida tenia momentos de dulcísima alegría. Los hados eran favorables a Beauty Stanton. De sus labios aprendería Neale que Allie Lee vivía..., inocente..., pura..., fiel, esperándole. El alma de Beauty se exaltaba al comprender lo que la noticia seria para Neale..., la dicha..., el cambio de su vida..., su salvación... Iba a ser lo que más anhelaba de labios de la mujer a la que había despreciado. Más adelante pensaría siempre en Beauty Stanton con el corazón agradecido. Ella seria el instrumento de su salvación. Hough y Ancliffe habían dado la vida para salvar a Allie Lee de las viles garras de Benton, pero le estaba reservado a Beauty Stanton, a la mujer de fama notoria, el hacer su felicidad. Allie Lee estaba a salvo en su casa. Los tigres de Durade demolerían Benton entero antes de osar poner las manos en su vivienda. La iniquidad de su establecimiento era por si misma el mejor baluarte para el cuerpo y el alma de la inocente Allie Lee. Beauty Stanton se maravillaba pensando en los extraños caminos de la vida. Por mucho que su ambición hubiese querido pedir para dulcificar, para atenuar el trágico final de su carrera, jamás se habría atrevido a pedir tanto. Estaba abrumada por la magnitud de su oportunidad.

Llego al extremo de la calle. Las tiendas y las casas de madera estaban a ambos lados. ¿Habiase equivocado de camino?... No. Las hileras de luces le aseguraban que aquélla era la calle principal y, sin embargo, distaba aún mucho de la estación del ferrocarril. La muchedumbre seguia siendo igualmente densa. Ante sus ojos extendiase un espacio llano, pobremente alumbrado, lleno de objetos movedizos y ruidos de martilleo y de carretas. De repente recordó.

¡Evacuaban Benton! Tiendas y casas desmontadas iban cargándose en las plataformas de los trenes para su transporte al próximo campamento de construcción. ¡ Benton había visto su último día! ¡Aquélla era su última noche!

Recordó entonces que el dueño del local que ella tenía en arriendo le había anunciado que a la mañana siguiente lo desmontaría por secciones para volvérselo a instalar en el nuevo poblado. Dentro de cuarenta y ocho horas, Benton sería un baldío, una desolación de armazones vacías, de entarimados sueltos, de ruinas y de arena, que el desierto iría reclamando. Desaparecería como una odiosa pesadilla; cuanto allí había ocurrido resultaría increíble.

El garito donde confiaba hallar a Neale había desaparecido en breves horas como por arte de encantamiento. Beauty Stanton volvió sobre sus pasos. Hallaría a Neale en otra parte... En el «Gran Entoldado» quizá.

Este salón era inusitadamente concurrido y su ambiente, excepto por la hilaridad, las mujeres y el oro, era el característico de Benton en los días de -Daga. Todas las mesas de la sala de juego estaban ocupadas.

Beauty entró en el atestado local descubierta la dorada cabeza, blanca, altiva y fulgurante, con toda la belleza de su juventud recuperada. Había fracasado en sus viles intentos de seducir a Neale con su bajeza; ahora triunfaría; con la pureza del motivo se ganaría su amistad, su gratitud eterna.

En cuanto vio al joven, el resto de la concurrencia dejó de existir para ella. Estaba jugando y no alzo los ojos. Su aspecto era hosco y cejijunto. Se le acercó. Algunos de los jugadores la interpelaron familiarmente, como por derecho. Neale se volvió a saludarla con una inclinación de cabeza; siempre le había demostrado respeto y deferencia.

Le rebosaba el corazón. Jamás había podido saborear momento semejante. Iba a separarle, a arrancarle a la vida aborrecible y perniciosa de los campamentos, a ofrecerle una inesperada felicidad..., a darle el poder de consagrarse por entero a su amado ferrocarril. Le puso una

trémula mano sobre el hombro, inclinándose hacia él,

-Neale..., venga -dijo.

É1 sacudió la cabeza.

-Sí, sí -insistió vibrante de emoción la voz.

Con cansado ademán, él dejo sus cartas, mirándola. En sus negras pupilas ella creyó leer una leve sorpresa y quién sabe también si compasión.

-Miss Stanton..., perdóneme, pero... comprenda..., una vez más, no... -y, volviéndose, recogió sus cartas.

Beauty Stanton experimento una momentánea suspensión. Fue como si algo frío intentase penetrar en su mente cálida y radiante. Le fue difícil articular palabras. No podía salirse de las líneas de su emotividad. Su femenil tacto, su perspicacia, su conocimiento de los hombres, estaban en falta.

-¡Neale!... Venga... conmigo -gritó entrecortadamente-. Hay...

Alguien, soez y procaz, se echo a reír. La Stanton no notó su significación hasta ver cómo afectaba a Neale. .Se sonrojó y sus manos se crisparon.

-¡Vaya, Neale! -dijo un brutal jugador-. Por nosotros no lo deje..., vaya con su amiga... Así como así, ha estado de suerte..., como presumo que ella ha visto...

Neale arrojo las cartas a la cara del que había hablado y abalanzándose sobre la mesa le dio una bofetada que le hizo caer de su asiento.

El baque silencio a la sala. Todos se volvieron a mirar. Neale, en pie, aguardaba, el brazo en alto, amenazador. El contrincante se incorporo blasfemando, pero sin hacer ademán de buscarse un arma.

Aun dependiendo de ello su vida. Beauty Stanton no habría hallado en aquel momento las palabras que deseaba decir. Parecía haber surgido algo imprevisto, totalmente inesperado.

-Neale... ¡Venga... conmigo! -fue todo lo que pudo decir.

-No-declaro vehemente con airada repugnancia.

La actitud, después de la soez insinuación del otro, dio a entender a Beauty lo que aquellos hombres imaginaban. ¡Locos! ¡Locos! Una vibrante transformación de sus emociones la hizo estremecer. Neale le volvió la espalda. Al verlo, algunos se echaron a reír. La Stanton sintió el acicate de su amor propio herido, de su orgullo; habían tergiversado sus palabras, pero... ¿que importaba? Al ir a sentarse Neale, le cogió por un brazo reteniéndole para poder murmurar a su oído. El semblante del joven estaba rojo de ira. Alzó una mano con ademán que cualquier mujer habría comprendido y odiado. Pero hizo en la Stanton un singular efecto. Neale creía que le estaba importunando. Para él, sus miradas, su contacto, sus palabras, tenían el mismo significado que para aquellos soeces animales humanos que escuchaban con guiños indecentes. El momento más dulce, más exaltado de su vida se trocaba en acerbo, amargo como la hiel y aborrecible. Tendría que hablar claro para que la entendiese.

-Allie Lee... en mi casa - exclamó y al punto, como herida por un rayo, quedó yerta, rígida.

La transformación de Neale fue terrible. La pasión y no la comprensión le trocaron en un ser lívido, furioso, exaltado..., obrando como a su juicio debía obrarse para repudiar un sacrilegio.

-¡...! - su voz escupió la afrentosa injuria, el único epíteto que podía inflamar, abrasar y aniquilar el alma de la Stanton, impulsándola a una diabólica rebelión. Gris como la ceniza de su rostro, echando lumbre por los ojos, Neale pareció a punto de matarla. Y su mano recia, implacable, selló con un golpe sus labios.

-¡No pronuncie ese nombre!

La paralización de la Stanton se disolvió. Ciega de furia salió a la calle, tropezando, cayendo, volviéndose a levantar... Las luces se enturbiaron, los ruidos callejeros se hicieron confusos, indistintos, como las figuras que con ella se cruzaban.

-¡Me ha pegado! ¡Me ha llamado...! -jadeó.

Y la exaltación de sus pasadas ilusiones se desvaneció como si jamás hubiese existido. Toda la maldad de sus años de perversión salió a la superficie.

-¡Condenación! ¡Condenación...! ¡Le costará la vida! ... ¡Le veré agonizar!... ¡Me lavaré en su sangre las manos!... ¡Escupiré en su rostro al morir!

Tambaleándose, iba hacia su casa. No existe nada en el mundo tan terrible ni tan repentino como la llamarada del odio de la mujer perdida. La sangre de Beauty Stanton habíase convertido en vitriolo. A todas las injurias, a todas las ignominias que los hombres habían descargado sobre ella venía a juntarse la última, la más definitiva e insoportable de todas : uno de ellos, estúpido, egoísta, cruel, un hombre al que había en realidad amado, que había tenido en su mano el poder de transformarla, de redimirla, al que había acudido llevándole desinteresada esperanza y leal abnegación..., había interpretado vilmente sus palabras, la había golpeado en público, llamándola un nombre para el cual no había perdón entre su clase, un nombre que evocaba todas las furias, todos los fuegos infernales.

-¡Oh! ¡Torturarle!... ¡Sacrificarle! ¡Martirizarle!... ¡Quemarle vivo! ... No sería suficiente... - jadeó.

Y en la mente que tan poco antes había irradiado bondad y dulzura, germinó la idea suprema, apoteótica de la inspiración más diabólica que podía concebirse.

-¡Por los infiernos! ¡Haré de Allie Lee lo que ya soy! ¡Haré de ella una mujer igual a la que él pegó !

La mujer desapareció en Beauty Stanton. No quedaba sino la venganza. Razón, influencia, feminidad, nobleza, amor... toda la herencia de su sexo había sufrido los embates de las anormales condiciones de su vida. En ningún orden de la creación habríase hallado ser alguno viviente capaz de la letal e inmutable pasión de destruir que animaba a la Stanton. Así la venganza, la naturaleza y la vida. Ella, que habría salido al desierto a morir por el hombre a quien amaba, se convertía en un azote, en una llama, en una devastación.

Llegó a su casa; entró. Los festejos en honor de la última noche de Benton estaban en su apogeo. Colocándose entre sombras atisbó la puerta.

-Al primer hombre que entre le doy esta llave -silbó entre dientes.

Le temblaban las piernas. Las luces del salón parecían despedir fulgores rojizos. Salieron varios hombres. Luego una forma talluda y esbelta apareció.

En el pecho de Stanton pareció estallar un globo de fuego. Había reconocido al que entraba. El más violento, el más peligroso de los hombres de Benton.

Larry Red King.

Se acercó a él sin experimentar, por primera vez en su vida, la singular sensación de temor que el cowboy le inspiraba.

Parecía estar semiembriagado. La Stanton sabía leer en las facciones de los concurrentes a su antro y lo que vio en las de Larry King vino a dar el último toque a su odio. De haberle sido posible seleccionar a su hombre entre las fieras de Benton, habría escogido al armado cowboy.

-Larry..., tengo una amiguita nueva... -dijo-. Venga.

-¡...noches, miss Stanton! - rezongó.

Respiraba con cierta dificultad, como quien está bajo la influencia del alcohol, y una sonrisa a la vez pueril y perversa erraba en sus labios.

Ella se lo llevó fácilmente, aunque al sentir su pesado revólver contra ella, se escalofrío.

El pasadizo conducía a un amplio aposento que daba al salón de baile. Entre los presentes vio rostros extraños, animados, pero en su excitación, llegó a un pasillo que formaba ángulo con otro.

-¡Tome.. la... llave! -murmuró.

Su mano temblaba. Se reconocía como una monstruosa criatura empujada por todo Benton. Era otra mujer que se despedía así del crapuloso mundo. Pero... no pudo pronunciar palabra. Sus labios se negaron. Señaló hacia una puerta.

Esperó el tiempo necesario para ver al talludo y grácil cowboy detenerse frente al lugar indicado. Entonces huyó.

XXVII

Cuando la bellísima desconocida salió dejándola encerrada, Allie Lee permaneció largo rato como en éxtasis, esperando a Neale.

Gradualmente, empero, otros pensamientos fueron acudiendo a intervalos a su mente. Aquella alcoba la afectaba de singular manera, sin poder a punto fijo determinar la razón. No era que experimentase temor alguno al hallarse allí, al contrario, se alegraba.

El miedo a Durade y a sus secuaces aún existía, pero contrarrestado por la certeza de una próxima liberación. Posiblemente el tahur había muerto en su encuentro con Hough. Mas luego recordó haber oído a Durade hablar con Fresno y con Mull. Debían de estar sobre su pista. Habían visto a Ancliffe y no pasaría mucho sin que diesen con ella. Allie lo sobrellevó resueltamente. Estaba en el centro de una sangrienta y horrible realidad. Era inevitable. Quiso obligarse a no pensar en la proximidad del cadáver de Ancliffe..., en las facciones de Hough al ganarle a Durade su oro. Había algo magnífico en el gesto de Ancliffe trayéndola a un seguro refugio cuando estaba agonizando. Tan magnífico como la espléndida actitud de Hough al poner su cuerno como barrera a la cuadrilla de Durade. Allie adivinaba que aquellos dos hombres habían combatido y muerto por algo suyo, así como para salvarle el honor y la vida a ella.

El reducido aposento parecíale un refugio, empero era opresivo, como la atmósfera del lugar donde yacía Ancliffe. Pero aquella opresión no era la muerte. Allie estaba familiarizada con esta última. Y aquel refugio... la escalofriaba.

Una habitación que no era la de alguien..., que estaba deshabitada. Y, sin embargo, contenía el mismo moblaje que Durade había adquirido para ella, limpio y cómodo. Allie se abstenía, no obstante, de tocar nada. A través de las delgadas paredes, oíase el sempiterno rumor de voces, música y canciones.

A veces, le parecía oír el lejano martilleo y ruido de tablones al apilarse.

Probablemente no llevaba sino breves instantes en el aposento cuando le pareció que llevaba horas. A buen seguro que no podía tardar en regresar con Neale aquella mujer. Y la mera idea ahuyentó de su espíritu todas las demás, dejándola palpitante de esperanza y de inquietud.

Pasos afuera la distrajeron de su nervioso estado. Alguien se acercaba por el pasillo. Su corazón dio un brinco..., volviendo a aquietarse. Quienquiera que fuese pasaba de largo. Oyó la voz pastosa y gutural de un hombre y la huera, inane, risa de una mujer.

La muchacha sentíase desfallecida. La tensión era demasiado violenta. Se había dejado llevar de sus esperanzas y temía que resultasen fallidas.

De repente, el picaporte de la puerta se alzó. Allie, en el centro de la pieza, quedó rígida de expectación. ¡Iba a entrar alguien. ¿Sería Neale? ¡Debía de ser él! Sus sensibles oídos percibieron una entrecortada respiración..., luego el chasquido de la llave en la cerradura... y... se abrió dando paso a un individúo talludo, de incierto andar, que sin mirar al interior volvió a cerrar. Luego dio frente a Allie.

Al reconocer el rubicundo rostro, las fúlgidas pupilas,
el llameante cabello, un inmenso descanso se apodero de ella.

-¡Larry! -gritó.

Dio vivamente un paso hacia él dispuesta a echarse en sus brazos, pero la violenta sacudida que observo en él la detuvo.

Larry retrocedió... con las manos extendidas ante sí y una expresión en el arrebolado rostro como jamás le había visto. Revelaba estúpida sorpresa. Lentamente, se llevo la mano a los labios y luego al cabello. Con más rápido gesto, la echó hacia atrás para tocar la puerta, como queriendo cerciorarse de algo, tocando cosas tangibles.

-Opino... que los estoy volviendo a ver - murmuró como para sus adentros.

-¡Oh Larry! ... Soy Allie Lee -gritó ella tendiéndole los brazos.

Vio como desaparecía hasta el último vestigio de color de su rostro. Una violenta conmoción sacudió su cuerpo. Su mirada tenía la expresión del que no cree lo que está viendo. La mano que tendió temblaba.

-¡No soy un espectro, Larry! ... No. ¿No me conoces? -balbuceó.

En efecto, debió de creerla una aparición. Perlaban en su frente gruesas gotas de sudor.

-¡Querido pelirrojo! - murmuró ella sonriendo en medio de su agonía.

De fijo con aquellas palabras..., el nombre con el que tantas veces le había atormentado, el nombre que nadie sino ella se habría atrevido a usar...

Entonces vio que daba crédito a la realidad. Le echo los brazos al cuello... en un frenesí de alborozo. Donde Larry estaba no podía andar lejos Neale.

-¡Allie! ... ¿Es usted? -preguntó roncamente, estrechándola contra su pecho.

-¡Oh Larry!... ¡Sí..., sí, y... me ahoga la alegría! - murmuró.

-Entonces... ¿no... ha muerto? -preguntó, incrédulo aún.

¡ Que dulce era para Allie Lee volver a oír el familiar dejo sudeño!

-¿Muerta?... ¡No! ... ¿No ha visto que acabo de besarle?... Y... aún no me ha devuelto el saludo.

Sintió henchirse su pecho mientras la levantaba en vilo para besarla, cohibida y puerilmente.

-Opino... que ha llegado el fin del mundo..., pero... quizás es que estoy simplemente borracho...

La tenía muy cerca... dominándola con su estatura, mirando a su alrededor y a ella, sacudiendo la cabeza, perplejo, mascullando palabras ininteligibles.

-Reddy..., ¿donde está Neale? -preguntó ella. Larry la soltó y entonces noto el cambio. Su cuerpo pareció envararse, endurecerse y vibrar como por efecto de un golpe.

-¡Dios! -murmuró con ronco acento de horror y de sorpresa-. Es... usted, Allie, aquí.

-¡Claro que soy yo! -replicó ella. Larry palideció hasta los labios.

-¿Que ocurre, por todos los santos..., Reddy? Súbitamente él se abalanzo. Con ruda mano la arrastro bajo la luz, inclinándose sobre ella. Allie, atemorizada, no podía substraerse a su fascinación. Sus miradas tenian una intensidad, una extraña penetración. Allie no pudo soportarlas.

-Allie..., míreme -dijo en voz baja y dura-, por que... opino que tal vez no le quede mucho de vida. Allie se debatió débilmente, mas no podía resistir ni su espíritu ni su fuerza. Quedo inerte, devolviendo al cowboy su mirada. A los breves instantes cambio totalmente. -Larry..., ¿está usted... bebido?

-Lo estaba..., ya no lo estoy..., muchacha... Otro beso.

Sorprendida, Allie obedeció, sonrojándose vivamente.

-¡Qué... feliz... soy! -murmuró-. Pero, Larry, me dio usted... un susto..., yo...

-¡Feliz! -exclamó él- Alguien ha hecho algo muy gordo..., pero no es usted...

-Larry..., ¿que dice? Estoy exhausta de tanto esperar. ¡Oh! ¡Háble me de Neale!...

¡Que extraña, curiosa e incomprensible fue su mi rada!

-Allie..., Neale está aquí en Benton. Puedo llevarla a él en diez minutos. ¿Quiere que lo haga?

-¡Que si quiero! ... ¡Reddy! ¡Si no me lleva en seguida, me moriré de angustia

Nuevamente se le acerco, cogiéndole las manos.

-¿Cuánto tiempo... llevaba... aquí... cuando yo entré?

-Media hora..., quizá menos, aunque... se me hizo muy largó.

-¿Sabe usted que clase de casa... es ésta..., lo que significa este aposento? -prosiguió en voz muy baja.

-No -replicó al punto, aguzada su curiosidad. Las preguntas se agolparon a sus labios, pero el extrañó Larry la dominaba.

-¿No ha entrado... nadie aquí?... ¿Fui yo el primero?

Si.

Larry King pareció luchar consigo mismo, con la influencia que la bebida ejercía aún sobre él, con la sombría opresión del aposentó. Allie se estremeció al ver ablandarse el rostro, iluminado por la sonrisa que tan bien recordaba.

-Bueno..., opino... que estaba efectivamente borracho... -dijo lentamente-. Es... una mala costumbre mía, Allie... Me hace pensar... cosas extravagantes... Dejaré la bebida..., palabra de honor..., si me perdona.

Hablaba dulcemente, con la voz velada por la emoción.

-¡Perdonar, Larry!... ¡No hay nada que perdonar! ... Como no sea... su tardanza en llevarme a Neale.

Volvió a observar la violenta trepidación. La retuvo un instante más... y después, al soltarla, era el cowboy que ella recordaba, imperturbable, sereno..., indiferente y, sin embargo, amenazador..., cómo aquel día de la aparición de los desconocidos en el valle de Slingerland.

-Allie... esa mujer..., la Stantón..., ¿fue quien la encerró a usted aquí?

-Si, y luego...

Larry le impuso silenció con un vivo ademán. En el corredor se oían cautelosos pasos. El temor de Durade y sus secuaces volvió a invadir a Allie. Se le ocurrió de pronto que Larry debía ignorar la razón de su presencia allí.

El cowboy abrió la puerta asomándose afuera. Al volverse centelleaban sus aceradas pupilas.

-La sacaré de aquí -murmuró-. Venga.

Salieron. El pasillo estaba desierto. Allie se estrechó contra él. En la esquina de los dos corredores se detuvo a escuchar. Sólo se oía el confuso rumor de voces.

-Larry..., he de decirle... -bisbiseó Allie-. Durade

y su cuadrilla me persiguen. Fresno, Mull..., Blake..., ¿los conoce?

-Opinó que si -replicó-. ¡Dios! ... Pobre criatura..., entre esa gentuza... y la Stanton... Ahora comprendo..., me dijo: «Larry, tengo una amiguita... ¡Beauty Stanton, mala idea te inspiró el infierno en aquel momento! ¡Maldita sea tu alma!

Temblando, Allie quiso hablar, pero el cowboy le impuso silenció innecesariamente, porque, de pronto, le pareció tan terrible, tan salvaje, tal letal que la dejó muda.

-Allie..., si la aviso... póngase detrás de mi y agárrese a mi chaqueta. Yo la sacaré de aquí.

La colocó a su izquierda, llevándola por el pasillo de la derecha hacia el amplio aposento que Allie recordó. Al pasar, vio el salón de baile. Larry no se apresuraba. Llegaron a la escalera. La estancia, abajo, estaba llena de hombres y mujeres. La Stanton se encontraba también allí y al verles lanzó un gritó que sobrecogió a Allie. ¿Era aquella lívida y

desencajada mujer la misma que había ido en busca de Neale? Se echó a temblar. No obstante su terror, oía y veía con peculiar, intensa claridad. El grito de la mujer había atraído la atención de todos a la escalera.

La Stantón corrió hacia ellos y levantando un brazo con apasionado gesto

-¿Adónde llevas esa muchacha? -gritó estridente.

Larry empezó a bajar arrastrando a Allie.

-Se la llevó a Neale.

La Stantón lanzó un gritó agitando los brazos:

-¡No! ... No se la llevarás...

El cowboy siguió bajando lentamente, cautelosamente. Allie vio adelantarse a varios hombres de entre la masa de espectadores y colocarse en el espació claro detrás de la Stantón. ¡Los aborrecidos semblantes de Mull, Fresno y Blake!... La muchacha oprimió el brazo a Larry para prevenirle y él, soltándola, le indicó que se colocase a su espalda.

- ¡Beauty! ¡Quítate de mi camino! -gritó.

Su voz vibró con implacable nota, impresionando a cuantos la oyeron, excepto a la desatinada mujer, que, convulsa de ira, fuera de las órbitas los encendidos ojos..., se abalanzó hacia el cowboy sin cuidarse del revólver que enarbolaba.

Larry disparó. Beauty se bamboleó con un horrible grito gutural y su semblante se transformó al palidecer. Cayó pesadamente, suelto el dorado cabello y con los brazos en cruz.

Larry King no volvió a mirarla. Siguió bajando más aprisa, con Allie detrás. El primero en reaccionar de los aterrados espectadores fue Fresno... Intentó, con apasionada furia, encañonar al cowboy. El estampido del arma de King y el baque del cuerpo del gigante al desplomarse parecieron sacar al gentío de su estupor. Hombres y mujeres en tremenda confusión echaron a correr hasta la sala de baile.

Larry se dirigió al pasillo de salida. Mull y Blake empezaron a hacer fuego sobre él, eficientemente, porque Allie sintió las vibraciones de su cuerno al recibir los impactos. De dos rápidos disparos, King acabó con ellos. Mull cayó al sesgo del pasillo y al pasar Allie sobre su cuerpo, pudo ver aún el rubicundo rostro y los enormes ojos bovinos ya velados. En aquel fugaz momento le vio morir.

Larry aceleró el paso. Allie, aferrada con crispados dedos a su chaqueta, se asía desesperadamente a él. Los disparos repercutían en el pasillo, estruendosos, y gritos de hombres alarmados oíanse en la calle. El acre humo de la pólvora ahogaba a la muchacha. Veía a diestro y siniestro los rojizos fogonazos. Sintió a Larry vibrar de pies a cabeza y algo abrasador rozó su hombro. Una bala había atravesado de parte a parte al cowboy y se bamboleó sin detenerse. En el umbral de la puerta yacía un hombre, ensangrentado el pálido rostro, empuñando aún una humeante pistola. Era Dayss.

Larry King, ya en la vacía calle, miró arriba y abajo.

-Opino... que... no hay más que hablar-dijo con gutural acento.

Con vaivén, cada vez más acentuado echó a andar sosteniéndose a su vez en Allie. Se alejaban de las luces. La muchacha columbró vagamente formas movedizas al frente, y una vez volvió la cabeza temerosa de una persecución.

El cowboy se detuvo ante una casa. Estaba pálido, pero sonriente.

-Corre..., Alpe -dijo.

-¡No, no, no! -replicó ella asiéndose a él- Estás herido... Larry..., vamos...

-Dile... a... mi camarada Neale...

Su cabeza cayó contra la madera y al desplomarse su cuerpo quedó semierguido. La vida abandonó las serenas pupilas. Larry Red King murió como habría querido morir, de pie, con un arma en cada mano y el nombre de su amigo en los labios.

-¡Oh Larry..., Larry! -sollozó Allie.

No podía correr. Apenas si podía hablar. Se acercaba gente. Le faltaron las fuerzas y cuando estaba a punto de caer, rudas manos la sujetaron. Sobre ella vio el descompuesto semblante y los relampagueantes ojos de Durade.

XXVIII

Cuando Beauty Stanton abrió los ojos, vislumbró a través de las rendijas de una destartalada tienda una faja de cielo azul. A su alrededor reinaba insólita quietud. Sólo se oía el murmullo del viento sobre la arena. ¿Dónde estaba? ¿Que había ocurrido? ¿Era aquello no más que un vívido y horrible sueño?

Sentíase entumecida, incapaz de moverse. ¿La retenía acaso algún enorme peso? Su cuerpo parecíale inmenso, lleno de agudos dolores, excepto las extremidades, en las que no sentía más que intenso frío.

Lentamente, recorrió con la vista el lugar. Sí, estaba en una tienda..., una tienda abandonada..., vieja..., sucia... y... vacía, en el suelo. Por un desgarrón de la lona vio un trecho llano cubierto de estacas v de tablas, de armazones desnudas y de pilas de escombros. La realidad se abrió paso en su cerebro. Benton estaba evacuado. Era un baldío. Las casas, las tiendas, la gente..., todo había desaparecido.

Durante su inconsciencia, dándola acaso por muerta, la habían llevado a aquel desierto lugar. La cubría una bata, la que se ponía siempre al levantarse. Debajo llevaba aún el vestido blanco de la víspera, mas le habían quitado las joyas. Recordó entonces haberse sentido transportar sobre un diván... haber oído llanto de mujeres y voces de hombres estupefactos que comentaban entre sí el evento, mirándola... y recordó oír también que el disparo del cowboy era fatal... y que Larry se había abierto paso para caer luego muerto en la calle dejando a Allie en poder de Durade.

Beauty Stanton comprendió que estaba sola en !a abandonada tienda del solitario campamento... para morir. Se sintió presa de un hondo y agudísimo dolor físico, pero ni el temor a la muerte ni la idea del sufrimiento ocupaban su espíritu. Súbitamente, la agobio el arrepentimiento. Al abandonarle la vida la abandonaba el odio. Si en sus últimos momentos le hubiesen dado a elegir entre la salvación de su alma y la proximidad de Neale, el tenerle allí para poder decirle la verdad, pedirle perdon... morir en sus brazos... habría elegido esto último. ¿No vendría alguien, algún soldado a quien poder confiar un mensaje...? ¿Algún sepulturero...? Porque el U. P. enterraba a los muertos que dejaba en su camino.

Con inseguras manos la Stanton busco en los bolsillos de la bata, hallando en uno de ellos un cuaderno de notas con un lápiz que le servía de pasador. Con agarrotados dedos pero completa lucidez mental, empezó a escribir a Neale, poniendo en cada palabra algo de la angustia, del remordimiento, del dolor y del amor que experimentaba. Y cuando hubo concluido puso el cuaderno sobre su pecho y, por vez primera en largos años, supo lo que era la paz.

En sus postreros instantes no se dejo vencer por e! dolor ni por el remordimiento. Todas sus emociones estaban condensadas en su carta. La memoria fue lo único que perduro, haciendo desfilar ante ellos los recientes eventos desde que viera morir a Ancliffe hasta que la extraña fatalidad llevara a Larry King a perder la vida al intentar salvar a Allie.

Si Neale hubiese sabido comprender... habría dado por bueno el sacrificio. Ése fue su último pensamiento consciente.

Y llego el momento, el postrero entre la vida y la muerte, en el que el alma de Beauty

Stanton se apronto a emprender la solitaria y eterna peregrinación por las gríseas regiones de las sombras, a lo desconocido.

Enjugándose el sudor del rostro, Casey se apoyo en su pala, mirando a su inseparable McDermott. Entre ambos abríase una fosa que acababan de cavar. Cerca de ellos yacía una forma alargada, envuelta en lona.

-¡Que me maten si me gusta este encarguito, Mac!

-dijo Casey tirando de su negra pipa.

-A ti lo que te convendría es ser director del U. P., ¿eh? -replico McDermott.

-Menos llevar una locomotora, he hecho de todo..., se abusa de nosotros, Mac. Esos militares no hacen nada... ¿Por que no plantan ellos a éstos...?

-Casey, entiendo que no nos lo ha mandado nadie.

Benton alzo el campo ayer y nosotros nos largaremos pronto con el tren de balasto. Lo menos que podemos hacer es enterrar los restos de Benton. Y... tú eres quien más debería alegrarse de que ese pelirrojo cowboy esté bajo tierra.

-¿Yo? ¿Por qué?

-¿No te persiguió con su cañón, dejándote los pelos de punta para siempre?

-Mac... en mi vida estuve más fresco. Y, en cuanto a enterrar a Larry King, me alegro y lo siento. Era amigo de Neale.

-También era un rayo encadenado, Casey. Según dicen, él fue quien mato a la Stanton.

-Apuesto a que es mentira-replico Casey-. Lo que paso es que se desato su artillería en el salón y una bala de los que le atacaban le fue a dar a ella.

-Quizá. En todo caso, fue un mal negocio... El cowboy les dio en el mismo sitio a todos. A fe que no volverán a guiñar el ojo.

-Y... que no se te olvide, Mac. La faena más sucia, pero la mejor que hemos hecho en el U. P., ha sido enterrar a esa chusma.

Casey indico con un ademán la larga hilera de recientes túmulos sobre los que se extendía ya la arena del desierto. Luego, soltando la pala, se inclino sobre la inmóvil figura.

-¡Echa una mano, Mac!

Bajaron el cuerpo a la fosa. Casey, al incorporarse, hizo sobre él la seña! de la cruz.

-¡Era un hombre! -dijo. Llenaron la tumba.

-¿No sería decente marcar el lugar donde yace Larry King? Una piedra o una cruz de madera con su nombre...

McDermott frunció las cejas rascándose la barba. Luego señaló:

-¡Para qué, Casey! ¡Fíjate...! ¡La arena está ya cubriendo las otras!

-Algo se te había de ocurrir para ahorrarte trabajo, Mac. Eres una fiera. ¡Arriba ! ¡Duro y a la cabeza!

Rápidamente cavaron otra fosa larga y estrecha. Cogiendo unas toscas angarillas, fueron en dirección a la destartalada tienda que, al parecer, era la única estructura en pie de Benton. Casey entró antes que su compañero.

-¡Que extraño! -dijo.

-¿El qué? -preguntó McDermott.

-¿No cubriste su rostro cuando la trajimos aquí?

-Seguro que sí, Casey.

-Y... ahora tiene otro aspecto... ¡Mira, Mac!

Casey se agachó a recoger el cuaderno de sobre el pe

cho de la mujer. Sus torpes dedos lo abrieron con trabajo.

-¡Está escrito, Mac! -exclamó.

-Pues..., ¡léelo, simple!

-¡Oh! ¡Aunque no sea un escribano... leer... sí que sé leer! -replicó.

Casey, empezando a deletrear laboriosamente lo escri
to, de repente se interrumpió mirando a McDermott.

-¡Que mil diablos...! ¡Begorra! ¡Es para mi amigo Neale!, y una carta de amor...

-Pues guárdala para Neale y... ten la decencia de no leer ni una palabra más.

Alzando a Beauty Stanton, la sacaron afuera. Su cérea faz era en sí una trágica historia.

-Mac... ¡que guapa era! -dijo Casey-, y... ¡una señora... !

-¡Todo el mundo te da lástima! Esa Stanton sí que era guapa y... quizá una señora, pero... más mala que la quina.

-Hacía tiempo que sospechaba que no tenías entrañas, Mac... Y ahora veo que tampoco tienes seso.

-Soy tan inteligente como tú, aquí y en casa -replicó Mac Dermott.

-Entonces... ¿cómo no viste que esta pobre infeliz vivía cuando la trajimos aquí? Debió volver en sí y entonces fue cuando escribió la carta a Neale... antes de morir.

-¡Dios! ¡Casey ! ¡No lo dices en serio!

Casey asintió en silencio arrodillándose para pegar el oído al pecho de la Stanton.

-Ahora sí que no hay duda -dijo incorporándose.

Se valieron de la lona de la tienda para amortajarla y, llevándola a la llanura, la bajaron a la fosa contigua a la del cowboy.

Casey volvió a hacer la señal de la cruz, prestando luego mayor atención que su compañero al relleno de la tumba, apilando la tierra hasta formar un túmulo sólido y liso. Al terminar, se le había apagado la pipa. La volvió a encender.

-Beauty Stanton..., pocas veces habrás tenido más limpio lecho -dijo-. Y... pronto no habrá nadie que sepa dónde estás.

Los dos compadres se echaron las palas al hombro y emprendieron la marcha.

El viento soplaba en el desierto elevando la arena en finas capas movedizas. Pasó la tarde, se puso el sol y el crepúsculo cayó sobre el baldío. No había más sonidos que el rechinar de la arena, el soplo del viento y los aullidos de los lobos. Con la noche vino la soledad a cubrir la tumba de Beauty Stanton. En aquellos parajes el viento era perenne y la arena estaba en continuo movimiento, cambiando imperceptiblemente la faz de la tierra. El desierto laboraba. La Naturaleza no respetaba las tumbas. Radiantes, frías, implacables, las estrellas titilaban en la vasta bóveda celeste.

En el eterno taller de la Naturaleza, los ocupantes de aquellas fosas innominadas y olvidadas mezclarían el polvo maligno con el bueno y la divinidad de la muerte los resolvería por igual entre los elementos otra vez.

El lugar que había sido Benton ya no existía. Los coyotes ladraban tétricos en las antes famosas calles del poblado, hociqueando por entre los escombros y las ruinas.

El ruido, que no era música ni alegría, ni trabajo, estaba acallado para siempre. Benton no era ya sino un nombre.

El sol se alzó sobre una macabra escena; una vasta planicie en la que estacas, postes, armazones y entarimados se mezclaban con todas las escorias y todos los desechos de una precipitada y despilfarradora población, en marcha hacia otro campamento.

La luz del día no hallo ser viviente alguno allí. El viento soplo por las calles donde habían imperado el terror y la lujuria con el oro, el trabajo y la sangre. Un tren paso aquel día, cuyo maquinista y fogonero contemplaron con sorprendida expresión lo que había sido de Benton.

La Naturaleza parecía más piadosa que la vida, porque empezaba al punto a ocultar lo que los hombres habían dejado; las cicatrices del lugar donde el infierno celebraba su carnaval.

Cayo el crepúsculo, llego la noche, como presurosa por disolver en sus primitivos elementos los endebles restos del gran campamento.

XXIX

Casey abandonó Benton en el tren obrero. Se componía de una larga hilera de vagones y de góndolas transportando piedra, hierro, grava, traviesas... todos los materiales precisos para el entretenimiento de la vía. La máquina iba a la cola, empujando en vez de arrastrar; a la cabeza iba una plataforma cargada de grava y ocupada por Casey y varios obreros. Inevitablemente, el irlandés gravitaba siempre a vanguardia, fuese del trabajo, fuese de la contienda.

Desde la salida de Benton hasta la cima de una larga rampa del desierto veíanse indicaciones de los intentos de los indios de levantar la vía para hacer descarrilar los trenes. Eran tan corrientes en la diaria vida de los obreros esas señales sioux, que las acogían con absoluta indiferencia, haciéndose temerarios y en ocasiones pagando con la vida su temeridad al verse sorprendidos en pequeños grupos aislados por los siempre vigilantes enemigos.

La tropa había salido de Benton en los trenes que conducían al poblado y sus habitantes.

El avance de Casey y sus camaradas hacia el Oeste era lento por la necesidad de ir reparando la vía y mantener continua vigilancia. Esperaban que el tren regular del Este les alcanzase, pero no percibían ni su humo. Debía de haber ocurrido algún percance o acaso estaba en Medicine Bow detenido por alguna orden telegráfica.

Hacia el crepúsculo, el tren obrero gano la cumbre de la larga rampa desértica desde la que la línea corría luego en amplio desarrollo hasta la base de los cerros. Habíase instalado en el lugar una estación provisional formada por varios vagones de mercancías, en los que se alojaban los telegrafistas y un pelotón de soldados. Al acercarse el tren obrero, Casey observo que en el andén alguien agitaba violentamente un banderín. En consecuencia dio aviso al maquinista.

-Es curioso -díjole a su amigo McDermott-. Esos telegrafistas saben que nos pararíamos en todo caso.

-Indios - aventuro McDermott.

De la misma opinión fueron varios de los obreros restantes; y cuando el tren se detuvo dejando la plataforma algunos metros allende la estación, el irlandés y sus compañeros saltaron a tierra presurosos.

Les esperaba un grupo de individuos. Collins, el telegrafista, era amigo de Casey. Estaba entre los soldados, pálido y demudado.

-¿Quién es el jefe del tren?-preguntó. El irlandés hizo un guiño, sonriendo.

-El maquinista es el jefe del tren y yo soy el jefe de la brigada.

Entre tanto se habían unido al grupo otros obreros y los aludidos por Casey.

-Tenéis que esperar aquí -dijo Collins.

Se quito la pipa de la boca para atascarla de nuevo.

-¡Ahuh! -gruñó.

-Parte de Medicine Bow..., orden de detener el tren del general Lodge... Trescientos sioux emboscados cerca de esta estación... Lodge está entre aquí y Roaring City -recitó el telegrafista, que estaba muy excitado.

-Y... ¿el parte es de Medicine Bow? -exclamó Casey mientras sus hombres murmuraban entre sí.

-Sí. Debieron de transmitirlo aquí anoche cuando O'Neil, el de guardia, estaba ya muerto. Le asesinaron los indios mientras dormíamos.

-¡Es una condenación! -exclamó Casey seriamente.

-El mensaje debió de llegar a Medicine Bow en tránsito. Stancey me lo transmitió a mí. Yo

he intentado pasarlo a Roaring City, pero han cortado la línea.

-Y... ¿es seguro que el general ha salido de...? ¿Como se llama el nuevo campamento? ¿Roaring... qué?

-Roaring City... Hace dos días el general Lodge pasó en un tren especial. Llevaba escolta, como de costumbre, pero... no la bastante para hacer frente a trescientos sioux... ni a cien.

-El general debe de haber salido ya de Roaring City... Si no no habrían cursado ese mensaje.

-Eso creo... y, ¿que podemos hacer? Hasta llegar aquí el maquinista de su tren no puede hacer alto en estación alguna para recoger noticias... por la sencilla razón de que no hay estaciones.

-¿Y esos sioux están emboscados en las cercanías? -preguntó reflexivamente Casey -. Si no recuerdo mal el terreno... sólo hay un lugar a propósito. Aquel desfiladero estrecho y alto... Deep Cut...

-Efectivamente. Viniendo del Este, forma una rampa muy acentuada. Es facilísimo detener el tren. El general Lodge, con sus acompañantes y su escolta..., no tienen la menor probabilidad de poder defenderse. Será una degollina... Ese desfiladero nos ha preocupado siempre por temor a emboscadas... y ahora que los sioux se han corrido lo bastante al Oeste para haber dado con él... no hay tren que esté seguro... aunque lleve un regimiento.

-¿Y si pudiera detenerse al General antes de llegar? -preguntó Casey sagazmente.

-Entonces.., estando prevenidos podrían, cuando menos, defenderse. No sería el primer ataque que rechazan. Podrían aguantar hasta la llegada del tren de socorro o... volverse atrás.

-Pues... Collins... tenemos que detener a ese tren antes de que se meta en esa maldita trampa.

-¡Es imposible! -gritó Collins-. Han cortado el hilo... aunque... sería igual si lo tuviésemos... Al ver vuestro tren pensé que quizá podríamos correr el albur de destacar a la máquina sola, pero... la lleváis detrás del convoy y no tenemos aguja de desvío... ¡Es infernal!

-Hay cosas más infernales todavía, Collins... Yo detendré al general Lodge.

El fornido irlandés dio media vuelta, yendo hacia el primer vagón seguido del grupo entero boquiabierto, admirado. Casey trepó sobre la grava.

-¿Que condenación vas a hacer? -preguntó McDermott.

-Hazme el favor, Mac. Desengancha la góndola.

McDermott pasó entre los topes anunciando a poco haber cumplido el encargo.

Collins y los demás espectadores comprendieron simultáneamente la idea.

-¡Por todos los diablos ! ¿Eres capaz? Tienes veinte kilómetros de rampa descendente. Esa góndola, con su carga... se va derecha a los cerros, pero... pero...

-Será fácil, Collins. Pasaré por ese desfiladero como una píldora por un elefante. Los sioux no vigilarán este lado. Hay una curva. Cuando me oigan será tarde. Y... no levantarán la vía hasta el último instante.

-Sí. Pero, Casey, una vez salvado el desfiladero... no podrás controlar la góndola. Los frenos no morderán. Darás de lleno en el tren del General...

-¡No! Me llevaré un par de traviesas y si veo que hay peligro... haré descarrilar mi coche salón.

-¡Es jugarte la vida! -exclamó Collins. Su voz y la palidez de su semblante le proclamaban novicio en el Union Pacific.

-Muchacho..., cuando se trata de un irlandés... no sabrás nunca quién puede ganar a ese juego.

Casey no tenía la pretensión de ser heroico. Musculoso y recio, tan buen trabajador como bebedor, locuaz y dicharachero, su mayor alborozo estribaba en «ganarle la mano » a su amigo del alma McDermott. Ni remotamente se le ocurría creer que pudiese representar un

indomable, inextinguible espíritu. Pero bajo su sonrisa brillaba algo, sencillo, radiante, duro como el acero.

-Arrimad el hombro y... empujad -ordenó.

Como autómatas le obedecieron.

-¡Duro y a la cabeza! ¡Duro y a la cabeza! -gritó Casey instalándose junto a la cama del freno.

El vagón adquirió movimiento. McDermott fue el últimо en soltarlo.

-¡Buena suerte! -gritó roncamente.

-¡Diles que me viste, Mac! -gritó Casey despidiéndose de todos con la mano. Le contestaron con un estruendoso «¡Hurra!», fijos los ojos en la góndola hasta perderla de vista.

En los primeros instantes, su mayor preocupación fue su pipa, que la corriente de aire había apagado. No obstante la destreza de largos años de práctica, le fue difícil volverla a encender y, de no conseguirlo, habría seguramente detenido la góndola para realizar tan importante operación. Cuando, por fin, la pipa tiraba satisfactoriamente y volvió la cabeza, la estación ya no era visible.

Clavó los ojos en la curva donde desaparecía la vía entre taludes cubiertos de salvias. La pendiente era casi imperceptible para quien no tuviese experiencia y el vagón avanzaba con una lentitud que hacía temer a cada instante que se detuviese. Pero Casey sabía que no era probable y que si por azar así fuera, le sería fácil volver a ponerlo en movimiento. Un armatoste pesado como aquél y además con carga, sacaría toda la ventaja posible a un mínimo de pendiente. Lo que le encocoraba eran los traquidos y el ruido de las ruedas que, desde su sitio, parecían anormalmente fuertes.

Doblo la curva enfilando una recta en la que pudo apreciar, por la mayor violencia de la brisa contra el rostro, el aumento de la velocidad. Mientras pasaba ese punto excavo un hoyo en la grava, arreglándose una especie de parapeto que ofreciera alguna protección contra las balas y las saetas indias. Esto hecho, no le quedaba sino vigilar el freno y mirar al frente.

Pareció transcurrir considerable tiempo antes de adquirir velocidad bastante para asegurarse contra una detención. El viento le azotaba la cara, llevándose horizontalmente el humo de su pipa, y la góndola empezó a cubrir distancia. A varios kilómetros ya de la estación, entro en la angosta boca de un ramblazo en el que la rasante se acentuaba, acentuándose su marcha proporcionalmente, hasta un paso superior al de un hombre corriendo. La línea asentábase en la margen derecha de la rambla que serpenteaba entre lomas bajizas y desnudas cuyo aspecto era más y más áspero y quebrado. Casey había tendido no pocos de los rieles que ahora recorría.

Tuvo que frenar para no tomar las curvas a excesiva velocidad. El freno no respondía bien, dando evidentes indicaciones de que no resistiría un prolongado uso. Entre traquidos y crujidos, el vagón siguió su marcha.

La línea, tal y como él creía recordarla, era una secuencia de rectas y de curvas más o menos pronunciadas, la última de las cuales entraba en el estrecho desfiladero donde suponía emboscados a los sioux. Su plan era soltar el freno en aquel punto, dejando que la góndola «se desbocase..

Tardó un al parecer interminable tiempo en llegar al paraje. Entonces soltó el freno. Y el vagón, con su carga de grava, empezó a adquirir velocidad.

Casey estaba seria y concienzudamente atento a su tarea, cuyas consecuencias le preocupaban. Tenía que salvar aquella garganta. Si descarrilaba o daba contra algún obstáculo puesto en la vía, o los sioux le atisbaban a destiempo... su intentona habría sido inútil. Aunque dejó que la góndola acelerase, miraba con recelo la próxima curva, a distancia aún. Cuando la alcanzara, su marcha sería tal que no podría tomarla sin riesgo.

Una ligera niebla parecía velar las pupilas de Casey. Los años de sol, calor y polvo del

Librodot

desierto no eran propios para fortalecer la vista. Las gríseas laderas, los blanquecinos peñascos, el bullicioso curso de agua, la maleza y la vía misma... se confundieron momentáneamente ante sus ojos. Un peso pareció oprimirle el pecho. Su mente resolvía las diversas posibilidades que le esperaban en la trinchera y por cada metro que se acortaba la distancia crecía su preocupación. Llego a convertirse en temor. Todas las probabilidades estaban en contra. No podía terminar lo que había emprendido y lo sentía. Jamás había fallado en empresa alguna. El U. P. tenía que construirse y... si un ingeniero en jefe y todo su personal y los directores caían bajo las balas indias... ¡quién sabe si sería la postrera y definitiva catástrofe!

Casey experimentó su primer escalofrío. Y sus nervios se tendieron ante la crisis mientras sus callosas manos se aferraban al freno. La góndola, «desbocada» ya, tomaba una curva con estrepitoso estruendo. Los indios lo oirían, pero... si no descarrilaba, muy raudos tendrían que ser para alcanzarle. Sin darse apenas cuenta se encontró en la curva. Sintió cómo las ruedas abandonaban la vía en el peralte y el chirrido silbante de la pestaña de las interiores rozando contra el otro rail; a no ser por su firme asidero a la cama del freno, habría salido despedido. El viento zumbaba en sus oídos ; con un súbito bamboleo, el vagón pareció alzarse. Casey pensó que habría descarrilado, pero se volvió a sentar sobre los carriles terminando la curva.

El ramalazo se ensanchaba. Vio centenares de caballos, pero ni un solo indio. Siguió su marcha, cruzó un puente y vio más caballos. Su pensamiento trocóse en realidad. Los sioux estaban emboscados.

¡Cuánto dependía de él y de su suerte ! Palideció, pero no de temor por sí mismo. Ni por un instante había dedicado a su seguridad personal la menor atención.

El saber que los sioux estaban allí constituía una enorme diferencia. Una terrible y firme resolución actuaba en Casey, proyectando su alma en aquel trepidante vagón de hierro y madera. Y es indudable que oró. Se le erizo el cabello. ¡El angosto desfiladero ! ¡La curva de la línea ¡Se precipitaba sobre ella! ¡Las ruedas vibraban ! Alzando los ojos sólo vio rocas y matorrales y trozos de tierra desnuda. ¡Deep Cut...!

Aguzó la vista al acecho de obstrucciones. La góndola tomó la curva sobre dos ruedas. Parecía animada. Entro en el desfiladero con inaudito fragor. La sombra del lugar lo hacía tétrico. ¡Ahora! ¡Tendría que pasar ! El corazón de Casey pareció abrumado por enorme peso. Luego... cerrando la curva vio la recta subsiguiente, bañada por el sol.

Sobre el estruendo de las ruedas sonaron los estampidos de los rifles; se volvió a buscar el resguardo de su improvisada trinchera... Vivía un instante terrible, interminable... una vida. La góndola salió a la claridad del abertal. La opresión se alzo del pecho del irlandés. Ante sí extendíase el infinito declive, desarrollándose hasta los negruzcos cerros de la lejanía. Penetrantes alaridos le hicieron volverse. La cresta del desfiladero estaba llena de puntos movedizos. ¡Indios! Penachos de humo flotaron en la atmósfera. Casey notó el impacto del plomo. Las emplumadas saetas multicolores surcaron raudas el espacio; dos se clavaron en la grava, otra en la madera. Algo le dio un golpe en un hombro. ¡Otra saeta ! La vio, vibrante aún el astil al hundirse en la carne y arrancándosela de un tirón, la blandió como un desafío hacia los sioux.

-¡Os he podido, malditos! -aulló. El prolongado alarido de rabia y de chasqueada expectación de los indios seguía en sus oídos cuando la góndola estaba ya fuera de su alcance.

Casey miro a la línea. Tenía a los sioux detrás y la vía libre. A lo lejos, donde los rieles parecían juntarse, vio los penachos de humo de una locomotora. ¡El tren del General!

El agobio de preocupación y de temor que le había abrumado pareció desvanecerse como por ensalmo. Su misión no estaba aún terminada, pero había vencido. No se volvió a ocupar de los indios. Fracasado su primer intento de emboscar el tren, sabía que las tropas evitarían una segunda tentativa. Miró ante sí. El viento le azotaba el rostro, y el puro, pungente aroma

del desierto perfumaba la atmósfera.

La góndola seguía la recta cuesta abajo a kilometro por minuto.

Y Casey, opinando que no estaría de más empezar a frenar gradualmente, empujó con suavidad la cama, que no le obedeció. Lo volvió a intentar... ¡en vano! ¡El freno se había roto !

Sin soltar la palanca, el irlandés miro a la vía. El tren estaba aún muy distante. Apenas si era más que un punto negro en la lejanía. De pronto se dio cuenta de un modo vago de que ocurría algo insólito.

-¿Que condenación...?-murmuró. Su mente extrañamente absorta localizo lo ocurrido. ¡Se le había apagado la pipa! Se agachó en el hoyo que había hecho en la grava, vaciando su contenido en la palma de la mano.

¡Estaba fría! ¿Cuándo le había ocurrido semejante cosa? Casey meneó la cabeza. ¡Enfriársele la pipa sin advertirlo ! Mal iban las cosas en el U. P. para haber llegado a trance parecido. Volvió a atascarla y, no obstante el viento, la encendió. Aspiro a pleno pulmón, se puso en pie, se aferro al freno y sintió un cambio en su sangre.

-¡Mi pipa apagada...! ¡Tiene gracia...! -soliloquió.

El fenómeno le parecía extraordinario; aún más, único. Comprendía la importancia de su misión al cotejarla con la de su olvido. Bajo la lenitiva influencia del tabaco y consciente de su misión cumplida, pasadas memorias empezaron a acudir en tropel a su mente. Experimentó insólita sensación, la de volver a vivir hechos pretéritos. Y los hallo vívidos, emocionantes, gratos. Batallas durante la guerra civil; el día que salvó una bandera y, mejor, la noche que salvo a Pat Shane... para que luego le hiciera polvo una bala sioux; mil y una aventuras con McDermott, que minutos antes le había despedido con ojos dilatados por la emoción... y las innúmeras peleas en las que había tomado parte activa o de espectador... todo pasó velozmente ante sus ojos llenándole de sereno y elevado orgullo.

Estaba satisfecho de sí mismo y, mucho más, de lo que pensaría McDermott. Aunque no era va ningún niño, volvió a experimentar la satisfacción y la ufanía de la adolescencia. ¡Así daba gusto ir vía abajo...! ¡Ah...! Ya se divisaba claramente el tren... En cierta ocasión, el general Lodge le había estrechado la mano.

Para que el U. P. llegase al Pacífico, era preciso que alguien hiciese cosas parecidas. Llegaría el día en que espléndidos trenes de viajeros correrían raudos por aquella misma vía por la que iba, traqueteándose, Casey, En la sencillez de su espíritu, el hecho revestía insólita importancia. Mirando al Oeste vio el tren cada vez más detallado... con el sol poniente al fondo. Asaltado por mil emociones distintas que sentía sin comprender, sólo pudo llegar a la conclusión de que aquélla era su hora. Años y años de penalidades y trabajos y luchas hallaban en un ! instante su recompensa. No era que él hubiese esperado o supuesto alguna, pero... mereciéndola, era justo que la recibiese. Sabía que, fuera cual fuese el incomprensible espíritu que le animaba, fuera cualquiera la desconocida relación entre el hombre y su deber, en el pasado peligro y en la maravillosa jornada había un don espléndido y divino.

Cuando aún mediaban algunas millas entre el tren, y él, decidió que era tiempo de prepararse. Levantando una de las traviesas que a prevención llevaba, la colocó al frente en forma tal que fuese fácil empujarla con el pie para que cayese ante las ruedas delanteras.

Se incorporó. Seguramente miró hacia atrás, aunque sin particular motivo... una acción instintiva. Con el pie en la traviesa, se recogió sobre sí mismo dispuesto a saltar inmediatamente después de empujarla.

Recordó a la sazón el cuaderno de Beauty Stanton que contenía la carta para su amigo Neale. No obstante la premura, deliberó sacando el librito del bolsillo

-¡Begorra! Con esos soldados del U. P... no puede uno decir nunca lo que pasará... ¡No sería la primera vez que han enterrado a un hombre sin registrar sus bolsillos! -soliloquió

poniéndose la pipa entre los dientes y crispando la diestra sobre el cuaderno.

Y empujando la traviesa, saltó.

XXX

Rebosando amargura y vergüenza por su impulsiva acción Neale abandonó el garito donde acababa de ocurrir el episodio con Beauty Stanton. ¡La ira y la tortura le habían puesto fuera de sí! ¡Que se hubiese atrevido aquella mujer a pronunciar el nombre de Allie! ¡Inconcebible! ¿Conocería acaso su historia?

Anduvo sin rumbo por las oscuras calles y el ejercicio y la frescura de la noche le calmaron. El silbido de una locomotora le hizo decidir abandonar Benton al punto, en el primer tren. Precipitadamente recogió su equipaje uniéndose al gentío que, no obstante lo avanzado de la hora, se dirigía a la estación.

Un disgusto, que era un dolor, le acongojaba. Como tantos otros, había hecho cosas cuyo mejor remedio era olvidarlas. ¡Que fatalidad en el mero pronunciar de su nombre! ¡Que poder de exaltación!

Por la ventanilla del desvencijado coche atisbó las pálidas luces y confusas siluetas de las tiendas.

-¡El fin... de Benton... ! ¡Loado sea Dios! -murmuró. Comprendía perfectamente hasta que punto había velado sobre él la Providencia.

Tardó cuarenta y ocho horas en llegar al campamento siguiente, a Roaring City. Un poblado mayor que Benton estaba ya en vías de construcción... Tiendas, casas de madera... entoldados y cabañas... la misma mezcolanza, pero bajo los rojizos cantiles de Utah.

Neale halló alojamiento. Dos días sin probar bocado ni descansar no eran preparación adecuada para la tarea que debía realizar... la conquista de su depresión. Satisfizo sus necesidades, reposó largamente, y al siguiente día, antes de acudir a las oficinas del U. P., se atavió de modo presentable. Después fue siguiendo las instrucciones que le dieron; oyendo, por el camino, hablar de emboscadas, de tropas y de indios.

Cuando por fin llegó al cuartel general, los ingenieros, sus antiguos jefes y asociados le acogieron con evidente constricción que no supo a que atribuir.

Hasta en el general Lodge notó una diferencia. Comprendió al punto que algo de momento tenía que haber ocurrido para que su jefe prescindiese del interés que indudablemente había de sentir por conocer el resultado del viaje del joven a Washington. Luego de saludarle, las primeras palabras de Lodge confirmaron sus sospechas de dificultades con los indios.

-...se proponían emboscar mi tren en Deep Cut -siguió explicando-; una nutrida fuerza sioux. Nos sorprendió hallarles tan al Oeste. Habría sido una hecatombe... a no prevenirlo Casey. Carecemos de detalles aún, porque han cortado el hilo, pero sabemos lo que hizo. Corrió el albur de los indios por el desfiladero, en una góndola cargada de grava, aprovechando la pendiente. Usted conoce la sección, Neale... Claro que su propósito era detener mi tren y avisarnos antes de que llegásemos al lugar, mas... le debieron fallar los frenos, porque hizo descarrilar la góndola a media milla de nosotros... Mi maquinista, advirtiendo un vagón en movimiento, temía un choque... Casey tiró una traviesa a la vía... ante su góndola... Le hallamos debajo... aplastado... moribundo...

La voz de Lodge, velada por la emoción, temblaba ligeramente. Estaba pálido y demudado.

Neale, sin saber por que, se estremeció, previendo una revelación.

-Mi maquinista, Toro Daley, llegó a su lado en el momento de su muerte -prosiguió Lodge

-. En realidad fue el único de nosotros que le vio con vida. Sus últimas palabras fueron: «emboscada... sioux... Deep Cut..., y después: «mi amigo Neale». En un principio no supimos cómo interpretar sus palabras... hasta hallar este cuaderno que Casey tenía firmemente cogido en la mano. Casi huelga decir, conociéndole, que murió con su amada pipa entre los dientes.

El jefe entregó el cuaderno a Neale, que lo recibió con temblorosa mano.

-Fue difícil arrancárselo. Casey lo tenía tan fuertemente asido...; y... allí le enterramos... con su vieja pipa... junto a la vía.

El jefe calló, quedando por un momento inmóvil, fruncidas las cejas, tristes los ojos que rendían la gloria de un postrer tributo al héroe.

Neale oyó el tictac de un reloj y los ruidos de la calle, afuera. Tenía el cuaderno entre las manos y experimentaba una extraña sensación. Lanzó un profundo suspiro.

Cuando el General volvió a mirarle, le vio diferente... como lejano, abstraído.

-Casey quería, sin duda, decir que se le entregase a usted ese cuaderno -añadió-. Pertenecía a... esa mujer..., a Beauty Stanton y contiene una carta escrita momentos antes de morir... Supimos esto cuando Daley empezó a leer... En cuanto comprendí que era una carta dirigida a usted me hice cargo del cuaderno, sin que se leyese una línea mas. Estábamos todos rodeando a Daley... una curiosidad natural... En mi tren venían visitantes, su enemigo Lee entre ellos... Lo deploro... pero fue inevitable... nada más.

Neale tuvo conciencia de una calamidad.

-¡Pobre Casey! -murmuró. Después recordó. ¡La Stanton moribunda! ¿Que había ocurrido? No se sintió capaz de leer el mensaje ante Lodge y, saludando, abandonó la estancia.

Llegó a la calle perdido por completo el dominio de sí mismo.

Alzando los ojos vio una talluda figura vestida de ante, un rostro barbudo y bronceado, unos ojos fúlgidos de contento.

-¡Aquí te encuentro y... eres mi salvación! -exclamó una voz profunda y familiar.

-¡Slingerland ! -gritó Neale estrechando la mano de su viejo amigo-. ¡Dios! ¿Que mas podía ocurrir? ¡Oh ¡Cuanto me alegro de verte...! ¡Tantos años ! Slingerland..., estoy angustiado...

-Me parece que lo sé-contestó el otro.

Neale se estremeció. ¿Por que le miraban todos tan extrañamente? Aquel veterano trampero era demasiado sencillo, demasiado franco para disimular su compasión.

-Vamos... a alguna parte... donde no haya gente... -exclamó-. No hables..., no digas nada... Espera..., aquí tengo una carta... cuya lectura va a ser... un infierno.

Salieron sin saber cómo de la concurrida calle y, con la muerte en el alma, abrió el cuaderno de Beauty Stanton y leyó

«Me llamaste... un horrible nombre.- Me pegaste. Me has matado, Estoy moribunda, Neale, estoy moribunda...

¡ Y te amaba ! Fui a demostrártelo. Si no hubieses sido tan ciego... tan obtuso. Sólo pido que alguien encuentre este escrito mío... y te lo lleve.

Ancliffe trajo a tu prometida, Allie Lee, a mi casa... para que la escondiese de Durade. Me encargó que te buscase antes de morir. Al arrebatársela a la cuadrilla de Durade le habían malherido. Y Hough... dio también la vida por ella.

»Viendo a Allie Lee comprendí tu ruina, Neale. ¡Loco! ,No había muerto ! Vivía, inocente y pura como un ángel. Y... ella no supo... no adivino la clase de mujer que yo era... Me transformó... crucificándome. Reclino su cabeza en mi pecho. ¡Aún creo notar su contacto purificador, bendito!

»La encerré en mi alcoba y salí a buscarte. Por vez primera en muchos años experimentaba un feliz instante. Comprendí la causa de tu indiferencia hacia mi y... te respeté por ella. En aquel trance habría ido a los infiernos por ti. Era mi mayor gozo el pensar que me deberías la

felicidad... que seria yo quien iba a devolverte a Allie Lee y con ella la esperanza y tu antigua y ambiciosa vida. ¡Me regodeaba pensando en mi poder! Me deberías todas sus caricias, todos sus besos, sus momentos de orgullo... a mí, a la mujer que habías despreciado. Ésa iba a ser mi venganza.

»Te encontré, y en la hora mejor de una amarga vida... cuando había logrado sobreponerme a la mujer perdida, tú, con tu infernal estupidez, creíste que te buscaba... la ti, para mí! Tu disgusto, tu desprecio, me robaron mis facultades. No pude hablar. No supe sino pronunciar su nombre para obligarte a seguirme.

»Ante aquella muchedumbre soez y grosera, me infligiste la más grande injuria, la más grande afrenta que puede recibir una mujer ¡y me pusiste la mano encima! En mi corazón se encendieron todas las hogueras del infierno. Salí de allí corriendo... loca de anhelo de matar tu alma... de causarte imperecedero tormento. Juré que daría la llave de la alcoba de Allie Lee al primer hombre que entrase en mi casa.

»El primer hombre fue Larry Red King. Borracho. Salvaje. Le acogí con los brazos abiertos y... le di la llave.

»Pero... había olvidado que era tu amigo. Salió con ella, serenado y terrible. Como una furia me atravesé en su camino para arrancarle a Allie Lee. Disparó sobre mi. Aún veo sus ojos, pero ¡loado sea Dios por aquel disparo! Fue una liberación.

»Vi como aquella desencadenada fiera mataba a cuatro de los hombres de Durade. Logró sacar a Allie Lee a la calle. Más tarde, oí decir que había muerto él y que Durade se había vuelto a apoderar de ella.

»Neale... corre a buscarla. Mata al español. Nadie podría decir por que la ha respetado hasta ahora, pero... puedes estar cierto de que no seguirá respetándola.

»No olvides nunca a Hough, a Ancliffe y al terrible cowboy.

»La muerte de Ancliffe fue maravillosa... Tengo frío... Es difícil seguir escribiendo... se me nubla la vista. La diferencia entre Allie Lee... y yo... está en el amor de un hombre honrado. Sois ciegos a las agonías de una mujer... Puso su cabeza aquí... sobre mi pecho... Moriré sola... No..., creo que Dios está cerca... Al fin y al cabo... fui una mujer... Perdona... Neale. »

XXXI

¿Que si estaba allí? -repitió McDermott enjugándose el frío sudor de la frente-. ¡ Por Dios, que si!

Eran las cinco y media. Por las calles parecía discurrir inusitado número de gente menos presurosa, atareada y alegre que de costumbre y más inclinada a reunirse en grupos, hablando en voz baja y excitada.

El general Lodge se llevó a McDermott adentro.

-Ven, necesitas tomar algo que te sostenga. Estás que das lástima -dijo.

En el bar, la sarmentosa mano del irlandés temblaba al coger la copa de whisky.

-Ya no soy el que era, General -se lamentó-. Casey en el otro mundo..., una batahola de todos los diablos con los indios para llegar aquí y... no había hecho sino apearme del tren... cuando ocurrió.

-Pero... ¿que ocurrió? He oído explicaciones para todos los gustos ; mis subordinados están recogiendo noticias. Cuéntame, Sandy.

-Al conocer la muerte de Casey comprendí que me era indispensable un refuerzo -comenzó el irlandés- y me metí en ese «Palacio» de Durade. Después de echar un trago asomé la

cabeza a la sala donde tocaba la música y... ¡vaya si es un palacio! Había allí un señorito de levita... que, por lo visto, ¡begorra!, no tenia a menos correrse una juerga. Algunos me eran conocidos. Ese míster Lee, que fue comisionado algún tiempo del U. P..., estaba con un grupo de amigos.

»Por casualidad me hallaba cerca de ellos cuando entró una muchacha... guapa de veras... pero triste, con unos ojos melancólicos, que me dieron ganas de pelearme con alguien. Luego supe que estaba buscando a Durade.

»Bueno..., cuando Lee le echó la vista encima, procedió muy raramente, tanto que me acerque aún más.

»-¡Que asombroso parecido ! -le oí decir.

»Y metiéndose la mano en el bolsillo, saco una cartera y de ella un dije, mirándolo y mirando luego a la muchacha... Se puso de color del papel...

»-¡ Señores..., miren ustedes! - dijo, y todos miraron, quedándose como quien ve visiones - . Mi esposa - dijo entonces Lee - me abandono hace años..., huyendo con un tahur... Si tuvo alguna vez una hija... es esa muchacha..., porque es la viva estampa de mi mujer hace diecinueve años...

»Los unos se rieron..., los otros le miraron, pero Lee se excitaba por momentos... Yo le oía decir por lo bajo

»-No puede ser... ¡Su hija!... ¡En un garito!... Pero... esa cara... Y por otra parte, ¿dónde podía esperar hallar a la hija de tal madre?

»Lee se acercó adonde la chica estaba, seguido por sus amigos. Yo también les seguí. Cuando paró la música, la joven levanto los ojos y le vio. É1 estaba más blanco que un fantasma y ella... parecía paralizada.

»La concurrencia se dio cuenta de que pasaba algo raro y se aquietaron todos... ¡Maldito me vea, General, si los ojos de aquella muchacha no echaban chispas ! En mi vida he visto cosa igual. Adelantándose, fue derecha a Lee, parándose tan cerca de él que podía haberle tocado con la mano.

»Lee extendió la suya.

»-¿Ha oído usted hablar de Allison Lee? -le preguntó.

»Ella pareció dar un brinco.

»-Es mi padre -dijo-. Yo soy Allie Lee.

»Entonces el gentío se abrió para dejar paso a un sujeto que por lo visto llevaba prisa..., un apunto» hecho un brazo de mar..., cubierto de brillantes..., un tahur, de aspecto... rastrero. Al ver a la chica le gritó: «Vuélvete ahí dentro», señalando con la mano, pero ella ni le miró siquiera.

»Alguien a mi lado dijo que era Durade. ¡Y lo eras De pronto se percató de quién estaba cerca de ella...! Lee.

»El Durade se puso blanco y verde y de todos los colores del arco iris, pero... Lee le dejaba chiquito... Se convirtió en una fiera... Dijo un nombre en español que no se parecía a Durade. Y como una víbora, el tahúr exclamó:

»-¡Allison Lee!

»Entre los dos hubo una pausa, mientras los mirones esperábamos de un momento a otro ver arder el infierno. Enemigos de toda la vida, me dije yo, acertándolo, sin saberlo, a la primera.

»Durade empezó a perder la cabeza. Cualquiera que conociese a los mejicanos - y son todos iguales-habría podido decir que de un momento a otro correría la sangre.

»-Ha vuelto... con usted... -jadeó.

»-¡No..., ladrón! ... Perro maldito..., hace diecinueve años que no la he visto -dijo Lee.

»La chica metió baza:

»-Madre ha muerto; la asesinaron los indios.

» Y Lee, al oírlo, gritó

»-¿Entonces... abandono... a ese...?

»-Si -respondió ella-. Volvíamos al Este..., me llevaba a mi ... a... casa..., pero los sioux atacaron la caravana... y... murieron todos... menos yo.

»Durade corto la palabra a la muchacha. Reptiles he visto en mi vida, pero les daba ciento y raya.

»-Lee..., me abandonaron las dos... -dijo-. Las fui persiguiendo... Perdí a la madre..., pero cogí a la hija...

»Su rostro se puso amarillo y... viejo y... arrugado, con manchones rojizos. Se le arremangaron los labios, como a un lobo, y en sus ojos se vio que estaba loco.

»-¡Miradla ! - gritó desaforadamente -. Allie Lee..., sangre de su sangre.. , no lo puede negar... ¡Su hija!... Ha sido mi esclava..., mi perro, obedeciendo mis órdenes sin rechistar..., ha pasado por Benton..., ha sido la hez de los campamentos..., es tan vil y tan perdida como su madre.

»Allison Lee pareció encogerse de sonrojo, pero la chica, ¡begorra!, nadie habría podido creer, viéndola, que fuese lo que aquel mal espíritu decía. Estaba blanca, inmóvil como un ángel de piedra.

Durade sacó uno de esos juguetes que llaman derringer apuntando a Lee y farfullando en su jerigonza. Nunca he visto cara tan infernalmente satisfecha.

»Cuando, de repente, veo entrar a Neale y a Slingerland... y tuve que agarrarme para no caer de espaldas. La chica también se bamboleó. Neale, de un brinco, se puso frente a ella.

¡ Durade ! -gritó con una voz que creí haría alzarse el techo.

McDermott se enjugó el rostro y llevándose la vacía copa a los labios la apuró, sediento. El General no se hizo repetir la indirecta. Ya más refrescado, el irlandés prosiguió:

-General, usted conoce a Neale y cómo es de grande y... que temple tiene. Excepto Casey..., no ha habido ni habrá otro igual en el U. P. Pues ni yo, ni usted, ni nadie, ha visto nunca a Neale como yo le vi entonces.

»Sin vacilar, se abalanzó sobre Durade. Cualquier idiota que no fuese el tahur habría visto llegada su última hora, pero éste... disparó sobre Neale.

»Él se echó a reír con una risa que tenía la misma alegría que la de Durade con Lee...: odio y sangre. Habría usted dicho que estaba contentísimo de haber parado una bala con el cuerpo.,

»Alargó una mano y cogió a Durade, levantándole en alto. El derringer salió por los aires y un tal Sandy McDermott lo recogió... Será para Neale cuando lo vea. Durade pidió socorro, pero todo el mundo estaba ocupado... y no acudió nadie. El trampero Slingerland estaba allí con dos cañones y... haciendo rodar por el suelo a unos cuantos que no se agacharon lo bastante aprisa, y luego le dobló hacia atrás.

»Durade se acordó entonces de sacar un cuchillo con la mano que tenía libre. Neale gritó

»-¡Lee..., llévese a la muchacha!

»Se había desmayado en los brazos de Lee. É! la levantó, se la llevó y ya no les vi más.

»Durade procuraba llegarle al cuerpo, pero sin conseguirlo. Oí crujir los huesos del brazo que Neale le sujetaba. El tahur daba unas voces lastimeras... De _pronto, al querer dar media vuelta, Neale le cogió el otro brazo, el del cuchillo. Parecía una criatura entre las manos de un gigante. ¡En mi vida he echado más de menos a Casey que entonces ! ¡Lo que él se habría divertido con esa pelea, con lo que faroleaba por su amistad con Neale!... Y...

-¡Sigue, hombre! Sigue con tu historia-ordenó el General sin poder contener la impaciencia.

-Pues, ¡Begorra!..., se oyó más crujir de huesos y... unos gritos como no los he oído nunca..., terribles. Neale tenía cogido a Durade por los dos brazos, apretándole para que no

pudiese soltar el cuchillo. Y luego, echando toda su fuerza sobre ese brazo de Durade..., el que tenía el cuchillo..., obligó al español a clavárselo... ¡Dios!... ¡Cómo aullaba!... Vi entrarle la hoja y salir..., bueno, puede usted figurarse cómo, General. Entonces Slingerland los separó y el tahur cayó hecho un ovillo al suelo... No estaba muerto. Es capaz de no morirse, pero... tendrá que salir pitando de Roaring City y... no querría yo quedar como quedará él para toda la vida.

McDermott miró con profundo interés su vacía copa.

-Eso es todo, General, y si usted no se opone..., yo echaría otro trago con muchísimo gusto.

XXXII

La mera aparición de Warren Neale transformó la vida para Allie Lee. La vergüenza de verse obligada a alternar con hombres degradados, el dolor físico de los malos tratos de Durade, el continuo terror de que la siguiente hora, el siguiente día, fuesen los últimos de su existencia; el súbito y sorprendente coloquio con su padre, todo quedó relegado a segundo término ante la magnífica, la grandiosa presencia de Neale.

Le había reconocido cuando ya le abandonaban los sentidos y se enturbiaban sus ojos. Le había visto abalanzarse sobre Durade y no sentía ni temor por él ni compasión para el español.

Se dio cuenta de que la trasladaban de un lugar a otro, se percató de los ruidos, la luz y el polvo callejeros, se vio en un aposento extraño, asistida por una mujer de afable voz y eficientes manos que la cambió de ropas y le hizo tragar alguna pócima, pero todo ello como si estuviese sumida en un letargo que le permitiese ver lo que ocurría a su alrededor, sin más sensación fija, consciente, indudable que la de la presencia de Neale.

Cuando la dejaron sola, se fue gradualmente disipando ese peculiar estado, no quedando sino una trepidante incertidumbre de amor. Su desesperanza había concluido. El espíritu que la sostuviera durante tantas y tan negras horas había llenado su cometido. Yacía en un diván de un reducido aposento, separado por una cortina de otro del que procedía rumor de voces aquietadas. Oyó pasos de hombre y se abrió la puerta.

-Le felicito, Lee. ¡De buena se ha librado! -exclamó una voz profunda con cierto dejo autoritario en su acento.

-En efecto, general Lodge, fui afortunado... -replicó otra voz más ronca.

Allie se incorporó. Su padre, Allison Lee, y el antiguo jefe de Neale, el general Lodge, estaban en el aposento contiguo.

-Neale casi acabó con Durade. Le hizo pedazos -exclamó con agitación el General-. Lo sé por uno de mis hombres. McDermott, un hachero de toda mi confianza... Neale salió herido..., pero, por lo visto, no se ha dado cuenta.

Allie se levantó, arrobada, estremecida.

-Neale casi acabó con él-replicó Allison Lee roncamente.

Siguió luego el ruido de una silla al caer.

-Así es, Allison..., es cierto -continuó una voz des

conocida -. La calle está atestada de gente comentándolo. Entraron varios hombres.

-¿Está aquí Neale? - preguntó vivamente Lodge. -Quieren retenerle... en las oficinas. Todo el mundo

desea felicitarle... Durade no gozaba de simpatías -replicó alguien.

-¿Está malherido?

-No lo sé; así parece. Está ensangrentado...

-¿Le ha visto usted, coronel Dillon? -prosiguió la misma voz viva y anhelosa.

-Si; me pareció aturdido..., fuera de si... Probablemente está herido de gravedad, aunque... se movía con paso firme... No hay quien le haga estar quieto -contestó el interpelado.

-¡Ah! ¡Aquí viene McDermott! -exclamó Lodge. Allie oyó el paso más cansino y pesado. Su conocimiento acogía la nueva de la herida de Neale, pero su corazón se negaba a admitir su gravedad. Dios no podía probar su fe con una catástrofe definitiva.

-Sandy, ¿has visto a Neale?

-¡Vaya ! ¡Begorra! ¡No podría evitarlo como no cerrase los ojos ! ¡Grande como un cerro y con la camisa más encarnada que el banderín de peligro de Casey! Fui a darle el derringer que Durade disparó contra él. ¡Mal rayo me parta! Me miró de arriba abajo... y no me vio -replicó el irlandés.

-¿Quiere usted verle, Lee? -preguntó Lodge. Reinó silencio.

-No -fue la fría respuesta-. No es necesario. Me libró de... una herida quizás. Estoy agradecido. Le recompensaré.

-¿Cómo? - preguntó vivamente Lodge.

-Dinero, naturalmente. Neale era un jugador. Probablemente tendría algún resentimiento con ese... Durade.

No creo preciso entrevistarme con él. Estoy un tanto... cansado y quisiera, a ser posible, evitarme mayor excitación.

-Escúcheme, Lee -dijo con violencia Lodge-. Nealees un excelente muchacho..., el mejor y más audaz de mis ingenieros. Predije grandes cosas para él y... todas se han visto realizadas.

-No me interesa.

-Pues... aun así, lo oirá. Salvó la vida a esa muchacha que ha resultado ser su hija. La cuidó..., enamorándose de ella... pensaba casarse... Después... la perdió... y se volvió medio loco..., comprometiendo seriamente su por venir.

-No lo entiendo yo así. Fueron la bebida y el juego... y...

-No.

-Perdóneme, General. Si, como usted apunta, hubiese habido una inteligencia entre mi infortunada hija y él... ¿se habría asociado con tahures y malas mujeres?

-No. La naturaleza de su furia y el castigo que infligió a ese español demuestran la clase de hombre que es.

-Resuelto, sin duda, pero no por una noción de lealtad. Estos campamentos son criaderos de pendencias. Se lo he oído decir a usted mismo.

-Otras cosas me oirá decir frecuentemente -replicó el otro con mal reprimida cólera -. Pero... estamos perdiendo el tiempo. No insisto en que vea usted a Neale. Al fin y al cabo es cuenta suya, aunque entiendo que lo menos que podría hacer sería darle las gracias. Lo que sí le aconsejo es que no le ofrezca dinero e insisto en que permita usted que vea a la muchacha.

-No.

-Pero... MacDermott..., ve a buscar a Neale.

Allie Lee oía con verdadera consternación el diálogo. Un irresistible imán la atraía hacia aquellos cortinajes que tenía asidos con ambas manos, dispuesta, aunque incapaz, para apartarlos y entrar en el aposento. Le parecía que allí había un amigo de Neale a quien profesaría eterno afecto y un enemigo al que no podría por menos de odiar. En cuanto a ver a Neale... en seguida..., tan solo la muerte podría evitarlo.

-General Lodge..., no tengo simpatía alguna por Neale -declaró fríamente Allison Lee.

No obtuvo respuesta. Alguien tosió. Se oyeron pasos en el corredor y apagado ruido de voces.

-Olvida usted -prosiguió Lee- lo ocurrido hace pocas horas, cuando ese temerario Casey salvó su tren..., el cuaderno hallado entre sus manos..., la carta para Neale de una de las

mujeres más notorias de Benton... Su maquinista leyó lo bastante..., usted lo oyó..., yo también. Una carta de una moribunda acusándole de haberla golpeado... ¿Recuerda usted, General?

-Sí, por desgracia... No lo niego, Lee..., pero...

-No hay pero posible.

-Es usted duro, Lee, duro como el acero. Las apariencias condenan al muchacho..., no pretendo exculparle..., pero conozco a los hombres. Tal vez haya caído..., así lo parece..., en un instante de ira o de embriaguez..., quizá golpeó a esa infeliz..., pero... ¡matarla..., no!

Un rayo de luz ilumino la perplejidad de Allie. Se referían a Beauty Stanton, a aquella bellísima rubia que Larry había herido... ¡Que embrollo! Ella podía decirles por que murió Beauty Stanton, mas... otras palabras afectaron su mente como de fuego... y un estremecimiento de angustia la sacudió... Creían que Beauty Stanton había amado a Neale..., había... Allie habría muerto antes que dar beligerancia en su espíritu a aquel último pensamiento.

Por un instante se le nubló la vista. Su asidero a los cortinajes le evitó desplomarse. Con frenética v terrible insistencia, con la antigua dominación que Neale ejercía sobre ella..., se aferró a la única verdad que importaba... Ella le amaba..., le pertenecía... y estaba allí. Lo más maravilloso de cuanto acaeciera era que estuviesen a punto de volverse a reunir. ¡Que no habría soportado aguardando aquel momento! ¡Que no habría sufrido él!

Volvió a oír la voz recia y vibrante:

-...quédese aquí..., y usted, Dillon..., que no salga nadie de esta estancia; Lee..., si quiere puede retirarse. Pero vamos a ver a Neale y Allie Lee también.

Allie aparto los cortinajes, quedándose en el umbral. No la vio nadie. Cuantos había en la habitación miraban hacia la puerta. Entro un irlandés seguido de una talluda figura. El alma de Allie se apaciguo súbitamente. Vio a Neale.

Poco a poco, él dio unos cuantos pasos. Entró otro individuo y Allie le reconoció por su atavío de piel de ante. Neale se volvió de cara a la luz y ella tuvo que retener un grito que subió a sus labios.

¿Era aquél su espléndido y joven prometido? Le reconocía sin conocerle. Estaba destocado. Las penetrantes pupilas de Allie vieron su cabello entreverado de gris en las sienes, los ojos que parecían mirar desde el borde de un averno, el rostro blanco como la muerte y espasmódico aún por la pasión sufrida.

-Míster Lee -dijo en voz muy baja; y la sangrienta mancha de su camisa al agitarse revelaba su difícil respiración -, mi único sentimiento... es no haber obligado... a Durade... a decir la verdad. El quería vengarse en Allie... de su madre. Lo que dijo... de Allie... es mentira..., tan negra como su corazón... Pretendía que así fuese..., pero ella logro salvarse... Durade jugó con ella... como un tigre..., y por fortuna... prolongo demasiado el juego... Debe usted... creer..., comprender... su inocencia... Dios ha velado por ella... No fue ni suerte... ni accidente..., sino inocencia. Hough murió por salvarla..., luego Ancliffe... y por último, mi antiguo amigo..., Larry King... Esos hombres perdidos..., condenados..., sintieron una inocencia que... les hizo..., como a mí..., enloquecer... Eso es prueba suficiente..., si la requiere... Hombres de vidas truncadas..., como ellos..., no podrían elevarse... y morir... víctimas de una falsa impresión... de inocencia...

La voz de Neale era casi un murmullo, fijos los ojos en Allison Lee ansiando ver en él la credulidad que perdía.

-Le agradezco el servicio... que me haya prestado y su defensa de ella -dijo-. ¿Que puedo hacer en su favor?

-Yo..., yo...

-¿Hay alguna forma en que pueda recompensarle?

-Lo único que pido... es que me crea.

Lee no hizo la concesión ni su rígido semblante se ablandó.

-Quisiera hacerle algunas preguntas -dijo-. El general Lodge me ha informado de que usted salvó a... mi hija... hace algún tiempo... ¿Puede decirme que fue de su madre?

-Iba con la caravana... que asesinaron los sioux -replicó Neale-. Yo la vi enterrar. Su tumba no está muy distante de aquí.

Un temblor convulsivo sacudió a Allison Lee. Se volvió de espaldas un instante con los puños crispados, mordiéndose los labios. La evidencia de sentimientos en él relajó la tensión de los presentes, que se movieron desasosegados.

Allie seguía atisbando... con el corazón sobrecogido.

-¿Dónde llevó usted a mi hija? -preguntó luego.

-A la cabaña de un trampero, de mi amigo Slingerland -contestó Neale indicando con un gesto la figura vestida de ante-. Allie vivió..., recuperando lentamente las fuerzas. Usted ignora quizá que por un tiempo perdió la razón..., mas... se repuso. Y durante una ausencia de Slingerland... la raptaron.

-¿Eran ustedes... prometidos?

-Sí.

-¿Y contaban casarse?

-Naturalmente.

-Ahora, eso es imposible.

-Lo comprendo.... no espere..., no pensé...

Muchas veces había creído Allie Lee en su vida que se le partía el corazón, pero entonces supo lo que era en realidad. ¿Por que no se volvía hacia ella para verla aguardándole..., impasible, inmóvil..., anhelosa de desmentir aquellas glaciales palabras?

-Entonces, Neale..., si no quiere usted aceptar recompensa alguna, demos por terminada esta penosa entrevista.

-Lo siento. Sólo deseaba decirle..., pedirle..., poder ver a Allie... un momento -replicó Neale.

-No. Sería complicar las cosas. No quiero correr riesgo alguno que pueda diferir mi marcha con ella en el primer tren.

-¿Se la lleva... al Este? -preguntó como hablando consigo mismo.

-Ciertamente.

-Entonces... no la veré - murmuró Neale, aturdido. A la sazón intervino el general Lodge.

-Sea usted generoso, Lee -dijo con emoción-. Permita que vea a la muchacha.

-He dicho que no - replicó Lee.

-En nombre de todos los santos, ¿por qué?

-¿Por qué? Ya creo haberlo dicho.

-Pero..., Lee..., esa implicación puede no ser cierta...

No hemos leído toda la carta -protestó el General.

-Pregúnteselo a él mismo. Lodge se acercó a Neale.

-Muchacho..., dígame la verdad..., esa mujer..., la Stanton..., ¿le amaba a usted?... ¿Es cierto que... que usted le pegase, que usted...?

Neale le miró frente a frente con trágico ensombrecimiento del semblante.

-Para mi eterno sonrojo..., es cierto -dijo con clara voz.

Allie no pudo más.

-¡Oh Neale! -gritó adelantándose.

Él pareció erguirse y saltar a la vez. Y ella se precipitó en sus brazos. Al ver cómo su presencia, el sonido de su voz le transformaba..., ni hombres..., ni calamidades..., ni misterios..., ni deshonor, ni barreras habrían podido retenerla. Por un momento, delicioso y

terrible y fugaz, se estrechó contra él desmayada, con el corazón estallándote de gozo. Después se apartó oprimiéndose el dolorido pecho con las manos.

-¡He oído! -gritó- Y... no sé nada de Beauty Stanton ni de su carta..., pero tú no la mataste..., fue Larry..., yo le vi porque estaba con él...

-¡Allie! -murmuró Neale.

Habíase hecho cargo por fin de la realidad de su presencia, de la seguridad de su cuerpo y de su alma, y todo lo que antes diera a su fisonomía aspecto hosco, cansado, envejecido o triste, desapareció en una maravillosa transfiguración.

-Tú sabes que fue Larry -imploró Alpe-. Díselo así. .

-Sí, lo sé, mas... yo... hice aún peor..., yo...

Allie le vio atormentado por una agonía de remordimiento y en la afinidad de sus corazones, se lo comunicó a ella.

-¡Neale! ¿Te amaba Beauty?

Él dejó caer la cabeza sobre el pecho.

-¡Oh! -fue un grito apagado, lleno de la indecible comprensión de su trágica fatalidad-. ¿Y tú..., y tú;

Allison Lee se puso entre ambos, encarándose con Neale.

-¿Lo ve?... Ella también lo sabe... y... aunque sólo sea por ahorrarle mayor sufrimiento... déjela... -exclamó.

-Ella también sabe... ¿qué? - repitió Neale, frenético ante la incertidumbre y la realidad.

Allie tuvo la impresión de la existencia de un horrible, insidioso falseamiento..., una irrealidad de pesadilla. Un Neale intangible, fatídico, se alejaba de ella.

-Adiós, Allie... ¡Bendita seas! ... Seré feliz sabiendo que estás... -le faltó la voz y las lágrimas rodaron por sus mejillas, por su rostro, convulso por la renunciación, no por la culpa. Fuera lo que fuese..., no era bajo.

-¡No me dejes!... Te perdono -gritó ella tendiéndole los brazos-. Para mí no hay en el mundo más que tú.

Pero Neale, sostenido, llevado casi por Slingerland, desapareció y el mundo de Allie quedó súbitamente vacío y negro.

El tren traqueteaba y crujía en la noche con una tensión y un esfuerzo que acusaban acentuada pendiente. Las mezquinas lámparas de aceite alumbraban apenas el vagón. En algunas ventanillas iban soldados mirando el panorama. En los coches, los viajeros dormían en su mayoría alargados o hechos un ovillo junto a su equipaje. Allie Lee no podía dormir; yacía entre almohadas y mantas, cubierta por un tupido abrigo. La ventanilla abierta dejaba entrar el fresco aire desértico. Tenía fijos los ojos en la noche y las ruedas parecían en cada una de sus vueltas pasar sobre el lacerado corazón. Era tarde. Una luna disforme y pálida plateaba sobre el horizonte. Densos nubarrones sueltos ocultaban las estrellas. El desierto parecía magnificado por la tétrica luz y aquel inmenso yermo, aquel solitario baldío, reflejaba para Allie Lee la desolación de su alma. ¿Para que se habría salvado? Al desaparecer su peligro constante, había desaparecido también el espíritu que la sostuvo durante aquellas horas trágicas.

El tren corría hacia su destino. Aparecieron en el paisaje rasgos que le fueron familiares. Se habían impreso en su memoria con la tensión de sus solitarios pasos por aquel mismo camino. A pesar de la oscuridad, lo conocía palmo a palmo. En aquel desnudo espacio, se alzó Benton. Aunque hubiese estado dormida, al pasar por allí, habría despertado. No se veía luz alguna en la larga y desierta calle principal. Todo eran sombras..., sombras que marcaban la tumba de Benton.

Allie miraba con dilatadas pupilas. Allí estaban..., en aquella negrura..., los hombres nobles que por ella habían muerto en vano... ¡No! ¡En vano, no! Murmuró una plegaria... para

todos..., unas palabras de amor para Larry. Larry..., el despilfarrador de vidas, pero el leal, el fiel símbolo de la fraternidad. Mientras viviese, le recordaría protegiéndola, sembrando el fuego y la muerte a su paso, encarnación de una suprema voluntad, de una magnífica audacia. Él, que fue el alma de la caballerosidad, el más cohibido de los hombres ante una mujer, el heredero de una reverencia racial por la femineidad, había quitado de su camino, matándola, a la maravillosa Beauty.

También ella debía yacer entre aquellas sombras. Allie se estremeció. Cerró los ojos para no ver el paso de los trágicos restos de Benton y la oscuridad que ocultaba aquellas solitarias tumbas.

La vindicación de su fe espiritual y la respuesta a sus plegarias estaban patentizadas en el hecho de encontrarse sana y salva, pero... entre hallarse donde se hallaba, ser la hija de un opulento padre, pero separada de Neale, habría preferido ocupar una de las innominadas tumbas de Benton.

XXXIII

Pálido y austero se ponía el sol mientras Neale contemplaba alejarse el tren que se llevaba a Allie. En aquel solemne momento no se le ocurrió pensar en sí mismo. Allie Lee vivía... salva terminadas sus angustias..., camino de un hogar seguro, con su padre... El largo convoy tomó la curva desapareciendo... Para Neale fue final, definitivo. Una fase de su vida terminaba allí.

-Se acabó, muchacho -dijo Slingerland, que le observaba -. Allie se va a su casa... adonde le corresponde estar... a disfrutar de los suyos. ¡Loado sea Dios! Y en cuanto a ti... el día de hoy te vuelve a poner donde estabas... Allie te debe su vida y la de su padre. Piensa, muchacho... ¡cuánto peor podía haber sido!

La sensación de gratitud del joven era indecible. Se dejó llevar con absoluta pasividad por Slingerland, dócil y silencioso. El trampero le curó las heridas, atendiéndole, evitándole penosas visitas, tratándole como a un niño enfermo.

No sufría sino del agotamiento subsiguiente a una violenta acción y a la prolongada tensión pasional, pero su mente sólo aceptaba el hecho inconcuso de la existencia feliz, segura y en lo sucesivo tranquila de Allie, y al quedarse dormido, sus sueños siguieron el mismo delicioso y grato derrotero.

¡Que extraño le pareció, al despertar, no sentir odio! Slingerland y él se desayunaron juntos.

-¿Quieres venir a los cerros conmigo, muchacho? -preguntó el trampero.

-Cuando el ferrocarril esté concluído, sí -replicó Neale.

-¡Pero... ya casi lo está y necesitas unas vacaciones! -insistió.

-Sí... -Parecía sumido en un ensueño.

-Deberías descansar. No se te olvide que tienes una bala paseándose por el cuerpo.

-Está aquí -dijo poniéndose una mano en el pecho, a la altura del hombro-. La noto... es un dolor sordo, continuo... mas... no supone nada. Casi desearía experimentarlo siempre.

-Pues yo no, la verdad... y... ¿supongo que no volverás a la bebida y a las cartas y... a ese infierno, muchacho?

La sonrisa de Neale fue promesa bastante y su animación se reflejó en las facciones del trampero.

-No era preciso preguntártelo... -dijo-. En fin..., es hora de que me vaya... El día menos

pensado me verás comparecer por aquí... a ver esa famosa unión de rieles del Este con los del Oeste y... a llevarte conmigo a los cerros.

Neale abandonó Roaring City en el tren obrero, sentado en el suelo de una góndola con una brigada de trabajadores; hombres de pelo en pecho y camisas encarnadas.

Formaban el convoy toneladas de rieles de acero; millares de traviesas, centenares de hombres y el abastecimiento de los obreros y elementos de defensa contra los indios. Iba hasta la terminal, a unas cuarenta millas de Roaring City.

Neale fue en busca de Reilly, el capataz. El corpulento irlandés estaba en plena batalla... que como tal podía calificarse el principio de la jornada de trabajo con sus múltiples incidentes. Aguardó, hasta que Reilly le tendió una manaza enorme

-¡Hola, Neale! Me alegro de verle... Según me dicen hizo usted un favor a la comunidad.

-Necesito trabajo, Reilly.

-Pero, hombre de Dios... ¿no está herido?

-Estoy perfectamente.

-Cuando menos, su aspecto así lo dice... pero ¿habla en serio? ¡Usted... que manda todos los trabajos de ingeniería...!

-Lo que quiero es trabajar con los brazos. Déjeme llevar rieles o acarrear traviesas o manejar un macho... durante algunos días. El general Lodge ya lo sabe... es ... una especie de vacación.

Reilly le miró con chispeantes ojos.

-Es imposible que esté borracho y parezca sereno -dijo.

-De veras, Reilly... estoy sereno y... hablo en serio -dijo Neale-. Quiero... retroceder... tender rieles... hundir roblones.

El capataz recobró su serenidad.

-Bien, bien -replicó como si oyese pero no entendiese-. Adelante... y... ¡grande sea el poder de su brazo! Destacó a Neale con la brigada que descargaba traviesas.

En la vía, parada en el lugar donde quedó la víspera el trabajo, había una hilera de góndolas cargadas de rieles y traviesas. Más allá extendíase el fundamento afirmado, hasta perderse de vista. El sol caía de plano; la seca, abrasadora brisa del desierto bajaba de los cerros barriendo el yermo; el polvo se levantaba arremolinado; por doquier temblaban los velos de calina.

-¡Duro y a la cabeza! -gritó una alegre voz. Y Neale recordó a Casey. La brigada recibió orden de transportar las traviesas. Neale se cargó la primera que bajaron del vagón.

-¿Por que diablo tanta prisa? -protestó su compañero. Pat, sujeto sarmentoso nudoso, rojo como un ladrillo, surcado el rostro de arrugas.

Llevaron la traviesa al extremo de los rieles encarnándola sobre el fundamento y apilando la grava a su alrededor. Luego fueron a buscar otra cruzándose con una docena de parejas similares ocupadas. Detrás venían, doblegados por el peso, los que transportaban los rieles. Así empezó el día de labor.

Pat, mirando de soslayo a su compañero de faena, había dado a entender a los demás de la brigada con gestos y guiños expresivos su mala suerte al verse acoplado a un «novato». Pero su ridículo se trocó pronto en respeto y poco después ofrecía sus manoplas a Neale, que no las aceptó.

-Pero amigo, tú no estás acostumbrado como yo -dijo.

-Si' me sigues hasta acabar la jornada... esta noche tendrán que ayudarte a desnudar, Pat.

-¡Vivan los faroles! ¡Vamos a verlo!

Las sensaciones de calor, cansancio o de dolor parecieron inexistentes de momento para Neale. El irlandés le seguía presa de profunda emoción. Para él el mundo y la vida habían

Librodot

cesado al ponerse el sol la víspera y desaparecer Allie Lee de su horizonte. Su razón de estar allí, trabajando, era aparentemente por tender algunos metros de línea, por clavar algunos cientos de roblones en los últimos kilómetros que él había nivelado. Su propósito era seguir la tarea hasta que empalmasen el Este con el Oeste.

Pensaba de extraña manera; como si su mente fuese una bóveda celeste en la que apareciesen una a una las ideas, como astros, rodeados de sus satélites y formando sistemas individuales. Allie vivía... tan pura como siempre y mucho más bella... de esa idea dimanaban su exaltación v su actividad. Tan bien había llegado a amarla que el convencimiento de su muerte, truncando su vida, haciendo pedazos su corazón, le habría aniquilado. Mas desde que en su infinita bondad, Dios v la virtud inocente que habían inspirado su heroísmo, la sacaron incólume de todo peligro, de todo daño, el alma de Neale sufría una total expurgación de sus tinieblas, de su desesperanza, de su odio y de su indiferencia. Había llegado a las cumbres, asomándose al paraíso. No pedía más. Por completo satisfecho, eternamente agradecido, con una gratitud que impregnaba hasta la última partícula de su ser, consagraba toda su vida espiritual a la memoria. Y simultáneamente vino la necesidad de la acción física continuada, de la violencia incluso. Y buscó lenitivo a la imperiosa demanda en los postreros períodos de construcción del magno ferrocarril.

¡Que espléndidos compañeros de trabajo eran aquellos hirsutos irlandeses ! Neale los había admirado siempre. Ahora los miraba con afecto. Cada brigada parecía contener un terceto como el que había conocido... Casey, Shane, McDermott. Adivinó que eran todos fundamentalmente iguales. Penaban, sudaban, blasfemaban, bebían y se peleaban quedando diseminados por el desierto en centenares de tumbas anónimas. Y la inmensa obra seguía su camino... sin alterarse su unidad.

Experimentaba, al trabajar, sensaciones que a los otros estaban vedadas. Al transportar una traviesa se preguntaba de dónde procedería, de que árbol habría sido escuadrada, quién se habría cobijado a su sombra, que pájaros habrían hecho entre sus ramas el nido. Percibía cierta afinidad entre aquel inanimado madero y él. Parecía ser el lazo de unión con un pasado muy remoto, intangible espíritu de sí mismo.

Cuando iba a buscar otra, sus ojos se recreaban en las hileras de hombres activos, ocupados, transportando carriles, tendiéndolos, y en las espléndidas figuras de los remachadores y robloneros, desnudos los torsos, blandiendo los enormes machos. Los golpes repercutían vibrantes

¡speng... speng... speng! Música de dioses, llena de significación. Cuando le llegase el turno de ser remachador sería el trabajo que más le agradaría.

La locomotora, resoplando y bufando, empujaba el convoy paso a paso a medida que la vía se iba tendiendo; los equipos del tren transportaban carriles y traviesas para que no se interrumpiese ni un instante el trabajo. Las piezas de acero relucían al sol; el polvo giraba en continuos torbellinos ; las voces, las risas, los gritos, el martilleo, el áspero sonido del hierro chocando contra la madera... formaban un conjunto consonante, multicolor, de labor estrenua y vigorosa.

Su camarada Pat enjugábase el sudor que bañaba su rubicundo rostro.

-¡Maldito me vea..., eres una fiera para el trabajo! -exclamó.

-Nos incumbe el honor de marcar el paso a los demás, Pat. Tendrán que seguirnos. ¡Adelante! -replicó Neale.

-¡Por Judas! No hay en toda la brigada quien me prive del honor entonces - declaró Pat -, pero... me gustaría estar vivo el próximo día de paga.

-Ven a abrirte el apetito.

-La cabeza me abriré siguiendo así -contestó Pat-. Escucha, amigo : ¿tienes algo de

irlandés en tu cuerpo? -Sí; algo.

-Ya me lo figuraba. ¡En fin..., moriremos sudando! A la media hora, Pat volvía a estar desesperado. Tuvo que descansar.

-¿Cómo... te... llamas...?

-Neale.

-Pues... deberías llamarte Casey, porque... Casey era el único que podía haberse puesto a tu nivel... ¡ Estás sudando sangre!

Pat señaló la camisa de Neale, encarnada y sudada. El joven se palpó y, al sacudir la mano, cayeron gotas de sudor y de sangre.

- ¡Y te sangran también las manos! -exclamó Pat. Así era, en efecto, aunque no se había dado cuenta. El capataz Really, al pasar, se detuvo junto a ellos.

-Hoy tienes con quién competir, Pat. Vamos un kilómetro más avanzado que ayer a estas horas. -Se volvió a Neale-. He visto otro de su casta... Casey se llamaba, y ya es decir.

Siguió su camino y Neale vio el rubicundo semblante del gran Casey con su eterna sonrisa y su eterna pipa negra. Le vio tal y como la última vez había oído hablar de él, y una sombra enturbió la singular claridad de su espíritu.

El silbato de la locomotora suspendió el trabajo, llamando a los hombres a la refacción y al descanso. La lenta y rítmica moción se convirtió en una atropellada carrera hacia el convoy. La horda de sudorosos titanes buscó sitio sombreado donde comer, beber y reposar.

Durante la tarde, con honda complacencia de su compañero, moderó el paso. El sol, el sudor, el creciente envaramiento de sus músculos menguando su potencia, la sed... fueron actuando sobre sus otras emociones y adquiriendo gradualmente preponderancia. Tenía las manos desolladas, dolorida la cintura y estaba despeado. La herida de su pecho abrasaba, sangrando palpitante. Al terminar la jornada apenas podía andar.

Regresó con los demás y durmió doce horas para despertar más cansado y entumecido que nunca; pero fue al trabajo con sus compañeros y su segundo día fue de indecible agonía. El tercero, una continua lucha entre su voluntad y su cuerpo, entre el espíritu y el sufrimiento. Mas... mientras le fuese posible dar un paso y transportar una carga, aguantaría. Y desde entonces, poco a poco, fue recuperando las fuerzas.

Llegó el día en que se graduó en la categoría de remachadores. Para él, aquella división del trabajo representaba la parte más refinada del espíritu constructivo. Los remachadores, los hombres que unían los carriles, que cerraban los postreros eslabones; los hombres musculosos, semidesnudos, bronceados como indios, parecían encarnar a la vez el romance y la realización. Neale resultó poseer un genio especial para el manejo del ponderoso martillo. Tenía una acción suelta, fácil, de tremenda potencia impulsiva. Tan aprisa podía trabajar que su compañero en el carril opuesto veíase apurado para seguirle, y así ganaba momentos de relativo descanso, durante los cuales contemplaba la escena de animación, movimiento y vida.

Cierto día trabajaron sin interrupción mientras, a un kilómetro de la vía, los soldados rechazaban un ataque sioux; otro día, por fin, vio las brigadas de afirmado volver del tajo. Habían concluido. Hombres, carros y caballos, de regreso. Se habían encontrado con las del Este y las dos lineas de fundamento estaban unidas. Al pasar los saludaron con estruendosos hurras. Fue un gran momento.

Pero... de boca en boca empezó a correr el rumor de que las brigadas del Este y del Oeste se habían cruzado en la llanura, continuando la nivelación y el firme cien kilómetros más de lo necesario. Se habían encontrado prosiguiendo paralelas, doblando así el coste de construcción.

La noticia reavivó en Neale los melancólicos recuerdos del aspecto venal de la gran obra. Y pensó muchas cosas. El espíritu de la empresa era grande, su labor heroica, mas de la mano de tan nobles atributos iban los espectros de la codicia, del ansia de oro, de la concupiscencia

y de la muerte.

No obstante su amor por el trabajo, otros instintos humanos se entrometían en el superlativo aislamiento de sí mismo. En cierta ocasión, súbitamente, fue a tomar un tren que se dirigía al Este. Cuando llego al vagón, le detuvo algo-una idea-: ¿adonde iba? El tren que buscaba era el del Oeste. Se echo a reír acerbamente. Perdía la memoria. Pero... la involuntaria acción cambio sus ideas. No fueron precisos largos momentos de reflexión para concluir que su intento de tomar el tren del Este estaba influido por un instintivo propósito de ver a Allie Lee. Y le dejo atónito.

-Pero... ¡si ha desaparecido de mi vida! -soliloquió-, y... me alegro..., me alegraba.

La rapidez del cambio de tiempo le ilumino. Siguió trabajando, pero su trabajo, sin perder su esplendor, no fue ya el mismo. Seguía viendo la grandeza de cuanto le rodeaba y lo que quería representar la batalla de brazos y músculos y cerebros contra las barreras naturales del desierto. Vio lo que antaño había soñado, y en ello tal vez estribaba el secreto de su anhelo de ponerse a la altura de aquellos trabajadores para conocer la verdad.

Habría podido hallar la salvación en su recientemente adquirida idea de la relación del trabajo y del hombre si en su mente no hubiese habido un blanco. Comprendía y veía cuanto a su alrededor se alzaba de estrenuo, progresivo y magnífico, y de pronto, el blanco de su mente se dejaba sentir, desesperanzándole.

En aquellos trances quedaba como arrobado, absorto, con los ojos en el espacio hasta que su pareja le llamaba a la realidad del abandonado trabajo. Los intervalos de abstracción fueron menudeando hasta sorprenderle en el acto mismo de enarbolar el martillo.

En aquellos peculiares lapsos anhelaba la presencia de su viejo amigo, de su hermano, de su sombra, de Larry Red King. Se aferraba al recuerdo, aunque el pensar en Larry traía siempre aparejado Benton, su rugido y su fiebre de sangre, de oro y de lujuria. No comprendía el misterio de cuanto había pasado. Había sido una fase de la vida que su raza no volvería a ver jamás. Su ambición, su esfuerzo, su sombría lucha con las fuerzas del averno, su amistad y su pérdida, su agonía y trabajo y victoria eran símbolos del progreso de un gran movimiento.

La llegada de la noche traíale siempre descargo, porque al finalizar la labor diurna ya no le era preciso combatir. Sabía que estaba perdida la batalla. El ansia de ver a Allie Lee se acrecía en él. Mientras la creyó muerta parecíale que su espíritu le acompañaba, que la tenía siempre cerca, que su voz murmuraba con el viento. Pero vivía, estaba lejos de sus manos, tomando su vida un giro ajeno por completo a él. ¿Podría resistirlo ella? ¿Podría soportarlo? Era imposible que le olvidase, ni que fuese infiel a su memoria, mas... era muy joven y su vida había sido muy dura. Quizás acabase cediendo a la influencia inflexible de Allison Lee. En un ambiente de felicidad y de riqueza, su hermosura y su inocencia atraerían en tropel a los admiradores.

-Pero... es natural -murmuraba perplejo- Yo soy el primero que deseo que olvide... que sea feliz..., que funde un hogar... Dios la libre de envejecer sola... no... Ha de encontrar algún hombre digno de su amor..., casarse...

Oyendo sus propias palabras se le encogía el corazón. Sabía que se estaba mintiendo a sí mismo. El día que Allie amase a otro hombre sería el fin de Warren Neale. En todo caso... ya estaba acabado... Los celos horribles, extraños, nuevos se aunaron a la ya pesada carga, abrumándole. Tuvo la virilidad de intentar luchar con su egoísmo, pero no logro sojuzgarlo y... no tenía arma alguna con la que combatir su amor y su soledad y su odio a la vida y... aquel nuevo enemigo... los celos. ¡Había salvado a Allie Lee!, ¿por que renunciar a ella? Por ella se había teñido las manos de sangre; y en aquel momento volvió a su memoria el horrible instante, cuando, enloquecido por el balazo, se había regodeado en el crujido de los huesos de Durade, en el abyecto horror y miedo patentes en la cara del tahur, en la escalofriante sensación del cuchillo hundiéndose en las entrañas al obligarle a herirse a sí mismo. Aquella

Librodot

escena final de su vida en los criminosos campamentos de construcción le había asediado siempre. justificaba su acción diciéndose que Durade habría matado a Allison Lee, mas eso no bastaba para disipar la sombra intangible, espectral, que parecía seguir perennemente sus pasos.

Y los celos, la más terrible de todas las pasiones, excepto el miedo, sacaron a Neale de su abstracción, de sus ensueños, de su disposición al trabajo. Podía persistir a fuerza de valor cuando no de alegría. Pero los celos acabarían consumiéndole..., estaba cierto. Eran tan potentes, tan asombrosos, que traían a su mente movimientos y palabras que hasta entonces le había sido imposible recordar.

Volvió a vivir el pasado. Había mucho en él que le desconcertaba, pero gradualmente se fue aclarando y especificando en su memoria. No podía pensar en el presente, saltándose al pasado. Tenía que razonar a la inversa.

Cierto día, apoyado en su martillo, su fuero interno, siempre torturado, inquisitivo, murmuró una pregunta «¿Cuáles fueron algunas de sus últimas palabras?»

Y destacándose como de fuego en el fondo negro de su mente apareció la respuesta : « ¡ Neale..., yo te perdono!»

Recordó su expresión, sus trágicas pupilas..., sus tendidos brazos.

-¿Perdonarme? ¿Por qué? -se preguntó aturdido y perturbado. Soltó el martillo, permaneciendo inmóvil, absorto... sin percatarse del silbato que les llamaba. Con los ojos en el espacio, reconstruyó de nuevo la escena de su entrevista con Lee, viviendo otra vez aquellos momentos de emoción. La estancia llena de gente... La fría aceptación del hecho por parte de Lee... sus gracias, su oferta,

sus preguntas, su negativa... la vehemente impetración del general Lodge..., el intercambio de apasionadas frases entre ambos..., las preguntas que le dirigió el general y sus respuestas..., la súbita aparición de Allie..., sus dulces e incoherentes palabras... ¡y el final!

-¡Lee pensaba que yo había matado a la Stanton! -soliloquió con honda perplejidad-. Pero... ella... les dijo que había sido Larry... ¡Que extraña idea tenía Lee... y Lodge también... ! Me defendió... ¡Ah...

De pronto sacó del bolsillo el pequeño cuaderno que había sido de la Stanton y que contenía su carta. Lo abrió con temblonas manos. Otra vez estaba destinado a ser una revelación.

El general Lodge había dicho que su maquinista sólo había leído las primeras palabras del mensaje. Y de ellas habían derivado Allison Lee y los demás sus impresiones.

Neale releyó aquellas primeras palabras.

-¡Que de extraño tiene que supusieran que yo la había matado! -exclamó-. ¡ Ella me acusa ! Pero... no tuvo nunca intención de decir lo que ellos supusieron. ¡Por todos los santos! ¡Tomando esto como evidencia hay que ahorcarme...! Allie les dijo que vio a Larry... y... todo el mundo lo sabe..., yo lo he oído... Entonces... ¿que era lo que anhelaba perdonar Allie...? ¿Que quería decir aquella mirada que me asediará hasta la tumba...?

La verdad se le apareció súbita, con implacable y pasmosa fuerza.

-¡Dios! ¡Allie creyó... lo que creyeron todos..., lo que yo mismo, involuntariamente, parecí confirmar... que era el amante de Beauty Stanton!

XXXIV

La residencia donde Allison Lee llevó a su hija estaba emplazada en las afueras de Omaha,

Librodot

en un arbolado ribazo sobre el río.

Allie contemplaba el amplio y amarillento Missouri corriendo a sus plantas. Era su distracción favorita salir al aire libre, a la sombra de los árboles. En las semanas de permanencia en su nuevo hogar aún no había logrado sobreponerse al dolor de haber hallado a Neale para separarse de él simultáneamente. Pero las comodidades de su vivienda, el descargo, después de tantos años de continuo temor, la absoluta tranquilidad y la quietud nocturnas... habían sido tan bien venidas, tan consoladoras, que hacían soportable el peso de su dolor. Aunque, con el tiempo, llegó a ver que la adquisición de un hogar y el re-conocimiento de un padre no hacían sino acrecentar sus amarguras.

La hermana de Allison Lee, mujer de mediana edad y entero carácter, sintió vivamente la presencia de la extraña hija recuperada. Allie no hallo simpatía en ella. Vecinos y amigos de Lee acudieron, en un principio, deseosos de mostrar su amistad y prodigar sus atenciones, pero su historia, o parte de ella salió, Dios sabe cómo, a la luz. Su padre, sensitivo, glacial, acibarado por el ayer, sufrió intolerable sonrojo al hacerse. públicas la deserción de su mujer y la notoriedad de su hija. La presencia de Allie le agraviaba, rehuyéndola cuanto le era posible ; las pequeñas atenciones, los primeros sentimientos provocados por su belleza y su encanto, se desvanecieron. Entre ambos no podía haber amor. Allie intento en vano apegarse a él; su corazón estaba enterrado en el Oeste. Era obediente, respetuosa, pasiva, pero no podía amarle. Y llegó el día en que comprendió que Allison Lee abrigaba la certidumbre de que ella no había salido incólume de su paso por los campamentos auríferos y de construcción. Lo soporto con paciencia, aunque la hirió hondamente. En realidad no le perdió el respeto hasta oír a hombres enfurecidos y vocingleros acusarle, en su propio despacho, al hablar de ciertas contratas, de malversaciones y de fraudes. Posteriormente, él mismo le dijo que se había visto envuelto en dificultades económicas de importancia y que si para determinada fecha no lograba reunir una fuerte suma, quedaría arruinado.

Aquel mismo día, Allie, sentada en un rústico banco ribereño, contemplaba el turbulento río. Lamentaba la situación de su padre, mas... no lo podía remediar. Las preocupaciones ajenas la dejaban indiferente; las suyas propias lo absorbían todo. Tenía el corazón enfermo..., una enfermedad que era todo anhelo... por algo que no se atrevía a formular.

El día era bochornoso, abrumador, no se oía el gorjeo de los pájaros. Sólo poblaban el ambiente los zumbidos de las abejas y el discordante chirrido de las cigarras.

Allie miraba al río. Estaba ociosa, porque su tía no le dejaba ocuparse en algo. El inmenso caudal de agua la sosegaba. ¿De dónde venía? ¿Adonde iba? ¿Que sería de ella...? Casi... más le habría valido...

Le interrumpió en sus reflexiones una sirvienta

-Miss..., un señor... pregunta por usted.

Allie alzó los ojos ; le pareció columbrar una talluda figura vestida de niel de ante y con un pesado envoltorio en la mano. ¿Soñaba o había perdido el juicio? Se levantó, temblando de pies a cabeza. El talludo individuo era real..., se movía..., su bronceado rostro sonreía... Se acerco... dejando el fardo sobre el banco... Sus penetrantes pupilas traspasaron a Allie.

-¡Hola, muchacha! -dijo suavemente.

¡La familiar voz no podía ser irreal! ¡Slingerland! Allie no pudo despegar los labios. Apenas logro no perder el equilibrio. Se tambaleó en sus brazos y al sentir su recio abrazo, la blandura de la piel de ante y el aroma de salvias y de pinos que la impregnaban, dio crédito a sus sentidos.

Su corazón pareció flaquear. Su pecho era un tumulto.

-¿Neale? -bisbiseó angustiada.

-Está bien y trabajando de firme; él me envía -replicó Slingerland deseoso de cumplir cuanto antes su misión.

Allie se estremeció, reclinándose contra él. Algo muy grande invadía su alma; lentamente se acallo el torbellino de su pecho. Fue rehaciéndose.

-Tío Al -le llamó tiernamente.

-Así me gusta y... no podría decirte nunca lo contento que estoy de verte... ¡Estás blanca y temblorosa..., muchacha! Siéntate ahí, en este banco..., a mi lado. Así... Tengo un sinfín de cosas que decirte.

-Espere...; al verle... al oír hablar... de él... casi me hizo desfallecer de alegría-Jadeo Jadeo ella cogiendo entre sus manos blancas y delgadas, tan fuertes y tan curtidas antaño, el fleco de su chaquetón de piel de ante.

-Muchacha..., sólo el verte me ha rejuvenecido a mí, pero... ésos no son los ojos que yo recordaba.

-Soy... muy infeliz - murmuró.

-¡Malo!, ¡malo!, ¡malo...! Claro que... es natural... habiendo perdido a Neale así... tan de repente.

-No es eso sólo-dijo en voz baja abriéndole luego con entera sinceridad su pecho.

-¡Vaya!, ¡vaya! -exclamó el trampero alisándose la barba meditabundo-. Opino que también es natural..., estás en una tierra extraña..., eso será una historia difícil de olvidar... Con el debido respeto a tu padre, muchacha, lo mejor que puedes hacer es venirte conmigo... a reunirte con Neale.

-¿Dijo él eso? -preguntó ansiosa.

-¡Señor, no!

-¿Me... ama... todavía?

-Muchacha..., se está muriendo por ti... y no hablo poéticamente.

Allie se acurrucó contra él, cegada por un hondo arrebato de amor, dulce y amargo a la vez. Sentíase exaltada, llena de una alegría que había creído no poder sentir ya jamás.

-Le perdonó-murmuró como para sus adentros.

-Quizá te alegres mucho de haberlo hecho... espontáneamente-dijo con animado acento Slingerland -, sobre todo cuando no había gran cosa que perdonar.

Allie enmudeció. No podía levantar los ojos.

-Oyeme bien, muchacha -comenzó Slingerland-. Cuando te marchaste de Roaring City, Neale se puso a trabajar en la línea, pero de peón, como un obrero cualquiera, llevando rieles y cargando traviesas. Ahora está con los remachadores... Cuando lo supe me dejó sorprendido. No le he visto más que una vez y fue hace pocos días, pero las diversas veces que estuve en Roaring City oí hablar de él y... me propuse enterarme. Decían que no iba nunca al poblado..., que el primer día trabajó como una fiera.... sangrándole las manos..., pero sin permitir que le detuvieran, y el trabajo no le mató, en contra de la opinión de muchos... Decían que estaba cambiado y que no había en las brigadas quien pudiera comparársele como no fuese un irlandés llamado Casey, cuyo recuerdo perdura... Oí que era cosa digna de ser vista el verle manejar el macho..., aún no le he visto..., pero quizá tenga ocasión algún día...

«Hace poco le encontré, bajando del tren en Roaring City. ¡Dios! Apenas le conocí. Parecía un indio, bronceado, con unos músculos como cables de acero y unos ojos como puntas de fuego.

«-¡Slingerland, te necesito! -me dijo a gritos.

«-Eso parece -contesté yo-; y... ¿para qué?

«Entonces me explicó que proyectaba ir a buscar el oro que Horn enterró en el «antiguo camino de Laramie». Cargue con mi equipo y fuimos a los cerros. Tú debes recordarlos. Bueno; hallamos el oro, lo llevamos a Roaring City y Neale me metió en el tren para que te lo trajese. Y aquí estoy yo y ahí está el oro.

Allie puso los ojos en el fardo, aturdida por la historia del trampero. Súbitamente se irguió,

sintiendo cómo la sangre afluía en oleadas a su rostro.

-¡Oro! ¡El oro de Horn ! ¡No es mío... ! ¿Me lo envía Neale?

-Hasta la última onza-replicó Slingerland -. Opino que tuyo es. No quedó nadie más de la caravana y tú misma has dicho cuáles fueron las palabras de Horn... Es tuyo, muchacha, y... yo me he encargado de que lo aceptes.

-¿Cuánto hay?-preguntó Allie sintiendo escalofríos de curiosidad. ¡Que claramente recordaba a Horn ! Mil veces le había dicho que estaba solo en el mundo, que no tenía pariente alguno conocido; en verdad, podía aceptar el oro sin perjuicio para nadie.

-¡Psch!... Sin tener con que pesarlo, Neale y yo no pudimos apreciarlo exactamente, pero... es una fortuna.

Allie pasó la vista del oro al afanoso semblante del trampero. En su vida, pródiga en momentos críticos, no recordaba alguno que tuviese la incertidumbre, la plenitud, la inevitabilidad del presente.

-¿Envió Neale algo más? -preguntó.

-¡A eso iba! Sí -contestó Slingerland desatándose las cintas de su chaquetón. Y sacando un cuadernito de cuero se lo entregó a Allie. La muchacha lo tomó sin dejar de mirarle. Jamás había visto en su fisonomía tan extraña emoción. Adivinaba que era la suprema aventura, inherente a la facultad de otorgar la dicha. Temblando abrió el cuaderno. De fijo que encerraba un mensaje tan grato como la vida para un muribundo. Leyó un nombre escrito con tinta : Beauty Stanton.

bu pecho cesó de respirar, su corazón de latir. Excepto la mente, todo pareció congelarse en su ser. Pero... bastaba con aquélla para devorar ávida las primeras líneas de una carta... febrilmente el resto... y volver a empezar.

Luego... el cuaderno escapó de entre sus manos. Oculto el rostro en el pecho de Slingerland asiéndose a él con frenéticas manos, rígida, como si una extraordinaria fuerza o inspiración o alegría hubiesen acarreado desfallecimiento.

-¡Muchacha...!, lo tomas demasiado a pecho... Yo estaba seguro de que...

-¡Chist! - murmuró Allie alzando la cabeza y: besándole. Luego se irguió como una rama vigorosa y fuerte súbitamente liberada del peso que la doblegaba. -Voy con usted al Oeste-dijo.

-Bueno; ya me lo suponía.

-Divida ese oro. Dejaré la mitad a mi padre.

Slingerland puso manos a la obra sin perder momento.

-Hay un tren dentro de poco. Yo calculaba pasar un día aquí, pero... cuanto antes mejor. Muchacha..., ¿te vas... escapándote o diciéndoselo?

-Diciéndoselo. Aunque quisiera, no podría detenerme... y ese oro le salvará de la ruina. Me dejará marchar.

Recogió del suelo el cuadernito, guardándoselo en el pecho. Su corazón latía contra él. El inmenso río fluía majestuoso; bajo los árboles una bellísima claridad refulgía radiante. ¿Que ocurría en su corazón, mientras ella estaba tan tranquila, tan sosegada, tan segura?

-¿Tiene él... idea de que yo pueda volver a su lado? -preguntó.

-Ni la más remota, muchacha. Te lo juro - declaró Slingerland -. Cuando abandoné Roaring City estaba... como de costumbre. El enviarte ese oro y ese cuadernito pareció calmarle..., hacerle feliz... Opino que entonces encontró su alma. Y... no espera volverte a ver en este mundo.

XXXV

Para los del U. P., desde los ingenieros al último de los peones, su construcción llegó a ser una ciencia exacta y maravillosa.

Dondequiera que se detuviesen los trenes obreros se alzaba un rumor de colmena. Las brigadas cargaban los rieles en plataformas y los tiros de mulas o caballos las llevaban a galope al frente. Allí, dos hombres se apoderaban de ellos y al instante los transportaban pasándoselos a otra brigada, cuya misión era la de colocarlos y asentarlos. Por lo general, encamábanse cuatro carriles por minuto. Cuando una de las plataformas se vaciaba, la quitaban de la vía para dejar sitio a otra. Y así sucesivamente.

Los que encamaban el carril eran quienes se veían más denostados, porque necesitaban para sus operaciones de ajuste algunos segundos y... faltaba tiempo.

Luego, los remachadores... los semidesnudos, sudorosos titanes..., tres martillazos por roblón para la mayoría, dos para gigantes como Casey o Neale..., diez roblones por carril..., doscientos carriles por kilómetro... ¡Cuántos millones de rítmicos movimientos debieron hacer aquellos nervudos brazos!

Cada día se adentraban más los trenes de construcción hacia el Oeste y cada día aproximábase más la hora en la que se encontrarían con los que del Este venían hacia ellos.

El ímpetu era tremendo. El espíritu, que nada podía detener, habíase infundido a un ejército de obreros, formando una masa, una máquina potentísima, irresistible, yendo como un solo hombre hacia un mismo fin.

Cada día iba acreciéndose la hilera de traviesas cruzadas por refulgentes carriles. El sol caía de plano, el polvo revoloteaba arremolinado, los velos de calina flotaban en el desierto. El paso se había acelerado hasta alcanzar los límites de máxima resistencia humana. Una furia de sonido llenaba el ambiente. La rítmica cadencia era como el postrer esfuerzo para un gigantesco avance definitivo.

Promontory Point fue el lugar destinado a hacerse famoso como punto de reunión de los carriles.

Aquel célebre día del verano de 1869 que había de ver completada la tarea, llegaron trenes especiales del Este y del Oeste. El Gobernador de California, que era a la par Presidente de la sección occidental de la línea, recibió al Vicepresidente de los Estados Unidos y a los Directores del U. P.

Los mormones de Utah acudieron en nutrido grupo. Oficiales y soldados de uniforme representaban al Gobierno y sus charangas prestaban un aire familiarmente marcial a la última escena de la vasta empresa. Los trabajadores irlandeses y negros del Este se mezclaban con los chinos y mejicanos del Oeste. Los orientales encamaron el último carril a un extremo y los occidentales el del otro. Se juntaron. Los roblones les unieron..., todos menos uno. El Territorio de Arizona había regalado un roblón de oro, plata y hierro; Nevada, un roblón de plata y una traviesa de laurel, y el último roblón de todos, el que faltaba, de oro macizo, era presente de California.

Se había dispuesto que el momento del postrer remache se conociese en toda América simultáneamente. Omaha era el centro telegráfico. El telegrafista había informado a todos

-Cuando remachen el último roblón en Promontory Point cursaré la palabra Terminado, y la magia de la electricidad lo repetirá por todo el Continente.

El Presidente de los Estados Unidos, los oficiales del Ejército y los ingenieros de la línea recibirían las felicitaciones públicas. San Francisco había organizado una celebración

monstruosa, anunciada a copia de cañonazos y entusiásticas paradas. Billetes gratuitos llevarían a Sacramento a millares de forasteros. En Omaha dispararían morteretes y cañonazos, paralizándose el trabajo para que la ciudad entera pudiese consagrarse a la festividad. En Nueva York cien cañones anunciarían simultáneamente el fausto evento. La iglesia de la Trinidad celebraría oficios especiales y las famosas campanas tocarían el himno Old Hunred. En Filadelfia, el tañido de la campana de la Libertad, en Independence Hall, iniciaría la celebración, y así en otras cien ciudades de la República.

Aquel día, Neale estaba en Promontory Point apartado del gentío en un altozano, atisbando con chispeantes ojos. La escena para él era bellísima, definitiva y magna.

Sólo unos centenares del vasto ejército obrero asistirían a la reunión de los carriles, pero bastaban para representarlos dignamente a todos. Neale los recorrió con la vista. Sus camaradas, Pat y McDermott, sentábanse cerca cambiando fuego para sus pipas. Parecían sosegados; para ellos la labor había concluido. Estaban agotados; ya no trabajarían más. Un fornido negro apoyábase contra un poste. Un remachador, desnudo el torso, relucientes los

enormes hombros, nudosos los brazos, estaba cerca con un martillo de largo astil en la mano. Un grupo de irlandeses con sus camisas azules o encarnadas fumaban, discutiendo, como siempre. Cetrinos mejicanos con los amplios sombreros sobre las rodillas formaban corro bajo un árbol. Chinos de largas trenzas y exótico atavío daban color y variedad al cuadro.

Oyó alzarse un sordo murmullo de entre la muchedumbre y el jadeante resoplar de las locomotoras frente a frente, separadas por escasos metros y asombrosamente distintas de forma. Luego, el pateo de múltiples caballos, el vibrante sonido del metal contra el suelo al dejar el último carril. Un disparo : el relincho de un caballo ; una risa. Lo oía todo con sensitivos oídos despiertos.

-Mac, tú que todo crees saberlo, ¿quién construyó el U. P.? -preguntaba Pat.

-¡Es fácil de decir!, ¡begorra...! ¡Mi amigo Casey!

-¡Un cuerno...! ¡Fueron los irlandeses!

-¡Viene a ser lo mismo! -replicó McDermott.

-Entonces, ¿con qué se construyó el U. P.? Contesta eso, sabihondo...

-La parte oriental con whisky y la occidental... con té frío.

Pat miró a su camarada con acrecentado respeto.

-Mac... tienes talento -concedió-. Los irlandeses vivíamos de whisky y los chinos de té... Otra pregunta ¿dónde fue a parar el dinero de la construcción?

-Ya te lo diría yo, ¡begorra!, hasta el último dólar -replicó McDermott.

Y así prosiguieron, ajenos a lo impresionante del momento. Su hora había pasado. Lo aceptaban con ecuanimidad, como habían aceptado las faenas y el calor y la sed y los sioux.

Se abrió un claro entre el gentío en el punto de reunión de los dos carriles.

Neale entrevió a sus antiguos colegas, los ingenieros, junto al severo grupo negro de los dignatarios y directores. El joven experimentó un escalofrío de emoción. Su sangre comenzó a circular cálida y triunfante. Había llegado el momento. Alguien vino a buscarle, llevándoselo al puesto de honor, a la cabeza del grupo de ingenieros.

Un ministro del Señor elevó al cielo una plegaria. Cuando terminó, sucedieron los lentos y dignificados movimientos de los que colocaban en su sitio el último roblón.

El macho de plata rutiló al sol. El sonido del remache no llegó a oídos de Neale con la familiar vibración del hierro. Era blando, apagado, áureo.

¡El golpe final! De centenares de gargantas un grito simultáneo rompió el silencio. ¡Terminado!

A Neale se le nublaron las pupilas y las lágrimas enturbiaron la espléndida escena. Había

pasado el momento final, que había sostenido su fe..., su espíritu, la victoria era suya. De su alma huyó la oscuridad.

Mientras estaba allí saboreando hasta lo último el satisfactorio instante le asaltó una extraña sensación de presencia. ¿Era espiritual..., divina..., era acaso Dios o era tan sólo el espectro de su misión cumplida y un recuerdo de largo y gris porvenir?

Una mano se puso en la suya..., una mano pequeña, trémula, escalofriante... Neale quedó inmóvil, rígido, como de granito. Conocía aquel contacto. ¡No podía ser un sueño, ni una fantasía... ! Sintió la carne Cálida, tierna... vibrante de esperanza..., de amor..., de vida..., de Allie Lee.

XXXVI

El ministro del Señor, cuya plegaria siguió al tendido de! último carril, unió a Allie Lee en indisoluble lazo en presencia de Slingerland.

Al viejo trampero había incumbido el honor y la alegría de apadrinar a la novia y recibir su beso como si fuera su padre. Luego... las sinceras felicitaciones de Lodge y de su Estado Mayor; el alegre banquete en honor de la feliz pareja; los brindis llenos de elogios para la belleza de la desposada y la buena suerte del reciente esposo; la extraña felicidad radiante de Neale y los ojos de Allie reflejando su alma... Para Slingerland fue una hora pródiga en materia para futuros ensueños.

Cuando el tren arrancó llevándose a los desposados, el trampero no pudo contemplarlo con claras pupilas. Veía satisfacerse todas sus esperanzas, cumplidos todos sus deseos, excepto el de estar en sus amados cerros.

Seguidamente fue a los corrales, donde su recua de hateros estaba pronta a emprender la jornada. No cruzó palabra con nadie.

Llevaba doce burros, el tren de hateros mayor y más completo de su vida. La abundancia de provisiones cuidadosamente elegidas, de instrumentos, herramientas y cepos podía durarle largos años... ciertamente todos los que le restaban de vida.

Slingerland no pensaba volver a la civilización y ni una sola vez volvió la cabeza, ya emprendido el camino, para mirar al funesto manchón del cantil... a Roaring City.

Llevo sus burros al trote largo, ocupada y distraída a la vez la mente, dichoso por los cuadros que podía evocar de las horas pasadas, melancólico por los indefinidos anhelos de su corazón. La amistad de Neale, el afecto de Allie le hacían comprender cuánto había perdido en la vida. Tal vez no en amistad, porque entre los cazadores la tenía, pero sí en amor; el amor de una esposa, el de una hija.

Por lo demás, el trampero se alegraba de perder de vista los poblados y los hombres y el ferrocarril. Odiaba el refulgente camino de acero que unía el Este al Oeste. Cada martillazo había sido como el tañido de una campana que anunciase la muerte de su profesión. El ferrocarril entrañaba el fin de la selvatiquez. Lo que un grupo de hombres ambiciosos había logrado imitarían otros y se agotaría la hierba en las praderas, se acabarían las selvas, se secarían los manantiales de los valles, y las criaturas salvajes se verían perseguidas y exterminadas. Había llegado ya el fin para el búfalo; el del indio estaba a la vista, y el de los animales que constituían la razón de ser del trampero no podía tardar.

El viejo Slingerland tenía la clarividencia del indio. El progreso era grande, pero la Naturaleza virgen lo era mucho más. Si la raza no podía engendrar hombres más recios, preferible era que no engendrase ninguno, porque lo malo ahogaba a lo bueno y las

necesidades se convertían en ambiciones.

Vio caminos de hierro surcando las llanuras, salvando las montañas..., estaciones a centenares..., nuevos poblados..., una creciente y maravillosa prosperidad nacida de las explotaciones de madera y de minas y de granjas y... en un día más o menos lejano... un Oeste esquilmado.

Alzó su primer campamento en un valle a veinte kilómetros del ferrocarril. En las pistas había huellas indias, pero... no les temía. Aquella noche, no obstante las estrellas y el silencio, siguió experimentando aquella insoportable sensación.

Al día siguiente se adentró en las lomas falderas de los cerros y después ganó ya las profundidades de las montañas. Dejó de hallar huellas, salvo de ciervo, de oso y de jaguar. Y así, día tras día, guiando a sus burros, ascendiendo y descendiendo vertientes rocosas, llegó al corazón mismo de la inmensa sierra selvática.

En sus largos años de correría jamás vio tan salvaje lugar. No había profanado aquel verdeante valle planta alguna humana, ni de blanco ni de indio. Lo demostraban sus manadas de ciervos mansos, sus curiosos castores. Allí le parcelo apropiado el lugar para construir su cabaña y sus corrales.

El descontento, el odio, las pasiones todas quedaron relegadas al olvido. No podían vivir en aquel medio. Poco a poco, el único eslabón con el pasado fue un recuerdo; la memoria de un fornido joven y de una bellísima mujer de ojos violeta y el triste y maravilloso romance en el que había tomado él tan afortunada parte. y En el rosado amanecer, en los días soleados o nubosos, en las noches calladas, solemnes, en el valle, con sus manadas pastando, el plañidero aullido del lobo y el sempiterno murmullo del arroyo, halló su meta, su serenidad, la única vida verdadera y posible para él.

XXXVII

Una banda de guerreros sioux escaló un promontorio en los cerros : dominando la vasta llanura, señalando con brazos bronceados y cenceños.

Un jefe desmontó, poniéndose frente a su banda. El viento hacía ondear su emplumado atavío bélico; en su broncíneo pecho veíanse mal cicatrizadas heridas ; su semblante era anciano, pero lleno de fuego e inescrutable; sus ojos, acerados dardos.

Lejos, muy lejos, en la llanura, divisaron un objeto alargado y movedizo que dejaba como rastro un penacho de humo. Venía del Este y se dirigía al Oeste. El jefe lo contempló, como sus huestes. Nadie desplegó los labios, ni cambió una mirada ni alteró una línea de su semblante.

Pero, ¿que había en el corazón y en la mente y en el alma de aquel gran jefe?

El monstruo que echaba humo y resoplaba arrojando fuego por las fauces como feroz demonio de exótica tribu; que hendía el silencio tan odiosamente como su camino hendía la llanura ; que era de hierro y de madera, obra del hombre blanco procedente de la distancia, desde donde el Gran Espíritu proyecta sobre la tierra el alba, era el fin de los cotos de caza y del indio. Había corrido la sangre; bajo los árboles, muchos guerreros dormían, pero el férreo monstruo que vomitaba fuego seguía impertérrito su camino. Los hombres blancos eran tan numerosos como las pinochas de los pinos. Combatían, morían y otros venían a ocupar su puesto.

El jefe era anciano y sabio; le habían aleccionado las estrellas, y las salvias, y la montaña, el viento y las soledades de la pradera. Reconocía una raza superior, pero no más noble. El

blanco arrancaría a la tierra sus tesoros. El indio había nacido para cazar su sustento, repeler a los rojos enemigos, atisbar las nubes y servir a los dioses. Pero esos blancos vendrían como turbonada de langosta, abatiéndose en toda la extensión de la pradera. El búfalo huiría como torbellino de polvo, para perderse en la distancia y no volver... El indio no tendría sustento, ni hierba para su mustang, ni lugar para su tienda. Los sioux tendrían que luchar hasta morir o verse empujados a los yermos y baldíos en los que las penalidades y el recuerdo acabarían con ellos.

Rojizo, el sol se ponía allende el desierto. El viejo jefe levantó el brazo y, luego, como aceptando la inevitable amargura, permaneció en magnífica austeridad, sombrío como la muerte, viendo como el ferrocarril se perdía en el llameante crepúsculo, símbolo del sino de los inflaos... desapareciendo..., desapareciendo..., desapareciendo.

FIN